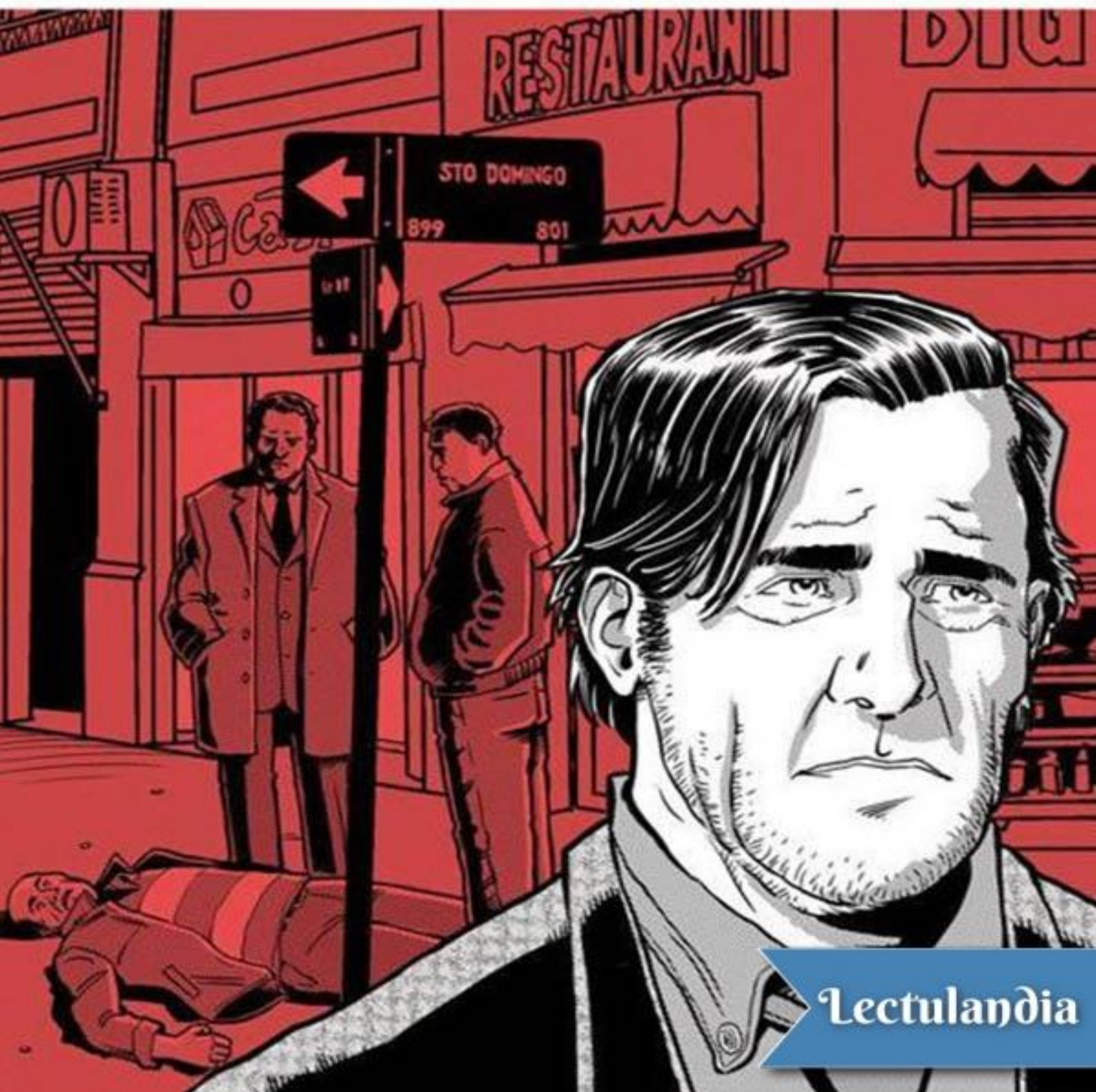


Ramón  
**Díaz Eterovic**

*El leve aliento de la verdad*



Lectulandia

*El leve aliento de la verdad* es la decimocuarta novela protagonizada por Heredia y, como en todas las anteriores, su trama apunta hacia la denuncia de la corrupción del poder en una sociedad en la que el dinero parece ser la medida de todas las cosas. Drogas, mentiras públicas y privadas, muchachas atrapadas por la miseria y las falsas ilusiones, policías corruptos son parte de esta novela en la que un Heredia cada día más solo y descreído busca un poco de amor para sus noches, mientras pretende esclarecer el misterio que se oculta tras la muerte serial de mujeres.

**Lectulandia**

Ramón Díaz Eterovic

# **El leve aliento de la verdad**

**Detective Heredia - 15**

ePub r1.0

Titivillus 08.05.16

Título original: *El leve aliento de la verdad*

Ramón Díaz Eterovic, 2012

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A la memoria de los poetas  
Luis Alberto Barría y Aristóteles España,  
amigos del terruño y de la esperanza.

Y  
a la memoria de mi amigo  
Ignacio Salas Salgado  
con el recuerdo de su compañía  
en las tardes del Círculo Herediano.

... lo que he escrito ha sido una tentativa para ordenar  
la vida y explicármela,  
tentativa vana que culminó con la elaboración  
de un inventario de enigmas.

JULIO RAMÓN RIBEYRO  
*Prosas apátridas.*

¿Cuánto tiempo, por ejemplo, hace que vengo  
explotando sus recuerdos?  
Él solo habla, yo escribo.

RODOLFO WALSH  
*Zugzwang.*

Siempre me tienen que tocar a mí estas cosas...  
¡Quédese aquí! Voy, me hago matar y vuelvo.

«La conga de las bananas» de HUGO PRATT  
*Corto Maltés.*

# 1

La vida no se cansa de arrebatarnos el entusiasmo, pensé mientras observaba la calle desde uno de los balcones de mi departamento. A veces es de golpe, y otras, la mayoría, lentamente, como en un juego de azar en el que no obstante una ganancia pasajera, tarde o temprano la banca termina con el total de las fichas en su poder, y nos deja con las sobras, los recuerdos, la frágil resta entre lo que pudo ser y no fue. Las casas y edificios morían a mi alrededor, cambiaban sus formas, se convertían en sombras, manchas, evocaciones apenas iluminadas por las luces mortecinas de un bar para borrachos sin huellas. El papel mural del departamento lucía descascarado, las maderas de las ventanas estaban carcomidas y sus bisagras chirriaban de un modo lastimero. De noche el departamento crujía igual que una barca en alta mar y me extrañaba no oír carcajadas demoníacas, como las que se ilustraban en las historietas del *Doctor Mortis* o *El Monje Loco*, que había leído en el orfanato al amparo de una luz mísera que, al extinguirse, dejaba en mi mente una serie de pesadillas en las que aparecían las sombras de implacables seres malignos.

Anselmo, mi amigo quiosquero, desde la muerte de su hijo parecía encogerse cada día más dentro de su puesto de revistas y golosinas. Y en mi rostro surgían arrugas que me recordaban que el tiempo llevaba varias décadas anidado entre mis huesos. Había traspasado la frontera de los cincuenta años y con algo de fortuna esperaba seguir en la huella por otros veinte, aunque fuera para contradecir los diagnósticos médicos o a quienes, casi siempre motivados por el deseo de venganza, esperaban verme a la brevedad posible fuera de circulación. Solo el aspecto de Simenon seguía inalterable, albo, gordo, reluciente, viviendo al amparo de esa magia que según había leído protegía a los gatos y los hacía eternos en su misión de vigilar la errática conducta de los hombres. Había dejado de llevar la cuenta de sus años y me limitaba a seguir creyendo que escuchaba su voz cuando despertaba por las mañanas o al llegar al departamento por las noches, y algo en su mirada me obligaba a sentirme culpable de faltas que no atinaba a comprender.

También el barrio cambiaba. Dos de mis bares favoritos habían cerrado. Uno por la repentina muerte de su dueña y el otro por un aumento desmedido en el arriendo que aplicó el dueño de la propiedad, con la intención de arrendarla a una entidad bancaria. De los dos no quedaban más que fachadas desnudas, que de tanto en tanto servían de tema para los reporteros que pretendían dejar constancia de los cambios experimentados en el viejo corazón de la ciudad. A falta de bares, en el barrio surgían decenas de restaurantes peruanos que daban mayor jerarquía a la gastronomía santiaguina, tiendas donde vendían ropa y peluches usados, locales con juegos electrónicos y unos despachos inclasificables donde los desesperados de siempre vendían sus anillos de bodas o cualquier otra pequeña joya que contuviera al menos un miligramo de oro. Aun así, seguía recorriendo las calles de mi barrio, respirando el aire de boliches viejos y casas de mala muerte que sobrevivían a la modernización y a

las picotas que destrozaban los muros de adobe y las rendijas donde prosperaban los nidos de ratas.

Después de un tiempo de mucha actividad, volvía a estar sin trabajo. Estaba de regreso de un viaje a Puerto Natales, donde había investigado el asesinato de la esposa de un comerciante. Un asunto medianamente complicado que resolví escuchando la chismografía de los vecinos hasta descubrir el nombre del amante de la mujer, un funcionario municipal que la había estrangulado, aburrido de esperar que ella decidiera abandonar a su marido para iniciar una nueva vida a su lado.

Me levantaba minutos antes del mediodía, daba vueltas por el barrio, comía en algún puesto del Portal Fernández Concha o en uno de los restaurantes que poblaban los alrededores de la Estación Mapocho y volvía al departamento a leer las novelas que nunca faltaban sobre mi escritorio. Leía y escuchaba música hasta que la noche hacía sentir su fuerza sobre mis ojos. Con eso, y a mi manera, me sentía en paz frente al inevitable paso de los días. Tenía dinero para sobrevivir un par de meses, pagar el arriendo del departamento y alimentar a Simenon. Sin el apremio de tener que llegar a la hora a ningún trabajo, sin deudas pendientes en bancos o cadenas comerciales, podía considerarme un tipo feliz, por lo menos hasta que no recordaba las ineludibles huellas del pasado o que nadie me esperaba al llegar al departamento, desde la noche en que Griseta, mi amiga de tantos años, me llamó por teléfono desde Madrid para decirme que se quedaba de manera definitiva en esa ciudad, ya que después de terminar sus estudios había conseguido un trabajo que le permitiría seguir alejada de Chile, país que ella consideraba chato, gris, lastimosamente aburrido, y donde la alegría de vivir parecía haberse esfumado entre las apariencias, la mediocridad, las extenuantes jornadas laborales y las estupideces que transmitía la televisión para reblandecer el cerebro de la gente. La despedida fue sin drama ni recriminaciones. Simplemente aceptamos que los amores tienen su tiempo y sus luces, y luego, si no hay leña para alimentar el fuego, no queda otra cosa que observar las brasas y sentir un leve escalofrío en la mitad de la noche.

Borré a Griseta de mis recuerdos, cerré la novela que había estado leyendo y bebí el último sorbo de la copa de vino que acompañaba mi lectura. Luego observé a Simenon, que, tendido junto a la ventana, seguía atentamente los movimientos del barrio.

—¿Qué piensas? —le pregunté para iniciar el juego de nuestras conversaciones.

—Hay demasiada tranquilidad en este departamento y cada día te conformas con menos. Necesitas ocupar tus energías en actividades más productivas.

—¿No es suficiente leer, escuchar música y observar la vida que pasa por mi lado?

—Freír un bife, cortarlo en pequeños trozos y servírmelo en mi plato de loza azul.

—¿Algo más?

—Unas caricias en el lomo me sentarían estupendamente, y algo de esa música de Mahler que tanto te agrada y que a mí me hace conciliar el sueño.



—A esta hora es difícil encontrar una carnicería abierta, pero podría probar suerte en uno de los restaurantes del barrio.

—Veo que te convencí rápidamente.

—No saques cuentas alegres —dije mientras pensaba en el esfuerzo que demandaría ponerme la chaqueta y bajar hasta la calle en el ruinoso y lento ascensor del edificio.

—¿Qué has decidido? —preguntó Simenon, impaciente—. ¿Sales o no?

—No presiones. La semana pasada leí una novela del autor chino Qiu Xiaolong donde describe los ingredientes de un plato llamado «Batalla de tigre y dragón».

—¿Y eso a mí qué?

—El plato está compuesto por un surtido de carnes de serpiente y gato. ¿Qué me dices? Un día de estos me robo una serpiente en el zoológico para que te haga compañía en la cacerola.

—No me intimidas, Heredia. Tu genio culinario no va más allá de freír cualquier tipo de carne o abrir una lata de jurel o atún. Hasta los tallarines te quedan tan atractivos como los bigotes de una monja.

Tomé la chaqueta que colgaba del respaldo de una silla y salí del departamento sin responder la última impertinencia del gato. En la calle corría una brisa que agitaba los olores más infames del vecindario. Me detuve junto al quiosco de Anselmo, que a esa hora se encontraba cerrado, y encendí un cigarrillo. Tosí luego de la primera calada y me pregunté si algún día tendría el ánimo suficiente para crear la liga de protección a los fumadores, seres condenados a penar en los balcones o junto a las puertas de los restaurantes, como si el tabaco fuera más tóxico que el colesterol de la mayonesa, las papas fritas o los discursos vacíos y machacones de los políticos. Di un par de piteadas al cigarrillo y enseguida lo apachurré sobre el pavimento, mientras recordaba el extenso título de una novela de Rubem Fonseca: *Y de este mundo prostituto y vano solo quise un cigarro entre mis manos*.

A mi lado las personas pasaban sin darse por enteradas de mis preocupaciones. Llevaban la prisa de los galeotes que deseaban dar por concluida la jornada para irse a la cama o a sentarse frente a la pantalla de plasma que habían demorado doce meses en pagar. Anduve dos o tres pasos sin rumbo y finalmente enfilé hacia la cantina donde solía pasar a beber una caña de vino o a comer un chacarero, que siempre tenía la virtud de estar preparado con una marraqueta fresca y crujiente. El boliche no aparecía en la guía de los grandes restaurantes, pero el calvo regordete que estaba a cargo de la cocina sabía hacer maravillas con unas lonjas de carne, porotos verdes, tomate y ají picado en finas rodajas.

El lugar estaba atendido por una morena alta y maciza, cuyos pechos parecían a punto de reventar la ajustada blusa roja que los contenía. Debía de estar cerca de los cuarenta años, pero mantenía un aspecto fresco, vigoroso, que hacía pensar que fácilmente podía demoler a un hombre entre sus brazos. Tenía una sonrisa coqueta, contestaba rápidamente mis juegos de palabras, pero jamás daba pie a la más mínima

posibilidad de dormitar entre sus pechos. Quizás yo no era su tipo, tal vez era una chica cansada de las insinuaciones de los clientes o simplemente mantenía alguna complicidad amorosa con el simio bigotudo que vigilaba el ir y venir de los clientes desde su parapeto junto a la caja registradora. Nunca había querido saber la verdad y prefería insistir en los diálogos que acortaban los momentos que pasaba en la cantina, mientras mis ideas más felices se hundían en el pozo rojo del vino.

—Tan tarde y tan solito —dijo la morena cuando me vio aparecer.

—Es lo que pasa cuando uno no tiene a nadie que le caliente los pies.

—Yo, en su lugar, compraría unas buenas pantuflas —contestó, risueña.

—La verdad es que estaba pensando en otra cosa —agregué deteniendo mi mirada en su escote.

—No me extraña, los hombres siempre están pensando en la maldad.

—No olvide que fue Eva quien puso de moda las manzanas.

—¿Qué quiere? —preguntó la morena mientras observaba de reojo al simio que mecía sus bigotes junto a la caja registradora—. ¿Vino o cerveza?

—Dos chacareros para llevar y una copa de tinto para acortar la espera.

—O sea que no está solito o es muy goloso.

—Estoy solo, soy goloso y los sándwiches son para compartir con mi gato.

—¿Le gustan los gatos? —preguntó al tiempo que hacía un gesto de desagrado.

—Sí, pero más las gatitas ariscas y con algo de experiencia.

La morena guardó silencio y concentró su atención en verter vino en una copa.

—Ordenaré que preparen los chacareros —dijo unos segundos más tarde, mientras caminaba en dirección a la cocina.

Salí del lugar con el deseo adherido a mi piel y los sándwiches dentro de una bolsa de papel. Al llegar junto a la puerta de mi departamento encontré botada en el suelo una tarjeta de visitas de Marcos Campbell, mi amigo periodista al que recurría cuando necesitaba información del ambiente político o social.

«Necesito conversar contigo a la brevedad», había escrito en el reverso de la tarjeta, la cual arrojé sobre el escritorio mientras intentaba tranquilizar a Simenon, que, luego de olfatear el aroma de la carne, no dejaba de dar vueltas alrededor de mis piernas.

—¡Espera unos minutos, ya te serviré! —le grité.

—Desde ayer no hago otra cosa que soñar con un trozo de carne bien frita.

—¿Viste a Campbell? —pregunté a Simenon una vez que estuvimos frente a nuestros sándwiches—. Me extraña que se diera el trabajo de venir a la oficina.

—En la tarjeta dice que quiere conversar contigo —dijo Simenon mientras mordisqueaba un pequeño trozo de carne.

—Hace tiempo que no lo veo. En mi última visita tenía su oficina repleta de piedras y me propinó un discurso sobre las energías ocultas de la Tierra. Mañana lo voy a llamar, porque a esta hora ya no debe estar en su trabajo y nunca he podido recordar el número telefónico de su casa.

Pensé en agregar otro comentario, pero vi que Simenon estaba concentrado en la limpieza de sus largos bigotes blancos, totalmente ajeno a mis palabras.

—Conmueve tu interés por el prójimo —le dije, antes de tomar la biografía de Charles Dickens que tenía encima del escritorio y que había comprado en una de mis visitas a la librería del poeta Lavquén, ubicada en unas galerías a los pies de las Torres de Tajamar. Leí el primer capítulo y seguí leyendo hasta que dos horas más tarde el sueño me arrebató el libro de las manos.

## 2

Conocí a Marcos Campbell durante mi primer y único año de estudios en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Fue en el transcurso de una marcha en contra del gobierno de Pinochet que reunió a un millar de universitarios que caminaron por la Alameda, desde la avenida República a la calle San Martín, donde fuimos interceptados por un nutrido pelotón de carabineros. Ciento cincuenta o doscientos estudiantes fueron detenidos a golpes de lumas y recluidos en una comisaría donde los uniformados comenzaron a interrogar a los universitarios, separándolos entre los que podían salir en libertad de inmediato y aquellos que merecían un tratamiento más prolongado.

Cuando las sombras cubrían el patio de la comisaría y ya pensaba que estaba destinado a quedar entre los elegidos para el interrogatorio más riguroso, oí que otro de los manifestantes se acercaba a mi lado y maldecía en voz baja a los carabineros. Miré al extraño con desconfianza, temiendo estar junto a un infiltrado entre las filas de los detenidos. Era un muchacho bajo y delgado que lucía una frondosa cabellera negra y ondulada.

—Si salimos en la próxima media hora te invito una cerveza —dijo en tono amistoso. No le respondí nada y el desconocido se limitó a mostrarme una sonrisa cómplice.

Más tarde, mientras bebíamos unas cervezas y comentábamos los incidentes de la marcha, Campbell contó que estudiaba en la Universidad de Chile y que le quedaban dos años para titularse de periodista. Le gustaba hablar. Saltaba de un tema a otro y los matizaba con sus abundantes conocimientos y opiniones que parecían meditadas y definitivas. Lo escuché hasta una hora antes de que comenzara el toque de queda impuesto por los militares y no volví a verlo hasta cuatro años más tarde. Para entonces ya existía mi oficina con su letrero de «investigaciones legales» claveteado

junto a su puerta, y Campbell tenía un despacho en el que prestaba servicios de publicidad y asesoría en medios periodísticos. No le iba mal. Tenía simpatía de sobra para convencer de sus bondades a sus eventuales clientes. En ese segundo encuentro bebimos una botella de vino, recordamos la marcha en que nos habíamos conocido, y a la hora de la despedida intercambiamos nuestros teléfonos.

Mi tercer encuentro con Campbell fue en el año 1990. Los golpistas habían dejado el poder, o eso hacían creer, y mi amigo estaba embarcado en la aventura de publicar una revista de sucesos sociales y policíacos, que desde entonces lograba mantener con la venta de avisos y la ejecución de trabajos relacionados con la redacción de folletos, libros institucionales y textos publicitarios de toda índole. No le hacía asco a ningún trabajo, y como él solía decir, le bastaba colocar un billete a un costado de la pantalla de su computador para inspirarse y escribir sobre cualquier tema. «Si lo sé, lo escribo. Si no lo sé, lo invento», declaraba, acompañando sus palabras con una sonrisa. Desde entonces seguimos viéndonos con regularidad. Campbell me había ayudado en varias oportunidades a obtener información para mis investigaciones y aunque con los años se había puesto algo cascarrabias, bastaban dos palabras afectuosas para aplacar sus arranques de ira y conseguir su cooperación. Campbell tenía una memoria prodigiosa y un completo archivo con antecedentes recopilados en sus más de treinta años de trabajo periodístico.

\* \* \*

Llamé a Campbell a la mañana siguiente y quedé en pasar por su oficina pasado el mediodía. No quiso hacer ningún adelanto del asunto del que deseaba conversar, pero algo en el tono de su voz me hizo intuir su preocupación. Lavé y puse en orden la loza utilizada en el desayuno y bajé a conversar con Anselmo. El quiosquero parecía de buen ánimo. Estaba acompañado por una clienta que daba la impresión de estar entusiasmada con las palabras de mi amigo. Anselmo se limitó a saludarme con un guiño y luego, disimuladamente, hizo un gesto para indicarme que me alejara lo más rápidamente posible. Uno que morirá con las botas puestas, pensé mientras ingresaba a la Estación Calicanto del Metro, sin preocuparme de los empujones de la gente que trataba de llegar al andén, atestado de pasajeros que rumiaban sus protestas por los descalabros del sistema de transporte que atormentaba a los santiaguinos desde su inauguración.

La oficina de Campbell había vuelto a experimentar cambios desde mi última visita. Lo único que había en su interior era el escritorio, los dos computadores que mi amigo utilizaba en su trabajo, su gastado sillón de cuero y un par de sillas para los ocasionales clientes. Los muros de la habitación estaban pintados de blanco y completamente despojados de los adornos, cuadros y fotos que solía tener el periodista en su oficina.

—¿Te embargaron los muebles o estás en proceso de cambio? —pregunté.

—Concentración en lo esencial, Heredia. Eso es lo más importante.

—¿Qué diablos es eso?

—Observo mi mundo interior y no quiero distracciones. Me rodeo de lo indispensable.

—¿Estás hablando en serio? Que recuerde, hoy no es el día de los santos inocentes.

—Todo lo serio que puedas imaginar. Concentración en lo esencial.

Miré las paredes de la oficina, tomé una de las sillas y me senté a cierta distancia del escritorio.

—¿Pretendes que conversemos a los gritos? —preguntó Campbell.

—Temo que la concentración en lo esencial sea contagiosa —dije, mientras pensaba en la gran cantidad de gente que creía con inusitada fe en los poderes de piedras, talismanes, pirámides, aguas aromatizadas, hojas de arbustos, santos, predicadores y una serie de filosofías o creencias raras que habían proliferado en los últimos años. Mucha gente estaba desorientada, vacía, y buscaba desesperadamente algo de lo cual asirse para no sentir que la vida era una ventolera rauda y carente de propósito.

—No festines, Heredia. Tú y yo estamos en edad de preocuparnos por la trascendencia de la vida —dijo Campbell—. Pero no te llamé para hablar de mí ni de la concentración esencial. Necesito que ubiques a un amigo periodista que desapareció de la noche a la mañana.

—¿Lo conozco?

—Se llama Julio Segovia.

—Su nombre no me dice nada. ¿A qué se debe tu interés por él?

—Julio es uno de los colaboradores de mi revista. Salió de su departamento hace dos semanas y desde entonces no ha regresado. Anteayer, después de llamarlo por teléfono una infinidad de veces, fui al edificio donde vive y lo comprobé con el administrador. Segovia no ha dado señales de vida y me preocupa que le haya pasado algo malo.

—¿Qué te hace pensar que tenga problemas?

—Tenía que entregarme dos reportajes y es la primera vez que no llega puntualmente con sus trabajos.

—¿Y qué dice la familia? Tendrá madre, esposa, un perro que le ladre.

—Julio está separado de su mujer desde hace cuatro años.

—Quizás tomó vacaciones.

—Imposible, me lo habría dicho. Llamé a su exesposa y me contó que los dos últimos domingos no ha ido a buscar a su hija. Y te aseguro que eso es algo que a él le importa sobremanera. Le costó un largo juicio conseguir que lo dejaran ver a su hija los fines de semana.

—Quizás tiene un romance que desconoces.

—Es posible, pero eso no justifica que desaparezca por completo. Pregunté a los carabineros, en postas, hospitales y en el Servicio Médico Legal. No aparece registrado en ninguna parte. Estoy seguro de que algo le pasó. La última vez que nos vimos me pidió dinero prestado para pagar la mensualidad del colegio donde estudia su hija y hasta el momento no ha pasado a buscarlo.

—¿Qué quieres que haga? Ya indagaste en los lugares a los que se recurre en caso de presuntas desgracias. Lo más probable es que reaparezca en un par de días.

—No es suficiente. Hace falta que alguien lo busque con especial dedicación. No te cuesta nada hacer tus preguntas habituales.

—Y aunque me costara, te debo más favores de los que puedo recordar.

—¿Qué necesitas para empezar a trabajar?

—Saber algo más sobre Julio Segovia —dije al tiempo que ponía un cigarrillo entre mis labios.

—Preferiría que no fumaras en mi oficina —dijo Campbell.

—No me digas que dejaste el cigarrillo —dije alarmado.

—Dos cajetillas diarias, durante veinte años, es suficiente castigo para mis pulmones.

—¿Tiene que ver con la concentración en lo esencial?

—No. Se trata de una radiografía que mostró que tengo un pulmón en camino a la miseria. Llevo un mes sin fumar y aunque no podría decir que lo he pasado bien, me siento mejor. Hasta he aprendido a resistir el aroma del tabaco cuando fuman a mi lado, pero no siempre es fácil.

Tomé el cigarrillo que pendía de mis labios y lo arrojé en el canastillo ubicado junto al escritorio del periodista.

—Gracias —dijo Campbell mientras miraba el canastillo con desconsuelo.

—Si lo prefieres, a la salida me llevo el canasto y su contenido.

—No exageres. Sé perfectamente lo que más me conviene y no me voy a poner a buscar en el canastillo apenas tú te vayas de la oficina.

—En eso me llevas una gran ventaja —dije y me quedé en silencio, esperando que Campbell retomara el motivo principal de nuestra conversación.

—Conocí a Julio hace seis años en la cátedra de redacción que imparto en la universidad. Julio estudiaba Periodismo después de cursar unos semestres en las carreras de Sociología y Derecho. Me llamó la atención desde el primer día. Tenía buena pluma y estaba interesado en aprender; dos cualidades que no descubro a menudo en mis cursos, llenos de niñitos bobalicones que no saben dónde poner una coma y estudian periodismo porque sueñan con aparecer en la televisión. Dejé de verlo al final del curso y no supe más de él hasta hace un año, cuando apareció en esta oficina. Julio escribe bien, tiene olfato para reportear noticias de interés, pero no ha aprendido a quedarse callado. Ha perdido un par de buenos empleos por contradecir a sus jefes o decir algo en contra de la línea editorial. Nunca ha entendido que, en ciertos medios, la libertad de prensa termina cuando uno comienza a punzarle

las bolas al director o a los accionistas.

—¿Vino a pedirte trabajo? —pregunté, interrumpiendo a Campbell.

—Como tantos otros muchachos que fueron mis alumnos y no encuentran trabajo. Julio conocía mi revista y aunque no lo pude contratar a jornada completa, acordamos que escribiría varios reportajes que él propuso y que a mí me parecieron interesantes. Hasta ahora no tengo quejas de su trabajo. Escribe directo y claro, dos cualidades que no se ven a menudo.

—¿Qué me puedes decir de su vida privada?

—Como te dije anteriormente, tiene un matrimonio fracasado y una hija pequeña a la que ve los días domingos. Sus padres residen en Coquimbo y los visita una o dos veces al año. Arrienda un departamento en la calle Carmen, a dos cuadras de la Alameda. Su vida es un tanto desordenada. Le gusta la noche y se acostumbró a trabajar lo justo y necesario como para ir tirando por la vida. Sostiene que un periodista debe meterse en la piel de los temas que reporta y no limitarse a copiar la información que encuentra en la Internet o en los comunicados de prensa que llegan a la sala de redacción. Y no son meras palabras. Para escribir sobre vagos que duermen en las calles, vivió con uno de ellos durante una semana hasta que sintió en carne propia lo que era estar en el borde de la ciudad; lo mismo hizo cuando se propuso escribir una crónica sobre los cargadores de la Vega.

—Por lo que me cuentas, su desaparición puede estar relacionada con sus investigaciones periodísticas. Probablemente anda trabajando en terreno.

—Precisamente, eso es lo que más me intranquiliza. La última vez que hablamos me dijo que deseaba escribir sobre el tráfico de drogas en el centro de Santiago. Tú conoces ese ambiente y sabes que los dueños del negocio no ven con buenos ojos que un periodista meta las narices en sus asuntos.

—Y menos les hará gracia que un investigador privado examine sus inmundicias.

—Tú sabes cómo moverte en ese medio y tienes el cuero duro.

—Lo que no es obstáculo para que una bala en la frente me provoque un agudo dolor de cabeza.

—Limitate a investigar hasta donde consideres razonable. Julio nunca ha tenido mucha suerte y merece que se preocupen por él.

—¿Tiene polola o amigos con los que se junte?

—Tenía una amiga, pero dejaron de verse. Y una hermana que se llama Patricia y trabaja de secretaria en una agencia de publicidad. Te puedo dar la dirección de su oficina. De sus amigos, no tengo la menor idea. Supongo que conoce a mucha gente en sus correrías por la noche.

—La mayoría de las veces, los amigos de los bares ni siquiera saben cómo se llama uno.

—De eso tú sabes más que yo. ¿Vas a ayudarme, Heredia?

—Haré las preguntas que sean necesarias, pero no te ilusiones. Mi magia tiene límites y mi olfato no es el mismo de antes.

—Tonterías. Continúas siendo el mismo hinchapelotas de siempre.

—Torcerle la mano al paso de los años no pasa de ser una ilusión. Cada día me cuesta más salir de mi departamento y entusiasmarme con el trabajo de turno.

—No voy a discutir contigo, Heredia. Tú mejor que nadie debes saber dónde te aprieta el zapato. ¿Se te ocurre alguna idea para empezar la investigación?

—Ya se me ocurrirá algo en el camino. Sudor y suerte es mi fórmula mágica. Cincuenta por ciento de sudor y otro tanto de suerte. Lo más probable es que comience por visitar el departamento de Julio.

—Eso sería una pérdida de tiempo. Te conté que fui a su departamento y que no estaba.

—¿Quién sabe? Quizás regresó o bien puedo encontrar algo que a ti no te llamó la atención.

### 3

Me despedí de Campbell más tarde de lo previsto, porque después de nuestra charla en su oficina seguimos conversando en el restaurante donde mi amigo almorzaba a diario, a cambio de la publicación de un aviso en la contraportada interior de su revista que destacaba las bondades del restaurante. Cuando nos sirvieron el bajativo, Campbell recordó al periodista desaparecido y volvió a preguntar por el inicio de mi trabajo.

—Comenzaré lo antes posible —dije mientras pensaba que la ausencia de Segovia podía estar motivada por un asunto de faldas o la ya comentada investigación acerca del tráfico de drogas.

Tenía la intención de ponerme a trabajar esa misma tarde, pero finalmente no hice nada durante el resto del día. Una vez que me despedí de Campbell me encaminé hasta una sala de cine arte donde exhibían la película *El tercer hombre*, basada en la novela de Graham Greene del mismo título que había leído años atrás. Pero pese a mi interés por la película, no pude evitar quedarme dormido, arrullado por los efectos de las copas del almuerzo. Cuando salí del cine, sentí la necesidad de dar un paseo por las calles de mi barrio antes de emprender el definitivo regreso a mi departamento.

Las primeras sombras caían sobre los techos oxidados de las viejas construcciones del barrio. Construcciones de dos o tres pisos que no tardarían en desaparecer para dar paso a torres de departamentos pequeños y uniformes, donde los cansancios y las ilusiones de la gente convivirían en cuarenta o cincuenta metros



cuadrados; lo que al fin de cuentas no era otra cosa que la metáfora de una vida reducida, mínima, de carencias mal disimuladas y deudas que caían en un cántaro trizado, irremediablemente trizado, y por cuyas heridas escapaba la vida o aquello que se entendía como tal y no era más que el inexplicable instinto de sobrevivir a cualquier precio.

Con la llegada de la noche el barrio se convertía en un desierto maloliente. Su aparente calma de temores anónimos era interrumpida por el paso de los autos, los gritos de un borracho o el taconear pausado de las prostitutas buscando a sus clientes. Un campo de batalla abandonado en el que los sobrevivientes se encargaban de saquear los cadáveres y dar la estocada definitiva a los heridos. Un desierto apenas iluminado por estrellas apabulladas por el esmog o el mortecino neón de un hotel para amantes trasnochados. Me detuve por unos minutos a un costado de la Plaza de Armas y sentí que en el aire flotaba un temor a cuchillada o golpiza. Avancé por el paseo Puente hasta la calle San Pablo y creí ver una sombra oculta junto a la puerta de la antigua ferretería ubicada frente al Mercado Central. Pensé en detenerme, pero no lo hice. Me limité a palpar suavemente la pistola que portaba en uno de los bolsillos de mi chaqueta y a recordar unos versos que había leído en un libro del poeta Raúl Hernández: *Yo no soy ningún forastero peligroso ni la mala copia de un truhán.*

Todo terminó como en una mala película de suspenso. Un perro se alejó del basurero en el que había estado buscando restos de comida y en ese mismo instante divisé a un hombre sentado en el suelo, con su cabeza oculta entre sus piernas. Me acerqué a su lado y toqué uno de sus hombros. El hombre no reaccionó y siguió soñando con un paraíso tan lejano como improbable. Lo cubrí con la frazada mugrosa que estaba a sus pies y luego le dije adiós.

Mientras caminaba hacia mi departamento, volví a pensar en la desaparición de Segovia.

\* \* \*

El dolor en la espalda que sentí al levantarme de la cama me hizo pensar en el inicio de un día complicado. La molestia localizada entre mis vértebras me acompañaba con intermitencias desde hacía seis meses y no había indicios de que fuera a desaparecer. Por el contrario, el dolor iba en aumento y a duras penas lo mantenía a raya con el calor de una ducha prolongada, una copa de whisky o las tabletas que me había recetado Hugo Vera, el dependiente de una de las farmacias del barrio. Vera había tenido un breve paso por la Escuela de Química y Farmacia y no tenía reparos en vender remedios sin el respaldo de una prescripción médica. A diario compartía sus conocimientos con una clientela empobrecida que seguía sus consejos con el respeto supuestamente reservado para los verdaderos profesionales en la

materia.

Aguanté el dolor y luego de abrochar con dificultad los cordones de mis zapatos, caminé lentamente hasta la cocina, donde preparé un café lo suficientemente cargado como para despertar a un oso en estado de hibernación. Una nueva puntada en la espalda me obligó a cerrar los ojos y lanzar una maldición que no escapó a los finos oídos de Simenon.

—¿Qué duele más, la espalda o el orgullo? —preguntó el gato que seguía con atención mis movimientos—. A tu edad, deberías estar acostumbrado a sentir nuevos dolores cada día. Es triste, molesto, pero tiene que ver con eso que llaman vejez.

—Tus comentarios no tienen ninguna gracia, gato metiche.

—Recuerda tu fecha de nacimiento y luego obsérvate en el espejo. Notarás que has cambiado de aspecto desde que saliste del orfanato.

—Si es por la edad, tú deberías estar muerto.

—Los gatos somos enviados de otras civilizaciones celestiales y vivimos hasta concluir nuestra misión protectora junto al humano que nos acoge.

—¿De qué hablas? Campbell me soltó un rollo sobre la concentración esencial y ahora tú dices que eres una especie de ángel protector.

—Para ti sería muy difícil andar por la vida sin mi compañía.

—No sé cuál de los tres está más loco: Campbell con su nueva filosofía, tú con tus sandeces celestiales o yo escuchando las tonteras que dicen ambos.

—La vida no perdona, Heredia. Tarde o temprano pasa la cuenta.

Bebí un sorbo de café y observé de reojo a Simenon, que comenzaba a lamer sus patas. Busqué en mi escritorio una de las tabletas recomendadas por Vera y la acompañé con otro poco de café.

Una hora más tarde, sin el dolor en la espalda pero con la desagradable náusea que me provocaba la pastilla, llegué al edificio de muros grises y desconchados donde vivía Segovia. Observé la puerta de entrada y luego caminé al encuentro del anciano desgarrado que a esa hora parecía estar a cargo de la conserjería. No tuve inconvenientes para que el anciano creyera que yo era un técnico contratado para la revisión de los conductos de ventilación. La historia me permitió ingresar al edificio y llegar hasta el departamento de Segovia.

Utilicé el pequeño cortaplumas que portaba en uno de los bolsillos de mis pantalones y luego de forzar la cerradura entré a una habitación que olía a encierro. Lo primero que vi fue una diminuta cocina tipo americana y un living en el que había tres sillones forrados en tevinil y una mesa de centro. De las paredes colgaban cuatro afiches con imágenes de ruinas griegas y un diploma que daba cuenta de los estudios universitarios de Segovia. El resto del departamento estaba compuesto por dos habitaciones. En la más grande había una cama de dos plazas y un velador metálico. Todo se encontraba en orden, al igual que el interior del clóset, donde colgaban un par de chaquetas, varios pantalones y media docena de camisas. Revisé las cajoneras del ropero y no encontré nada que llamara mi atención. En la segunda pieza, más

pequeña que la anterior, había un estante con una cincuentena de libros sobre temas periodísticos y unas pocas novelas. Bajo el estante había una mesa con un computador que se me antojó lo suficientemente antiguo como para postular a un espacio en el camión de la basura.

A un costado del computador encontré una libreta de apuntes y unas hojas impresas que correspondían al artículo sobre el narcotráfico que Segovia pensaba entregar a Campbell. Estaba bien escrito, pero no aportaba ninguna novedad a lo que yo sabía sobre el tráfico de drogas en el centro de Santiago ni señalaba nombres de personas o lugares que sirvieran para conocer la ruta que había seguido en su investigación, salvo nombrar calles como Esmeralda, San Antonio y Aillavilú, la calle donde se ubicaba mi oficina. De pronto escuché que golpeaban a la puerta del departamento. Dejé la libreta y las hojas impresas en su sitio y permanecí en alerta. Los golpes volvieron a repetirse con menos energía que al comienzo y a los pocos segundos escuché unos pasos que se alejaban. Caminé hasta la puerta de entrada, la abrí cuidadosamente y observé hacia ambos costados del pasillo hasta divisar al mayordomo en el momento que abordaba el ascensor. Temiendo que hubiera ido a buscar ayuda para hacerme pasar un mal rato, salí del departamento y bajé por la escalera de servicios. Cuando llegué a la planta baja, el anciano estaba junto a la puerta principal del edificio, observando con atención hacia la calle.

—Todo está en orden —le dije sin mostrar interés en detenerme a conversar.

—El edificio es viejo, pero los propietarios lo mantienen en buenas condiciones —dijo el mayordomo, y enseguida me preguntó si había visto a alguien merodeando por los pasillos.

—A nadie —le respondí, tajante—. Solo revisé los conductos de ventilación que salen a la escalera de servicios.

—Una de las propietarias llamó por citófono para decirme que había visto a un desconocido entrando al departamento del señor Segovia.

—Nunca está de más tomar precauciones —comenté—. Falsos vendedores, niñas que trepan por las ventanas, rateros disfrazados de policías. Los robos se han convertido en una plaga. No hay día en que la televisión no dé cuenta de uno nuevo. Y la gente, indefensa, como niños de pecho.

—Tiene toda la razón, señor...

—Coriolano, Juan Vicente Coriolano.

—¿Coriolano? Ese apellido es de origen italiano, al igual que el mío. Mi finado nono llegó a Chile desde Nápoles.

—Es chico el mundo —dije sin gran entusiasmo.

—Chico, muy chico —agregó el mayordomo y enseguida, como recordando algo que hasta entonces había estado oculto entre sus pensamientos, preguntó—: ¿Para qué empresa dijo usted que trabajaba?

—Morbiclet —respondí, rápidamente, recordando el nombre de un jarabe para la tos que había visto anunciado en la vitrina de la farmacia donde trabajaba Hugo Vera.

En el rostro del conserje se dibujó una expresión de duda, y deduciendo que demoraría unos segundos en memorizar el nombre de la supuesta empresa, me despedí de él y abandoné el edificio sin volver la vista atrás.

La prisa que impuse a mis pasos reactivó el insidioso agujón en la espalda y solo tuve aliento para llegar a sentarme en mi auto, encender un cigarrillo y observar por largo rato el paisaje recortado por los límites mugrosos del parabrisas. Como le había dicho a Campbell, cada día me costaba más reunir entusiasmo para iniciar mis pesquisas y el asunto de Segovia no escapaba de la regla, sobre todo cuando lo que deseaba era cobijarme en mi cama, junto al ejemplar de *Ilusiones perdidas*, de Balzac, que me esperaba sobre el velador para releer las andanzas de Lucien de Rubempré, en su afán de conquistar París con sus versos. Pero, dejando de lado mis deseos, volvía a pensar en Campbell y decidí hacer una nueva movida en mi incierto tablero de ajedrez.

## 4

A Doris Fabra no la veía desde hacia dos meses. La última semana había intentado comunicarme con ella en varias oportunidades, pero su teléfono sonaba invariablemente ocupado o atendía una secretaria que me informaba que mi amiga estaba en reunión o dirigiendo alguna pesquisa en terreno. Lo último que sabía de ella era por una postal que envió a mi departamento, en la que me contaba de su asistencia a un curso en Londres que, además de permitirle conocer el funcionamiento de la policía inglesa, le había dado la oportunidad de recorrer una ciudad que desde siempre estuvo entre los destinos más deseados para sus viajes. Aunque me costaba reconocerlo, extrañaba su compañía, nuestras disputas por los casos que ocasionalmente nos tocaba compartir y la atracción que de pronto nos hacía sentir muy cerca el uno del otro y que unos pocos años atrás había provocado el resplandor de un fuego tan intenso como breve.

Decidí volver a probar fortuna. Marqué el número telefónico del departamento de Doris y al cabo de unos segundos oí su voz.

—¿Tienes tiempo para un viejo amigo? —le pregunté.

—¿Heredia? —preguntó y noté una súbita preocupación en su voz—. ¿Qué te habías hecho? Me tienes abandonada.

—Hasta donde recuerdo, tú eres la que adeuda un largo relato de cierto viaje a Inglaterra.

—Es verdad, pero he estado ocupada y cuando te he llamado, no contestas.

—La incomunicación en la era de las comunicaciones —dije—. El mal nunca toma vacaciones y siempre hay algo que investigar.

—Ojalá yo tuviera algo que investigar. Me tienen impartiendo charlas sobre mi experiencia con los policías ingleses. Pero aparte del trabajo y de tus habituales correrías por la noche, ¿cómo estás?

—Tirando un día con otro y sin perder la esperanza de llegar a tocarle los cachos a la luna. Lo único malo es que siguen cerrando mis bares favoritos y deambulo de un sitio a otro sin encontrar un lugar de mi completo agrado.

—Pensé en ti durante el viaje. Especialmente cuando me llevaron a conocer la casa de Charles Dickens, cuyas novelas tanto te gustan. Te compré unas postales del lugar y unas copias de las ilustraciones que acompañaron la primera edición inglesa de *Grandes Esperanzas*. No olvido lo que hiciste por mí cuando me balearon mientras investigábamos el asesinato del hijo de Anselmo. Sin tu socorro no vivo para contar el cuento. Y, desde luego, no olvido tu compañía en el hospital ni las palabras que dijiste cuando creías que no te podía escuchar.

—Ha pasado un buen tiempo desde entonces. Y si mal no recuerdo, ya hablamos de eso en su momento.

—Sí, pero pienso que no hemos conversado suficientemente acerca de tus palabras en el hospital. Si mal no recuerdo, llegaste a decir que me querías.

—¿Estás segura que dije eso?

—Tengo buena memoria, Heredia.

—¿Quieres llegar a otra noche de motel de la cual arrepentirse a la mañana siguiente?

—Nunca olvidas lo que te dije al término de nuestra primera cita.

—Poseo un puñado de recuerdos que me acompañan y a veces me ayudan a no repetir ciertos errores.

—Sigo pensando que tenemos una conversación pendiente.

—Ya habrá tiempo para eso.

—¿Qué pasa? Tu voz suena alicaída.

—Debe ser el dolor de espalda que me acompaña desde la mañana. Debería ir a un médico, pero seguro que el tipo me manda a hacer gimnasia o al quirófano. Dos posibilidades que me aterran. Y no me digas que mire el carné de identidad. No necesito eso ni consultar el calendario para saber que el tiempo pasa.

—Tú no me engañas. A ti te ocurre algo.

—Últimamente siento que la soledad me comienza a pesar.

—¿Y qué es de tu amiguita Griseta? ¿No te da la compañía que necesitas?

—Ella es parte del puñado de recuerdos que mencioné.

—Ahora me queda claro el motivo de tu llamada. A falta de pan, buenas son las tontas, ¿o me equivoco?

—Te equivocas. El dicho habla de tortas.

—Da igual, Heredia. La idea es la misma.

—La verdad es que te extrañaba y además necesito de tus conocimientos —le dije y enseguida le hablé de la desaparición de Julio Segovia y del encargo de Marcos Campbell.

—Y yo que llegué a pensar que me llamabas para invitarme a cenar. ¿Qué quieres que haga? —preguntó Doris, y noté que su voz perdía la suavidad que tenía al inicio de la conversación.

—Aunque Marcos ya lo hizo, no estaría de más volver a consultar en hospitales y postas. Y además sería bueno decirle a tu gente que tengan presente el nombre de Segovia.

—¿Crees que puede estar muerto?

—No, pero hay que estar atento a todas las posibilidades. Pienso que Segovia aparecerá vivito y coleando en cualquier momento. Pero no obstante eso, quiero cumplir con la promesa que le hice a Campbell.

—Dalo por hecho —dijo Doris, y luego de una pausa, agregó—. Te tengo mal acostumbrado. Debería ser más cabrona contigo.

—No está en tu naturaleza, Doris.

—Te aseguro que puedo sorprenderte.

—Procuraré no molestar demasiado.

—¿Tan solo eso querías de mí?

—¿Podemos vernos un día de estos?

—Lo pensaré de aquí hasta que tenga la información que necesitas —dijo Doris, y luego se quedó en silencio.

—¿Estás molesta por mi llamada? —pregunté.

—Preferiría que no hubiera sido por asuntos de trabajo.

—Si quieres cuelgo y te vuelvo a llamar.

—No siempre tus chistes me hacen gracia —respondió Doris y cortó la llamada.

—Nunca entenderé a las mujeres —dije a Simenon que estaba a mi lado lamiéndose pausadamente los pelos de su panza.

—¿Y qué esperas? De no ser por Griseta, tú y Doris podrían estar juntos.

—No me vengas con historias de telenovelas.

—Al caer la noche podrían hablar de crímenes y sospechosos.

—¿A quién le interesa conversar al caer la noche?

—A cualquiera que conoce las lentas horas de la soledad.

—Por ahora quiero encontrar a Segovia. ¿O es demasiado pedir?

—A mí no me preguntes. Tú eres el detective de la casa.

\* \* \*

La agencia de publicidad donde trabajaba Patricia Segovia estaba ubicada en el

décimo piso de un edificio próximo a la avenida Apoquindo. Después de estacionar mi añoso Chevy detrás de un lujoso Corvette, caminé una cuadra hasta el edificio y abordé el ascensor de paredes metálicas que me dejó frente a una puerta de vidrio esmerilado que tenía grabada la leyenda «*Imágenes*» en una de sus hojas. Empujé la puerta y me acerqué al mesón de recepción, que era atendido por una rubia que dedicó tres segundos de su vida a observarme, y enseguida, cuando comprendió que yo no era su príncipe azul ni menos un ejecutivo con futuro, me preguntó con desgano por el motivo de mi presencia en el templo de las apariencias y las ideas supuestamente brillantes.

—La segunda puerta por el pasillo —respondió después de escuchar el nombre de la hermana de Segovia. Luego me indicó una alfombra esponjosa que parecía conducir al mentado paraíso al que aspiran los beatos acostumbrados a darse de golpes en el pecho.

Patricia Segovia era una mujer alta, delgada e irremediablemente fea. Debía tener algo más de cuarenta años y con algo de asombro noté que lucía una sortija de matrimonio en su mano izquierda. A nadie le falta un cacho de fortuna, pensé mientras ella me ofrecía asiento frente a su escritorio, en el que tenía un computador, dos cuadernos de tapas verdes y un bolígrafo dorado. Me presenté y cuando le dije que venía a verla por un asunto relacionado con su hermano hizo una mueca que acentuó la marchita expresión de su rostro.

—Usted no tiene aspecto de abogado —dijo con tono despectivo.

—No he dicho que lo fuera, señora.

—Mencionó que viene de parte de mi hermano.

—¿Me ha oído decir eso?

—¿No viene por el asunto de la casa de nuestros padres que él se empeña en vender?

—No tengo ningún interés en la casa de sus padres ni en nada que pueda afectar su cuenta corriente. Solo busco a su hermano.

—¿Julio le debe dinero?

—Julio lleva dos semanas sin aparecer por su departamento e intento dar con su paradero.

—¿Usted es de la policía? —preguntó.

—Esta vez acertó, señora —dije, intuyendo que la idea de tener un policía frente a ella la haría hablar con más amabilidad—. Quiero saber si lo ha visto recientemente o si puede decirme dónde ubicarlo.

—Seguro que está metido en problemas. Lo vi hace un mes y si de mí dependiera, no volvería a verlo nunca más. Jamás nos hemos llevado bien y menos aún desde que empezó a decir que deseaba vender la casa de nuestros padres. Dejé el asunto de la casa en manos de un abogado. Prefiero gastar unos pesos y no seguir discutiendo con Julio.

—Hábleme de esa casa que ha mencionado en dos oportunidades.

—Nuestros padres nos dejaron una casa que actualmente está arrendada. Es una propiedad a la que se le puede sacar un buen precio, ya que varias inmobiliarias han hecho ofertas muy interesantes por ella. Julio quiere venderla y yo me opongo porque no estoy dispuesta a compartir el producto de la venta sin antes recuperar el dinero invertido en su conservación y en el pago de las contribuciones. Y para que eso suceda, la casa deberá pasar varios años en arriendo sin que mi hermano vea un centavo. Mis padres murieron hace seis años y desde entonces no hemos parado de discutir.

—Podrían llegar a otro tipo de arreglo. Usted se queda con la mitad del producto de la venta, y de la parte que le corresponde a Julio, él le paga los gastos incurridos en el cuidado de la casa.

—No es exclusivamente por el dinero que me opongo a la venta. Julio es un botarate que gastaría su parte en un abrir y cerrar de ojos. Por eso no quiero que toque ni un céntimo del capital que a mis padres les costó reunir. Julio ha perdido trabajos prometedores y terminó su matrimonio con una muchacha de buena familia.

—¿No le preocupa que su hermano lleve dos semanas desaparecido?

—No es la primera oportunidad en la que desaparece. Cuando aún vivían mis padres, decidió viajar por Latinoamérica durante seis meses y no dio señales de vida mientras estuvo dando vueltas por sabe Dios qué lugares. Mis padres recurrieron a la policía y aunque supieron que su salida del país estaba registrada, vivieron ese tiempo con el alma en un hilo. Dos meses después de su matrimonio hizo algo parecido, pero por menos tiempo. Elena, su mujer, recorrió mar y tierra para encontrarlo, y al final reapareció diciendo que le habían ofrecido reportear una expedición de científicos ingleses al sur de Chile.

—¿La última vez que se vieron fue en el departamento de Julio?

—Nunca he puesto un pie en ese lugar ni mi marido acepta que él entre en nuestra casa. Las tres últimas veces que nos hemos visto ha sido en un bar del centro.

—¿Recuerda el nombre del bar?

—Es un boliche con nombre de carrera de autos que está cerca de la Casa Central de la Universidad de Chile.

—¿«Indianápolis»?

—Ese mismo. Parece ser un lugar que él frecuenta, porque noté que tenía bastante familiaridad con los mozos. Seguramente usted lo conoce muy bien.

—Mi gusto en materia de bares no es algo que esté en discusión, señora.

—Ya le he dado bastante de mi tiempo —dijo la mujer mientras observaba la puerta de su oficina.

—¿Sabe dónde vive la exesposa de Julio?

—Vive con sus padres y le puedo dar su teléfono. Soy madrina de bautizo de mi sobrina y a menudo la llamo para invitarla a mi casa o en el día de su cumpleaños.

La mujer buscó en uno de los cuadernos de tapas verdes hasta dar con un número que anotó en una hoja de papel que sacó desde uno de los cajones de su escritorio.



Me entregó el papel y me quedó observando con la impaciente expresión del buitre que aguarda la descomposición de su presa.

—Supongo que Julio no debe visitar a su hija, por lo que dudo que en esa casa sepan algo de él.

—Hasta su desaparición, la veía cada quince días.

—Me sorprende que mi hermano se preocupe por la niña.

—Me intriga que lo odie tanto, pero no soy psicólogo ni tengo tiempo para averiguar la causa.

—Yo tenía quince años cuando nació Julio y quizás esa diferencia de edad nos hace tener distintas aspiraciones en la vida. Es sabido que no todas las ramas de un árbol crecen por igual. Incluso hay algunas que se pudren.

—Y otras que se secan y van a dar al fuego.

—Si no tiene más que decir, le agradeceré que me deje seguir con mi trabajo — agregó la mujer y acompañó sus palabras con una mueca que habría causado la envidia de Boris Karloff.

No tenía sentido seguir hablando con la hermana, me dije más tarde, después de buscar un teléfono público y mientras marcaba el número de la casa donde vivía la hija de Segovia. El teléfono sonaba al otro lado de la línea y esperé un instante hasta que oí una suave voz de mujer.

—¿Señora Elena? —pregunté procurando que mi voz no sonara como la de un promotor de préstamos bancarios o tarjetas de crédito.

—Mi hija Elena no se encuentra en casa. ¿Para qué la necesita?

—Disculpe si la incomodo. Soy amigo de Julio Segovia y estoy interesado en dar con su paradero. Hace varios días que no aparece por su departamento y estoy preocupado por un trabajo que debemos hacer en conjunto.

—También a Elena y a mi nieta les ha extrañado no tener noticias de él. El domingo pasado le correspondía venir a buscar a la niña y no lo hizo. Ni siquiera ha llamado para dar una explicación.

—¿No les dijo que pensaba hacer un viaje o que tuviera algún problema?

—Nada de eso, señor. Mi hija me lo habría comentado.

—Sé que en el pasado desapareció sin dar aviso —dije—. Pero también estoy al tanto de que Julio se ha portado bien en lo que se refiere a las visitas a su hija.

—¿Quién es usted? ¿Por qué conoce esos detalles de la vida de Julio? —preguntó la mujer con desconfianza.

—Me llamo Heredia y con Julio trabajamos juntos desde hace bastante tiempo. Existe plena confianza entre los dos y él suele hablarme de sus asuntos personales.

—Quisiera ayudarlo, pero hace tiempo que no converso con Julio, y lo poco que sé de él es lo que me cuentan mi nieta o mi hija. A veces lo veo cuando viene a buscar a la niña, pero en esas ocasiones no pasamos más allá de los saludos de rigor. Y para serle franca, después de que se separó de mi hija no me interesa lo que él hace con su vida. Me basta con saber que se comporta bien con mi nieta.

—Si no es molestia, volveré a llamar para saber si tienen noticias.

—Hágalo, y si usted llega a verlo, dígame que su hija ha preguntado insistentemente por él.

Me despedí de la mujer, y más tarde, de regreso en mi oficina, llamé a Campbell y lo puse al tanto de los magros resultados de mis pesquisas.

—Se lo tragó la tierra —dije para reafirmar las dificultades que presentaba dar con el paradero de Julio Segovia.

—Seguro que algo se te ocurrirá para seguir con la búsqueda.

—Aún me queda husmear en un bar que suele frecuentar Segovia.

—¿Y si eso no da resultado?

—Pedí ayuda a Doris Fabra y es posible que ella tenga mejor suerte que la mía.

—Eso quiere decir que todavía ves a la mujer policía —dijo Campbell, que estaba al tanto de mi antiguo y efímero romance con Doris.

—Eso quiere decir que la llamé por teléfono.

—Tiempo atrás la divisé en el paseo Huérfanos y no me extraña que hayas intentado verte la suerte con ella. Un buen culo tira más que una yunta de bueyes. Tú no tienes arreglo, Heredia.

—¿Preciso algún arreglo?

—Necesitas mayor concentración en lo esencial.

—No jodas, Campbell. Si de prédicas se trata, prefiero escuchar a los charlatanes de la Plaza de Armas. Tipos como esos te quitan el deseo de vivir.

—Tú y ella tuvieron cierto momento de ternura y luego la leche no cuajó.

—¿A qué viene eso?

—Concentración en lo esencial, Heredia. Griseta no volverá y tú eres un perro que necesita que alguien le saque las pulgas.

—¿Trabajas de consejero sentimental? —pregunté y sin esperar la respuesta de mi amigo, agregué—: Si llego a saber algo de Segovia, te llamo. Mientras tanto busca algo de qué preocuparte y no te metas en mis asuntos.

—¿Te enojaste?

—No, pero tengo un dolor en la espalda que me tiene de mal genio.

—Ponte un guatero con agua caliente en la espalda y otro sobre el corazón por si te hace falta.

\* \* \*

—No te enojas: Campbell solo se preocupa por ti —creí oír que decía mi gato mientras se estiraba sobre la treintena de novelas de Georges Simenon que utilizaba de cama desde la tarde que llegó a la oficina, joven, flaco y con un apetito que logré aplacar con una lata de jurel, un pocillo de agua y la invitación a quedarse por el tiempo que quisiera. Había transcurrido bastante tiempo desde entonces y sus ganas de abandonar el departamento no pasaban más allá de sus paseos por los tejados del vecindario y sus visitas esporádicas a las gatas que vivían en otros departamentos o merodeaban por el barrio.

Los dos habíamos envejecido y debíamos reconocer que cada día nos resultaba más difícil aceptar lo que acontecía con la mayoría de la gente que veíamos pasar desde las ventanas del departamento. La prisa sin aparente sentido, la claudicación sin cuestionamiento a la idea de que nada podía cambiarse en una sociedad que transformaba a las personas en meros consumidores, vacíos de toda ilusión que no pudiera caber dentro de una billetera o en las implacables cláusulas bancarias. Desde nuestras soledades rezongonas seguíamos avivando el fuego de la rebeldía que se necesitaba para combatir contra aquellos que se empeñaban en convertir la vida en un lento y oneroso camino hacia el matadero.

—Es hora de preocuparse de la reineta que está en el refrigerador —dije

apartando de mi lado las ideas que me habían provocado la pregunta del gato—. Sal, una pizca de merkén, ajo molido, y luego a la sartén con unas gotas de aceite de oliva. Rápido y simple. ¿Qué me dices?

—¿Desde cuándo tienes guardado ese pescado en el refrigerador?

—No me digas que ahora estás interesado en la Historia.

—Deberías reflexionar sobre la conveniencia de guisar ese pescado. Me preocupa mi estómago. Lo tengo delicado.

—Anselmo compró la reineta hoy en la mañana. Fue al mercado y se acordó de nosotros. Al menos eso dice la nota que encontré pegada en la puerta del refrigerador.

—Eso me devuelve la fe en tu escasa cordura.

—Dividiremos el pescado en partes iguales y deberás conformarte con lo que te toque en el reparto. Estoy aburrido de que al menor descuido metas tus bigotes en mi plato.

\* \* \*

Después del almuerzo me acosté en la cama y dejé que Morfeo me acogiera entre sus brazos. Soñé que estaba en una playa desierta y una figura borrosa aparecía a cierta distancia de donde yo me encontraba. Trataba de darle alcance y no lo conseguía. Ni siquiera lograba distinguir de quién se trataba. Era un sueño recurrente en el último tiempo y a menudo me preguntaba si la figura inalcanzable no sería otra cosa que el reflejo de la vida que cada día se alejaba más de mi lado. Me despertó el timbre del teléfono y por segunda vez en el día volví a escuchar la voz atropellada de Campbell.

—Seguí tu consejo —dijo mi amigo—. Llamé a media docena de colegas periodistas y conseguí hacerme una idea sobre las preocupaciones de Segovia en el último tiempo. Tenía deudas de las que nunca me conversó y junto con colaborar en mi revista trabajaba en lo que se le pusiera por delante. Reemplazó a un periodista deportivo que estaba con licencia médica, escribió columnas de orientación familiar para una revista de mujeres, hizo críticas de cine y hasta parece que se dio tiempo para tentar fortuna como guionista de una serie de televisión. Salvo con la productora de televisión, me comuniqué con el resto de los medios en los que trabajó y en cada uno de ellos me dijeron que hizo su trabajo en el tiempo y con la calidad requerida. Averigüé que nadie tiene idea de dónde puede estar en estos momentos. Y eso no es todo, hablé con un dirigente del Colegio de Periodistas que está a cargo de la bolsa de trabajo para colegas cesantes. Me dijo que Segovia tuvo una entrevista para trabajar en un servicio público y que debía presentarse hace una semana en la que sería su nueva oficina. Tenía el trabajo en sus manos y no llegó. ¿Qué te parece?

—Me hace pensar que no desapareció por su propia voluntad.

—Salvo que tuviera en perspectiva un trabajo mejor. Segovia le comentó a mi

amigo del Colegio de Periodistas que estaba en conversaciones para trabajar en una agencia de prensa internacional. Un trabajo para el cual debería viajar a Buenos Aires.

—Doris quedó en averiguar si Segovia salió del país.

—Lo extraño es que no me informara acerca de esa oferta de trabajo. Suele hablarme de sus proyectos.

—Como sea, antes de perder neuronas en elucubraciones, te aconsejo esperar la información que me entregará Doris. Si Segovia salió del país, se acaba el misterio y podremos sentarnos a beber una botella de vino y a conversar de dos de las pocas cosas que aún nos apasionan: el fútbol y la poesía.

\* \* \*

No obstante el consejo que le diera a Campbell, y sin ninguna posibilidad de volver a dormir, ocupé unas horas en leer y luego me dispuse a seguir la última pista que tenía para encontrar a Segovia. Me dirigí al paseo Ahumada, crucé la Alameda y entré al «Indianápolis». El bar lucía su acostumbrada animación de cada noche. Sus mesas de la planta baja estaban ocupadas por clientes que conversaban despreocupadamente. Me detuve un instante junto a la puerta y no vi a ningún parroquiano que me resultara familiar. Un muchachito recorría las mesas vendiendo calendarios con imágenes de caballos, perros y aves de coloridos plumajes. A simple vista no le iba bien en su negocio. Los clientes miraban de reojo los calendarios y enseguida alejaban al vendedor con una mueca o un par de palabras. Subí a la planta alta, reservada para los fumadores, y me encontré con el alocado espectáculo de un centenar de hinchas que seguían las alternativas de un partido de fútbol entre la Universidad de Chile y un equipo colombiano. Ubiqué una mesa desocupada, en un rincón desde el que no se veía la pantalla de televisión, y pedí una cerveza al mozo de bigotes lacios que llegó a atenderme y que se limitó a negar con la cabeza cuando le pregunté si conocía a un periodista de apellido Segovia.

—Estoy haciendo un reemplazo. El colega que atiende habitualmente este salón rodó por la escalera y terminó con una pierna fracturada —agregó el mozo antes de alejarse en busca de mi cerveza.

—Uno nunca sabe en qué momento se enfrentará al abismo —filosofé con escasa fortuna, mientras observaba a los hinchas azules que seguían las alternativas del partido de fútbol.

—Mejor me hubiera quedado en el departamento —dije al tipo ojoso y con expresión de hastío que se reflejaba en el espejo colgado frente a mi mesa. Luego lo miré con mayor atención y no me gustó su aspecto. Había perdido varios kilos y necesitaba con urgencia una visita a la peluquería.

## 6

La puntada en la espalda continuaba, persistente como una maldita gota de agua en medio de la noche.

Creí escuchar un ruido proveniente de la oficina y vi a Simenon poner sus ojos y orejas en alerta. Pese al dolor, conseguí alcanzar la pistola que dormitaba bajo la almohada y clavé mi mirada sobre la puerta del dormitorio. La inquietud dio paso a la sorpresa cuando la vi entrar al dormitorio. Vestía una blusa blanca y pantalones vaqueros azules que realizaban el atractivo balanceo de sus caderas. Su cabello azabache lucía corto y permitía que resaltara la piel morena de su rostro y sus grandes ojos claros.

Doris se acercó a la cama y deslizó unas caricias sobre el lomo de Simenon.

—Estaba sola y me acordé que tiempo atrás me diste una copia de las llaves de tu departamento. ¿Te desperté? —preguntó sin dejar de mirar al gato.

—Creo que no. Sigo viendo al ángel que estaba en mis sueños.

—Deja esa palabrería para las minas maltrechas que encuentras en los bares.

—¿Qué sabes de eso? ¿Me vigilas?

—Te sorprendería lo que sé de ti —respondió, y enseguida, frunciendo el ceño, agregó—: Deseaba conversar contigo, Heredia.

—No me digas que, al igual que en los chistes malos, vienes a darme una noticia buena y otra mala —dije, y Doris hizo aparecer una leve sonrisa en su rostro.

—¿Me creerás que estaba pensando en lo mismo? ¿Coincidencia o es que somos el uno para el otro?

—Dejémoslo en que se trata de una coincidencia.

—¿Seguro?

Guardé silencio y observé a Simenon mientras se levantaba de la cama y caminaba perezosamente hacia la salida del dormitorio.

—Un gato discreto o bien entrenado —dijo Doris—. Y la verdad es que mis noticias son tres y no dos. La mala noticia es que no averigüé nada que permita conocer el paradero de Segovia. Verifiqué lo que ya sabías. No se encuentra en hospitales, postas, recintos policiales ni en la morgue. Mis colegas de la policía internacional no saben nada de él. Su posible salida del país no está registrada en ningún paso fronterizo. Temo que se haya convertido en un fantasma.

—Hasta los fantasmas muestran la nariz de tarde en tarde.

—Sin una denuncia o un delito que lo involucre, es difícil encontrarlo.

—Eso no calmará la inquietud de Campbell.

—La historia de Segovia no da para seguir perdiendo el tiempo —dijo Doris al tiempo que daba unos pasos hasta quedar a un costado de la cama.

—Hablaré con Campbell —dije de mala gana, y luego agregué—: Hace un rato dijiste que traías más noticias.

—La segunda es que anoche estuve pensando en ti.

—¿Para bien o para mal?

—Me costó quedarme dormida y hoy, cuando desperté, seguía contigo en mis pensamientos.

—¿Y eso qué significa?

—En cierta ocasión dijiste que podía caber más de una mujer en tu corazón.

—Mentiría si te digo que he cambiado de idea.

—Decidí que eso me da igual y que una debe darse sus gustitos cuando considera que vale la pena. Es lo que dice una de mis amigas cada vez que la sorprendemos con una nueva compañía.

—¿Y eso en qué me afecta o beneficia? —pregunté, receloso.

Doris desabrochó los botones de su blusa y dejó a la vista el diminuto sostén que contenía sus pechos. Soltó la traba de sus pantalones y los dejó caer al suelo junto con sus demás prendas interiores. Finalmente se desprendió de la blusa y el sostén. Contemplé la desnudez de la mujer policía y pensé que parecía una gacela a punto de emprender una alocada carrera. Quise decir algo, pero ella se llevó un dedo a la boca y me hizo callar. Avanzó hasta la cama, levantó la sábana que me cubría y se sentó a horcajadas sobre mí. Sus pechos rozaron mis labios. Apreté sus caderas entre mis manos y ella acarició la cicatriz que me había dejado en el vientre el corte de una navaja. Respiré profundo, busqué sus labios y me propuse olvidar el maldito dolor en la espalda.

\* \* \*

Al otro día, y mientras el agua mojaba nuestros cuerpos dentro de la ducha, le pregunté nuevamente por el significado de su inesperada visita. Y una vez más ella se limitó a poner uno de sus dedos sobre mis labios y a sonreír. Seguí su juego y no insistí. Después de la ducha, me preguntó si tenía algo con qué preparar un almuerzo presentable y ante la perspectiva de comer arroz graneado con huevos fritos, optó por invitarme a uno de los restaurantes del vecindario.

Al llegar a la calle, se tomó de mi brazo izquierdo y seguimos caminando en silencio hasta que al pasar frente a una tienda nos vimos reflejados en su vitrina.

—No nos vemos mal tomados del brazo —dijo Doris.

—¿Tú crees?

—Cualquiera que nos vea pensará que nos queremos.

—¿Y no es así? Has pasado la noche dentro de mi cama.

—En mi caso eso no quiere decir demasiado. Y en el tuyo, menos. Sé que no soy la primera en visitar tu dormitorio.

—Olvidé que trato con una mujer de cuero duro.

—Más te vale no olvidarlo.

—Aún no me explicas el verdadero motivo de tu visita.

—Cuando lo sepa te lo diré.

—Tiempo atrás me dijiste que la primera vez te habías acostado conmigo por curiosidad; la segunda por placer, y que si lo hacías por tercera vez sería por amor.

—A tu edad no creerás en esas tonterías. Son palabras que se dicen para sacarse de encima a un tipo sin que el pobre se sienta mal —dijo Doris con tono irónico—. Por ahora no tengo tiempo para pensar en otro asunto más que el trabajo. La tercera noticia que ayer deseaba contarte es que fui trasladada al Departamento de Asuntos Internos, unidad que se dedica a investigar los reclamos que la gente y otras instituciones interponen en contra de los funcionarios, por falta a la ética o a la ley. Se supone que es un ascenso en mi carrera, pero la verdad es que no me agrada la idea de tener que olisquear los malos olores de mis compañeros. Las jefaturas están preocupadas por varios casos de corrupción conocidos en los últimos meses e intentan mantener orden en las filas. Tratos con narcotraficantes, investigaciones mal llevadas, coimas y chantajes, funcionarios ebrios o drogadictos. La lista de faltas es larga y a la jefatura del servicio le interesa tenerlas a raya. Dicen que quieren conservar la disciplina y la imagen institucional, pero a mí se me antoja que están más preocupados de conservar sus empleos. Más aún cuando no pasa un día en que los políticos y los periodistas no hablen del aumento de la delincuencia y de lo poco que se hace para combatirla.

—Supongo que ese trabajo no te hará muy simpática entre tus colegas —dije—. A nadie le cae bien el acusete del curso.

Doris levantó los hombros en un gesto de resignación, se apartó de mi lado y recorrió el tramo que nos faltaba para llegar a la entrada del restaurante.

—Por favor, no sigamos hablando de mi trabajo —dijo—. Estoy en él porque me gusta y mientras eso no cambie, aguantaré las malas rachas.

—Mantener la cabeza en un hoyo no te traerá mucho beneficio.

—Dejemos esta charla para otra ocasión. Me gustó compartir tu cama y si insistes en el tema me harás sentir que fue un error venir a verte.

—Tú pusiste el tema sobre la mesa.

—Pero no para darle más vueltas de las que merece. Comamos algo sabroso y concluyamos de la mejor manera nuestro encuentro.

Después de comer, caminamos hacia la Estación Mapocho y nos despedimos frente al edificio donde en el pasado había funcionado el Hotel Bristol. Un edificio de líneas elegantes que varias veces había estado a punto de ser derribado en el pasado y que en la actualidad formaba parte de un proyecto de remodelación del barrio que impulsaba el Ministerio de Obras Públicas. Vi a Doris alejarse rápidamente por la calle General Mackenna y enseguida rehíce mis pasos hasta llegar a la esquina de las calles Bandera y Aillavilú.

El quiosco de Anselmo estaba cerrado. Deduje que, como venía sucediendo en los últimos meses, mi amigo se había quedado entre los recuerdos atesorados en su casa, dejando que las horas hicieran su juego hasta que ya era tarde para regresar al



quiosco. Desde la muerte de su hijo, la chispa que iluminaba los días de Anselmo parecía haberse apagado, y aunque trataba de seguir con la rutina de su quiosco y sus coqueteos con las vecinas del barrio, no era más que la sombra del hombre del cual me había hecho amigo tiempo atrás, y más aun, del jinete que viera correr en la pista de carreras del Hipódromo Chile.

Mi departamento todavía conservaba el aroma del perfume de Doris, y por sus ventanas entraba una luz que se posaba desganaada sobre los libros y muebles de la oficina. Me senté junto al escritorio, puse en el equipo de música un disco de Django Reinhardt y Stephane Grappelli, acogí entre mis brazos a Simenon y no me moví de mi asiento hasta que el disco dejó de sonar. Recién entonces junté ánimo y llamé por teléfono a Campbell.

—Tu amigo no da señales de vida —dije luego de ponerlo al tanto de la información que me había dado Doris.

—Esperaba que no fuera tan difícil obtener noticias de Segovia —dijo Campbell.

—Lo más probable es que aparezca en cualquier momento. Pero igual volveré a llamar a la casa de su exesposa. Allí está su hija y por lo tanto es el primer lugar donde debería dar señales de vida.

—Ojalá sea como dices. Me preocupa la suerte de Julio —agregó Campbell y luego de especular un rato sobre el paradero de su amigo, se despidió.

Volví a la música y a un libro donde Jules Renard decía: *Estoy seguro que el gato no piensa en nada, pero tiene el aire de un profundo pensador.*

—¿A qué viene esa tontería que acabas de leer? —preguntó Simenon luego de brincar sobre la cubierta del escritorio.

—Nada personal. Una simple frase leída al azar.

—Deberías escoger mejor tus lecturas.

—¿Por qué tan molesto? ¿Por la cita o hay algo más?

—¿Estás seguro que has hecho lo que está a tu alcance para encontrar a Segovia?

—¿Quieres la verdad o una excusa convincente?

—Sabes muy bien que entre nosotros no podemos vernos la suerte.

—Desde un comienzo tengo la tincada de que Segovia aparecerá en el momento menos pensado.

—¿Y si te equivocas?

—No sería la primera vez.

—En otra época habrías investigado con más interés.

—Mi ánimo está tan devaluado como los fondos de pensiones.

—Nunca es tarde para sumar un cacho de entusiasmo a la investigación.

—Mañana te daré en el gusto, gato metiche. Voy a repasar las pistas en las que pensé al inicio de la investigación.

—Hazlo por tu conciencia, no por mí.

—¿Y no es lo mismo? —pregunté al tiempo que encendía un cigarrillo.

Simenon guardó silencio. Movi6 su cola y enseguida se tendió sobre el escritorio.

Acaricié su barriga y lo vi cerrar los ojos con satisfacción.

—Necesito estirar las piernas y beber una copa de vino —dije indicando la puerta de la oficina. Sin embargo, antes de salir y aún algo molesto por las palabras de Simenon, volví a llamar a la casa de la exsuegra de Segovia. La mujer de inmediato se acordó de mí y durante un largo rato me estuvo hablando de las gracias de su nieta, y luego, como si fuera un asunto sin mayor importancia, me dijo que Julio Segovia continuaba sin aparecer. No había hecho ninguna llamada ni enviado los correos electrónicos que habitualmente mandaba a su hija.

Pensé en la relación entre la niña y su padre, y mientras seguía oyendo a la mujer me pregunté si tener padres separados y en batalla permanente sería tan doloroso como ser un huérfano que espera la visita de padres que solo existen en sus fantasías.

Agradecí a la mujer su información y me despedí con la sensación de haber sido el testigo involuntario de una intimidad que no me correspondía conocer. Un intruso, un metiche que había consumido su vida hurgando en existencias ajenas, sin tiempo ni ganas para hacerlo en la propia, consumida a golpes de improvisaciones, nostalgias y soledades que dejaban grietas difíciles de soslayar.

—Cuanto más conozco ciertas vidas, más me asombra que la gente siga aferrándose a ellas —dije a Simenon, que me escuchó sin aparente interés—. ¿Fe, esperanza, simple resignación? O ni siquiera se hacen la pregunta y siguen en lo mismo, condenados a su destino, picando la roca de siempre, atentos a las manecillas de un reloj burocrático.

—Tu problema es que piensas demasiado y ya pasó la época en que alguna gente intentaba cargar los problemas del mundo sobre sus hombros.

—Hasta donde sé, los problemas siguen más o menos iguales —dije, interrumpiendo al gato.

—Ahora la gente se preocupa de su propio pellejo y nada más —agregó Simenon—. Zapatero a tus zapatos y el resto que se rasque con sus propias uñas.

—No sé si estamos hablando de lo mismo. Mi pregunta iba en otro sentido.

—Tu pregunta da lo mismo, Heredia. La realidad tiene sus formas establecidas y tu cuarto de hora para cambiarlas quedó en el pasado.

—No hay edad para luchar por los cambios, Simenon. Y además, ¿de qué cuarto de hora estás hablando? Soy parte de aquellos que nunca tuvimos la oportunidad de cambiar nada. Quedamos a medio camino entre una época de euforia política que nos pilló saliendo de la adolescencia, y otra de sombras y crímenes alevosos que nos obligó a resistir y a llevar una vida que no deseábamos. Y después no tuvimos muchas ocasiones de intervenir. Algunos murieron o enloquecieron. Otros se cansaron, perdieron la ilusión, comenzaron a sentir el paso de los años y se convirtieron en los desgarrados pendones de una guerra sucia que los vencedores se empeñan en olvidar. Tampoco faltan los que se acomodaron o cayeron en renunciaciones apenas conocieron el olor del dinero, las corbatas de seda o el camino más corto al poder. Y luego llegaron otros y nos hicieron creer que era el tiempo de la alegría.

Pero ellos escondían sus trucos bajo la manga y dieron riendas a sus ambiciones para administrar el poder y sus negocios. Al final, unos pocos nos quedamos con la llama de la rebeldía y el orgullo de haber dado la pelea cuando tenía sentido y había que tener unos huevos enormes para salir a la calle y mirar de frente a la muerte. ¿Me entiendes? ¿O ya ni siquiera me escuchas?

—Si quieres una audiencia más atenta, dedícate a la ópera. Y no me amenaces con arrojarme por el balcón. No tienes pasta de asesino.

Tomé mi chaqueta y salí del departamento sin saber a dónde dirigirme. Bajé por la escalera de servicios y al llegar a la calle seguía sin resolver mi duda. Opté por hacer lo de costumbre y caminé hacia los alrededores de la Plaza de Armas, donde a menudo había un cantante callejero al cual escuchar o era posible observar una de esas escenas de la vida cotidiana que, a juicio de Balzac, exigían *la atención analítica de la cual están dotados los expertos en ociosidad*.

Una vez en la plaza, me senté en un escaño próximo a la mesa ocupada por dos ajedrecistas. Encendí un cigarrillo y estudié las posiciones del jugador que movía las piezas negras. Deduje que antes de tres movidas tendría que aceptar que perdería la reina, ubicada sin ninguna utilidad en una de las esquinas del tablero.

Al poco rato, los jugadores se estrecharon las manos y pusieron fin a la partida. El perdedor dejó su asiento a un nuevo ajedrecista, que sonrió nerviosamente antes de ponerse a ordenar sus piezas en el tablero. Observé las cuatro primeras movidas de la partida y luego me encaminé hacia la calle Merced, en dirección a las librerías existentes cerca del Teatro La Comedia. A medida que me acercaba el aire me pareció más plácido y dejé de pensar que la vida, necesariamente, debía moverse al acelerado ritmo que había dejado unas cuadras atrás. Entré a la Librería El Cid y luego a otras dos más, para terminar comprando un ajado ejemplar de *Elegías*, de Domingo Gómez Rojas, a un anciano que exhibía sobre la vereda una decena de libros añosos. El libro había sido publicado en 1935 por la editorial Nascimento y sus hojas estaban amarillentas y quebradizas. El hombre agradeció la compra y comenzó a contarme pasajes de la vida de Gómez Rojas, muerto en 1920, a los veinticuatro años de edad, después de ser acusado de agitador ácrata y padecer las torturas de la policía, desnudo, sin comer y engrillado. Abrí el libro en una de sus páginas y leí parte de un poema que decía: *Yo, hijo de este siglo hipócrita y canalla, reniego de mi siglo y salgo a la batalla con gritos de amenaza y ayes de rebelión*. Después, y al azar, leí otros poemas de tono romántico y un par de composiciones dedicada a su madre, con la que el poeta había vivido en la calle Victoria, cuando el sector sur de la ciudad era un territorio de calles enlodadas, lupanares y bares clandestinos, donde al decir del dramaturgo Antonio Acevedo Hernández, se bebían *los rojos y feroces vinos del suburbio*. Acevedo Hernández había conocido a Domingo Gómez Rojas en el desaparecido Café Los Inmortales, de la Avenida Matta. En ese lugar solía reunirse con Manuel Rojas y González Vera, autores que en los años siguientes escribirían varias de las páginas más importantes de la narrativa chilena. Seguí la lectura del

libro en el Parque Forestal y luego, cuando el sol comenzó a despedirse de los árboles y escaños que me rodeaban, rehíce el camino de unas horas atrás y regresé a mi barrio.

El vehículo policial estacionado frente a mi edificio fue lo primero que llamó mi atención cuando llegué a la esquina de las calles Aillavilú y Bandera. Era una camioneta blanca, de doble cabina, en cuyas puertas tenía grabadas las letras PDI. Junto al volante del vehículo vi a un policía joven, de piel llamativamente pálida y cabellos negros cortados al ras. Leía un diario y no daba la impresión de estar muy preocupado por lo que acontecía a su alrededor.

La curiosidad inicial se convirtió en sorpresa cuando al bajar del ascensor vi a otro policía frente a la puerta de mi oficina, y terminó por estallar como una bomba de asombro en el instante en que abrí la puerta y vi a Doris Fabra sentada en mi sillón, junto al escritorio. Vestía su habitual casaca azul y al parecer se había dedicado los últimos minutos a rayar triángulos y circunferencias en una hoja de papel que había encontrado encima del escritorio.

—¿Vienes a detenerme por algo que hice mal durante la noche? —le pregunté acentuando mis palabras con cierta picardía y sin saber si debía acercarme a su lado y besarla, o era mejor mantener cierta distancia por si el policía que estaba junto a la puerta decidía entrar a dar un vistazo.

—Vengo por un asunto oficial, Heredia —dijo ella, descartando cualquier posibilidad de retornar al juego de la mañana—. Quiero que me hables del periodista al que andas buscando.

—¿Julio Segovia? Ya te dije que es un amigo de Campbell. ¿Qué pasa con él?

—¿Cuándo fue la última que lo viste?

—Nunca lo he visto en persona —dije y avanzando hasta tocar la cubierta del escritorio, agregué—: ¿Me vas a decir qué es lo que pasa?

—Segovia está muerto. Su cadáver apareció entre los escombros de un edificio que construyen en la calle Dardignac. Esta mañana, a uno de los obreros que trabajan en el lugar le llamó la atención que hubiera entrado una decena de perros a la obra, y que escarbaran entre la basura y los restos de materiales que van quedando a medida que avanza la edificación. Fue con uno de sus compañeros a espantarlos y al llegar al punto del alboroto, encontraron un cuerpo al que le faltaba buena parte del brazo derecho y casi la totalidad del rostro. Los perros se habían dado un gran festín. El jefe de la obra llamó a la policía y cuando más tarde pregunté a mis hombres si había sido identificado el cadáver, escuché el nombre de Segovia y de inmediato recordé al periodista amigo de Campbell.

—¿Cómo lo identificaron tan rápido? —pregunté.

—Portaba su cédula de identidad y varias tarjetas de casas comerciales. Chequeamos sus datos y sus huellas dactilares en nuestros archivos y despejamos cualquier asomo de duda.

—Supongo que le hicieron la autopsia.

—La data de su muerte oscila entre los ocho y diez días. Recibió un balazo en la cabeza. Creemos que no fue asesinado en la construcción, porque su cuerpo estaba envuelto en una lona de las que se usan para cubrir cargas. Los perros debieron trabajar arduamente para conseguir mordisquear el cadáver.

—No quisiera haber estado en el pellejo del que examinó el cadáver.

—Mi gente está acostumbrada a esos espectáculos —dijo Doris y enseguida insistió en que le hablara de mis pesquisas para encontrar al periodista.

—Cuando recurrí a tu colaboración para ubicar a Segovia, te dije lo que sabía de él. Tenía algo más de treinta años y en el último tiempo no había tenido mucha fortuna para encontrar trabajo. Estaba separado y era padre de una niña que vive con su madre. Comencé a buscarlo a petición de Campbell.

—¿Por qué Campbell estaba interesado en encontrar a Segovia?

—Le tenía cariño al finado y se preocupó al ver que este no pasaba a buscar el dinero que le había pedido prestado.

—La preocupación de Campbell pudo estar fundada en la investigación que realizaba Segovia.

—¿Qué insinúas?

—El otro día me hablaste de un reportaje sobre drogas.

—Lo leí y no contiene nada que tú o yo no sepamos.

—¿Dónde lo leíste?

—Campbell tenía un borrador —mentí.

—¿Qué tanta confianza le tienes a Campbell?

—Es de las pocas personas por las que pondría las manos al fuego.

—Tendré que interrogarlo.

—Nada te lo impide.

—Desconfiar y dudar es parte de mi trabajo. Y ahora que te informé del hallazgo, tengo que ir al departamento donde vivía Segovia.

—La otra tarde fui a darle una mirada al lugar y no hay nada que ver.

—¿Tú?

—La dirección me la dio Campbell.

—Siempre te las arreglas para sorprenderme, Heredia.

—¿Puedo acompañarte al departamento de Segovia?

—Será difícil explicar a mis hombres tu presencia en la pesquisa.

—Cualquier cosa que digas les parecerá muy bien. Están enseñados para obedecer.

—Obedecen, pero luego, en sus tiempos libres, comentan. Los hombres son los más filudos a la hora de los pelambres.

—Por la mañana estabas bastante más amable que ahora.

—Entonces andaba sin mi placa de policía.

Por un instante temí que el conserje me reconociera. Pero el hombre me observó de reojo y buscó sin éxito en su cansada memoria, hasta que la credencial de policía que Doris puso a dos cuartas de su nariz lo impulsó rápidamente al olvido. Nos condujo en silencio hasta la puerta del departamento y soltó un suspiro temeroso cuando Doris le informó que Julio Segovia estaba muerto.

—¿El señor Segovia tuvo un accidente? —se atrevió a preguntar.

—Tropezó con una bala —le dije apuntando mi índice derecho hacia su frente cubierta por una chasquilla de cabellos blancos—. Es lo que a veces les sucede a las personas que preguntan lo que no deben.

—¿Quién se lo iba a imaginar? Parecía un hombre quitado de bulla —dijo el vejete y se alejó unos pasos, temiendo que al abrirse la puerta surgiera una llovizna de proyectiles.

—Vaya a hacer su trabajo y le avisaremos cuando concluyamos el nuestro —le ordenó Doris.

El conserje la observó un instante con rabia contenida y enseguida se puso a caminar en dirección a los ascensores del edificio.

El departamento estaba igual a como lo recordaba. El olor a encierro se había hecho más patente, pero a simple vista era evidente que los objetos existentes dentro de la sala no habían sido movidos desde mi visita anterior. Uno de los subordinados de Doris abrió la maleta metálica que portaba y sacó de su interior las sustancias y los instrumentos que requería para recoger huellas digitales. El otro, el detective moreno que había visto al llegar a mi departamento, recorrió el resto de las habitaciones y al cabo de unos minutos dijo que el lugar se encontraba aparentemente en orden, sin indicios de que en su interior se hubieran producido hechos de violencia.

Mientras Doris escuchaba al detective, me acerqué a la mesa donde aún se encontraba la libreta de Segovia que había visto en mi primera visita, y sin que nadie se diera cuenta la guardé en uno de los bolsillos de mi chaqueta.

—Llévese el computador que encontró en el dormitorio y pida a nuestros peritos que revisen su contenido —ordenó Doris al detective rubio.

—¿Qué tienen que buscar? —preguntó el policía.

—Que le presten especial atención a los documentos o correos eliminados. A cualquier cosa que huelga a reportaje sobre negocios ilícitos. No perdamos de vista que el muerto era periodista y se dedicaba a escribir reportajes que podían llegar a ser molestos para los involucrados.

—¿Nos llevamos algo más?

—Todas las carpetas que encuentren —dijo Doris, y enseguida, acercándose a mi lado, preguntó—: ¿Tienes algo que decir?

—Podría apostar a que nadie ha entrado al departamento desde mi visita anterior y que no fue aquí donde sus asesinos lo atraparon.

—Si deseaban ocultar los resultados de un reportaje, lo lógico es que se hubieran apoderado del computador y los archivos de Segovia. Desde su muerte han tenido más de una semana para venir y revisar este departamento.

—Cabe la posibilidad de que no quisieran hilar tan fino y les bastó con pegarle un balazo en la cabeza —dije.

—O sabían, suponiendo que existiera la información, que Segovia la guardaba en otro lugar.

—Segovia tal vez no llegó a escribir nada. Simplemente habló de hacerlo y eso bastó para que alguien comenzara a preocuparse.

—Me parece que es una idea a tener en cuenta —dijo Doris.

—Yo preferiría saber quién es el culpable.

—No eres el único que estaría contento con esa información.

—Y también tengo la impresión de que aquí no tenemos nada más que hacer.

—¿Me equivoco o quieres sacarme de este lugar lo antes posible?

—Me aburren los procedimientos para levantar evidencias o detectar huellas — dije, y al tiempo que miraba a Doris a los ojos, agregué—: Al llegar vi una pizzería frente al edificio. Te espero ahí hasta que tus muchachos terminen su trabajo y después vamos a mi departamento.

—Ni lo sueñes. No me quiero acostumbrar a tu cercanía, y además, mañana será un día de bastante ajetreo.

—¿Y qué fue entonces lo de anoche en mi dormitorio?

—¿Por qué siempre quieres que todo sea de vida o muerte, blanco o negro? — preguntó Doris en voz baja.

—¿Qué fue lo de anoche? —insistí.

—Tenía ganas de verte, fui a tu departamento y lo pasamos bien. ¿Qué más quieres que te diga? ¿Que de pronto me sentí locamente enamorada o que pensé en dar algo de consuelo a un amigo en desgracia?

—Puedes ser muy desagradable cuando te lo propones.

—Sí, y es mejor que no lo olvides.

—Estaré en la pizzería por si cambias de opinión.

\* \* \*

Esperé durante treinta minutos y enseguida pedí una porción de pizza a la napolitana y una cerveza que, para mi gusto, estaba demasiado helada. Más tarde, cuando no quedaba ningún vehículo de la policía frente al edificio donde había vivido Segovia, pensé en rehacer mis pasos por los lugares en los que había buscado información sobre el periodista y me dirigí al «Indianápolis», a una hora en la que sus salones acogían a los viajeros más solitarios de la noche. No buscaba nada en particular ni deseaba prolongar la noche enredado entre copas o soportando la

palabrería incesante de algún borracho latero. Pero como bien dicen que uno propone y el azar dispone, apenas subí al segundo piso del bar, oí la voz de David Truman, un viejo periodista jubilado al que conocía desde alguna lejana noche de tragos en la taberna del Círculo de Periodistas. Truman era un hombre bajo y delgado; conservaba una abundante cabellera encanecida y sus mejillas lucían un tono bermellón que destacaba sobre la extremada blancura de su piel. Hasta septiembre del año 1973 había trabajado en radios y periódicos en los que destacaba por sus crónicas sobre arte y cine. Después vivió exiliado una quincena de años en dos países de los que entonces formaban parte de la órbita soviética, y a su regreso en Chile intentó en vano encontrar un trabajo en los escasos diarios que existían en Santiago, y que por cierto no tenían ningún interés en contratar los servicios de alguien que no parecía dispuesto a traicionar sus convicciones por las consabidas treinta monedas de Judas, como habían hecho otros que, después de vivir del pan que le daban cubanos, rusos o alemanes, volvieron dispuestos a escribir o decir cualquier cosa que fuera de la simpatía de los cómplices de la dictadura que antes los había exiliado o puesto precio a sus cabezas.

Truman, viudo y sin hijos, sobrevivía a duras penas con una pequeña pensión y las pocas chauchas que recibía por colaborar en revistas sindicales de escasa circulación. Solía verlo en el «Indianápolis» o en algún otro bar del centro, siempre al acecho de una copa gratis o de un parroquiano dispuesto a escuchar sus anécdotas de un pasado que a la mayoría de la gente cada día le importaba menos.

—¿Buscas compañía para la travesía nocturna? —preguntó indicando una de las sillas ubicadas alrededor de su mesa.

—Necesito información sobre Julio Segovia, un periodista que solía venir a este bar.

—Lo ubico, pero de lejos. Es de esos coleguitas jóvenes que huyen de la experiencia que podrían recibir de los viejos tercios del periodismo.

—Eso quiere decir que nunca te invitó una copa.

—Dejaré pasar tu impertinencia, joven investigador de las perversidades humanas.

—Gracias por lo de joven —dije, sonriéndole—. ¿Qué me puedes decir acerca de Segovia?

—Que en los últimos días no se le ha visto en este bar.

—No me extraña que así sea. Dejó de beber.

—¿Se hizo evangélico o padece de algún extraño mal?

—Murió.

—No puedes ser tan bruto, Heredia. Para dar a conocer la muerte de cualquier cristiano hay que usar a lo menos una veintena de palabras.

—Ese es el problema de los periodistas que carecen de temas novedosos o de los políticos mediocres que usan cuatro sinónimos de una misma palabra para aparentar que tienen alguna idea en la sesera.



—Si quieres que ahorre palabras, me quedo callado el resto de la noche. Pero te aseguro que no te conviene, Heredia.

—¿A qué te refieres?

—¿Puedes ordenar que dejen una botella de buen tinto sobre la mesa que tan fraternalmente nos acoge esta noche?

—¿A cambio de qué?

—En este preciso momento, los cansados ojos de este viejo reportero están viendo la figura de un joven hombre de prensa que cultivaba la amistad de nuestro malogrado colega Segovia.

—¿Quién es? —pregunté mientras miraba hacia las mesas que estaban a nuestro alrededor y en las que se encontraba, a lo menos, una veintena de clientes.

—Te olvidas de la botella, Heredia.

—¿Quién es? —insistí, acompañando mi pregunta con un sonoro golpe sobre la mesa.

—El «Laucha» Alvarado, hijo del «Guarén» Alvarado, gran periodista deportivo con quien tuve el honor de trabajar en la revista *Estadio* y otras publicaciones de honroso recuerdo...

—Para la grabadora, Truman —dije, interrumpiendo al periodista—. Trae a tu colega a esta mesa o pasarás el resto de la noche sin probar ni una miserable gota de vino.

—No tienes ningún respeto por las canas y la historia, Heredia.

Alvarado era un sujeto que debía andar por los treinta y tantos años. Sus cabellos rubios y ondulados parecían estar en franca retirada, dando paso a una calvicie que avanzaba a tranco seguro. Usaba unos anteojos redondos que se posaban sobre su prominente nariz y le daban el aspecto ratonil al que seguramente debía su apodo.

—¿Para qué lo busca? —preguntó Alvarado con desconfianza una vez que le dije que andaba tras las huellas de Segovia.

—No lo busco. Quiero obtener información sobre él —precisé.

—¿Cuál es la diferencia?

—Si él pudiera decirme algo, lo buscaría. Pero no puede, está muerto. Asesinado para ser más preciso.

—Estuve con él hace menos de un mes —dijo Alvarado y tuve la impresión de que la noticia lo había conmovido y luchaba en su interior para no hacer evidentes sus sentimientos.

—Su cadáver apareció en los alrededores de un edificio en construcción —dije y antes que lo preguntara, lo puse al tanto de los principales aspectos de mi investigación.

—¿Hay algo en que pueda colaborar? —preguntó Alvarado, observando al viejo Truman, que había enmudecido después de escuchar que la muerte de Segovia había sido provocada.

—Hasta ahora, la principal hipótesis que barajo es que lo mataron a causa de sus

reportajes. Por eso, toda información acerca de sus últimos trabajos puede ser de utilidad.

—A Segovia le costaba encontrar un editor que se interesara en los temas que a él le gustaba investigar —afirmó Alvarado—. Hoy en día solo hay pega segura para los que no tienen reparos en escribir sobre la farándula televisiva. Usted debe saber a qué me refiero. ¿A qué bares van los futbolistas famosos? ¿Con qué estrellita de la televisión se acuestan? ¿Cuánta silicona se puso tal o cual animadora? Esas y otras estupideces que hoy en día sirven para vender diarios o tener audiencia. La estupidez humana es ilimitada y provoca cuantiosas utilidades a quienes la saben administrar.

—Segovia reportaba el tráfico de drogas en el centro de Santiago.

—Una historia vieja en la que no conseguía avanzar. Me dio a leer una parte de su reportaje y la verdad es que no profundizaba mayormente en el tema.

—Leí ese avance y estoy de acuerdo con usted. Lo estaba escribiendo para la revista de Marcos Campbell.

—Conozco esa revista y dudo que Campbell llegara a publicar ese reportaje. Un periodista serio reconoce cuando sus colegas están usando el raspado de la olla.

—Aun así, la idea de que investigaba algo conflictivo me sigue pareciendo válida.

—¿Insinúa que Segovia pudo estar presionando a otra persona?

—No insinúo nada, simplemente disparo al voleo. Hay gente dispuesta a pagar para no ver dañada su imagen.

—Julio no era capaz de hacer algo así. Nos hicimos amigos en la universidad y desde entonces nunca dejamos de vernos. Reconozco que no tenía un trabajo estable, pero eso no significa que no fuera un buen periodista. No todos tienen las mismas oportunidades en la vida, y la verdad es que la mayoría de las personas no tiene ninguna. Segovia era una de ellas. El último año hizo los más diversos trabajos para ganar algo de dinero. Recuerdo que una noche lo encontré en este mismo bar. Andaba muy mal y lo único que deseaba era coger una borrachera. Había pasado los dos últimos días disfrazado de león en un supermercado, promoviendo una marca de cereales. Esa noche lo vi tocar fondo.

—Cuando un sujeto llega a ese punto es capaz de hacer cualquier cosa.

—Julio no lo habría hecho. Era mi amigo y creo haberlo conocido bien.

—Eso no significa nada, toda persona tiene un lado desconocido que puede aflorar en situaciones extremas —dije, y luego de una pausa prolongada, agregué—: Quiero descubrir al asesino de Segovia. Si tiene alguna idea que aporte a ese fin, no dude en decírmela.

—Lo tendré en cuenta —dijo Alvarado y acompañó sus palabras con un gesto que daba a entender que no tenía más que aportar a la conversación.

Guardé silencio y al rato lo escuché despedirse.

—Me provocó una enorme impresión oírte hablar del asesinato —dijo Truman después que Alvarado regresara junto a sus compañeros de copas—. A mi edad, y aunque vivo presintiendo su sombra, no dejo de estremecerme cuando la muerte pasa

por mi lado. Es la única visita a la que le cerraría la puerta en las narices.

—Es lo que la mayoría de la gente desea hacer, pero la vieja loca es infatigable y no cede a la hora de hacer su trabajo. A veces se equivoca, se anticipa o tarda más de la cuenta, pero visto desde el punto de vista del afectado, da lo mismo.

—Respecto de la muerte, permíteme compartir un par de reflexiones...

—En otra ocasión, Truman —dije al tiempo que me ponía de pie y palpaba el bolsillo donde tenía guardada la libreta de Segovia—. Acabo de recordar que tengo un gato que alimentar.

—Los gatos se las arreglan solos. No te impongas obligaciones de solterón.

—Y tengo libros que pretendo leer antes que sus hojas se vuelvan amarillas.

—¿Qué libro puede ser más interesante que conversar con un amigo?

—¿Quieres que te haga una lista? No, mejor no respondas. Podría estar escribiendo hasta el amanecer.

—Tú verás lo que te conviene, Heredia —dijo Truman y luego, aparentando que mi alejamiento no le importaba mayormente, preguntó—: ¿Puedo contarle a otros colegas lo que ha sucedido al joven Segovia?

—¿Obtendría algo con impedirte?

—Los hombres de la prensa nos debemos a la noticia.

—Sin duda, Truman —agregué antes de despedirme—. ¿Qué mejor que una primicia para compartir con los amigos?

## 8

La libreta de Segovia era un laberinto de anotaciones por el que era difícil avanzar sin caer en la tentación de abandonar rápidamente la lectura. Una bitácora aparentemente sin sentido en la que se confundía el registro de deudas, el recuerdo de actividades por realizar en fechas próximas, breves reflexiones sobre las que parecían ser sus investigaciones del momento, palabras de otras personas que él había leído en la prensa y una serie de párrafos inconclusos que daban la impresión de ser los inicios de relatos que seguramente nunca pasaron más allá de ese punto, pero daban cuenta de su interés por dejar huellas de sus vivencias, aunque ninguno de ellos tuviera la más mínima relación con los problemas que podía haber tenido antes de su muerte. No había que ser muy agudo para darse cuenta de que Segovia andaba por la vida dando tumbos o era un explorador inquieto, incapaz de pararse a observar el horizonte.

Revisé la libreta durante una hora y luego la dejé de lado sin haber encontrado nada que me llamara la atención. Más tarde le dediqué otra media hora de lectura y la volví a dejar, para finalmente retomar sus páginas una vez que me metí a la cama, con más deseo de esperar la llegada del sueño que de encontrar algo de interés para mi investigación.

—Sería más fácil si supiera a quién buscar —comenté a Simenon cuando llegó a acostarse a mi lado.

—No pretenderás encontrar el nombre del asesino en esa libreta.

—Nunca se sabe lo que puede descubrirse en los escritos ajenos, aunque desde luego pensar en encontrar el nombre del asesino es como si tú esperaras que cada día te sirviera carne molida.

—Qué más quisiera yo. Tengo varios dientes flojos.

—Hazte a la idea. Pronto vendrán a pasarte la cuenta.

—No antes que tú cuelgues las herramientas.

—¿Acaso piensas vivir cien años?

—Los que sean necesarios para saltar sobre tu ataúd.

\* \* \*

Dormí un par de horas hasta que me despertaron unos ruidos provenientes de la calle. Disputas de borrachos, maldiciones de mujeres y el sonido insistente de la sirena de un vehículo policial acercándose velozmente. No era ninguna novedad dentro de la rutina del barrio, y como no tenía ánimo para observar el espectáculo desde la ventana, me conformé con oír las voces de los pendencieros hasta que se diluyeron en el espesor de la noche. Después no pude volver a dormir. Encendí un cigarrillo y durante un buen rato no hice otra cosa que pensar en la ciudad que con los años había ido construyendo en mi imaginación. Un sitio parecido a la realidad, porque a fin de cuentas uno nunca vive en la ciudad concreta, sino en la que va construyendo a partir de sus experiencias, recuerdos e inconfesadas fantasías. El barrio donde vivía era mi particular Santa María, con sus personajes, sus vidas, y sus pequeñas glorias y desgracias. Un mundo hecho a mi medida y en el que, al igual que en la ciudad de Juan Carlos Onetti, podía encontrar todo el bien y toda la maldad concebibles a partir del simple hecho de pararme en una de sus esquinas e imaginar las vidas de cada una de las personas que pasaban a mi lado. Bellos y horribles destinos que permanecían brevemente en mis pensamientos, como espontáneas gotas de agua que podía ver caer, pero jamás sentiría posarse sobre mi rostro.

Volví a la libreta de Segovia y a su letra despatarrada que no respetaba líneas ni márgenes. Una escritura que Segovia había destinado a sí mismo y en la que yo avanzaba con la torpeza de un ladrón aficionado. Poco podía rescatar de sus registros. Su obsesión por dejar constancia de sus citas con su hija; sus trabajos esporádicos y la

certeza de hurgar en las huellas de un hombre asediado por la vida. Eso y nada más, hasta que en una de las páginas finales de la libreta me llamaron la atención unos párrafos en los que hacía mención a dos asuntos que parecían haberle interesado particularmente. El primero estaba relacionado con el hijo de un empresario conocido y algo que había sucedido en un bar de copas caras, y de lo que Segovia se había propuesto conversar con un periodista llamado Humberto Gonqueras. El segundo párrafo, más enigmático que el primero, decía: «Mañana sabré los verdaderos nombres de Selva y Persia, dos mujeres cuyas vidas dan para escribir un buen reportaje». La anotación estaba fechada tres semanas antes de su muerte, y aunque seguí buscando en la libreta, no volví a encontrar nuevas referencias sobre esas mujeres ni sobre el resultado de la supuesta conversación con Gonqueras.

—¿Piensas seguir leyendo hasta el amanecer? —preguntó Simenon al tiempo que saltaba sobre un montón de libros que permanecían desordenados a los pies de la cama.

—¿Existirá alguna relación entre ambas anotaciones? —me pregunté en voz alta y sin prestar atención a la molestia del gato.

—¡Duerme! —gruñó Simenon.

Miré el reloj que tenía sobre el velador y deduje que era una hora desusada para llamar por teléfono, incluso a Campbell, que solía trasnochar para terminar sus trabajos. No podía llamar a Doris ni a nadie que no fuera el locutor de algún programa radial para románticos insomnes o conductores de camiones. Tomé la libreta de Segovia, arranqué la hoja que me interesaba y la puse bajo la almohada, junto a mi pistola y una cajetilla de cigarrillos que guardaba para las emergencias. Luego escuché por unos instantes el ronroneo de Simenon y decidí seguir su consejo.

Desperté antes del mediodía y lo primero que hice después de tomar un café fue llamar a Marcos Campbell. Me dijo que estaba en una reunión con un cliente que deseaba publicar un libro sobre la contaminación del medio ambiente que provocaban las salmoneras instaladas en el sur de Chile. Cuando terminó su reporte de actividades, le pregunté si conocía al periodista Humberto Gonqueras.

—Ni siquiera me suena su nombre —dijo—. ¿Quién es? ¿En qué medio trabaja?

—Su nombre estaba anotado en la libreta que encontré en el departamento de Segovia —respondí—. Cuando termines tu reunión, averigua quién es y dónde lo puedo ubicar. Pregúntales a tus amigos periodistas, alguno de ellos debe tener información sobre Gonqueras.

\* \* \*

Al día siguiente Campbell averiguó el número telefónico de Gonqueras luego de llamar a una veintena de sus colegas que trabajaban en instituciones públicas, diarios y radioemisoras. Después fue mi turno de usar el teléfono y acordar una cita que

Humberto Gonqueras aceptó de inmediato una vez que lo puse al tanto de la muerte de Segovia. Horas más tarde lo esperé en un café del pasaje Unión Central, y cuando llegó nos acomodamos alrededor de una mesa en la que a duras penas cabían un cenicero y dos tazas. Le hablé de mi oficio, de lo que sabía acerca de la muerte de Segovia y me escuchó atentamente hasta que le di a entender que no tenía nada más que decirle.

Gonqueras debía andar próximo a los cuarenta años. Vestía de negro como un adolescente rebelde y bastaba un vistazo para darse cuenta de que por su vida habían pasado demasiadas hamburguesas y papas fritas. Era un obeso mórbido y en su cara mofletuda destacaban unas patillas largas y anchas que recordaban las imágenes de viejos próceres que reproducían los textos escolares o colgaban de las grises paredes de los museos de poca monta. Algo de curiosidad y otro tanto de pena ensombreció su voz cuando recordó que Segovia y él habían sido compañeros de universidad y socios del fallido proyecto de crear una agencia de comunicaciones que, por falta de vínculos políticos o familiares, nunca llegó a tener la clientela que le habría permitido mantener abiertas sus puertas por un largo tiempo.

—Frecuentemente hablábamos por teléfono y nos juntábamos al menos cada dos meses para compartir nuestras cuitas —dijo Gonqueras, imponiendo un tono de tristeza a su voz.

—Quizás no debí hablarle de su muerte con tanta prisa.

—Minutos más o minutos menos, el dolor es el mismo —dijo, compungido.

—¿Se le ocurre alguna causa por la que quisieran asesinarlo?

—He pensado en una causa desde que usted me informó de su muerte, y no encuentro ninguna que me parezca razonable para aceptar la forma en que terminó sus días. Si hubiera muerto en un accidente me sería más fácil aceptarlo.

—Pudo ser por un lío de faldas.

—Julio todavía no se recuperaba de la separación con su esposa. Muchas veces le dije que se buscara otra pareja y siempre parecía poner una barrera frente a cualquier posibilidad de tener un nuevo romance. Incluso le ofrecí presentarle unas amigas, pero no aceptó. Probablemente necesitaba más tiempo y, pensándolo bien, le faltaba dinero para andar de galán por la vida.

—A propósito de dinero, supe que Segovia tenía deudas —dije.

—Ninguna que no hubiera podido pagar con un trabajo estable y medianamente remunerado.

—Trabajo que al parecer no le resultaba fácil conseguir.

—Hay demasiados periodistas en el mercado, y Julio, pese a su experiencia, no era dado a golpear puertas ni a pedir favores.

—Me han dicho que le gustaba escarbar en temas complicados y polémicos.

—Por ese camino no va a llegar muy lejos en su investigación. Los reportajes políticos que escribía Julio se publicaban en medios sin demasiados lectores y por lo tanto el ruido que provocaban no era significativo.

—Sé que una de las últimas investigaciones de Segovia estaba relacionada con el hijo mayor del empresario Reverte —dije, y después de encender un cigarrillo, agregué—: Usted, si no me equivoco, puede estar al tanto de eso. Segovia anotó en su libreta que pensaba conversar el tema con usted.

—Lo hablamos, pero a poco andar se nos escapó de las manos —dijo Gonqueras antes de endulzar su café con dos generosas cucharadas de azúcar—. Adriano, el hijo mayor de Sebastián Reverte, golpeó a una bailarina dominicana en un club nocturno ubicado en la avenida Providencia. La mujer tuvo la mala idea de comentar ciertas deficiencias en la cama del hijito de su papá. Contacté a Julio apenas me enteré de la golpiza. Era algo fácil de reportear, pero no contamos con el poder seductor de don Dinero. Cuando conseguimos hablar con la bailarina, negó de plano lo sucedido. Un abogado de Reverte habló con ella antes que nosotros y compró su silencio. El hijo dejó de ir al club por un par de semanas y la bailarina regresó a su país con un fajo de dólares en su cartera.

—¿Por qué no escribieron de eso? Igual habrían levantado alguna polvareda.

—Sin el testimonio de la bailarina era muy difícil sostener la historia. Ningún medio se iba a arriesgar a enfrentar una demanda ni menos a perder la publicidad que suelen comprar las empresas de Reverte.

—Pudieron ir con el cuento a la policía.

—¿Realmente cree que la policía habría movido un dedo por una bailarina?

Me quedé callado y bebí el contenido de mi taza de café. Gonqueras consultó su reloj. Saqué la hoja que había arrancado de la libreta de Segovia y la puse sobre la mesa.

—Su amigo apuntó dos nombres en su libreta: Selva y Persia. ¿Le dicen algo?

—No. Parecen nombres de fantasía.

—De los que podrían usar las bailarinas del club al que iba Adriano Reverte.

—Suelo ir a ese club en busca de carroña; conozco a la mayoría de las mujeres que trabajan en ese lugar y nunca había escuchado mencionar esos nombres.

—¿Qué quiere decir con eso de carroña?

—Historias de políticos, empresarios o artistas que van de juerga y se descarrilan al calor de unas copas. Siempre busco historias que se puedan escribir con letras recargadas de sensacionalismo. Sé que no es un trabajo bien visto, pero lo disfruto. Me permite conocer gente del ambiente artístico y ganar unos pesos cuando la primicia vale la pena.

—¿Y si Segovia escuchó mencionar esos nombres en otro lugar?

—¿Quién sabe? Hasta podrían ser los nombres de dos caballos —concluyó Gonqueras sin ganas de seguir ahondando en el tema—. De vez en cuando Julio jugaba a las carreras.

—Leo programas hípicas casi a diario y podría asegurar que esos nombres no corresponden a ninguna de las potrancas que actualmente están en competencia.

—La verdad es que no se me ocurre qué más decirle, Heredia.

—Ni a mí me nacen nuevas preguntas —dije.

—Lamento que no pueda ser de más utilidad para su trabajo —dijo Gonqueras, y acompañó sus palabras con una sonrisa.

—Deme sus señas por si necesito ubicarlo.

—¿No le basta con mi teléfono?

—En una de esas se me ocurren nuevas preguntas y le hago una visita.

—Vivo en el edificio que está al lado del Teatro Baquedano —dijo Gonqueras y enseguida, de mala gana, me dio el número de su departamento.

—Y si a usted se le ocurre alguna idea, llámeme —dije al periodista, al tiempo que le pasaba una arrugada tarjeta de visitas, de la época en que había estrenado mi oficina de investigaciones y creía que podría captar clientes repartiendo mis tarjetas en bares, cafés y tribunales.

\* \* \*

Me despedí de Gonqueras y me encaminé hacia mi oficina observando las calles y veredas, que ese día sábado se veían más desiertas y vulnerables que durante el resto de la semana. A plena luz de la tarde y sin poder ocultarse tras el cortinaje de la muchedumbre, quedaba al descubierto su abandono: hoyos, grietas, pastelones rotos, parches de alquitrán y ripio, manchas aceitosas, rastros de meados y vómitos; tiempo, mucho tiempo detenido en sus rincones. Frente a ese paisaje de la ciudad desnuda recordé unos versos de Jaime Gil de Biedma que decían: *Pero ha pasado el tiempo y la verdad desagradable asoma: envejecer, morir, es el único argumento de la obra.*

Pasé a beber una cerveza al «Olímpico» y sin prestar atención a las conversaciones de los parroquianos, leí una vez más las anotaciones de Segovia y pensé en el misterio de su muerte. Minutos más tarde, me acerqué al teléfono empotrado en una de las paredes del restaurante y llamé a Doris. No tuve suerte y debí conformarme con dejar mi nombre grabado en el buzón de voz de su teléfono.

Pagué la cerveza y volví a la calle. Me dejé seducir por la calma de la tarde y sin prisa caminé hasta llegar al quiosco de Anselmo.

Mi amigo estaba sentado en una banca de madera, concentrado en la lectura de una revista de temas históricos que días atrás había visto colgada de una de las paredes del quiosco. Le di una suave palmada en la espalda, me senté a su lado y encendí un cigarrillo.

—¿Cómo va la vida y el entusiasmo? —le pregunté.

—Estoy bien, pero cada día me cuesta más salir de la casa.

—¿Y las ventas?

—Al diablo con las ventas. Desde que recibí mi pensión no dependo tanto de ellas para seguir tirando por la vida. No es que sea una fortuna, pero me tranquiliza saber que cada mes tengo una platita esperándome en el banco.



—¿Y el entusiasmo?

—El entusiasmo es una rueda de Chicago. Un rato arriba y luego cerca del suelo.

—¿Qué tal si comemos algo?

—¡Choripanes! Aquí dicen que Napoleón fue el inventor de los choripanes —dijo Anselmo, indicando la revista que estaba leyendo—. Cuando andaba en sus campañas y para no perder tiempo en largas meriendas, ordenaba a su cocinero que le asara unos chorizos y se los sirviera dentro de una hogaza.

—Déjate de cuentos y piensa en platos más contundentes —dije—. Te ayudo a cerrar el quiosco y vamos en busca de un pescado convenientemente frito.

—Feo asunto —dijo Anselmo más tarde, cuando terminé de ponerlo al tanto de la muerte de Segovia y esperábamos que nos sirvieran el congrio con papas cocidas que habíamos pedido para acompañar la botella de tinto que presidía nuestra mesa.

—Un par de nombres es la única pista que tengo —dije después de probar el vino —: Persia y Selva.

—En mi época de jinete conduje varias veces a Persia, una potranca rápida pero mañosa. Solía abrirse en la tierra derecha y costaba que mantuviera su tren de carrera. Una sola vez logré llevarla a la victoria y después, cuando me ofrecían su monta, prefería correr otros animales.

—No parecen nombres que un padre escoja para sus hijas.

—¿No? ¿Y qué me dices de Jocelyn, Siomara, Temperly o Johanna?

—Selva y Persia parecen nombres de topleras.

—No es mala idea, pero sin una seña acerca de dónde puedan trabajar es muy difícil que las encuentre. Necesitarías otra vida —dijo Anselmo con desgano y sin deseos de seguir hablando de un tema que seguramente le recordaba la investigación que me había correspondido realizar para descubrir al asesino de su hijo.

Bebí otro sorbo de vino y observé por un instante al gordo que estaba sentado en una mesa próxima a la nuestra. El hombre devoraba un pernil con evidente entusiasmo y por su frente escurría un grueso hilo de sudor.

—¿Aún piensas en tu hijo? —le pregunté a mi amigo, y de inmediato reconocí que no había sido una pregunta muy afortunada.

—Todos y cada uno de los días —respondió Anselmo—. No me hago a la idea de que lo hayan asesinado cuando comenzaba a cosechar los frutos de su carrera de jinete. Felipe iba a conseguir lo que yo apenas me atreví a soñar. Estaba destinado a ser el mejor, y sin embargo, en algún momento, tomó la pista equivocada.

—No ganas nada con seguir pensando en eso.

—Sé que nada volverá a ser lo mismo, Heredia.

—Tienes que dejar de culparte. Hasta el día de su muerte ni siquiera sabías que fuera tu hijo.

—No me culpo. Son otros los sentimientos que me abruman, como si de pronto hubiera descubierto que no me queda nada más que hacer en la vida. No tengo sueños ni ansiedad por alcanzar objetivos que en otros momentos me parecían importantes.

—Déjate de pavadas. Tienes cuerda para rato, Anselmo. ¿Olvidaste que deseabas ser mi socio?

—Ni me lo recuerde, don. El viaje que hicimos a Puerto Natales fue un desastre. Una cosa es andar pendiente de los chismes del barrio y otra muy diferente meter las narices en tiestos hediondos que apenas conocemos. ¿Recuerda que estuvimos a punto de convertirnos en carnada para los peces? Me rechinan los dientes de solo pensar que pude haber muerto en esas aguas tan heladas. Y nunca imaginé que el tráfico de drogas estuviera tan extendido en un pueblo que apenas aparece indicado en los mapas.

—No subestimes a ese pueblo, Anselmo. Tiene un casino, está cerca de la frontera con la Argentina y se nutre con los dólares que deja el turismo. Es difícil encontrar lugares más bellos en el país como el entorno que rodea a Puerto Natales. La bahía con sus cisnes de cuello negro, el cerro Dorotea y el camino que conduce a las Torres del Paine.

—Pueblo chico, infierno grande. Nunca estuvo más acertado el dicho. Pero, como sea, me sirvió para darme cuenta de que no tengo pasta de detective privado ni estoy en edad de andar sacudiendo mis huesos en sitios inhóspitos y para beneficio de gente que apenas conozco.

—Puedes encargarte de mantener ordenada la oficina y recibir los recados. Una especie de secretario de confianza.

—Si ese es el apoyo que necesita, mejor contrate a una muchacha de buen culo. Tendrá en qué pensar cuando falten casos por investigar. Y por lo demás, usted no tiene nada que ordenar en su despacho: carece de archivadores, no guarda las cartas que recibe, ni controla el ir y venir de sus pesos.

—No obstante eso, no metas la idea en un saco roto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Anselmo sin convencimiento y al tiempo que indicaba a mis espaldas agregó—: Parece que lo buscan, don.

Miré hacia donde indicaba Anselmo. Doris venía avanzando sin prisa hacia nuestra mesa, y al verla enfundada en sus vaqueros negros me fue imposible dejar de pensar en su atractivo y en la última noche que habíamos compartido.

—Lástima que sea policía, cada día está más linda —comentó Anselmo antes que ella se detuviera junto a nuestra mesa.

—No sabía que ustedes fueran tan populares en el barrio —dijo Doris—. Me bastó con preguntar a un par de vecinos para saber que estaban aquí.

—Beneficios de la popularidad o de la mala fama —dijo Anselmo mientras observaba sin disimulo el escote de la mujer policía.

Doris sonrió y ocupó una de las sillas que rodeaban nuestra mesa.

—Si no molesto ni les interrumpo, los acompañaré mientras almuerzan —agregó Doris.

—Un buen congrio, algo de vino y la compañía de una bella mujer. Más no se puede pedir —replicó Anselmo.

—Veo que mejora tu ánimo —le dije al quiosquero con un asomo de celos enredado entre mis sentimientos.

\* \* \*

—No apostaría dos pesos a esos nombres —dijo Doris cuando estuvo al tanto de las anotaciones en la libreta de Segovia.

Habíamos dejado de almorzar y mientras con Anselmo le hacíamos los honores al bajativo de la casa, Doris bebía una infusión de manzanilla.

—De todos modos, pediré que los cotejen con los nombres y apodosos que tenemos en nuestros archivos —agregó—. Y se los daré a conocer a mis compañeros. En una de esas tenemos suerte y aparece un dato que convierta esos nombres en una pista que podamos investigar.

—La liebre suele saltar por donde menos se espera —acotó Anselmo.

—Eso se sabe desde antes de los romanos —dije.

Doris contuvo una sonrisa y enseguida sacó un cigarrillo desde la cajetilla que minutos antes había dejado sobre la mesa.

—Venía a decirte que nuestra investigación no ha entregado resultados positivos —dijo Doris.

—Lo intuí desde que llegaste al restaurante.

—Hasta ahora, el asesinato de Segovia es el típico caso que termina archivado o se resuelve por algún desliz del culpable.

—Si esa noticia me la hubieras dado en mi departamento te habría pedido algún tipo de consuelo.

—¿Me he perdido algo? ¿Hay algo que debo saber? —preguntó Anselmo intuyendo alguna complicidad en mi diálogo con Doris.

—Nada que te incumba —le respondí a mi amigo—. Deberías volver a tu quiosco antes que tus clientes decidan ir a comprar a otra esquina.

—No necesita escudarse en mis clientes para decirme que me vaya.

—Cuido tus intereses y los de la economía del país, igual que los empresarios que lloran como cocodrilos cada vez que un feriado legal les impide abrir sus negocios y se ven obligados a dar unas horas de asueto a sus empleados.

—A buen entendedor, pocas palabras —dijo Anselmo mientras se ponía de pie y dibujaba una sonrisa desganada en sus labios—. Vuelvo al frío mundo de los negocios.

—Deberías ser más amable con él —dijo Doris mientras veía salir a mi amigo del restaurante.

—Habitualmente lo soy. Pero hace un rato sentí celos.

—¿De Anselmo?

—Y de los que te miran en la calle.

—¿Es una declaración?

—No, pero tengo la tarde libre.

—Y yo debo volver a mi trabajo.

—Evidentemente, no es mi día de suerte.

—Por la noche puedo ir a tu departamento. Para entonces es posible que tenga algo más que decir sobre esos nombres que te interesan.

Simenon dormitaba sobre el escritorio y el bandoneón de Rodolfo Mederos llenaba la habitación con su íntimo y nostálgico lamento. Había regresado a los apuntes de Segovia y al intento de escudriñar en la que era su existencia hasta antes de su muerte. Y en realidad no esperaba demasiado de ellos, porque entendía que tras toda escritura hay un intento de simulación, de enmascaramiento, que a veces impide que salgan a la superficie los verdaderos pensamientos del autor. Los apuntes de Segovia saltaban de un tema a otro sin mayor orden ni sentido, y no me resultó fácil avanzar entre ellos. Al cabo de dos horas descubrí una línea en la que no había reparado anteriormente y en la que estaba registrado el nombre de Persia, junto a un número telefónico anotado con evidente prisa.

No lo pensé dos veces. Marqué el número que acababa de descubrir y por unos segundos escuché una suave y misteriosa música de fondo que me hizo recordar viejas escenas de películas en la que aparecían tipos boquiabiertos siguiendo las contorsiones de enigmáticas y atractivas odaliscas.

—Agencia Golondrinas a su servicio —oí decir a una amable voz de mujer—. ¿Es su primera llamada o desea reunirse con alguna chica que ya conoce?

—Quiero ubicar a Persia —dije, temiendo equivocarme al invocar la palabra mágica que me permitiría conocer los secretos ocultos tras la voz.

—¿Persia? —preguntó la mujer y algo en el tono de la voz me hizo pensar que comenzaba a dudar sobre la conveniencia de seguir adelante con el diálogo.

—Un amigo me dio su número —agregué.

—Lamentablemente ella ya no trabaja con nosotros.

—¿Puede decirme dónde ubicarla?

—Ella ya no trabaja con nosotros —repitió la mujer—. Puedo ofrecerle la compañía de otra de nuestras muchachas.

—Por ahora me interesa Persia.

—Ya le dije que ella no trabaja más en la agencia.

—¿Sabrá dónde ubicarla?

—Lo único que puedo hacer por usted es recomendarle a otra de nuestras chicas.

—¿No tiene otro guión más variado para sus respuestas? —protesté—. ¿Me puede indicar con quién puedo conversar para ubicar a Persia?

—Todas nuestras muchachas son lindas, cariñosas y saben cómo hacer feliz a un hombre.

—Quiero que me diga cómo ubicar a Persia —insistí, y de inmediato no escuché más que silencio desde el otro lado de la línea.

Volví a llamar y apenas la mujer reconoció mi voz cortó nuevamente la comunicación. Marqué otra vez el número y alterando lo más posible mi voz, pregunté por Selva, el segundo de los nombres escritos por Segovia en su libreta. La telefonista me informó que Selva ya no era parte del catálogo de la agencia, y cuando

le pregunté si podía darme alguna información que me permitiera ubicarla, se limitó a contestar que eso no estaba dentro de sus atribuciones.

—Soy su hermano y necesito ubicarla —insistí.

—Eso no cambia las órdenes que debo seguir —dijo la mujer y dio por terminada la conversación.

—¿Qué te parece el asunto de las golondrinas? —pregunté a Simenon, que acababa de despertar con el ruido que hice al colgar el teléfono.

—Seguramente el periodista se sentía solo y buscó compañía.

—Dudo que Segovia hubiera podido pagar ese tipo de compañía.

—Al menos ya sabes que existen esas dos mujeres y que no eran inventos de Segovia. Podrías solicitar una cita con alguna de las muchachas de la agencia y tratar de averiguar el actual paradero de Persia o Selva.

—Lo más probable es que las mujeres que trabajan en la agencia no se conozcan entre sí. La agencia no debe ser otra cosa que un teléfono que comunica los deseos de unos con la necesidad de ganarse la vida de otras.

—Tu respuesta parece trabalenguas y a mí no se me ocurre nada más.

—Veamos si Marcos Campbell anda más iluminado que nosotros —dije al tiempo que volvía a tomar el teléfono y comenzaba a marcar el número de mi amigo periodista.

\* \* \*

—¿Segovia tenía en mente escribir un reportaje sobre el negocio de las damas de compañía? —pregunté a Campbell después de informarle de mis pesquisas en la Agencia Golondrinas—. Sabemos que las prostitutas son más antiguas que el hilo negro, pero siempre dan tema para ocupar nuevas tintas.

—La novedad depende del punto de vista o del vigor de la pluma —comentó Campbell, y luego de una pausa que ocupó en bostezar, agregó—: Te puedo asegurar que las putas no estaban en la lista de reportajes que él escribiría para mi revista. Pero eso no quiere decir nada. Segovia escribía para varios medios y por lo tanto no podemos descartar que trabajara en el tema.

—Gonqueras, el amigo de Segovia, no conocía a ninguna mujer que usara los nombres anotados en la libreta. Me habló de una bailarina maltratada por el hijo de un ricachón. Podría haber una relación entre eso y los nombres. Selva y Persia podrían ser los nombres ficticios de otras víctimas del hijito de papá. Si al tipo le gusta maltratar mujeres, puede que tenga a más de una en su lista de golpizas. Gonqueras mencionó que Segovia no tuvo éxito en conseguir el testimonio de la bailarina, pero bien pudo estar al tanto de golpizas que, supongamos, pudieron afectar a las mujeres de la agencia.

—En tal caso, Selva y Persia serían dos nombres conocidos para Gonqueras —

comentó Campbell.

—Tienes razón —dije—. Salvo que Gonqueras me hubiera ocultado que conocía a esas mujeres.

—Antes de seguir mirando bajo el agua, deberías descartar que esas mujeres hubieran sido amigas de Segovia.

—En la agencia no quieren dar ninguna seña acerca del paradero actual de esas mujeres.

—Tiene sentido que no quieran dar información por teléfono. Pero la agencia debe tener una oficina, y a una persona que la atienda y pueda responder unas preguntas mirándote a la cara.

—No había pensado en eso, Campbell. Te concedo el punto.

—Disculpa que te lo diga, pero últimamente te esmeras en sacar las castañas con la mano del gato. ¿Qué pasa? ¿Estás aburrido de hacer preguntas o los años te están pasando la cuenta? No hay nada de malo en reconocer que uno no es el mismo de hace cinco, diez o quince años. Te haría bien conversar con un psicólogo.

—Tengo un psicólogo personal. El doctor Daniels. Jack Daniels.

—Eres un caso sin vuelta, Heredia.

—Lo sé, y como trato de que nadie lo sepa, cierra la boca —dije, y luego agregué—: ¿Tienes alguna idea de cómo llegar hasta la oficina de la Agencia Golondrinas?

\* \* \*

De pronto el ánimo no me acompañaba. Prefería la cómoda posición del crupier que reparte fichas y cartas sin deseo de intervenir en el juego más allá de su rol de testigo de las victorias y derrotas de los demás. En ocasiones me sentía cansado, y en otras, la mayoría, algo escéptico frente a los resultados de las pesquisas que me obligaban a ventilar los secretos de vidas que hubieran preferido seguir en el anonimato. No obstante, y sin ganas de dejarme vencer por la inercia de la existencia, seguía jugando las partidas que me tocaban en suerte, aferrado a mi vieja lealtad con el oficio que llevaba tatuado en la piel.

De pronto recordé que en otra oportunidad, investigando la muerte de un funcionario público tentado por la acogedora sombra del dinero, había sabido de las agencias de compañía femenina que ofrecían sus servicios a través de la Internet. Lamenté por un momento mi nulo apego a los cachureos tecnológicos, y con la esperanza de que no fuera un inútil manotazo de ahogado, llamé nuevamente a la oficina de Doris. Un tipo de voz desganada me informó que ella no estaba, y cuando me preguntó si la requería por un asunto policial, corté la llamada y maldije por unos segundos mi mala suerte. Luego de un rato, me armé de paciencia y volví a llamar a Campbell.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó mi amigo.

—Que uses tu computadora y busques alguna información sobre la Agencia Golondrinas en la Internet.

—Ya es tiempo de que aprendas a hacerlo por tu cuenta. Sería de mucha utilidad para tu trabajo.

—Mientras cuente contigo, prefiero estar alejado de las computadoras.

—Tarde o temprano la paciencia termina por agotarse.

—Deja de protestar y hazme la gauchada. Ambos queremos encontrar al asesino de Segovia.

—¿Vas a esperar o te llamo más tarde cuando tenga algún resultado?

—Prefiero esperar o de lo contrario te pondrás a hacer otra cosa.

—La agencia tiene una página en la red —dijo Campbell cinco minutos más tarde—. En ella puedes observar la mercadería y contratar los servicios a través de un teléfono.

—¿Aparecen los nombres de las mujeres en el sitio?

—Obvio. Todas con sus respectivos nombres de fantasía.

—¿Alguna se hace llamar Persia o Selva?

—Veré el índice que tiene la página —dijo Campbell y luego de un par de minutos, agregó—: No hay ninguna que use esos nombres.

—¿Aparece alguna dirección de la agencia?

—El teléfono, nada más —respondió Campbell y enseguida me lo dictó.

—Es el mismo número que encontré en la libreta de Segovia. Intenté obtener información y me la negaron.

—Mala suerte, Heredia. Tendrás que pensar en otra cosa. Si tengo alguna idea que valga la pena, te llamo.

\* \* \*

Doris apareció en la oficina antes de la medianoche. Vestía un impermeable azul que cubría sus piernas hasta más abajo de las rodillas y en una de sus manos portaba una carpeta plástica de tapas rojas. Parecía preocupada o molesta. Me saludó con un frío beso en la mejilla y por un instante se acercó a la ventana de la oficina y observó el horizonte de luces que teníamos a nuestros pies.

—La realidad nunca deja de sorprendernos —dijo finalmente, al tiempo que daba unos pasos y dejaba la carpeta sobre el escritorio, al lado de Simenon, que seguía atentamente sus desplazamientos. Luego se acercó a mi lado y me observó de un modo que me hizo presagiar que comenzaba a esfumarse la cita cálida que había imaginado al verla llegar.

—¿Qué sucede? —pregunté, al tiempo que encendía un cigarrillo—. ¿Un mal día en la oficina?

—¿Dónde obtuviste los nombres de esas mujeres? —preguntó.



—Te dije que estaban en la libreta de Segovia.

—¿Me equivoco o sacaste la libreta desde el departamento del periodista?

—¿Qué importancia tiene eso? Es un detalle.

—Tú y tu maldita costumbre de ocultarme información.

—Lo importante es que esos nombres pueden ser una pista para explicarnos el asesinato de Segovia. Hoy averigüé que las mujeres que usan esos nombres trabajaron en una agencia de acompañantes. Intenté dar con sus paraderos y me fue mal. Seguramente a ti te resultará más fácil conseguir que en esa agencia nos ayuden a saber dónde viven o trabajan.

—No te ilusiones con eso, Heredia. Revisamos nuestros archivos y dimos con dos mujeres que responden al nombre de Persia, y una al de Selva.

—¿Dos Persias?

—Una está en la cárcel cumpliendo condena por tráfico de pasta base. La otra, cuyo nombre verdadero es Alma Morán, tiene ficha de prostituta, al igual que Rita Mardones, fichada con el apodo de Selva. Ambas son ecuatorianas y con un largo historial de trabajos en cabarés, casas de masajes y prostitución callejera.

—Eso reafirma mi idea de que Segovia trabajaba en un reportaje sobre prostitutas.

—En una de esas investigaba algo peor. Alma Morán y Rita Mardones están muertas. Fueron encontradas hace tres meses, y con apenas cuatro días de diferencia, en los departamentos donde atendían a sus clientes. Las dos fueron asesinadas de la misma manera, atadas a sus camas, desnudas y con profundos cortes en las gargantas. Las escenas de ambos crímenes no mostraron evidencias de hechos violentos previos a sus muertes y los exámenes a los cadáveres demostraron que las mujeres habían sostenido relaciones sexuales antes de ser asesinadas.

—¿Debemos suponer que fueron víctimas del mismo asesino?

—Las evidencias permiten ir más allá de una mera suposición. Junto a los cuerpos de las víctimas se encontraron copias de la película *Psicosis* de Hitchcock.

—¿Hitchcock? Dime que no es una broma.

—Jamás haría una broma con la muerte de dos mujeres. Sus cuerpos permanecen en el Servicio Médico Legal a la espera de que los retiren. Y es muy probable que eso nunca suceda y terminen en la fosa común. La información disponible indica que carecían de familiares en el país. Los antecedentes que presentaron para arrendar sus departamentos eran falsos. Ambas declararon que trabajaban de secretarias para empresas inexistentes y ninguno de los arrendadores se preocupó de verificar los antecedentes. Pagaban puntualmente los arriendos y salvo por la cantidad de visitas masculinas que recibían, llevaban vidas tranquilas. En su momento investigamos lo que pudimos sobre ellas, pero recién ahora, con la muerte del periodista, sus nombres aparecen vinculados a una persona en particular. Es una segunda oportunidad que tenemos para resolver sus asesinatos.

—Estás sacando conclusiones demasiado pronto.

—Segovia conocía sus nombres y no me extrañaría que estuviera al tanto de las circunstancias en las que murieron.

—Las características de sus crímenes debieron llamarle la atención. Y antes que a él, a la persona que le dio el soplo.

—¿Qué soplo? —preguntó Doris.

—Ambos sabemos que hay policías que obtienen dinero informando de ciertos crímenes a los periodistas que cubren las páginas policiales de los diarios o la televisión. Uno de ellos debió poner en alerta a Segovia. Imagínate la primicia.

—Ahora eres tú el que está sacando conclusiones anticipadas. No me metas en el mismo saco de tus críticas. Segovia pudo tener otras fuentes para enterarse de la muerte de las mujeres. Vecinos, otros periodistas, algún funcionario del Servicio Médico Legal.

—Dos crímenes similares y la misma película como marca de identidad del asesino. Debemos comprobar que las mujeres que seguía Segovia eran las mismas que fueron asesinadas.

—Hace rato que estoy pensando en lo mismo —dijo Doris, al tiempo que sacaba un teléfono celular desde su impermeable—. Aunque sea tarde y me maldigan, daré instrucciones para que averigüen dónde funciona la agencia. Y si eso da buenos resultados, mañana allanaremos el lugar.

—¿Y después? Nada me indica que se vea alguna luz al final del túnel.

—Algo debió estar investigando Segovia. Y ese algo puede que aparezca una vez que interroguemos a la gente de la agencia. Esas mujeres no vivían en el aire. Debieron tener amigos y clientes frecuentes, personas que las conocían y que probablemente tuvieron la ocasión de escuchar lo que ellas deseaban contar sobre sus vidas. Nadie puede andar tan desamparado por el mundo, Heredia.

Doris se puso a hablar por teléfono. La oí dar las primeras instrucciones y luego fui a la oficina a preparar café. Cuando regresé, Doris estaba de pie junto al escritorio, hojeando el contenido de la carpeta que traía consigo al llegar.

—Te traje una copia de la información que tenemos sobre las mujeres. Pensé que sería una lectura de tu interés —dijo Doris, y luego de cerrar la carpeta, preguntó—: ¿Qué hora es, Heredia?

—Demasiado tarde para regresar a casa —le respondí pasándole una de las tazas de café que traía desde la cocina.

—Y una buena hora para dejar de pensar en el trabajo.

—¿Qué sugieres?

Doris no dijo nada. Dejó la taza de café sobre el escritorio, se sacó el impermeable y caminó a mi encuentro.

Doris se fue por la mañana, junto con los primeros ruidos que anunciaban el renacer del barrio y con la prisa justa para cambiarse ropa en su departamento y luego seguir hacia su oficina, dispuesta a organizar lo que dijo sería un día agitado. Dos veces le pedí que me dejara participar en el allanamiento de las oficinas de la Agencia Golondrinas y en ambas ocasiones me dijo que no. Pensé en jugar mis propias cartas, pero desconocía la dirección de la agencia y además no deseaba estropear la complicidad de una noche de caricias y confesiones en la que habíamos reconocido que nos sentíamos bien juntos, sin la obligación de conversar sobre sentimientos ni de planes para el futuro. Podíamos vivir unos momentos de ternura sin hacernos cargo de promesas que más tarde no podríamos cumplir o plazos que caerían sobre nuestras vidas como lápidas.

Preparé café, encendí un cigarrillo y después de dar de comer a Simenon, me senté a leer los documentos que estaban en la carpeta que Doris había dejado sobre el escritorio. Según el timbre estampado en su pasaporte, Alma Morán había ingresado a Chile a comienzos del año 2008, con una visa de turista que después no se había molestado en renovar. La denuncia de su muerte la había dado una vecina del edificio donde ella trabajaba, a la que le llamó la atención que la puerta del departamento de Alma estuviera abierta durante todo un fin de semana. La mujer alertó al conserje y este, luego de entrar al departamento de la ecuatoriana, dio aviso a la policía. Después de interrogar a una decena de vecinos, la policía determinó que la mayoría de ellos desconocía la ocupación de la mujer y que solo el conserje, testigo de las visitas masculinas, tenía sospechas que por prudencia no comentó con nadie. Dos o tres de sus vecinos pensaban que Alma era una muchacha agraciada que trabajaba como promotora de perfumes y al resto jamás le había preocupado averiguar su ocupación. El informe policial no decía nada acerca de lo que pudo decir el conserje sobre los hombres que visitaban a Alma y terminaba declarando el caso pendiente, hasta que aparecieran nuevos antecedentes que justificaran su reactivación.

Rita Mardones llegó al país dos meses después que Alma. Su cadáver fue descubierto por un pintor de brocha gorda que había sido contratado por el dueño del departamento para que pintara dos piezas. Rita había prestado al hombre una llave para que hiciera su trabajo y a este le había bastado dar una mirada a la cama donde yacía la mujer para decidir que debía abandonar la escena del crimen y llamar a la policía. Varios de los vecinos de la mujer estaban enterados de su ocupación, pero jamás le habían dado importancia al asunto ni presentado reclamos en la administración del edificio. El informe policial consignaba las descripciones de los clientes, las que en general eran vagas y se limitaban a dar indicios de sus posibles edades, del color de sus cabellos o de la ropa que vestían. Un par de líneas al final del documento señalaban, con evidente indiferencia, que la muerte de Rita era un misterio pendiente.

Las vidas de Rita y Alma parecían empezar y concluir dentro de los reducidos límites de los departamentos en que fueron encontrados sus cadáveres. Los informes policíacos, a partir de la existencia de los videos, establecían nexos entre ambas muertes, pero por desidia o falta de imaginación no abundaban más allá en el asunto. Nada decían de los familiares o amigos de las víctimas y no había que ser muy avisado para concluir que sus casos estaban condenados a terminar en ese lugar «donde habita el olvido» que menciona Joaquín Sabina en una de sus canciones. Una investigación hecha a la diablo o por cumplir con el trámite, me dije antes de regresar los papeles a la carpeta y ponerme a pensar si esta debía seguir sobre el escritorio o ir a parar al canasto de la basura. Decidí concederle otros días de existencia y tomé el teléfono con la intención de llamar a Humberto Gonqueras.

Dejé sonar el teléfono unos segundos y luego me resigné a aceptar mi mala suerte. El periodista no estaba en su casa o bien se encontraba atorado con una generosa porción de pizza.

—¿Y ahora qué? —le pregunté a Simenon, que se había instalado junto al teléfono y parecía sonreír con perversidad.

—Mueve el esqueleto, Heredia. Necesitas ejercicio y dejar de pensar que te traerán en bandeja las respuestas a tus interrogantes.

—Mira quién habla de hacer ejercicio.

—No soy yo el que tiene una investigación pendiente.

—Pero podrías tener una buena idea para aportar a la sociedad.

—¿Para qué? Intuyo que algo está dando vueltas en tu sesera, ¿o me equivoco?

—Segovia y los nombres en su libreta. ¿Investigaba las muertes de las mujeres o trataba de ocultarlas?

—¿Desde cuándo estás pensando en eso?

—Desde que te vi sonreír hace un momento.

—Los gatos no sonreímos, Heredia. A lo más esbozamos un gesto irónico.

Una hora más tarde, insistí en la llamada a Gonqueras y tuve suerte. El periodista no reconoció mi voz y cuando le dije quién era, me dio la impresión de que mi llamada le resultaba molesta.

—Es segunda vez que llamo —dije—. No es fácil dar con usted.

—Tuve asuntos que atender durante todo el día —dijo—. ¿Qué necesita?

—¿Recuerda los dos nombres de mujer que tenía escritos Segovia en su libreta? —le pregunté.

—Me acuerdo que hablamos de unos nombres. Nada más.

—Persia y Selva. Dijo que no conocía a ninguna mujer que usara esos nombres.

—Cierto. ¿Cuál es el problema?

—¿Podemos vernos un rato y conversar de esos nombres?

—Ya le dije que esos nombres no me dicen nada.

—¿Le interesa un buen asunto para reportear? Fama y dinero por poco esfuerzo.

—¿De qué se trata?

—Prefiero darle la primicia en persona. Quiero ver la cara que pone cuando conozca los detalles de las muertes de las dos mujeres.

—¿Muertas?

—Frías, pálidas y quietas.

—¿Segovia tiene algo que ver con esas muertes?

—Es lo que quisiera saber. Necesito que haga memoria y me ayude a encontrar alguna relación entre Segovia y esas mujeres.

—¿Cree que él pudo asesinarlas?

—Hasta que la verdad no deja las cuentas claras, no descarto nada en la investigación de un crimen.

\* \* \*

El ascensor era una antigualla enrejada que demoró varios minutos en llegar al primer piso y otros tantos en dejarme en la planta donde vivía Humberto Gonqueras. El interior del edificio mantenía su prestancia de otras épocas y los pasillos con piso de madera que conducían a los departamentos se veían encerados y relucientes.

Llegué frente a la puerta que tenía un número de bronce atornillado en su parte superior. Toqué el timbre que se encontraba al costado derecho de la puerta y me dispuse a esperar la aparición de Gonqueras. Pasaron los minutos y el periodista no dio señales de vida. Insistí con el timbre y cuando estaba a punto de volver sobre mis pasos, vi detenerse nuevamente el ascensor y salir de su interior a un hombre alto y delgado, vestido con una cotona azul, que se detuvo y me observó con desconfianza.

—¿A quién busca? —preguntó en voz alta para hacer más evidente su autoridad dentro del edificio—. Está prohibida la entrada de vendedores.

—Busco a Humberto Gonqueras. Conversé con él hace un rato por el teléfono y quedamos en reunirnos.

—Su historia me huele a cuento del tío —agregó el hombre—. Soy el conserje del edificio y hace quince minutos vi salir al señor Gonqueras. Parecía apurado y llevaba el maletín que usa cuando sale de viaje.

—¿Está seguro? Quizá se equivocó de persona.

—Le dije lo que vi y ahora espero que me diga quién es usted —respondió el conserje con tono agresivo.

—Policía —dije, mostrando la credencial que, como a menudo solía recordar, compré años atrás en el Mercado Persa y que saco a relucir en situaciones de apuro o cuando quiero intimidar con el mentado peso de la ley.

—Debió empezar por ahí —dijo el conserje con un hilo de voz—. ¿Para qué busca al señor Gonqueras? ¿Hizo algo malo?

—Nada que yo sepa, salvo que desde ayer a hoy hayan promulgado una ley que considere delito huir con una maleta a la rastra.

No fue fácil, pero al cabo de unos minutos y con el auxilio de algunas pequeñas mentiras respecto a las razones que motivaban mi presencia en el lugar, conseguí que el conserje me dejara entrar al departamento de Gonqueras, luego de emplear la llave maestra que guardaba para las emergencias.

La sala principal del departamento era amplia e iluminada, pero sus paredes descascaradas y algo descoloridas daban cuenta de un descuido que continuaba en los dormitorios y en la cocina, donde divisé un alto de loza sucia acumulada sobre el fregadero. En una de las habitaciones encontré un escritorio con cubierta de vidrio y un enorme afiche de Madonna pegado en uno de sus muros. Tuve la impresión de que Gonqueras vivía solo y el conserje me lo confirmó. Revisé el ropero ubicado en el dormitorio y el desorden existente en su interior me hizo imposible definir si ese era su estado habitual o se debía a la prisa que había tenido el periodista para sacar la ropa que necesitaba en su viaje.

¿Qué había motivado la aparente fuga de Gonqueras? ¿Mi llamada telefónica o alguna otra recibida más tarde? ¿O se debía a la muerte de las mujeres? Agradecí al conserje su complicidad y salí del departamento con los bolsillos cargados de dudas. Frente al Teatro Baquedano encontré un teléfono público y llamé a Doris, que luego de saludarme me informó que acababa de averiguar dónde funcionaba la Agencia Golondrinas y que aguardaba la autorización de un fiscal para allanar el lugar.

—Parece que metí las patas en la investigación —le dije cuando ella terminó de hablar, y de inmediato la puse al tanto de lo sucedido en mi visita al departamento de Gonqueras.

—La conducta del periodista es bastante extraña. Puedo echar a correr su nombre y pedir que lo detengan por sospecha.

—Creo que se asustó cuando le hablé de las finadas. Es posible que mintiera cuando dijo que desconocía sus nombres de trabajo, o bien sabe quién las asesinó.

—Me parece que es muy pronto para sacar esas conclusiones.

—Lo sé, y por eso me gustaría saber si recibió alguna otra llamada aparte de la mía. Su salida del departamento pudo estar motivada por una emergencia o un asunto de trabajo.

—Eso es fácil de averiguar, pero puede ser demoroso. Necesito una orden de un fiscal para solicitar la información a la compañía telefónica —dijo Doris.

A pesar de la demora estimada por Doris, le di el número del periodista y antes de despedirnos acordamos reunirnos por la noche, una vez que ella tuviera algo que decir sobre la Agencia Golondrinas.

Puse otras monedas en el teléfono y esperé un instante hasta que escuché la voz de Marcos Campbell.

—No sé qué pensar —dijo cuando terminó de escuchar mi relato—. Conozco a Gonqueras por lo que me han contado de él en los últimos días. Hoy, sin ir más lejos,

un colega me contó que hace cinco años Gonqueras fue procesado por difamación: publicó un artículo en el que acusaba de tráfico de drogas a un agregado comercial colombiano. Era verdad, pero el diplomático usó sus influencias y mantuvo a Gonqueras entre las cuerdas hasta que fue destinado a otro país.

—Al menos eso nos sirve para saber que tiene experiencia en historias turbias.

—Quizás sabía algo especial respecto a las mujeres. O las conocía.

—Es lo que yo creo, Campbell —dije.

—Desgraciadamente no es mucha la ayuda que te puedo dar.

—Alguno de tus colegas puede saber dónde buscar a Gonqueras.

—Puedo hacer una ronda de preguntas, pero no te hagas ilusiones. Gonqueras se mueve en un medio diferente al mío y el de mis amigos.

—Tengo la sensación de que el caso comienza a enredarse.

—O a resolverse. Gonqueras puede ser la clave que nos permita conocer al asesino de Julio Segovia.

—Sabes que no me agradan los puzzles inconclusos y menos saber que un asesino anda suelto por la calle.

—Entonces no te quejes y haz lo que te dicte el corazón.

Un puzzle inconcluso y complejo, pensé después de colgar el teléfono y observar la explanada que se extendía frente al Teatro Baquedano. La vida seguía su curso indiferente a los dramas cotidianos, al mal que latía en los rincones secretos de la ciudad y que de vez en cuando mostraba la ferocidad de su rostro para recordarnos que somos frágiles y que el orden que hemos creado puede transformarse en confusión en el instante menos pensado, como un terremoto que nos sorprende observando la caída de la tarde sobre los faldeos cordilleranos.

Quizás Segovia había intentado entrar a la cueva del mal y el precio pagado por su osadía era el silencio. Campbell me había dicho que siguiera el dictado de mi corazón, pero al escuchar sus latidos no encontraba ninguna respuesta a mis inquietudes. Solo me recordaban que seguía vivo y que la ciudad era un campo de batalla donde la vida pendía de un hilo y morir no constituía ninguna novedad. Y como todos los que me rodeaban, aun el más inocente de los peatones que pasaban por mi lado, yo no era más que un sobreviviente que intentaba alejarse de la guadaña y de los buitres que revoloteaban sobre su cabeza, ávidos de mi carne derrotada por los años y el desencanto de muchas empresas inútiles.

Palpé la pistola que portaba junto al cinturón y con un cigarrillo en los labios caminé hasta «El Cuervo», donde pedí un vodka y me dispuse a dejar pasar el tiempo hasta que fuera la hora de apostar la última ficha de ese día.

Me detuve frente a la entrada y pensé en las escasas posibilidades que tenía de entrar al cabaré sin despertar las sospechas del portero, un tipo rubio y musculoso que controlaba el acceso de los clientes y parecía sacado de una película de mafiosos rusos. Era muy temprano para apreciar el espectáculo que ofrecían en el lugar, pero una hora adecuada si se trataba de conversar con los empleados que estarían preparándose para enfrentar el vértigo de la noche. Luego de un rato descubrí que el cabaré tenía una puerta lateral por la que entró un hombre cargando dos cajas de champaña. Me invoqué a la virgen de las causas perdidas y tuve suerte. Nadie me detuvo al pasar por la puerta secundaria y después de avanzar por un pasillo extenso y mal iluminado, llegué al salón principal. El lugar estaba a media luz. Tres mujeres vestidas con cotonas amarillas limpiaban las mesas y los sillones que rodeaban un escenario rodeado de espejos y focos por los que debían salir las luces multicolores que acariciaban los cuerpos de las bailarinas. En uno de los costados del salón había un largo mesón revestido de cuero y tras él dos garzones que en ese momento se dedicaban a ordenar una gran cantidad de vasos y copas. Al llegar junto al mesón reconocí a uno de los hombres, al que conocía desde la época en que él trabajaba en un bar próximo a las Torres de Tajamar. De eso habían pasado cinco o seis años. El bar había quebrado por falta de clientes y hasta entonces nunca me había preguntado por el destino del mozo que, como antaño, lucía sus cabellos engominados y un grueso bigote negro sobre sus labios.

—Te creció el pelo, Marambio —le dije a modo de saludo—. La barra luce bien provista y seguro que la clientela deja mejores propinas que en el viejo bar.

El mozo demoró unos segundos en reconocermé y cuando lo hizo sonrió dejando descubiertas dos filas de dientes grandes y parejos.

—¿Heredia? —preguntó—. ¿Cuántos años hace que no nos veíamos?

—Pocos como para olvidarme de tu cara y demasiados para estar sin esos buenos tragos que servías en el bar donde nos conocimos.

—¡Carajo, Heredia! ¡Te ves igual que entonces!

—Gracias, pero temo que a este boliche le falte luz.

—¿Qué fue de esa minita con la que a veces pasabas a tomar una copa? Una chica colorina que parecía muy entusiasmada contigo. ¿Te casaste con ella o se la llevó el viento como a Scarlett O'Hara?

—El viento y un avión que voló hasta Barajas sin hacer escala en ninguna parte.

—Lástima, porque era una linda chica. Pero supongo que al zorro no le faltan las polluelas.

—Polluelas sobran, pero el zorro no corre con la velocidad de antaño.

—A otro perro con ese hueso, Heredia.

—¿Y tú, qué cuentas? —pregunté sin querer contradecir al mozo—. ¿Cómo viniste a dar a este palacio?



—Tuve suerte. Uno de los clientes del viejo bar es amigo del administrador de este lugar. Cuando supo que me quedaría cesante, hizo una llamada y me consiguió una entrevista. Me pusieron a prueba por unos días y desde entonces han pasado cuatro años y once meses. Trabajar de noche tiene sus complicaciones, pero no me quejo. El sueldo no es malo, recibo buenas propinas y nunca falta con qué entretener la vista, ya sea con las bailarinas o las clientas.

—Y de vez en cuando estiras las manos, ¿no?

—¡Qué más quisiera! Pero conozco la escena y procuro no apartarme del rol que me han asignado —respondió Marambio y luego de mirar de reojo hacia la puerta de entrada, agregó—: ¿Qué haces por aquí, Heredia? Es muy temprano, y además imagino que al entrar viste la lista de precios.

—Quería dar una miradita y ver si encuentro alguna pista que me permita dar con el paradero de un amigo.

—¿Andas trabajando?

—No, es un asunto personal.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Humberto Gonqueras.

—Gonqueras, el guatón chismoso —dijo Marambio y luego de sacar brillo al vaso que tenía entre sus manos, agregó—: Salvo que hayas cambiado mucho, dudo que ese tipo sea tu amigo.

—Tus ojos de lince siguen intactos.

—Es el fruto de una vida de bares y restaurantes, Heredia. Me basta mirar a un tipo para saber qué se puede esperar de él. No te gustaría tener al gordo de compañía en ningún bar. Habla demasiado y no dice nada. Siempre anda buscando chismes y más de un mozo joven y desprevenido ha perdido la pega por contarle lo que no debía. Apuesto lo que no tengo a que lo buscas porque está metido en un lío tan grueso como él.

—Te concedo el triunfo y los honores. ¿Has visto a Gonqueras en los dos últimos días?

—No. Y me sorprende, porque viene a diario, observa a los clientes y trata de conseguir alguna copucha para sus artículos. Y sabe dónde buscar, porque aquí llegan muchas personas famosas: gerentes de empresas, futbolistas, artistas de la televisión, uno que otro político y un largo etcétera de gente que tiene suficiente dinero para pagar las copas y la compañía de las muchachas.

—Niñas hogareñas y agradables de mirar.

—Espera una hora y te volverás loco, Heredia.

—¿Alguna vez viste por aquí a Segovia, un periodista amigo de Gonqueras?

—Su nombre no me dice nada —respondió el barman mientras ordenaba una atractiva colección de botellas sobre el mesón.

—Me contaron que Gonqueras investigó la golpiza que un cliente le dio a una de las muchachas. ¿Qué sabes de eso?

—¿Adónde quieres llegar con tantas preguntas? No quisiera meterme en problemas por tu culpa.

—Lo que digas quedará entre nosotros. Sé que en el asunto participó el hijo de un empresario de cierto renombre.

—Adriano Reverte se llama el tipejo. Un botarate que tiene la billetera de su viejo al alcance de la mano y una tienda de artículos deportivos donde hace como que trabaja. Reverte golpeó a una de las bailarinas y Gonqueras fue testigo de lo sucedido.

—Y el resto de la historia la conozco —dije—. ¿Sabes dónde queda la tienda de Reverte?

—La tienda está ubicada en Apoquindo, cerca de la Escuela Militar. Más no sabría decirte —agregó Marambio mirando hacia la puerta del salón por la que en ese instante entraba el vigilante rubio.

—Gracias por la información. No deseo quitarte más tiempo y además tu colección de botellas me está provocando sed. Es mejor que vaya a otro sitio donde pueda pagar mis copas. Volveré otro día y a otra hora para observar el paisaje y seguir conversando.

—No te pierdas. Tengo un buen recuerdo de nuestras charlas en el viejo bar.

—Uno de estos días rompo mi chanchito de greda y reaparezco.

—No embromes, Heredia. En este lugar, tus ahorros no deben alcanzar ni para comprar un cucurucho de maní. Si vuelves, yo invito.

Dije adiós a mi amigo y en el camino hacia la salida me crucé con el portero rubio. Apuré mis pasos y cuando estuve de nuevo en la calle me detuve un momento a observar el letrero de neón que iluminaba la fachada del cabaré. Parecía una llama encendida, un grito de colores, los atractivos labios rojos de una mujer habituada a la seducción. Busqué mi auto, que había quedado estacionado frente a un quiosco de golosinas, y cuando me senté junto al volante, volví a sentir la puntada en la espalda. Respiré hondo, encendí un cigarrillo y cuando me acostumbré al dolor, puse en marcha el motor y dejé que el auto se desplazara lentamente.

Media hora más tarde estaba de vuelta en mi departamento. El dolor seguía instalado en mi espalda. Busqué una pastilla y me senté a esperar que el calmante hiciera su trabajo.

\* \* \*

Doris me sorprendió durmiendo con la cabeza apoyada sobre el escritorio. Abrí los ojos y la vi parada a mi lado, con las huellas del cansancio en sus ojos y en las líneas despintadas de sus labios. Mi cabeza parecía llena de plomo y bruma, pero el dolor de la espalda había remitido y por unas horas parecía estar destinado a ser un recuerdo ingrato. Miré mi reloj y no conseguí determinar la exacta posición de sus

punteros.

—Al contrario de la Cenicienta, yo aparezco a la medianoche —dijo Doris, y mientras deslizaba una caricia por mis mejillas agregó—: Tu aspecto no es de los mejores. ¿Te ocurre algo?

Me puse de pie, y sin decir nada me fui al baño a mojar mi cara y mis cabellos con abundante agua fría. Cuando estuve de vuelta en la oficina, Doris volvía de la cocina con dos tazas de las que emanaba un fuerte aroma a café y esperanza.

—He tenido un día ajetreado —dijo mientras me pasaba una de las tazas—. El allanamiento de la agencia tuvo sus dificultades, pero dio resultados alentadores. Detuvimos a cuatro personas y confío en que de aquí a mañana sus declaraciones entreguen alguna información que valga la pena.

—Cuéntamelo todo, con pelos y señales.

—La agencia funciona en una oficina en la que reciben las llamadas de los clientes y a la que ocasionalmente van las mujeres, que, salvo excepciones, no se conocen entre ellas. El dueño se llama Hernán Benavides y no es la primera vez que debe hacerse cargo de las acusaciones de la policía. Su negocio es simple y lucrativo. Contacta mujeres en el extranjero o en regiones y les ofrece trabajo a cambio de un porcentaje de lo que ellas cobran a sus acompañantes. Como parte del trato, les proporciona un departamento donde recibir a sus clientes. Cuando allanamos la oficina encontramos a una secretaria que nos dio los nombres de las mujeres que trabajan en la agencia. Tres paraguayas, dos colombianas, una ecuatoriana y dos chilenas. La secretaria nos ayudó a ubicar a Benavides y a reunir a dos de las mujeres. Las demás se encuentran fuera de Santiago, trabajando de acompañantes en una convención de exportadores de frutas.

—¿Las muertas trabajaron en ese lugar? —pregunté con impaciencia.

—Benavides trató de negarlo al principio, pero acabó por reconocerlo. Alma Morán y Rita Mardones integraban el personal de la agencia cuando las encontraron muertas en sus departamentos. Al enterarse de sus asesinatos, Benavides decidió guardar silencio a la espera de lo que averiguaran los detectives a cargo de la investigación. Pero estos jamás relacionaron a las mujeres con la agencia, y desde luego los dueños de los departamentos no dijeron la verdad acerca de cómo habían llegado a arrendarlos a las víctimas. Benavides dejó pasar unas semanas y luego, cuando las muertes pasaron al olvido, volvió a recibir llamadas telefónicas.

—El olvido siempre va de la mano de los peores crímenes. Los de la agencia seguramente creyeron que nadie volvería a preocuparse de las mujeres y por eso la secretaria se asustó cuando llamé para preguntar por Selva y Persia.

—A cierta gente no le gusta que les recuerden sus culpas, Heredia. Eso tú lo sabes de sobra. Varias veces te ha tocado conocer a tipos con sus conciencias sucias.

—¿Pudiste averiguar si los detenidos conocían a Segovia?

—Benavides, la secretaria y las mujeres que interrogamos dijeron que no lo conocían.

—¿Y qué opinas al respecto?

—Por ahora debemos creer en lo que nos dicen.

—¿Dijeron algo más acerca de las mujeres asesinadas?

—Benavides contrató a Alma Morán en Tacna, donde la mujer trabajaba en un cabaré de mala muerte. Le ayudó a entrar al país sin pasaporte y le consiguió el departamento donde la mataron. Rita Mardones llegó sola a la agencia, siguiendo la recomendación de un tipo al que conoció mientras ella trabajaba en una casa de masajes, en los alrededores de la plaza Brasil.

—¿Nada sobre sus familias, amigos o conocidos?

—Benavides las veía semanalmente, pero al parecer más allá de eso no se relacionaba con ellas.

—Las otras mujeres pueden saber algo más.

—Dicen que no conocían a las finadas.

—¿Se sabe algo de los clientes?

—Nada. Los interesados llaman a la agencia y se les contacta con las mujeres. Lo extraño es que según los registros de la agencia, durante los días en que fueron asesinadas no se recibieron llamadas de hombres interesados en sus servicios.

—¿Y si burlaban el control de Benavides y atendían por su cuenta a los clientes? ¿Tipos a los que habían recibido otras veces en sus departamentos generándose una confianza que les permitía concertar citas sin pasar por el teléfono de la agencia? No deberíamos descartar que el o los asesinos estén relacionados con la administración del negocio.

—Puede ser como tú dices. El allanamiento nos sirvió para plantearnos nuevas preguntas y de paso detener a Benavides y las mujeres. Claro que será por unas horas, porque el abogado de Benavides ya empezó a hacer su trabajo.

—¿Y su posible relación con los asesinatos?

—Hasta ahora nada nos permite sindicarlos como sospechosos.

—El futuro de la investigación no parece muy halagüeño.

—¿Quién sabe? Las mujeres quedarán libres y es probable que se animen a conversar con un investigador privado que tenga paciencia y sepa hacer preguntas.

—Un investigador al que le podrías indicar cómo reunirse con ellas.

—Nombres, domicilios, teléfonos. Lo que quieras.

—¿Sin ninguna condición?

—Todo eso siempre y cuando el investigador no se ponga muy cariñoso con ellas.

—A veces los interrogatorios requieren el uso de recursos especiales.

—Preguntas y respuestas, nada más. Nadie te pide que las rescates del infierno.

Las notas del piano de Thelonious Monk salían desde el equipo de música y buscaban refugio en los rincones más oscuros del dormitorio. Observábamos la luna redonda, que parecía haberse acercado hasta rozar las ventanas que comunicaban mi departamento con las calles del barrio. Afuera, convertida en un caótico cuadro de luces y sombras, estaba la ciudad con sus espacios anónimos donde otras parejas harían el amor, o en los que un delincuente se disponía a cometer un nuevo crimen que no podríamos evitar y que más tarde, si el azar así lo dictaba, sería motivo de preguntas y sospechas que se encadenarían hasta un final que no siempre era el deseado. Por esa noche estábamos cansados de pensar en la muerte de Segovia y las prostitutas. Cansados de escribir conjeturas en el aire y de sentirnos parte de un trabajo que nunca tendría reposo; de apropiarnos de dolores ajenos para rescatar la frágil sombra de una verdad que no haría revivir a las víctimas ni daría consuelo a los que lloraban por ellas.

Doris deslizó una caricia por mi pecho y luego acercó su suave piel a la mía, como si de pronto hubiera temido que un extraño estuviera a punto de entrar a la habitación para apropiarse de la paz que nos rodeaba.

—Se está bien en este lugar —dijo, abrigándose entre mis brazos—. Me dan ganas de creer lo que dijiste cuando pensabas que me moría y que no era capaz de escuchar tus palabras.

—No lo dije porque tuvieras una bala cerca del corazón.

—Pero desde entonces no lo has vuelto a repetir ni yo estoy segura de querer escucharlo de nuevo. Tendría que responder a tus palabras y olvidarme de los temores que siento cuando pienso en ti por las noches y te imagino a solas en este departamento, o peor aún, acompañado de otra mujer.

—¿A qué le temes?

—A decir lo que pienso y que eso no te importe. A que un día toque a tu puerta y ya no quieras verme. Conozco tus historias y no deseo ser una más en la lista.

—¿Y si llegó el momento de romper la lista?

—No me gusta equivocarme, pero estoy cansada de llegar a un departamento en el que nadie me espera y del que procuro escapar apenas abro los ojos por las mañanas. Muchas de mis compañeras tienen hijos y esposos; llegan a sus casas, dejan atrás los problemas del trabajo y se preocupan de sus familias.

—Conmigo no vas a tener nada de eso.

—Ocuparé un lugar en tu vida y podré recurrir a tu compañía cuando la necesite —dijo Doris.

Observé su rostro y vi unas lágrimas contenidas en sus ojos. La atraje a mi lado y la besé hasta que la música de Monk dejó de sonar y en la habitación quedó flotando el murmullo de nuestros cuerpos.

—¿No has pensado en cambiar de ocupación? —le pregunté—. Tienes la

capacidad para hacer lo que te propongas.

—Lo pienso cuando tengo un mal día y me parece que la vida es una cuesta interminable. Pero suele ser pasajero y una vez que descanso vuelvo a pensar en los casos pendientes. Te he contado en otras ocasiones que desde niña soñaba con ser policía. Mientras mis amigas jugaban a las muñecas, yo leía historietas policiales y me imaginaba atrapando criminales que deseaban burlar a la justicia. Más tarde ya no pensé en términos tan simples. Estudié y me preparé para entrar a la Escuela de Investigaciones. Nada me ha sido fácil y por eso mismo no estoy dispuesta a dar pie atrás.

—En cambio yo empecé a investigar por accidente, seguí por curiosidad y luego no he querido hacer otro trabajo. Me gusta no depender de nadie y andar a mi aire, aunque eso signifique vivir solitario a una edad en la que la mayoría de los hombres se aprestan a cosechar lo que sembraron. No me quejo, pero temo que nadie se acordará de mí el día que pase al patio de los callados. Como dice Rolando Cárdenas en uno de sus poemas: *Yo me iré trasudando por mi última noche siempre callado y solo, como he sido en mi vida.*

—Puedes contar con flores y lágrimas de mi parte.

—No me tomas en serio, Doris.

—Te escucho y no me gusta lo que dices. Estás cansado y somnoliento, pero mañana estarás de nuevo pensando en nuestro caso pendiente.

—Siempre existirá un caso pendiente. El problema es reunir entusiasmo cuando sabes que todos los días se parecen y sientes que el cuerpo no te responde como antes.

—Yo no diría que estás viejo. Al menos no esta noche.

—Hay momentos en los que la sabiduría permite salir del paso.

—Hace un rato hablaste de romper una lista. ¿Lo decías en serio?

—¿De verdad quieres una respuesta?

—No esta noche, Heredia. Abrázame y déjame dormir a tu lado.

\* \* \*

La pausada entrada del sol a través de la ventana borró mis recuerdos de la noche anterior. Doris no estaba a mi lado, pero entre las sábanas permanecía su perfume y el eco de sus últimas palabras antes de partir hacia su oficina, apremiada por la posibilidad de llegar tarde a una reunión en la que definirían la fecha de su traslado. No habíamos vuelto a mencionar nuestras inquietudes, pero ambos sabíamos que tarde o temprano volveríamos a mirarnos a los ojos para reencontrarnos con la imagen de dos solitarios que no se atreven a pensar en el futuro, por temor a quedar frente a una hoja vacía en la que ninguno se atreve a dibujar sus sentimientos.

Simenon estaba junto a la ventana y observaba hacia la calle, indiferente a mis

pensamientos y a la puntada en la espalda que sentí al levantarme de la cama. Más tarde, luego de una ducha caliente y prolongada, bajé a la calle y me acerqué al quiosco donde Anselmo dormitaba con la cabeza apoyada sobre una ruma de diarios. Hice sonar mis palmas y mi amigo despertó, sobresaltado y con la vista extraviada.

—Me volvió a pasar lo mismo —protestó—. Me dormí y seguramente me han robado varios paquetes de galletas o las revistas que colgué esta mañana. Si fuera caballo, me tendrían pastando en el campo, de semental en un criadero, disfrutando de la compañía de yeguas bellas y apasionadas.

—Si fueras caballo, estarías en el matadero a punto de convertirte en mortadela o carne molida.

—No me eche a perder el cuento, don —dijo Anselmo y luego, sin ganas de arrojar más leña al fuego, preguntó—: ¿En qué va el asunto del periodista muerto?

—Se transformó en un lío de prostitutas muertas que por ahora no sé cómo resolver. Mujeres que ofrecen sus servicios por teléfono y a cuyos clientes nadie parece haberles visto la cara.

—De putas por teléfono no sé nada, don. Soy de la época en que la gallada iba a las casas de San Martín o Hurtado de Mendoza. Pero de esas casas no quedan ni sus sombras y las muchachas que atendían en ellas hoy son unas respetables abuelitas o están seduciendo a los gusanos del cementerio.

—El mundo cambia, Anselmo; menos nosotros y nuestras preocupaciones. Hay días en que me pregunto si no es el momento de quedarse a un lado y dejar que otros hagan el gasto en la carrera.

—Tonterías. Seguro que está entusiasmado con el caso de esas mujeres y que más de algo está pensando. Lo conozco, don. A usted le gusta quejarse, pero no es perro que suelte el hueso a la primera mascada.

—Tengo varias hipótesis y ninguna me convence. Es posible que Segovia estuviera investigando la muerte de las dos mujeres y que el asesino, al enterarse de los figoneos del periodista, decidiera evitar que conociera la verdad. También cabe la posibilidad de que el asesino sea el mismo Segovia o bien Gonqueras, un amigo del finado que optó por desaparecer cuando le dije que estaba informado de los asesinatos. Hasta ahora, y a falta de un mayordomo a quien echarle la culpa, mis principales sospechosos son Gonqueras, un comerciante aficionado a golpear cabareteras y el tipo que administra la agencia de prostitutas.

—Disculpe el lugar común, pero temo que usted está más enredado que un plato de tallarines. No tiene otra opción que ir despacio por las piedras.

—O confiar en que la fortuna me tire una mano —dije mientras leía los titulares de un diario colgado en el quiosco.

\* \* \*

La tienda de artículos deportivos estaba junto a la entrada de una luminosa galería comercial que acogía a una decena de negocios y a un café atendido por muchachas que lucían sin complejo el bello bronceado de sus piernas. Había demorado más de una hora en llegar a detenerme frente a su vitrina repleta de zapatillas, camisetas, buzos, balones de fútbol y baloncesto, raquetas de tenis y dos bicicletas de ejercicios. Miré las zapatillas de múltiples colores y recordé las sencillas zapatillas de lona blanca que repartían en el orfanato de mi infancia, y que una vez al mes pintábamos con tiza para mantener su endeble prestancia. Otro tiempo, en el que los productos se compraban según las necesidades y no por sus marcas. Otro tiempo, menos colorido y bullanguero, pero sin duda más auténtico.

Entré a la tienda y salió a mi encuentro un vendedor joven que me recibió con la amabilidad de una hiena dispuesta a dar cuenta de su víctima de turno. Para su desencanto, me limité a preguntarle por Adriano Reverte y sin mayor entusiasmo me indicó a un hombre alto y rubio que se encontraba leyendo unos catálogos de implementos deportivos. Fui a su encuentro y en el camino me detuve a sacar mi falsa credencial de policía.

Reverte me observó cuando llegué a su lado y no pudo evitar una mueca de disgusto cuando le mostré la credencial.

—¿Qué desea? —preguntó alzando la voz.

—Hablar de una bailarina a la que usted maltrató tiempo atrás —dije sin tener muy claro el curso que debía dar a la conversación.

—¿De nuevo molestan con ese asunto? Si mal no recuerdo, quedó aclarado en el tribunal y la mujer volvió a su país.

—En silencio y con el dinero que le pagaron para no denunciar la golpiza.

—Si pretende acusarme de algo necesitaré llamar a mi abogado.

—No apresure los bueyes. No me interesa esa mujer, quiero conocer el paradero del periodista que investigó el incidente. Humberto Gonqueras, un tipo algo curioso que intentó convencer a la bailarina para que gritara a los cuatro vientos lo ocurrido entre usted y ella.

—Ha hecho mal su trabajo y está desinformado —dijo Reverte, lentamente, calculando el efecto de sus palabras—. Lo del cabaré fue un hecho menor al que en su momento, reconozco, di más importancia de la debida. Y para que no ande dando lástimas con sus palos de ciego, le voy a contar lo que realmente sucedió. Gonqueras fue el que convenció a esa mujer de quedarse callada; a cambio de una buena paga, desde luego.

—¿No fue su abogado el que intervino?

—Gonqueras tenía un amigo periodista que fue testigo del incidente en el cabaré y que pretendía escribir un reportaje sensacionalista. No recuerdo su nombre en estos momentos. Gonqueras lo supo y vino a conversar conmigo. Ofreció sus servicios para mantener en silencio a su amigo y convencer a la mujer de que regresara a su país sin abrir la boca. Yo no quería problemas con mi padre ni permitir que la prensa enlodara



su nombre por mi culpa. Acepté la oferta de Gonqueras sin regatear ni un peso.

—No es eso lo que contó Gonqueras.

—Vuelva a conversar con él y oblíguelo a decir la verdad.

—Nada me gustaría más, pero el gordo dejó su departamento y ahora nadie sabe dónde está. Pensé que usted me podría ayudar a encontrarlo.

—Se equivocó. No lo he vuelto a ver desde aquel asunto en el cabaré y por lo tanto ignoro dónde se encuentra.

—¿Supongo que no ignora que murió Julio Segovia?

—¿Quién es esa persona?

—El periodista amigo de Gonqueras.

—¿Me está acusando de algo?

—No todavía. Mi principal interés al venir a verlo era conocer a un tipo violento, capaz de golpear a una mujer, eliminar a un periodista intruso y matar a dos prostitutas indefensas.

—¿De qué prostitutas está hablando? —preguntó Reverte, alterado.

—Dos muchachas que fueron degolladas en sus departamentos. No me extrañaría que un tipo adinerado y agresivo como usted se dedique a practicar juegos perversos en sus ratos libres.

—Nada tengo que ver con esas mujeres y usted no me puede tratar como lo está haciendo —dijo Reverte en voz baja, sin querer llamar la atención del vendedor que me había recibido al llegar a la tienda—. No aguantaré que entre a mi tienda y me acuse de tamaña barbaridad. Reconozco que a veces se me pasan las copas y que en el caso de la bailarina perdí los estribos, pero de eso a cometer dos asesinatos hay un largo trecho.

—Conserve la calma, Reverte. Quería ver cómo reaccionaba al enterarse de esas muertes, y advertirle que probablemente tenga que usar nuevamente su chequera —dije, intuyendo que el comerciante decía la verdad.

—¿Pretende chantajearme?

—No, pero es posible que Gonqueras lo intente. Huyó de su casa y no debe tener dinero. Seguramente le dirá que puede escribir un artículo sobre su historia con la dominicana o alguna otra historia similar.

—Sin el testimonio de esa mujer, nadie le creerá una palabra.

—Da lo mismo que sea verdad o mentira. En uno u otro caso dejaría flotando la duda. Su nombre y el de su padre saldrían impresos con letras destacadas.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Reverte, inquieto.

—Voy a darle mi teléfono para que me llame si aparece Gonqueras.

—¿Y si no lo hago?

—Tendré que subrayar su nombre en mi lista de sospechosos.

—Le repito que no tengo ninguna relación con la muerte de esas mujeres.

—Olvida al periodista Segovia. Quizás usted supo que él nunca abandonó la idea de escribir sobre sus andanzas nocturnas, y decidió silenciarlo. Tiene recursos como

para comprar un sicario.

—Usted no está en su sano juicio, no me puede colgar esa muerte.

—Puedo hacer eso y más. Detesto a los tipos que golpean a las mujeres o abusan de las niñas —dije al tiempo que anotaba mi teléfono en el catálogo que leía Reverte hasta el momento de mi llegada a la tienda.

—No debe ignorar que mi padre tiene influencias —agregó Reverte.

—Su padre tiene dinero y el dinero mueve montañas. Pero no me preocupa, Reverte. Los que me conocen saben que puedo ser un tipo desagradable. Piense en eso y tenga a mano mi número telefónico por si aparece Gonqueras o si recuerda algo que aún no me ha dicho.

Gonqueras. Necesitaba encontrar al periodista gordo y embustero, pero todo indicaba que se había convertido en una mancha escurridiza, oculta entre los pliegues sombríos de la ciudad, dispuesto a desaparecer por un buen tiempo o a seguir con sus engaños en el caso de que le pidiera cuentas por el inesperado abandono de su departamento. Había mentido respecto a lo sucedido con la mujer dominicana y de seguro podía volver a hacerlo en relación con otros asuntos de igual o mayor importancia. Me pregunté si habría engañado a Segovia y si este habría recibido parte del dinero que el gordo le birlara a Adriano Reverte. Dudas, preguntas, inquietudes que parecían acrecentarse a medida que conducía mi auto, sorteando a los paquidérmicos buses colectivos que pasaban a mi lado con la prisa de un asaltante de bancos.

Después de conversar con Reverte, y en camino a mi oficina, pasé al edificio donde vivía Gonqueras. El conserje me informó que el periodista no había vuelto. Su correspondencia, compuesta por una factura de servicios eléctricos y dos cuentas de casas comerciales, se acumulaba en el casillero que tenía el número de su departamento. No me sorprendió la información. Era lo que me había dispuesto a escuchar, aunque no sirviera de nada, salvo para reafirmar la idea de que Gonqueras había emprendido una fuga que podía prolongarse, a no ser que el gordo dejara alguna huella. Pero no habría apostado un peso a esa posibilidad: Gonqueras parecía ser un guarén habituado a moverse por las alcantarillas más sombrías.

Me despedí del conserje y un rato más tarde, desde un teléfono público, llamé a Campbell. Luego de un par de bromas que venía repitiendo desde el inicio de nuestra amistad, me dijo que no había averiguado nada útil acerca del periodista en fuga. La mayoría de sus colegas ignoraba dónde vivía ni sabía nada respecto a sus amistades o familiares, lo que me hizo pensar que no era muy popular entre ellos o bien era la habitual indiferencia de la gente, que la mayoría de las veces ignora hasta los nombres de sus vecinos o lo que puede estar sintiendo el compañero de oficina al que ve diariamente. Lo único concreto era que Gonqueras tendría que responder varias preguntas que, intuía, podrían contribuir a resolver el misterio que rodeaba las muertes de Segovia y las prostitutas. Y si no era así, al menos le haría pasar un mal rato por sus mentiras sobre Reverte y la dominicana.

Estacioné a una cuadra de mi departamento, y sin ganas de llegar a preparar comida, pasé a «La Piojera» y pedí un sándwich de arrollado y una caña de tinto. El arrollado estaba fresco y bien sazonado, pero el vino era un vulgar matapenquero, rasposo y ácido. Comí el sándwich a grandes mascadas y el vino lo dejé abandonado sobre el mesón, junto a unos billetes de mil pesos y una servilleta de papel. Después seguí mi camino con la intención de leer unas páginas del libro de Felisberto Hernández que aguardaba en el velador y de dormir una siesta que me ayudara a espantar a los últimos fantasmas de la noche anterior.

Sin embargo no tuve tiempo de leer ni de dormir, porque cinco minutos después de mi ingreso a la oficina, oí que golpeaban la puerta y vi entrar a Doris acompañada de un tipo joven, delgado y paliducho que portaba un sobre en su mano izquierda. Doris mantuvo la distancia y me saludó con calculada frialdad, haciéndome pensar que no deseaba demostrar frente a su acompañante que nos unía algo más sólido que el interés de resolver unos crímenes.

—Ruperto Chacón, la más reciente adquisición de mi unidad —dijo Doris indicándome al policía, que seguía de pie junto a la puerta, observando con curiosidad el desorden de libros y papeles existente en mi oficina—. Se graduó hace un mes con la mejor nota de su promoción.

—Una escoba nueva a la que le llegó la hora de aprender cuántos pares son tres moscas —dije observando de reojo al policía.

—Puedes hablar con confianza, Heredia —agregó Doris—. Chacón sabe que nos conocemos desde hace tiempo y que estás colaborando en el caso.

—¿Colaborando?

—Al principio le pareció raro, pero luego de mis explicaciones entendió perfectamente la situación.

Chacón hizo una especie de venia respetuosa y dio unos pasos hasta quedar a mi lado. Nos saludamos y luego el detective retrocedió hasta su posición inicial.

—Leí la información que tenemos sobre usted en nuestros archivos —dijo Chacón—. Una larga serie de historias en las que no siempre queda bien parado.

—Los manuales y los informes no siempre van de la mano de la realidad —dije sin ánimo de discrepar con el policía.

—Pronto te darás cuenta que hago bien en confiar en Heredia —dijo Doris al joven policía.

Chacón sonrió levemente, queriendo dar a entender que le parecían razonables los argumentos de su jefa.

—¿Novedades? —pregunté a Doris y sin esperar su respuesta, agregué—: Intenté ubicar a Gonqueras, pero no tuve éxito. Parece estar escondido en una cueva.

—Después que oigas a Chacón tendrás otras preocupaciones —dijo Doris mientras ocupaba una de las sillas que estaba frente a mi escritorio—. A Ruperto, como a la mayoría de la gente nueva, lo pusimos a revisar expedientes. La idea es que se familiaricen con las pesquisas y los peritajes.

—¿Qué tiene que ver eso con nuestra investigación? —pregunté.

—Chacón me escuchó hablar de las prostitutas de la Agencia Golondrinas y una vez que fue asignado al archivo se puso a revisar los expedientes de otros asesinatos ocurridos en el último año. Al cabo de dos días descubrió lo que otros detectives habían pasado por alto. Tres asesinatos con las mismas características que los de las mujeres de la agencia.

—Tres mujeres, tres prostitutas asesinadas en un lapso de dos meses —dijo el policía con voz entrecortada—. Margarita Jara, Gaby Ribeyro y Teresa Troncoso. Las

tres fueron encontradas atadas a las camas de los hoteles galantes que usaban para su trabajo. Una de ella, Gaby Ribeyro, tenía a su lado la copia de una película de Hitchcock. Y al igual que en los nuevos casos que investiga la comisaria Fabra, nadie pudo decir nada acerca de los clientes de las tres mujeres. Se logró ubicar a los padres de Margarita Jara y Gaby Ribeyro, pero ellos no estaban al tanto de la ocupación que tenían sus hijas. Finalmente no se obtuvo ninguna pista concreta y los casos fueron archivados.

—¿Archivados?

—Evidentemente no se investigó muy a fondo —dijo Doris.

—Los antecedentes de las tres mujeres están en estos documentos —respondió Chacón entregándome el sobre que portaba—. Cuando la comisaria Fabra me dijo que usted estaba involucrado en la investigación decidí hacer una copia de los antecedentes que recopilé.

—Gracias. Tengo la impresión de que nos llevaremos bien —dije a Chacón.

—Ya tendrás tiempo para leer —dijo Doris—. Ahora quiero que pienses en las similitudes que señala Chacón.

—Prostitutas, clientes desconocidos y una película de Hitchcock en tres de los casos.

—Y profundos cortes en los cuellos —agregó Doris.

—Da para creer que se trata del mismo asesino —dijo Chacón.

—¿Asesinatos en serie? —pregunté.

—Es lo primero que pensé después de oír el informe de Ruperto —dijo Doris.

—Puede ser un asesino y varios imitadores —acoté.

—Se conocen casos de imitadores —dijo el policía—. Pero hay algo que permite descartar esa opción. La prensa les prestó poca atención a los asesinatos, y lo que habitualmente impulsa a los imitadores es el deseo de publicidad y fama. Y sé de lo que hablo, porque durante mis estudios hice un trabajo sobre la investigación de asesinatos en serie.

—Salieron unas escasas notas sobre el hallazgo de las mujeres, pero como luego no se avanzó en las investigaciones, los periodistas perdieron interés en los crímenes —dijo Doris.

—Las películas son otro asunto a tener en cuenta —añadió Chacón—. Un desafío para la policía. El asesino deja su firma para demostrar que es más astuto que los investigadores. Diversos especialistas señalan que la firma del asesino responde a su deseo inconsciente de ser atrapado. Un grito de alerta o de auxilio. Puede ser un objeto, una secuencia de tiempo que se repite, un tipo de arma, cualquier cosa que pueda llamar la atención de los que pesquisan.

—Teorías de psiquiatras o psicólogos —dije con cierto tono despectivo para dejar en claro mi reducido entusiasmo por las disquisiciones teóricas.

—Que tienen sustento a la luz de múltiples casos estudiados a lo largo del tiempo —agregó Chacón—. En los Estados Unidos hay bastante literatura al respecto.

—En materia de literatura criminal prefiero las historias de Lew Archer —dije y el policía me observó un instante, como dudando de mi cordura.

—También se habla de los asesinos apostólicos —continuó diciendo Chacón—. Creen tener una misión social relacionada con la eliminación de personas que estiman indeseables, como prostitutas, vagos o niños abandonados. En el caso de los asesinos de prostitutas, casi siempre son sujetos con problemas sexuales o que han sufrido maltratos en su infancia. En la academia enseñan una tipología de asesinos en serie. Uno de los tipos son los videntes. Asesinos que justifican sus crímenes diciendo que responden a ciertas voces extrañas que les ordenan matar. Padecen de alucinaciones y suelen ser drogadictos.

—Lo único seguro es que las mujeres no fueron asesinadas para robarles —dije un tanto cansado de escuchar los comentarios del policía.

—El lucro, salvo excepciones, no es una de las motivaciones de los asesinos en serie —agregó Chacón—. En la clasificación se menciona a los asesinos hedonistas. Tipos que disfrutan matando a sus víctimas, que las violan antes o después de matarlas y que hasta pueden llegar a comer determinadas partes de sus cuerpos.

—Los asesinatos que nos preocupan parecen planificados detalladamente. No hay huellas ni testigos que puedan delatar al asesino —dije.

—No es de extrañar —intervino Doris—. Una de las características de ciertos asesinos en serie es que son organizados y no dejan nada al azar. Estudian el comportamiento de sus víctimas, conocen sus rutinas y gustos, y actúan sobre seguro. Suelen ser sujetos de apariencia normal, integrados en sus comunidades, buenos padres y empleados ejemplares. Tipos simpáticos, alegres, con una posición reconocida en su medio.

—Llevan el infierno bajo el poncho —dije, mientras intentaba retener la información proporcionada por Doris.

—Y existen los asesinos desorganizados, que matan de manera compulsiva cuando se les presenta la ocasión. Son los que suelen dejar sus huellas en el sitio del suceso —concluyó Doris.

—He leído que a veces el exceso de inteligencia traiciona a estos asesinos —comenté.

—Es de lo que hablábamos hace un rato. Los asesinos suelen dejar una firma o tarjeta de presentación. Una carta, un signo en las paredes, una manera de matar, cierto modo de exponer el cuerpo de sus víctimas.

—Mucha teoría, Doris. Prefiero pensar en las motivaciones del asesino. Dame un motivo y encontraré a un culpable.

—A veces el motivo tarda en aparecer o solo es reconocible al final de la investigación. En las muertes de las que estamos hablando no hubo robo ni violación. El motivo, más allá de alguna patología mental, es algo por descubrir.

—Nos estamos olvidando de Segovia —dije—. Y no necesito decir que él escapa a las características de las otras víctimas.

—Segovia pudo estar siguiendo la pista del asesino —agregó Chacón—, pero para su mala suerte, el asesino lo descubrió y lo sumó a la lista de víctimas.

—El asesino puede ser un cafiche que colocó orden en su corral —dije sin prestar atención a las palabras de Chacón.

—¿Un cafiche que deja películas de Hitchcock junto a los cadáveres? —preguntó Chacón con tono irónico.

—Habitualmente, cuando las prostitutas son asesinadas por quienes las controlan, sus cuerpos muestran cortes especiales en los rostros o en sus órganos sexuales —dijo Doris—. Es una manera de advertir al resto de las mujeres que trabajan para ellos lo que les espera si intentan abandonar el negocio o abrir la boca más de la cuenta.

—Tienes razón —dije al tiempo que tomaba los cigarrillos que tenía encima de mi escritorio.

—En nuestros archivos de los últimos dos años no hay casos de asesinatos en serie —dijo Chacón—. Cualquiera diría que nuestros asesinos carecen de inteligencia para cometer crímenes muy planificados. Generalmente matan por arrebatos, como producto de un asalto o porque están borrachos.

Observé a Doris y la sorprendí mirando de reojo a Chacón. El joven policía era un sabelotodo que podría ser de gran utilidad o un problema por los celos que originaría entre sus pares.

—Nunca me ha tocado lidiar con asesinos de esa clase —dije dirigiéndome a Chacón—. Salvo que ponga en mi lista a los milicos que mataron sistemáticamente y durante tanto tiempo en nuestro país.

Chacón guardó silencio. Seguramente los asesinos que acababa de mencionarle no estaban consignados en los apuntes que había tenido que leer durante sus estudios en la academia policial.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté a Doris.

—Reabrir los casos que descubrió Chacón y analizarlos en función de encontrar a un asesino común.

—¿Y luego?

—Seguiremos investigando las muertes de Persia y Selva.

—¿Te acordaste de la información que me debes?

—No la olvidé —dijo Doris al tiempo que sacaba una hoja de papel desde sus pantalones—. Natalia Leiva y Gloria Garay. Esos son los nombres y las direcciones de las mujeres que detuvimos en el allanamiento a la Agencia Golondrinas.

—Conversaré con ellas el tiempo que sea necesario.

Miré a Doris y vi un asomo de enojo en la forma como mantenía apretados sus labios.

—¿No tienes nada más que decirme? —le pregunté.

—¿Para qué preguntas si ya conoces la respuesta?

—¿Qué sabes sobre asesinos en serie? —pregunté a Campbell, luego de contarle a grandes rasgos los pormenores de mi conversación con Doris y el joven policía.

Encima del escritorio estaba el sobre con la información recopilada por Chacón y después de leer su contenido había decidido llamar a Campbell para conocer su opinión respecto al giro experimentado por la pesquisa.

—Tiempo atrás escribí sobre ese tema para mi revista y aparte de mencionar crímenes que son famosos en Estados Unidos y Francia, me dediqué a repasar los casos que tenemos en Chile. Se pueden contar con los dedos de la mano, porque dejé de lado a los criminales que han asesinado a varias personas en un mismo acto, por borrachera o lo que sea, y me concentré en aquellos que, por decirlo de algún modo, siguieron cierto plan sistemático —dijo Campbell—. El más antiguo y recordado es Emilio Dubois, un francés que llegó a Chile a comienzos del siglo xx. Fue condenado al patíbulo por diez asesinatos que cometió. Nunca se le pudo probar nada ni él confesó los crímenes que le atribuyeron. Fue ejecutado en 1907, y hoy es una animita a la que se le dejan velas y piden favores.

—Mientras estudiaba en la universidad leí *Todas esas muertes*, la novela de Carlos Droguett que aborda la historia de Dubois, y la obra de un tal Inocencio del Campo, que el mismo año del fusilamiento del francés escribió *Emilio Dubois, relación verídica de sus crímenes y aventuras*. Después cayeron en mis manos un libro de Abraham Hirmas y la novela que escribió Patricio Manns sobre el mismo personaje. Y años atrás, mientras seguía las pistas de un ladrón por los cerros de Valparaíso, bebí unas copas en el Bar Dubois. Pero esa es otra historia.

—De años más recientes, recuerdo a un par de asesinos múltiples que dieron que hablar a la prensa. Roberto Millatureo, un tipo que mató a su padre, a un vendedor y a una secretaria en Queilén, un pueblo ubicado en la isla de Chiloé. A sus tres víctimas las mató con un hacha, y a las dos primeras las enterró en la leñera de su casa. Trabajaba en una empresa pesquera y en el pueblo lo consideraban una persona quitada de bulla, incapaz de quebrar un huevo. Después de matar a su padre tuvo a toda la gente del pueblo convencida de que el viejo se había ido a vivir a Punta Arenas.

—Mi amigo, el Escriba, tiene un cuento basado en esos crímenes. Quizás sea hora de que lo lea, aunque él suele decir que es un texto escrito a la rápida y por encargo.

—El peor ha sido Julio Pérez Silva —dijo Campbell, sin atender mis divagaciones literarias—. Mató a más de una docena de mujeres en Alto Hospicio, una comuna ubicada al norte del país, cerca de Iquique. Pérez Silva llevaba una vida en apariencia normal. Tenía un auto en el que recogía a sus víctimas y las llevaba a sectores apartados del pueblo. Las violaba y luego arrojaba sus cuerpos en minas abandonadas o vertederos de basura. Lo condenaron, si mal no recuerdo, a cuarenta



años de cárcel.

—Sumando y restando, no es mucho lo que sabes.

—Nunca he dicho que sea una enciclopedia de la crónica roja —alegó mi amigo.

—¿Te mencionó Segovia que estuviera escribiendo un reportaje acerca de asesinos en serie?

—No, pero en alguna ocasión conversamos sobre los casos que acabamos de comentar y quedó en buscar más antecedentes. ¿Sigues pensando en los nombres anotados en la libreta?

—Por algo los escribí.

—¿Y a qué te conducen?

—A un par de suposiciones. Segovia descubrió al asesino de esas mujeres o bien él era el responsable de las muertes.

—¿Y qué te dice tu olfato? Yo jamás pensaría que Segovia pudiera haber sido un asesino.

—A Segovia lo mataron para evitar que escribiera.

—Tú y yo todavía creemos en el poder de las palabras. Dale un par de vueltas más a tus suposiciones.

—Lo único cierto es que la verdad puede estar mezclada con el lodo y las piedras de un pozo cuyo fondo desconocemos.

—¿Qué quieres decir con eso, Heredia?

—Son el reflejo de las dudas que tiene un detective metido en camisa de once varas —dije y luego me despedí de mi amigo.

\* \* \*

Observé el sobre que estaba encima del escritorio, como una roca a la espera de ser levantada para mostrar un espacio de tierra aplastada y las raíces de un mundo subyugado y subterráneo del que nadie parecía querer hacerse cargo. Abrí el sobre y recorrí dos o tres párrafos al azar para acostumbrarme a la prosa policial, formal y entrecortada, que avanzaba a tropezones, de una línea a otra, cansada. Prosa objetiva, destinada a informar, no a deleitar o conmover. Podía imaginar al policía que la había escrito apremiado por cumplir con la orden de su superior, a una hora en la que debía estar en su casa, con sus hijos y su mujer, o en un bar, compartiendo unas cervezas con sus compañeros, hablando del trabajo, de los últimos chismes en la unidad, de las modelos que salían en las portadas de los diarios, porque en verdad daba lo mismo el tema; lo importante era creer que se era libre por toda una noche o hasta que sonara el teléfono para recibir la orden de presentarse en un departamento donde se acababa de descubrir un cadáver que podía responder a un suicidio o asesinato. Y después de eso, la rutina, las pesquisas de rigor y la redacción de un informe en el que bastaba colocar dos o tres antecedentes generales, porque solamente se trataba de la muerte de una

puta, que pudo ser linda y fogosa, triste o risueña, delgada o gruesa, pero puta al fin de cuentas y hasta el último de sus días.

Me armé de paciencia y comencé a leer los informes desde el comienzo. Textos rutinarios que daban cuenta de investigaciones que no habían ido más allá de lo que exigía la ley del mínimo esfuerzo y que terminaban en el camino sin salida de unas hipótesis vagas que nadie se había encargado de verificar o refutar.

Gaby Ribeyro era peruana y tenía diecinueve años de edad en el momento de su asesinato. Había llegado a Santiago a los dieciséis, acompañando a sus padres, que administraban un almacén en el barrio Franklin. El informe no decía nada de sus estudios ni de los trabajos que podía haber desarrollado antes de caer en la prostitución. Su cadáver fue encontrado en el departamento de una amiga, Julia Soto, que trabajaba en un café con piernas ubicado cerca de la estación Unión Latinoamericana del Metro. Dos vecinos de Julia Soto habían declarado que vieron a Gaby Ribeyro acompañada de un hombre moreno y algo mayor. La amiga había realizado la denuncia y los policías que llegaron hasta el departamento se encontraron con una escena similar a la que se describía en los informes de las dos mujeres de la Agencia Golondrinas. Desnuda, atada de pies y manos, con un corte en la garganta y una expresión de horror congelada en su rostro. El resto del informe consignaba detalles técnicos, como la posición del cuerpo y la probable hora de muerte. No existían indicios de violencia, lo que hacía presumir a los policías que las ataduras a la cama habían sido consentidas, seguramente como parte del servicio demandado por el cliente. En un par de líneas estaba registrado el hallazgo de la película de Hitchcock. El nombre del cineasta estaba mal escrito, al igual que otras palabras que delataban ignorancia ortográfica o falta de pericia frente al computador. En una hoja de papel anoté los nombres de los padres y la dirección del almacén. «Cualquier dato sirve para empezar», pensé mientras guardaba el informe de Gaby Ribeyro.

Margarita Jara había muerto a los veintidós años. Era chilena y huérfana desde los tres, edad a la que había sido acogida por su madrina, una mujer soltera que trabajaba de costurera en su casa próxima a la avenida Diez de Julio. Su cadáver lo encontró una mucama del hotel donde Margarita había llegado con uno de sus clientes. La escena de su asesinato era calcada a la de Gaby Ribeyro, salvo porque no se había hallado ninguna película. Los empleados del hotel no habían podido o querido entregar una descripción de su último acompañante. El informe señalaba que la madrina estaba al tanto del trabajo de Margarita y que había mencionado a dos amigas de su ahijada: Sandra Varas y Teresa Troncoso, la tercera de las víctimas detectadas por Ruperto Chacón. Anoté el nombre y la dirección de la madrina. Luego leí el siguiente informe, que era el más escueto de todos.

Teresa Troncoso había nacido en Puerto Montt y a sus veintisiete años era la mayor de las tres víctimas. Vivía con su madre viuda y una hermana menor que padecía alguna enfermedad que en el informe no se especificaba. Según el resultado de la autopsia, el cadáver de Teresa presentaba múltiples hematomas en la zona

torácica y en el rostro, además del corte en la yugular que asemejaba su muerte a la de las otras mujeres. Había muerto en el hotel hasta donde llegó en una camioneta conducida por un hombre joven. El empleado de la recepción fue incapaz de entregar una descripción del asesino, y la policía, salvo omisión del informe, no había conseguido recopilar otros antecedentes. Tomé nota del nombre de la madre y de la dirección de su casa, ubicada en la avenida Recoleta.

Tres mujeres cuyas vidas estaban reducidas a una decena de carillas amarillentas que, de no ser por la curiosidad de un policía novato, habrían seguidos archivadas, convertidas en alimento para el silencio o las ratas. Tres mujeres olvidadas, salvo por sus familiares, unos cuántos amigos y un asesino que debía conservar en su memoria sus últimos estertores, la sorpresa grabada súbitamente en sus miradas, el dolor que las igualaba a la hora de decir adiós al mundo que conocían.

—La idea de un asesino en serie tiene sentido —dije en voz alta, interrumpiendo a Simenon, que olfateaba las hojas de los informes, compartiendo a su manera el misterio oculto entre las palabras—. ¿Un asesino que mata por placer o porque tiene algún motivo? Doris y el policía joven hablaron de asesinos que matan con el insano pretexto de limpiar la sociedad.

—Deberías olvidarte de esos informes por un rato y salir a la calle a buscar lo que omiten los papeles.

—No necesito que me digas cómo hacer mi trabajo.

\* \* \*

El almacén no era más que un cuartucho miserable con estanterías que trepaban hasta el cielo raso, repletas de bolsas, latas y paquetes de distintos portes y colores. Un hombre bajo, de tez morena, cabellos negros y hombros cargados sacaba cuentas detrás de un mesón repleto de mercaderías. Debía tener poco más de cincuenta años y en su mirada latía un asomo de temor o desconfianza. Conocía el barrio y no me había costado dar con el boliche del peruano, ubicado entre dos tiendas que vendían insumos computacionales y artefactos electrónicos.

—¿Hay algo en que pueda servirle? —preguntó imponiendo un tono amable a sus palabras.

—¿El señor Ribeyro?

El peruano asintió con la cabeza y quedó esperando mis próximas palabras.

—Necesito hacerle unas preguntas sobre su hija Gaby —dije.

—¿Policía? —preguntó y sin aguardar mi respuesta, agregó—: Demoraron en aparecer de nuevo. ¿Ya encontraron al asesino de mi hija?

—Todavía no, pero nuevos antecedentes nos permiten reactivar la investigación.

—Usted dirá qué quiere saber —dijo Ribeyro, apesadumbrado.

—Supongo que no necesito recordarle las circunstancias en las que murió su hija.

—¿Podría olvidarlo, señor?

—¿Usted conocía la ocupación de su hija?

—Gaby tenía pájaros en la cabeza y se dejó llevar por ellos. Abandonó sus estudios al llegar a Chile. Su madre y yo pensábamos que sería algo pasajero, propio de su juventud o de haber dejado Lima, donde tenía a sus amigas y el colegio donde había estudiado desde sus primeras letras. Ahora pienso que debimos haber sido más estrictos e imponerle sus obligaciones, pero cuando uno tiene que ganarse la vida con tanto esfuerzo, descuida a los hijos. Un día comenzó a llegar con dinero a la casa y nos dijo que estaba trabajando de promotora de perfumes y artículos de peluquería. Nos pareció bien y hasta nos alegramos por lo que parecía ser un cambio en su conducta.

—Supongo que ella salía a menudo de la casa y que tenía conocidos y amistades que venían a buscarla.

—Salía a las horas que se le antojaban. En ocasiones pedía permiso y en otras aprovechaba cualquier descuido de nuestra parte para desaparecer sin dar explicaciones. Después empezó a decir que conocía a un señor de la televisión que la iba a contratar para actuar en un comercial de moda femenina. Mi hija era linda, tenía gracia para bailar y su sonrisa era algo que llamaba la atención a primera vista. Los muchachos se daban vuelta en la calle para mirarla y los más atrevidos la seguían hasta la casa.

—¿Su hija mencionó el nombre de ese sujeto de la televisión?

—Nunca. Y no nos interesamos en saberlo. Siempre pensamos que se trataba de una fantasía. Quería ser una estrella famosa de la televisión, y ya ve lo que es el destino, en los noticieros ni siquiera salieron dos segundos de información sobre su asesinato.

—Entre esos muchachos que la seguían, ¿había alguno en especial?

—Entre esos, no. Usted es hombre y no le costará entender lo que ellos buscaban al seguirla. Sin embargo, un muchacho vino a verla muchas veces. Un paisano tranquilo, trabajador, de nuestra tierra, que incluso en una ocasión me pidió permiso para invitar a mi hija a una fiesta. Recuerdo que lo comentamos con mi mujer. Se llama Servando Alucino y trabaja cerca de aquí, en el Matadero. Su padre es dueño de la Cocinería La Limeña.

—Su hija murió en el departamento de una mujer llamada Julia Soto. ¿La conoce? ¿Sabe dónde vive?

—Mi hija nunca la mencionó. Por la policía nos enteramos de su nombre y de su ocupación.

—Ella arrendaba el departamento donde murió su hija. Lo más seguro es que dejara ese lugar después del asesinato —dije, recordando uno de los puntos que habían llamado mi atención al leer los informes.

—De eso no sé nada, señor.

—¿Recuerda algo que usted señalara a mis colegas y que ahora considere

importante contármelo?

—Recuerdo diariamente a mi hija, señor. No tenía por qué morir de esa manera —respondió el peruano—. Soy religioso y tengo fe, pero no me canso de reprocharle a mi Dios la partida a destiempo de mi hija.

—Su dios y los otros que andan por ahí hace tiempo que dejaron de preocuparse por el destino de los hombres.

—No diga eso, señor. Puede ser castigado por sus palabras.

—Me han castigado muchas veces por no mantener la boca cerrada. Tengo la mala costumbre de decir lo que pienso y eso no es bien visto en un país aficionado al chismorreó tras las cortinas.

—Con mayor razón debería cuidar sus palabras.

Asentí con la cabeza y luego di unos pasos hasta quedar junto a la puerta del almacén. En la calle no cesaba el ir y venir de la gente que hacía sus compras o se detenía frente a las vitrinas con la esperanza de encontrar una ganga.

—No acostumbro a hacer promesas, pero si descubro al asesino de su hija, usted será uno de los primeros en saberlo —dije al peruano.

—Gracias, pero eso no me devolverá a mi Gaby, señor.

—La verdad a veces sirve de consuelo.

—La verdad sirve para reconocer la magnitud de nuestros errores. Y sobre eso ya sé demasiado. Me consuelo pensando que ahora ella está bien, que ya no sufre.

\* \* \*

Servando Alucino secaba un alto de copas cuando entré a la cocinería y no daba la impresión de sentirse muy a gusto con su trabajo. Era moreno, alto y extremadamente delgado. Vestía pantalones negros y una camisa blanca. Me escuchó atentamente cuando me presenté y le expliqué el motivo de mi visita. La mención de Gaby Ribeyro lo hizo dejar de lado las copas por un instante. Preguntó si la policía había resuelto el asesinato y cuando escuchó mi respuesta negativa tuve la sensación de que habría dado lo que poseía por tener entre sus manos al responsable de la muerte de su amiga.

Después me habló de ella. Dijo que había escuchado los rumores que circulaban por el barrio y que por eso no se sorprendió al conocer la forma como ganaba dinero la muchacha. Gaby era coqueta y le gustaba sentirse deseada por los hombres que revoloteaban a su lado. Asistía a todas las fiestas que podía y dos meses antes de su muerte comenzó a hablar de un trabajo en publicidad que le habían ofrecido, lo que a juicio de Alucino no era más que una de las tantas fantasías que ella inventaba para hacer creer a sus amigos que era especial y que un día la iban a ver en las portadas de los diarios. Alucino reconoció que durante un tiempo había estado enamorado de Gaby Ribeyro, pero que al cabo de varios intentos y declaraciones había perdido las

esperanzas de ser su pareja. Ella no lo quería y lo que era peor, se burlaba de él.

—La dejé de ver por los rumores y porque una noche me gritó a la cara que yo era poca cosa para una mujer como ella —dijo Alucino y enseguida, para ocultar su tristeza, continuó secando el alto de copas que seguían a su alcance.

—Supongo que no tiene ninguna idea respecto a quién pudo asesinarla.

—Ninguna. Salgo rara vez de este lugar y no me relaciono mayormente con la gente del barrio. Por cierto que me dolió su muerte y reconocer que mi madre tenía razón cuando decía que Gaby no era una buena muchacha. Pero ahora eso no es más que una anécdota. Como dicen mis padres, la vida sigue y a los muertos hay que dejarlos en paz.

## 15

Uno nunca termina de conocer la ciudad y a su gente, pensé mientras conducía mi auto en dirección a la Gran Avenida. No importa cuánto se recorran sus calles y sus barrios, siempre hay un rincón nuevo que nos atrae y sorprende. Aparecen nuevas formas, colores, brillos que transforman los rostros de la ciudad, mientras los antiguos van desdibujándose en la memoria de la gente, asociado a un pasado, a vivencias que no se volverán a recuperar, como no vuelve la juventud ni el temor que se siente al besar a la primera mujer amada. Y lo mismo pasa con las personas. Historias, miles de historias desarrollándose a diario como parte del incomprensible espectáculo de la vida. Por eso me gusta detenerme en las esquinas y observar a las personas, mientras imagino las historias que hay tras ellas o sus apariencias. Sus sueños, sus victorias y derrotas cotidianas, las máscaras que ayudan a ocultar la incertidumbre.

Gaby Ribeyro, su padre y Alucino eran parte de los personajes de la comedia humana que me tocaba presenciar en mi deambular por las calles, mientras intentaba dar un sentido a las historias que cada uno de ellos representaba. La ciudad, su gente y mi propia historia escrita por un guionista distraído que dejaba hilos sueltos y tramas inconclusas, sin ese orden que imponía el Escriba a las anécdotas que yo le contaba y que más tarde él convertía en novelas que supuestamente recreaban las peripecias de mi vida, con entramados y colores que en ocasiones no correspondían al exacto curso de los hechos. Distorsiones frente a las cuales mi amigo se justificaba diciendo que un escritor tenía licencia para mentir, y que a fin de cuentas, la literatura no es necesariamente un reflejo exacto de la realidad, porque el escritor es un ojo que

selecciona imágenes y luego las procesa y recompone al compás de sus sentimientos.

Con bastante fortuna logré estacionar el auto frente al quiosco de Anselmo. Subí a mi departamento, preparé una taza de café y me dispuse a repasar los informes recopilados por Ruperto Chacón. Pero no conseguí avanzar mucho en la lectura, porque a los diez minutos escuché el timbre del teléfono y unos segundos más tarde la voz alterada de Doris.

—¿Leíste el diario de la tarde? —preguntó—. Alguien habló más de la cuenta y ventiló el asunto que nos preocupa. El diario menciona los nombres de las dos mujeres de la Agencia Golondrinas y el de Gaby Ribeyro. «Asesino en serie ataca a prostitutas», dice el titular del artículo y luego, con bastante mala leche, remarca la condición de extranjeras de las víctimas y denuncia las supuestas malas costumbres y los antecedentes delictivos de los emigrantes que han llegado a Santiago en los últimos años. Sobre los asesinatos el artículo no dice nada novedoso, pero hay unas líneas que hacen pensar que el autor de la nota está bien informado. «Heredia, un investigador privado con oficina en el sector Mapocho de la capital, fue el primero en interesarse en estas muertes y luego entregó los antecedentes a la Policía de Investigaciones, la que tomó el caso en sus manos sin que hasta el momento haya podido dar con el o los responsables».

—¿Quién se fue de lengua? —pregunté y sin esperar la respuesta de Doris, agregué—: Chacón es el primer nombre que se me viene a la cabeza.

—Cité a Chacón en mi oficina y negó ser el responsable del soplo. Al muchacho le faltó ponerse a llorar para probar su inocencia.

—Pudo comentar el caso con otro compañero.

—Asegura que no conversó de la investigación con nadie.

—Otro misterio para sumar a la lista.

—¿Qué me dices de Campbell? Él está al tanto de los entretelones y pudo sacarle provecho a la información.

—Campbell no haría tal cosa y menos con el diario que publicó el artículo. Una historia sobre asesinos en serie la reservaría como exclusividad para su revista. Deberías llamar al diario que publicó el artículo.

—Lo hice, y el editor se escudó en el secreto profesional de los periodistas.

—Podemos encontrar a un periodista del diario dispuesto a contar lo que ocurre tras sus bambalinas.

—Ordenaré esa pesquisa a uno de mis hombres.

—Doy por descontado que sabes que el artículo colocará presión a tu trabajo.

—Me acaban de comunicar que mi traslado al Departamento de Asuntos Internos se pospone hasta que aclare la muerte de las mujeres. Sin perjuicio de que les interese resolver los asesinatos, las jefaturas superiores, con la oposición de Gatica, mi jefe directo, consideran que es una buena señal dejarme a cargo de un caso que involucra a otras mujeres como víctimas. Desde que hacen encuestas sobre la eficiencia de las instituciones públicas, los jefes no pierden ninguna ocasión que les permita ganar un

buen titular en la prensa. Pero esa no es mi principal preocupación en estos momentos ni puedo negar que me agrada más seguir investigando que husmear en los líos internos. Me preocupa que el artículo del diario provoque que se cometan otros asesinatos. ¿Recuerdas lo que hablamos sobre publicidad y fama?

\* \* \*

Después de hablar con Doris llamé a Campbell para comentar el artículo que había dado una inesperada publicidad a los asesinatos. Mi amigo periodista estaba a punto de salir a reunirse con un cliente interesado en publicar una serie de catálogos sobre maquinarias de construcción. Quedamos en juntarnos más tarde en el «Berrie». El bar quedaba fuera de mi circuito habitual por el centro de Santiago, pero cuando quería conversar con un amigo o necesitaba estar a solas en un sitio tranquilo, caminaba hasta la calle Rosal para beber una copa de vino y probar las hamburguesas que daban fama al lugar. El bar poseía una atmósfera que invitaba a retroceder en el tiempo, gracias a sus muebles y las antigüedades que su dueño exponía en los salones.

Llegué antes de la hora acordada con Campbell. Me senté junto a una mesa desde la que podía observar la entrada de los clientes y pedí una copa de vino. Campbell apareció con tres libros bajo el brazo y un bolso en el que portaba su computador personal. Lejos del ambiente de su oficina, me pareció más viejo y delgado, pero la agilidad con la que se desplazó entre las mesas hasta llegar a mi lado me hizo recordar al estudiante inquieto y busquilla que había conocido años atrás.

—¿Ya sabes quién entregó la información al diario? —preguntó después de pedir a un mozo que nos sirviera una botella de vino y media docena de empanadas de queso.

—Doris tiene una lista de sospechosos en la que aparece tu nombre.

—Sabes de sobra que no es mi costumbre andar hablando de más.

—Te lo cuento como ejemplo de lo descaminadas que están las pesquisas.

—Si no tienes nombres, al menos tendrás alguna idea respecto a cómo se filtró la información.

—Mis suposiciones van desde un policía que quiso ganar dinero con el soplo, hasta una jugada del asesino para instalar sus crímenes en la prensa.

—¿Cómo se iba a enterar el asesino de los avances en la investigación? Y además, se supone que al asesino le interesa mantenerse en el anonimato.

—No si se trata de un asesino interesado en demostrar que es más inteligente y astuto que la policía.

—¿De verdad crees que anda un psicópata suelto?

—¿Uno? Basta conducir un vehículo a cualquier hora del día para darse cuenta de que son numerosos los psicópatas que andan sueltos. Pero volviendo al caso que nos



preocupa, los indicios que tenemos apuntan en ese sentido.

—La otra tarde comentamos que en Chile no son frecuentes los asesinatos en serie.

—Hay una primera vez para todo, Campbell. Tenemos una prensa sensacionalista, programas de televisión que explotan lo sórdido, individualismos desatados, odio a los inmigrantes y ansias de dinero, que no son nuevas, pero hoy están desbocadas. Súmale a eso cualquier trauma o disfunción mental y tenemos a un criminal interesado en ser famoso durante unos días.

—Tu idea es muy rebuscada. ¿Has pensado en los grupos que controlan la prostitución o el tráfico de drogas? Quizás han estado poniendo orden en sus negocios.

—La forma como mataron a las mujeres no es la habitual en esos casos.

—Siempre puede haber una excepción a la regla.

—Y por eso siento que puedo vislumbrar un cacho de luz en el asunto. Pero, como en otras ocasiones, voy a necesitar tu cooperación.

—Sabes que puedes contar conmigo, Heredia. No olvides que soy el principal interesado en el buen resultado de tu investigación.

—Se trata de averiguar quién llevó la noticia al diario.

—Conozco a un par de colegas que trabajan en ese medio, pero es difícil que hagan alguna confidencia. Los tipos cuidan sus empleos.

—No te cuesta nada intentarlo. Si algo le gusta a un periodista es demostrar que está mejor informado que el común de los mortales.

\* \* \*

Campbell quedó en llamar a algunos de sus colegas al día siguiente, y después que salimos del «Berrie» le hice compañía durante un par de cuadras y nos despedimos sin más ceremonia que un apretón de manos. Hacía frío y el cielo estaba cargado de nubes. Deseaba volver a mi departamento, al refugio de sus paredes y a la lectura de algún libro que me ayudara a convocar el sueño. Busqué mi auto, que había dejado en un estacionamiento de la calle Merced, y recorrí el estrecho camino que conducía a la salida del recinto, seguido por una camioneta de doble cabina y un auto verde que tenía un adhesivo del Ratón Mickey pegado en el parabrisas. Era una noche de domingo y las calles descansaban del trajín que padecían durante los otros días de la semana. Puse una cinta en el añoso equipo de música del vehículo y conduje sin prisa, al ritmo de las cuerdas que pulsaba Roberto Parra interpretando su tema «Santiago Blues».

Tardé quince minutos en llegar a la calle Aillavilú, y cuando logré estacionar frente al quiosco de Anselmo, vi que mi amigo aún estaba ocupado en guardar las publicaciones que le habían sobrado de las ventas del día. Bajé del auto y alcancé a

dar dos pasos cuando escuché, simultáneamente, el grito de Anselmo, el ruido de un auto que aceleraba y el sonido de un disparo. Me arrojé al suelo y cuando conseguí levantar la cabeza logré divisar el auto verde que me había llamado la atención unos minutos antes, al salir del estacionamiento. El auto dobló raudo en la calle Bandera y no tuve posibilidad de ver a su conductor.

—¿Se encuentra bien, don? —preguntó Anselmo mientras me ayudaba a ponerme de pie.

—Rompí mis mejores pantalones —respondí indicando el rasgón que tenía a la altura de la rodilla derecha.

—Conmigo no se haga el duro, don. Vi la cara que puso cuando escuchó el disparo. Y por su pantalón no se preocupe. Con cinco mil pesos compra otro mejor en las tiendas de ropa usada del barrio.

—Tuve suerte, Anselmo. El disparo parecía bien encaminado.

—¿Desde cuándo que no intentaban volarle la cabeza? —preguntó Anselmo.

—Qué sé yo. Cuando los intentos llegaron a doce, dejé de contarlos.

—El auto verde venía detrás de usted y fue el mismo conductor quien hizo el disparo.

—No es fácil conducir y disparar al mismo tiempo. Un profesional no dispara en esas condiciones ni lo hace en una calle por la que suele transitar mucha gente.

—Probablemente quiso darle un susto.

—No es mala idea, Anselmo. Aunque nadie correría tanto riesgo por un simple susto.

—Debería ir donde los carabineros a dejar constancia de lo sucedido.

—Puedo cuidarme por mis propios medios.

—¿Quiere que llame a Doris?

—Olvídalo. Ella tiene otros problemas que resolver.

—No es normal que a uno le disparen en la calle. Debería tomar precauciones.

—Si el tipo quiere matarme, aparecerá de nuevo. Y entonces no me pillaré distraído.

—Usted sabrá lo que hace —dijo Anselmo, y luego, dirigiéndose hacia su quiosco, agregó—: Tengo una petaca de pisco. A mí y a usted nos vendrá bien una copita para espantar el susto.

—Se dice a usted y a mí, Anselmo. ¿Nunca te enseñaron que el burro va al final?

Yolanda Avaria, la madrina de Margarita Jara, vivía en dos maltrechas piezas que arrendaba en el interior de una cité en la calle San Francisco, a dos cuadras de avenida Matta. Era una anciana delgada, de ojos saltones y cabellos blancos. Llevaba puesta una descolorida pintora floreada y alpargatas de puntas raídas por las que asomaban unos calcetines de color indefinido. Me escuchó atentamente y enseguida me hizo pasar a una habitación en la que el sol parecía entrar por descuido. Indicó un viejo sillón de felpa azul y ella tomó asiento en una silla a la que le faltaba la mitad del respaldo.

—Estaba segura de que volverían a preguntar por Margarita —dijo cuando terminé de explicarle el motivo de mi presencia—. Una vecina vino anoche a mostrarme el diario donde nombraban a mi ahijada y a las otras muchachas. Pero no tengo nada más que decir sobre lo que ella hacía antes de su muerte. Lo que sabía se lo dije a los policías que vinieron a verme después de su asesinato.

—Esta semana se reabrió la investigación que estaba archivada por falta de antecedentes —dije sin aclarar que mi trabajo estaba al margen del que realizaba la policía—. Por eso le agradecería que me contara todo de nuevo. Sé, por un informe que leí, que usted crió a Margarita desde muy temprana edad.

—Ester, la madre de Margarita, murió cuando ella tenía tres años. Su madre y yo éramos muy buenas amigas. Trabajábamos en un taller de confecciones y cuando nació su hija me pidió que fuera la madrina, lo que acepté sin pensar que más tarde tendría que hacerme cargo del cuidado de la pequeña. El marido de Ester la abandonó cuatro meses antes de que naciera la niña. Cuando murió mi amiga, me hice cargo de Margarita y nuestra relación anduvo bien hasta que ella cumplió los quince años y comenzó a salir con los muchachos del barrio. Ahí empecé a darme cuenta de que no sería fácil enrielarla. La chiquilla poseía algo en su interior que la guiaba hacia el mal camino.

—¿Por qué dice eso? ¿Qué hacía ella para que usted piense de esa manera?

—Me duele decirlo, pero Margarita tenía alma de putilla. Se sabía atractiva y le gustaban los hombres, incluso los mayores, a los que solía pedir que le regalaran ropa o zapatos a cambio de toqueteos y seguramente otras intimidades en las que prefiero no pensar. Hablé con ella muchas veces, pero fue inútil. Mis palabras le entraban por un oído y le salían por el otro. Incluso la expulsé de la casa varias veces, pero ella siempre regresaba y con sus zalamerías conseguía que la dejara quedarse. No puedo negar que me quería y siempre fue considerada conmigo. Todas las semanas me daba dinero para la comida y otros gastos. Mientras ella estuvo viva, nunca faltó nada en esta casa.

—¿Acostumbraba hablar de su trabajo?

—¿Qué me iba a contar? Sabía muy bien que yo no quería saber nada de sus correrías ni de la forma como se ganaba la vida. Cuando llegaba a la casa con sus amigas, las oía conversar de fiestas y de hombres que habían conocido en tal o cual lugar. En esas ocasiones, prefería encerrarme en mi dormitorio a ver las comedias de

la tele o a rezar para que un día ellas decidieran dar otro rumbo a sus vidas.

—Hábleme de esas amigas.

—Tenía dos amigas con las que venía frecuentemente a esta casa, Sandra Varas y Teresa Troncoso, la muchacha a la que mataron poco antes que a Margarita. Mi ahijada llegó llorando el día que murió Teresa. Estaba como trastornada y estuvo una semana sin salir a trabajar. Incluso, durante esos días, llegué a tener la esperanza de que la muerte de su amiga la hiciera abandonar el puterío.

—¿Recuerda que comentara algo respecto a quién pudo matar a su amiga?

—Dijo que la había prevenido de los clientes que deseaban hacer cochinas raras.

—¿Sabe a qué se refería con aquellas cochinas raras?

—Ni idea. Usted es hombre y debe saber de eso más que yo —dijo la mujer y sin esperar mis comentarios, agregó—: Lo cierto es que ni siquiera ella siguió el consejo que le había dado a su amiga. Murió en manos de uno de sus clientes, o al menos eso fue lo que dijo la policía.

—¿Alguna vez mencionó los nombres de sus clientes?

—No, pero recuerdo que un mes antes de morir me dijo que le habían ofrecido un trabajo en un programa de la televisión. Le pregunté de qué se trataba y me habló de un cuerpo de baile o algo así. Estaba contenta porque le iban a pagar un buen dinero y podría dar el pie del departamento que pensaba comprar. Puras fantasías. Con sus amigas solían hablar de sueños imposibles. Viajes, playas, lujos, autos. Tantas tonteras que tenían en sus locas cabezas. Y Teresa era la más chiflada. Sé que no debería hablar mal de la finada, pero la verdad es que yo no le tenía mucha simpatía a esa muchacha. Siempre sospeché que ella llevó a Margarita por el mal camino.

—¿Y qué me puede decir de la otra amiga?

—Sandra Varas era la mejor amiga de Margarita y hasta la fecha no se conforma con la muerte de mi ahijada.

—¿Usted la sigue viendo?

—A Sandra le gusta que le cosa o le arregle sus vestidos y suele venir a dejarme una que otra costura. Más que nada lo hace para ayudarme, porque a mi edad las costuras no me quedan tan bien como antes. Mi vista está cansada y en ocasiones me equivoco en los cortes o al tomar las medidas.

—¿Sabe dónde vive Sandra?

—Tengo su teléfono y sé donde trabaja. Hace tres meses me encargó que le acortara un vestido y me pidió que se lo pasara a dejar a un departamento en la calle Huérfanos, casi al llegar a la esquina de San Antonio.

—¿Tiene la dirección exacta?

—Perdí el papel donde la anoté —dijo la anciana y noté alguna vacilación en sus palabras.

—¿Seguro que me está diciendo la verdad?

—Boté el papel cuando supe que ese lugar es donde ella y otras mujeres reciben a

los hombres que pagan por sus servicios. El departamento está ubicado en un edificio en cuya planta baja hay una galería con tiendas y restaurantes.

La mujer me dio el número telefónico de Sandra Varas y luego la dejé hablar de la soledad en la que vivía desde la muerte de su ahijada.

—Quise que ella fuera la hija que nunca pude tener, pero no bastaron mis deseos —dijo—. Los pobres ni siquiera tenemos derecho a soñar.

Seguí escuchando las lamentaciones de la anciana durante unos minutos y luego la dejé en compañía de sus recuerdos. Conduje hasta un bar en la avenida Matta, donde pedí una copa de tinto que me ayudó a soportar el peso de los dolores ajenos que de tarde en tarde me obligaba a cargar sobre mi conciencia, destino al que está condenado quien se empeña en hacer preguntas sobre vidas ajenas, me dije y apuré la copa con la esperanza de encontrar una puerta de escape. Pero no logré evadirme de las preguntas que me siguieron rondando como perros atraídos por el olor de la carne. Renuncié a pedir una segunda copa, encendí un cigarrillo y me dediqué a escuchar la conversación que sostenían dos mozos acerca de los resultados de los partidos de fútbol disputados durante el último fin de semana.

\* \* \*

—Quiero escuchar tu versión del tiroteo —dijo Doris apenas me vio entrar al departamento, y al tiempo que dejaba sobre el escritorio el diario que había estado hojeando hasta ese momento.

—¿Te llamó el copuchento de Anselmo?

—Hizo lo correcto. Se supone que tú y yo estamos juntos en la investigación. ¿Por qué no me llamaste?

—Solo me revolqué por el suelo y rompí mi pantalón. No quise molestarte por tan poco.

—No me trates como si fuera tonta. Tengo criterio y experiencia de sobra para evaluar la gravedad de una situación. Primero la mención de tu nombre en la noticia del diario y luego la balacera. No me extrañaría que desearan convertirte en el protagonista de una historia sin final feliz.

—Fue un tiro al aire. No exageres.

—Alguien te tiene entre ceja y ceja desde que estás investigando los asesinatos de las mujeres.

—No me apuraría tanto en unir el disparo con los asesinatos. Pudo ser un marido celoso o un tipo entrenándose para sus clases de tiro.

—¿Quieres hacerme rabiar?

—Prefiero restarle importancia al disparo y no andar pendiente de cada sombra que pasa a mi lado. Si quieren sacarme del juego no es mucho lo que puedo hacer para evitarlo.

—Algo debió llamar tu atención al momento del disparo.

—Detalles. Un auto verde, un adhesivo y la torpeza del tipo que disparó.

—¿Y qué te dicen esos detalles?

—Que al menos reconoceré el auto cuando lo vuelva a ver.

—¿Y por qué dices que el tipo actuó con torpeza?

—Tuvo tiempo y distancia para hacer algo mejor. O es un aficionado que no supo controlar sus nervios o estamos frente a un profesional que quiso darme un susto.

—En los dos casos es motivo de preocupación.

—Por ahora tengo otras ideas en mente. Los perros vagos lamen sus heridas a solas. Dos o tres lengüetadas y a recorrer las calles nuevamente.

—Comienzo a perder la paciencia. En ese disparo puede estar la clave que buscamos.

—Un punto interesante de considerar. Por un momento pensé que temías quedar viuda antes de tiempo —dije en son de broma.

—No sé cómo ni por qué te soporto —dijo Doris y sin añadir nada más salió de la habitación dando un golpe que estremeció las resacas maderas de la puerta.

—Soy un humorista incomprendido —dije a Simenon que había seguido la escena con su calma de costumbre.

—Esa mujer tiene mal genio —respondió Simenon mientras se estiraba sobre el escritorio—. Y tu despreocupación por el tipo del disparo, apesta.

\* \* \*

El departamento donde había vivido Teresa Troncoso era parte de un antiguo conjunto de edificios ubicados en la calle Departamental, frente a la autopista que conducía hacia el sur del país. Edificios de paredes deslavadas y pequeñas ventanas de las que colgaba la ropa puesta a secar por sus residentes.

Subí tres pisos por una estrecha y sombría escalera hasta quedar frente a una puerta gris, rayada con varios signos extraños. Toqué a la puerta varias veces y cuando estaba resignado a rehacer mi camino, se abrió la puerta del departamento vecino y apareció una mujer gruesa y desaliñada que sobre su vestido verde llevaba puesto un delantal lleno de manchas y roturas.

—¿A quién busca? En ese departamento ya no vive nadie —dijo la mujer.

—A la madre de Teresa Troncoso —dije intuyendo que la mujer estaba al tanto de todo lo que acontecía en el edificio—. Teresa era la muchacha que asesinaron.

—Sé quien era —agregó la mujer—. ¿Cuál es su interés en esa gente?

—Investigo la muerte de Teresa.

—¿Otro policía?

—Aparecieron pistas que pueden servir para encontrar al asesino —dije, y al notar que la mujer mostraba mayor interés por mis palabras, pensé que la curiosidad y

la chismografía solían ser buenas aliadas al momento de escudriñar en los aspectos oscuros de la gente.

—Llegó tarde con las novedades. Doña Victoria, la madre de Teresa, murió dos meses después del asesinato de su hija. Estaba enferma y al parecer el corazón no la ayudó a soportar tantas desdichas en tan breve tiempo. Una hija muerta y la otra internada gravemente en el hospital.

—¿Una hija en el hospital? —pregunté al tiempo que recordaba el informe policial que me había mostrado Doris Fabra y en el que se mencionaba que Teresa vivía con su madre y una hermana enferma.

—Si me lo pregunta, no sabría decir cuál de las dos hijas le ocasionó más dolores de cabeza a doña Victoria, que en paz descanse y Dios la tenga en su santo reino.

—¿Qué le pasó a la hermana?

—Beatriz es media loquita, ¿me entiende? Nació enferma y nunca pudo ir a la escuela ni tuvo la atención especial que necesitaba. A simple vista no se apreciaban sus problemas. Era una niña bonita que solía andar por el barrio, preocupada de Dios sabe qué asuntos. Una se daba cuenta de su enfermedad cuando la escuchaba hablar. Tenía problemas de lenguaje y le costaba entender lo que le decían. Un pajarito que vivía entrando y saliendo del sanatorio, con etapas críticas y otras en la que podía vivir junto a su madre en aparente normalidad. Una semana antes del asesinato de su hermana tuvo una crisis y la internaron en el Hospital Psiquiátrico para someterla a tratamiento. Y ahí debe estar todavía esa pobre alma, entregada a su suerte.

—¿No hay más familiares que se preocupen por ella?

—Ninguno, que yo sepa. Las tres mujeres vivían solas. Doña Victoria crió a sus hijas gracias a una pensión miserable que le dejó su difunto esposo. Después, en los últimos años, contaba con el dinero que traía Teresa. Doña Victoria iba a diario al hospital a visitar a Beatriz. La pobre mujer no sabía qué hacer, y la verdad es que no me hubiera extrañado que la internaran junto con su hija enferma. Al final no aguantó más y una mañana, rumbo al hospital, se desplomó para siempre. La presidenta de la junta de vecinos se encargó de su funeral.

—¿Algún vecino ha ido a visitar a Beatriz?

—Un par de vecinas la fueron a ver después de la muerte de doña Victoria. Dijeron que la muchacha no reconocía a nadie. Después de eso nunca más se ha hablado de ella. La gente tiene sus propios problemas y los ajenos quedan rápidamente en el olvido.

—¿Usted sabía a qué se dedicaba Teresa?

—Todos en el barrio lo sabíamos y a nadie le importaba. No era la primera y seguramente no será la última que lo haga. Nunca provocó ningún escándalo ni se metió con los maridos de las vecinas, como otras chuscas que han vivido en el conjunto.

—¿Y quién vive actualmente en el departamento?

—Nadie. Doña Victoria lo arrendaba y ahora el propietario lo está arreglando con

la intención de venderlo.

—¿Qué pasó con las pertenencias de las tres mujeres?

—Una vez que murió doña Victoria, el dueño esperó un par de semanas y luego procedió a desocuparlo. Los muebles que valían la pena se los llevó como pago de los meses de arriendo que le debían y el resto fue a dar a la basura.

—Habrán tenido algo más que muebles dentro del departamento —dije intuyendo que la vecina me contaba una verdad a medias.

—La ropita, alguna loza, utensilios de cocina y otros cachureos se los llevaron los vecinos. La verdad es que no había mucho de dónde escoger.

—¿Usted no se quedó con nada? —pregunté luego de escuchar las últimas palabras de la mujer.

—Rescaté una caja a la que doña Victoria le tenía cariño y en la que guardaba recuerdos familiares. Pensé que Beatriz puede regresar algún día y necesitar estos objetos.

—¿Me deja verla? Puedo encontrar algo de utilidad para mi trabajo.

La vecina me hizo entrar a su departamento y me indicó un sillón que estaba en el living. La habitación era oscura y a sus paredes les faltaba una buena mano de pintura. Esperé mientras la mujer sacaba una caja de cartón desde un trinche de aspecto lamentable. Dentro de la caja encontré una libreta de matrimonio, un certificado que le habían dado a Teresa en el colegio, el carné de identidad del marido muerto y un sobre que contenía una veintena de fotos tomadas en diferentes situaciones: a la orilla de una playa, en el zoológico, junto a una bicicleta y en una ceremonia escolar.

Me llamaron la atención dos fotos que parecían de más reciente data. En la primera aparecían las dos hermanas abrazadas y sonrientes; y la segunda, que había sido captada en un restaurante, mostraba a Teresa junto a otra mujer y dos hombres que levantaban sus copas en dirección a la cámara. Uno de los hombres era calvo. El otro cubría su rostro con la que parecía ser la carta de un restaurante, y de él solo se podía reconocer que era pelirrojo y tenía una frente amplia, despejada.

—¿Sabe quiénes son los hombres que aparecen en estas fotos? —pregunté a la vecina.

—Ni idea. Hasta que recogí la caja, nunca había visto esas fotos.

—Me llevaré las dos —dije—. No creo que a nadie le importe.

—A mí no, desde luego —dijo la vecina—. Y si sirven para atrapar al que mató a la pobre Teresa, mejor aún.

\* \* \*

Vidas maltratadas, despojos de los que nadie daba cuenta, salvo cuando se los asociaba a la muerte o el delito. ¿Pensaba escribir Segovia sobre la existencia de esas



mujeres más allá de sus rostros atiborrados de colorete, o se habría limitado a la superficialidad de un titular llamativo y veinte líneas mal hiladas sobre sus andanzas? ¿O solo le interesaba el nombre del asesino al que había descubierto por alguna razón que mis preguntas no conseguían sacar a la luz? ¿Y qué me aseguraba que eso había ocurrido, si la única cosa concreta eran los nombres de dos prostitutas registrados en su libreta?

Guardé en mi chaqueta las fotos que había examinado durante la última media hora, mientras comía un seco de res en «El Super Gordo», un boliche de comida peruana próximo a mi departamento. Luego de pagar la cuenta, pensé que seguía dando pasos erráticos, arrastrando mis dudas por una ciudad que contemplaba imperturbable el ir y venir de su gente, inmiscuyéndome en historias que a nadie más parecían importar. Desde una cabina pública llamé al teléfono de Sandra Varas y un mensaje grabado me informó que ese número estaba fuera de servicio. Decidí seguir las coordenadas que me habían dado para llegar al lugar donde trabajaba Sandra Varas y tuve suerte, porque al llegar a una de las esquinas de Huérfanos con San Antonio vi a un muchacho que repartía los volantes de una casa de masajes a los hombres que pasaban frente a la entrada de la galería que supuse sería la mencionada por la madrina de Margarita Jara.

—Chicas lindas y cariñosas —dijo el muchacho cuando me vio a su lado, interesado en uno de los volantes que repartía—. Diga que viene de parte del Juancho y tendrá atención especial.

—¿Es el único lugar de su tipo que hay en la galería? —pregunté.

—El único y el mejor que puede encontrar en el centro de Santiago.

—¿Trabaja en ese lugar una mina llamada Sandra Varas?

—No lo sé —respondió el muchacho con desconfianza—. El asunto es sin nombres y sin preguntas.

—Unos compañeros de oficina me dijeron que esa mina es muy buena.

—Buenas son todas, socio. Suba, mire y elija. Rubias, morenas, negritas colombianas y jamaicanas, y dos colorinas que, como se sabe, dan suerte.

—Veré si la oferta es tan buena como la presentas —le dije al muchacho mientras me encaminaba hacia el interior de la galería.

—Décimo piso, socio. Lo mejor de lo mejor. Y no olvide mencionar al Juancho.

Subí al piso señalado y una discreta luz roja que pestañeaba junto a la puerta de uno de los departamentos me indicó el rumbo que debía seguir. Presioné un timbre y casi de inmediato me sentí observado a través del visor instalado en la parte superior de la puerta.

—Pase y vaya a la sala de recepción —me dijo el tipo alto y musculoso que abrió la puerta unos segundos más tarde—. Enseguida lo atenderán.

Caminé por un pasillo corto y alfombrado hasta llegar a la sala donde se encontraba una mujer de aspecto avejentado que me estudió un instante antes de dirigirme la palabra.

—Treinta mil la hora. Si le parece bien, haré pasar a las niñas para que seleccione a la que sea de su agrado —dijo la mujer.

Pensé en seguir el rito de ingreso, pero como no conocía a Sandra Varas, opté por usar una vez más mi falsa credencial de policía. Y el viejo truco dio sus frutos, porque la mujer retrocedió unos pasos, como vampiro de película enfrentado a un crucifijo, y con un hilillo de voz me dijo que la casa tenía sus papeles en regla.

—Sus papeles no me interesan. Necesito conversar con una de sus muchachas, Sandra Varas.

—La Jenny. ¿En qué lío se metió? —preguntó.

—En ninguno. Quiero hacerle algunas preguntas, nada más.

La mujer desapareció tras la cortina que había en uno de los costados de la habitación y dos minutos más tarde vi entrar a una mujer morena, de pechos voluminosos, caderas anchas y un rostro provocador, de colegiala habituada a hacer la cimarra. Me miró desafiante y por unos segundos mi atención se concentró en sus grandes ojos negros.

—¿Para qué me quiere? —preguntó con desconfianza.

—Necesito que conversemos de tus amigas Teresa y Margarita.

La mención de las mujeres puso nerviosa a Sandra Varas y noté que perdía algo de su animosidad inicial.

—¿Se trata de sus asesinatos? —preguntó con un dejo de tristeza—. Pensaba que ya nadie se preocupaba de investigarlos.

—Apareció una pista que podría conducirnos hasta el culpable. Nada seguro, pero como reza el dicho, no hay peor diligencia que la que no se hace. He estado entrevistando a varias personas y llegué hasta aquí gracias a la información que me dio la señora Yolanda, la madrina de Margarita Jara, a quien conoces porque le encargas costuras. Sé que las tres trabajaban en la Agencia Golondrinas.

—Veo que está bien informado —dijo Sandra Varas y acompañó sus palabras con una breve sonrisa.

—La señora Yolanda fue especialmente generosa con su información.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Sandra Varas.

—Háblame de tus amigas. No tengo ninguna pregunta específica por el momento.

—A Teresa y Margarita las conocí en el club nocturno donde las tres coincidimos durante una temporada. Usted debe saber de qué se trata eso. Bailábamos, compartíamos con los clientes y si la noche era buena, nos íbamos con uno de ellos. Después nos aburríamos de ese lugar y comenzamos a trabajar atendiendo a nuestros clientes a través de la Agencia Golondrinas. Dejamos de estar bajo un mismo techo, pero igual seguimos viéndonos a lo menos cada quince días. Margarita y Teresa eran buenas amigas, cariñosas y preocupadas de lo que a una le podía estar pasando.

—Eso quiere decir que no existían secretos entre ustedes.

—Nos contábamos los sueños y las penas que sentíamos desde que despertábamos cada mañana.

—Y supongo que conversarían de sus clientes.

—Ocasionalmente. Cuando estábamos juntas tratábamos de pasarlo bien y de olvidar nuestro trabajo por unas horas. Teresa solía decir que estando juntas debíamos mostrar la sonrisa que a diario ocultábamos bajo el *rouge*.

—Háblame de las semanas previas a la muerte de tus amigas. Sé, por ejemplo, que a Margarita le habían ofrecido un trabajo en la televisión.

—Anduvo con esa historia durante un par de semanas. Al parecer la oferta venía de un tal Donoso o Durante, no lo recuerdo bien. Un cliente que la visitaba desde varios meses atrás y que, según Margarita, era gentil y ocupaba la mayoría de su tiempo en conversar.

—Algo extraño, ¿no te parece?

—Solemos conocer a hombres de gustos raros y que uno de ellos nos pague para escuchar sus desdichas o fantasías no nos sorprende. Los tipos solitarios son más comunes de lo que usted se pueda imaginar.

—¿Tienes alguna referencia más precisa acerca de ese sujeto? ¿Sabes dónde ubicarlo?

—No, pero estuve a punto de conocerlo. Un fin de semana el tipo organizó una fiesta en la playa a la que irían varios de sus amigos. Teresa, Margarita y yo estábamos invitadas, pero yo no pude ir porque ese fin de semana estaba comprometida con un gringo que me tiene especial cariño y me llama cada vez que viaja a Santiago. Trabaja en el norte, en una empresa minera.

—¿Sabes a qué playa fueron tus amigas?

—A Santo Domingo. Teresa era la más entusiasmada con la posibilidad de ir a un balneario tan exclusivo, y Margarita pensaba que ese fin de semana tendría noticias sobre su trabajo en la televisión. Durante los días previos no hicieron más que hablar del viaje y de lo bien que lo pasarían. Incluso trataron de convencerme para que dejara tirado al gringo y me fuera con ellas a la playa.

—Después te habrán contado, con pelos y señales, lo ocurrido en la fiesta.

—Ahora que me lo pregunta, la verdad es que mis amigas hablaron muy poco sobre lo sucedido ese fin de semana. Quedé con la impresión de que los invitados del dueño de casa no habían sido muy agradables, y que la casa estaba lejos de ser el palacete que suponía el cliente de Margarita.

—¿Eso es todo?

—Sí, salvo que tres o cuatro días después, mientras hacíamos hora para entrar a ver una película, Teresa se acordó de la fiesta y dijo que había regresado de Santo Domingo con un gran sentimiento de culpa.

—¿Culpa? ¿Mencionó a qué se debía?

—No dio muchas luces sobre el tema. Usted quizás sepa que Teresa tenía una hermana menor que padece una enfermedad mental.

—Beatriz. ¿Qué tiene que ver ella en el asunto?

—Teresa fue con su hermana a la fiesta. El cliente le ofreció la oportunidad de

llevarla y ella pensó que a Beatriz le haría bien tomar sol y distraerse. Pero parece que algo le ocurrió a su hermana en la playa y una semana después tuvo una recaída en su enfermedad y debieron internarla. Teresa no quiso dar detalles, pero insistió varias veces en que ella tenía la culpa de lo sucedido. Hasta soltó unos lagrimones. Le propuse dejar la película para otro día, pero ella no aceptó. Dijo que a la salida del cine me contaría los detalles de la historia, pero después no tuvimos oportunidad de continuar conversando. Recibí una llamada de la agencia y tuve que ir a reunirme con un cliente que deseaba mis servicios.

—Lástima que no tuvieran más tiempo.

—Ahora pienso que debí interesarme más en lo que decía Teresa, pero no le presté la atención debida y supuse que se trataba de las habituales recaídas de Beatriz. Teresa vivía preocupada por la situación de su hermana y sufría por no disponer de los recursos necesarios para tratarla en un sanatorio privado, donde ella pensaba que recibiría una atención de mejor calidad.

—Teresa se llevó la culpa a su tumba —dije dispuesto a poner fin a la conversación con la mujer.

—Pero qué bruta soy —exclamó de pronto Sandra Varas—. Había olvidado que Margarita me dijo algo que tenía que ver con lo sucedido en la playa. Fue la noche en que nos vimos por última vez, una semana después de la muerte de Teresa. Nos juntamos en un bar del Barrio Bellavista y cuando llegué a nuestra cita la encontré borracha. Tenía miedo y estaba muy afectada por la muerte de Teresa. Hacía recuerdos y volvía sobre ellos una y otra vez. Y entre las personas que mencionó esa noche estaba Beatriz. Recuerdo que dijo «nunca debimos dejar que la loquita entrara a la pieza». Traté de sonsacarle más detalles de lo que quería decir con eso, pero ella siguió hablando de otros temas, y más tarde, cuando ya no podía sostenerse en pie, tuve que llevarla hasta su casa. Después no tuvimos oportunidad de conversar de eso ni de ninguna otra cosa.

—«Nunca debimos dejar que la loquita entrara a la pieza». Una frase sin sentido aparente. Palabras que requieren de otras palabras para llegar a saber lo que significan.

—¿Cree que tiene alguna relación con los asesinatos de mis amigas?

—Con los elementos que tengo, no puedo responder esa pregunta. Pero seguramente lo ocurrido en la playa fue importante para Teresa y Margarita, de otro modo no se habrían afligido tanto al recordarlo.

—¿Y si habla con el médico que atiende a Beatriz? Puede que él lo ayude a salir de la duda y hasta es posible que sepa lo que sucedió en la playa. Y si no es así, al menos puede tener una explicación sobre lo que provocó su crisis. El doctor Sandro Terranova es muy amable. Cuando voy al hospital se da tiempo para informarme del estado de Beatriz y de los avances en su tratamiento.

—Tienes razón, nada se pierde con dar una vuelta por el hospital.

—El doctor dice que Beatriz tiene momentos de lucidez. Quizás ella pueda

completar la historia que dejaron sin terminar mis amigas.

—Seguiré tu consejo, Sandra.

—A menudo pienso en ellas y me digo que no es justo que sus asesinos anden sueltos como si nada. Si hubieran sido muchachas de familias encopetadas, seguro que la policía se habría esmerado más en tratar de encontrar a los culpables. Hasta para eso hay gente de primera y segunda clase.

—En una de esas la suerte nos ilumina —dije.

Enseguida le di una tarjeta con el número telefónico de mi oficina y le pedí que me llamara si llegaba a recordar algo de utilidad para la investigación.

Sandra Varas miró un instante la tarjeta y dio unos pasos por la habitación.

—Después que murieron mis amigas dejé de trabajar mediante contactos telefónicos. Tuve miedo de acabar como ellas y conseguí trabajo en este lugar. No se gana lo mismo, pero es más seguro. Vemos las caras de los clientes cuando llegan y si alguno de ellos se sobrepasa, podemos pedir ayuda.

—Siempre sería más seguro que estuvieras lejos de aquí.

—Lo he pensado muchas veces, pero no es fácil hacer otra cosa. Tendría que contarle mi historia para que me comprendiera.

—Quizás otro día, cuando termine la investigación.

—¿De verdad que se animaría a escuchar mi historia?

—Si me lo propongo, puedo convertirme en uno de esos tipos que pagan por conversar.

—¿Solo para eso?

—Puede ser la mejor manera de iniciar una amistad más estrecha. Cuando quieras, llámame.

¿Un asesino en serie? ¿Dos? ¿Por qué solo en tres de los cinco crímenes se había encontrado una película de Hitchcock? ¿Y por qué esa película? ¿Respondía al gusto del asesino o era una referencia a Norman Bates, el protagonista de la película que había aterrorizado a miles de espectadores? Un psicópata que conservaba el cadáver de su madre en una de las habitaciones del motel que administraba y al que cada día llegaban menos pasajeros. Un reprimido sexual inspirado en Ed Gein, asesino múltiple que fue descubierto y atrapado en los Estados Unidos a fines de los años cincuenta, después de asesinar a la dueña de una ferretería, a la que decapitó y luego abrió su cuerpo en canal. ¿Se identificaba el asesino con Norman Bates o era un indicio reiterado e intencional para hacer creer a la policía que se trataba de la obra de un asesino especial? Faltaban muchas piezas en el puzzle que me proponía resolver. Y debía encontrarlas. No para seguir el juego del asesino en serie, si existía, sino para que la muerte de las mujeres no quedara tristemente abrazada al olvido. Vidas de sobrevivientes cuyas muertes no significaban más que un dato en las estadísticas criminales y la apertura de expedientes condenados a envejecer en los archivos.

Dejé de lado mis interrogantes y presté atención a la chuleta con puré de papas que había pedido en un boliche ubicado cerca de la iglesia Santa Ana, después de una mañana de correrías que no habían aportado gran cosa al éxito de la investigación. Había buscado a Gloria Garay y Natalia Leiva, las dos mujeres detenidas en el allanamiento de la Agencia Golondrinas, y el resultado era una página en blanco que a lo más servía para anotar nuevas preguntas. Natalia Leiva había viajado a Coquimbo, a la casa de sus padres, al día siguiente de haber sido liberada por la policía. Gloria Garay seguía ejerciendo su oficio y no sabía nada sobre Teresa Troncoso y las demás mujeres. Nunca las había conocido y lo que estaba en condiciones de aportar a la investigación eran los rumores que corrían por la agencia. Rumores que el administrador había silenciado para no llamar la atención de la policía ni perder a las mujeres que animaban su negocio. Taché en mi libreta los nombres de las dos mujeres y tuve la sensación de estar descendiendo por un tobogán cuyo único destino, a semejanza de la vida, era lo desconocido.

Corté un trozo de chuleta y me lo llevé a la boca. Le faltaba sal y varios segundos de cocción. Dejé los cubiertos a un costado del plato. Repentinamente perdí el apetito y con el trajín de la mañana volví a sentir el dolor en mi espalda. Encendí un cigarrillo y hasta que el tabaco se consumió no hice más que observar a las mujeres que pasaban frente a las ventanas del restaurante. El escote de las blusas y el reducido tamaño de las faldas me hizo pensar que la primavera estaba cerca y que si persistía en mi conducta de fisgón corría el riesgo de terminar como Norman Bates, mirando a través de un hoyo en la pared a las pasajeras que llegaban a su motel.

De regreso en mi departamento, llené el pocillo de Simenon con un puñado de alimento para gatos y luego llamé a Doris. No estaba en su oficina ni contestó mi

llamada a su celular. Sentí que seguía dando palos de ciego y no vislumbré un cambio de suerte hasta que una hora más tarde recibí la llamada de Marcos Campbell.

—No llueve pero gotea —dijo con el entusiasmo que lo caracterizaba aun en las situaciones más deprimentes—. Logré averiguar quién fue el autor del artículo. Hablé con cuatro colegas que no sabían de qué se trataba el asunto o prefirieron mantener la boca cerrada, y cuando daba por perdidas mis esperanzas recordé que conocía a una secretaria con la que tuve una cálida amistad mientras hacía mi práctica profesional en el desaparecido diario *La Época*. Y como el que cumple siempre deja buenos recuerdos, fue fácil conseguir que ella hiciera algunas preguntas en su trabajo.

—Ignoraba que tuvieras esa faceta de galán. ¿De qué tiempo estamos hablando? ¿La edad de piedra o la de bronce?

—Dejaré pasar tus impertinencias, porque la Susanita, a la que no veía desde hace más de diez años, me llamó a la media hora y ofreció entregarme la información a cambio de una copa en cierto lugar discreto de cuyo nombre no quiero acordarme.

—Placer y espionaje, una mezcla explosiva. Al mejor estilo del pelmazo de James Bond.

—De placer nada, Heredia. Parafraseando al poeta, los de entonces ya no pesamos lo mismo. La Susanita, que en el tiempo de mi práctica era una fiera de carnes y huesos bien distribuidos, está convertida en una matrona de respeto. Aunque debo reconocer que conserva el entusiasmo de antaño.

—Al grano, Campbell, que para cuentos eróticos prefiero los de Hsi Men y sus esposas.

—El artículo lo escribió el «Batracio» Lucero, un periodista que durante la época de Pinochet frecuentaba los bares que acogían a nuestros colegas y asistía puntualmente a las reuniones del Colegio de Periodistas. Ahí obtenía la información que luego entregaba a los agentes de la mal llamada inteligencia militar. En esos días no teníamos pruebas en su contra, pero al retornar la democracia se comprobó que había sido responsable de la detención de varios colegas. Terminada la dictadura, trabajó en agencias de publicidad cuyos propietarios eran nostálgicos partidarios del horror, y un par de años atrás reapareció como redactor en el diario donde publicaron el artículo que nos preocupa. Según la Susanita, Lucero está convertido en un viejo curado y solitario al que la mayoría de los colegas prefieren mantener a distancia.

«Siempre tropezamos con las huellas del pasado», pensé mientras Campbell seguía con su informe. Un pasado que duele y no termina de cicatrizar; que nos enfrenta al dolor de algunos, la indiferencia de otros y la mala conciencia de los que aplaudían al dictador y hoy posan de demócratas con amnesia.

—Quisiera preguntarle por la fuente que utilizó para escribir su artículo, pero no debe ser fácil averiguar dónde vive o qué sitios frecuenta.

—Te equivocas, Heredia. Susanita tiene acceso a la información del personal y averiguó que Lucero reside en un departamento próximo a la estación Salvador del Metro. Y aún hay más. Susanita habló con el auxiliar que le lleva cartas y otros

documentos a su departamento, y este le dijo que Lucero pasa la mayor parte del tiempo a solas. Su mujer se va por largas temporadas a la casa de su hija, en Viña del Mar.

—Susanita parece tener la llave que abre todos los misterios. Tendrás que recompensarla por su información.

—Créeme que ya lo hice.

—Siempre puedes ser más generoso.

—A mis años no estoy en condiciones de ser generoso con nadie. Pero, si quieres, te hago gancho con ella.

—Gracias, pero estoy pensando en otro tipo de cita.

—Si pretendes ver a Lucero, cuidado. Aún debe conservar sus amistades del pasado.

—Descuida, tengo experiencia en el trato de buitres.

\* \* \*

Repetí en voz alta la dirección que me dio Campbell, tomé la chaqueta que colgaba del respaldo de una silla y salí del departamento con la intención de estropearle la noche a Lucero. Mi impulso duró hasta la entrada del edificio, donde encontré a Anselmo comentando las carreras del día siguiente con el conserje del edificio. Ambos analizaban las posibilidades de éxito de los competidores en el principal clásico del programa sabatino. Anselmo ponía sus esperanzas en *Problemático*, un colorado de seis años que reaparecía en las pistas después de cuatro meses de ausencia, y el conserje apostaba por el favorito de la prensa, un tordillo más joven que a juicio de Anselmo daría poca pelea a los caballos más experimentados. Leí el programa que me alcanzó el conserje para que diera mi parecer respecto a los dos caballos en discusión, y ante la molestia de mi amigo, opté por *Pericondrío*, pupilo de Arturo Palma, experimentado preparador del Hipódromo Chile al que había conocido mientras investigaba la muerte del hijo de Anselmo.

—Iba rumbo a su departamento, don —me dijo Anselmo una vez que se dio cuenta que mi opinión no se inclinaba por su elección ni la del conserje—. La señorita Doris me ordenó que lo pusiera al tanto de nuestras últimas pesquisas.

—¿Doris estuvo contigo y no subió a mi oficina? ¿Y qué significa eso de nuestras últimas pesquisas? —pregunté, intrigado.

—¿Cuál de las dos preguntas quiere que le responda primero, don? —retrucó Anselmo y mientras caminaba hacia la salida del edificio, agregó—. Lo invito a beber un tintolio. Las respuestas pueden ser algo extensas.

—Acepto, Anselmo. No creo que me haga mal una copa de vino.

—Sucede que me puse a hacer preguntas —dijo Anselmo un rato más tarde, cuando nos encontrábamos instalados junto a una de las mesas de «La Piojera»—. Y



entre pregunta y pregunta, di con un curadito que suele dormir junto a mi quiosco cuando no logra reunir los pesos necesarios para pagar la hospedería. El hombre se llama Juan Núñez, pero la mayoría de la gente del barrio lo conoce como *Cañita*.

—¿Qué pasa con él? Conozco a *Cañita* desde que decidió abandonar su empleo en una empresa de pompas fúnebres y ponerse a vagabundear por el barrio. Algunos dicen que fue por una mina que lo dejó abandonado, y otros, que fue a causa de un niño al que atropelló y dio muerte mientras conducía su auto.

—Cuando a usted le dispararon, él estaba junto al quiosco y por algún motivo que podemos atribuir a la suerte o la casualidad, se fijó en el número de la patente del auto que conducía el pistolero. Número que después fue confirmado por un chofer de los colectivos que se estacionan en uno de los extremos de la calle y que tiene la manía de fijarse en esas cosas desde que unos tipos asaltaron una de las tiendas del barrio y huyeron en un auto que nadie pudo identificar.

—¿Desde cuándo tienes esa información?

—Desde hoy en la mañana. Como usted no parecía muy interesado en el tipo que le disparó, preferí llamar a la señorita Doris. Ella vino, conversó con *Cañita* y dijo que gracias al número de la patente se podría identificar al propietario del auto. Quedó en avisar cuando tuviera esa información.

—¿Y por qué ella no subió a darme la información? ¿Andaba apurada?

—Lo mismo le pregunté y me respondió que usted era porfiado y cabeza dura.

—Porfiado y cabeza dura. ¿Todo al mismo tiempo?

—Y después se fue tan rápido como llegó. Para mí que está enamorada de usted, don.

—¿Enamorada de un porfiado?

—Por algo se enoja cuando usted no se cuida.

—¿Doris no te simpatiza, verdad?

—Yo le tengo cariño a Griseta. Mal que mal, ella y usted estuvieron juntos durante varios años.

—Esa es una historia terminada. Ella decidió quedarse a vivir en España y no hay ninguna posibilidad de que regrese.

—La señorita Doris es simpática y atractiva, pero no me agrada que sea policía. Usted sabe que a los ratis nos los trago ni mezclados con miel.

—Eso no la hace una mala mujer, Anselmo. Es su trabajo.

—Tiene razón, pero igual me inquieta saber que es policía.

—Y por lo demás, nadie ha dicho que entre Doris y yo exista algo sólido.

—De eso usted sabe más que yo, don. Más le vale aclarar las cuentas con su corazón. Usted no está en edad de andar picoteando en varios gallineros.

—¡Mira quien habla!: el terror de las señoras solas del barrio.

—Y por eso me tiene aquí, botado como perro guacho. Debí sentar cabeza con la Amelia, la que trabajaba en una tienda de ropa para niños; o con la Panchita Suazo, la gordita que terminó casada con el chino de la importadora de zapatillas. O la

Filomena. ¿Se acuerda de la Filomena? Cocinaba en el Restaurante El Metejón y hacía unas cazuelas criatureras. Y es tan cierto esto último, que en los cuatro años que lleva de casada ha lanzado cinco hijos al mundo. ¿Qué me dice, don? También pude quedarme con la Blanquita o la Carmela. ¿Recuerda a esas dos hermanas que tenían una pastelería a la entrada de la calle Recoleta? El problema es que nunca me decidí por una u otra, y ellas no estaban dispuestas a compartir mi cariño. Y de mi matrimonio con Madame Zara mejor ni me acuerdo. Tuve que hacer magia para sacármela de encima. Todo habría sido tan distinto si me hubiera casado con Marta, la madre de Juan Carlos, mi finado hijo. Marta fue mi primer amor serio, pese a que ella recién venía saliendo del liceo. Incluso llegamos a hacer planes para casarnos, pero a última hora pudieron más mis dudas. Yo empezaba a triunfar como jinete y no quería que nada me alejara de lo que creía era lo más importante en mi vida. Nos separamos y ella se casó con otro jinete. Tuvo un hijo que según me confesó años después, era mío y no de su esposo. Pero para qué le hablo de algo que usted conoce de sobra. Si hasta su amigo el Escriba publicó una novela sobre la muerte de Juan Carlos.

—Por historias no te quedas atrás, Anselmo.

—¿Y de qué sirven? Solo soy un viejo que vive de los recuerdos.

—Tal vez sirvan para darse cuenta de que la vida no ha pasado de largo por nuestro lado. Que bien o mal, con aciertos o errores, hemos vivido de acuerdo a lo que el corazón nos dictó en cada momento.

—Ya se puso a hablar en difícil, don. Lo que a mí me atormenta son esas noches en que empiezan a llover los recuerdos. ¿Qué se hace con los recuerdos, don?

—¡Carajo, Anselmo! No es hora de hacer preguntas tan complicadas.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Acaso no se le pueden contar las penas a los amigos?

—Por de pronto, pide otra botella. Después nos hacemos cargo de las penas.

—No es mala idea, don. ¿Qué le hace el agua al pescado?

\* \* \*

Horas más tarde desperté con los fantasmas de la resaca sentados a los pies de la cama. Simenon estaba junto a la ventana, observando hacia la calle, desde donde llegaban los cánticos de un grupo del Ejército de Salvación que pedía perdón por los pecadores del barrio y sus alrededores.

—Consuela saber que se acuerdan de nosotros —dije a Simenon, al tiempo que dejaba la cama y me encaminaba hacia el baño para tomar una ducha helada y enfrenar al rostro ojeroso que se reflejó en el espejo—. Aunque no estaría mal que dejaran de golpear el bombo y fueran más afinados para cantar.

—Hace tiempo que no te veía tan desmejorado —dijo Simenon mientras brincaba sobre el lavamanos para beber de la canilla que goteaba desde hacia unas semanas—.

Parece que la conversación con Anselmo dejó sus huellas.

—A los amigos hay que dedicarles tiempo y escucharlos con paciencia. Anselmo sigue dolido por la muerte de su hijo y dudo que supere esa pérdida. Si al menos hubiera sabido que era su hijo antes de verlo morir en la pista de carreras, habría tenido tiempo para conversar de esos asuntos que se suponen hablan los padres con sus hijos.

—¿Y tú qué sabes sobre padres e hijos? ¿O hay algo que no me has contado? ¿Un hijo que aparecerá de pronto como por arte de magia?

—No sé nada, pero eso no me impide imaginar determinadas situaciones.

—Por ejemplo, lo que tendría que decirte el periodista Lucero.

—No he olvidado a ese sujeto, Simenon.

—Más te vale. No puedes despreciar ningún hilo, por muy delgado que parezca.

—Dame media hora y te aseguro que recupero la lucidez.

—Para recuperar la lucidez necesitarías las siete vidas de un gato.

—Tus impertinencias me tienen sin cuidado. Estoy acostumbrado a ellas y a tus pelos repartidos por el departamento.

—Me parece muy bien que sea así. Quiere decir que has meditado respecto a lo que decía Albert Schweitzer: *El hombre tiene dos medios para refugiarse de las miserias de la vida, la música y los gatos.*

—¿Desde cuándo te dedicas a las citas?

—Desde que te escucho leer en voz alta.

\* \* \*

La tarde comenzaba a decaer cuando abandoné la estación del Metro y me encaminé por la avenida Providencia en dirección a la calle Huelén. No tenía un plan para enfrentar a Lucero, pero antes de salir lo había llamado para comprobar que estuviera en su departamento. Para engañarlo simulé ser un promotor de créditos bancarios. El periodista me escuchó pacientemente y enseguida me dijo que no necesitaba ninguno de los créditos ofrecidos.

El edificio no tenía conserje y para no alertar al periodista sobre mi inesperada visita, aproveché la salida de una pareja de residentes para colarme por la puerta abierta y subir rápidamente por la escalera que llevaba al segundo piso. La construcción era antigua, pero estaba limpia y bien conservada. Los pasamanos de la escalera lucían brillantes, al igual que los pisos y los vidrios de las ventanas. Lo demás era el silencio que invadía los pasillos como una ola a punto de reventar.

Lucero demoró en abrir la puerta, y cuando lo hizo se encontró con el caño de mi pistola a dos cuartas de su nariz.

—Sin gritos ni aspavientos —le dije mientras lo obligaba a retroceder por un pasillo alfombrado—. ¿Se encuentra acompañado?

—Solo, estoy solo —balbuceó Lucero.

Era un hombre viejo y legañoso. En la cabeza llevaba un peluquín negro que contrastaba con los pelos grises de su bigote perfectamente recortado. Vestía una camisa amarilla y en el dedo índice de su mano derecha lucía un grueso anillo de oro.

—Tengo poco tiempo y una pregunta para usted —dije cuando llegamos a una sala en la que había dos sillones enfrentados entre sí y una mesa de centro con dos ceniceros sobre su cubierta. De una de las paredes de la sala colgaban dos pinturas de paisajes campestres y un diploma enmarcado con listones dorados.

—No tengo nada de valor en mi departamento —dijo Lucero.

—Olvídese del tesoro escondido. No soy un ladrón ni vengo a pasarle la cuenta por su pasado de soplón y mentiroso. Usé la pistola para ahorrarme palabras y explicaciones. Ya le dije que vine a hacerle una pregunta.

—¿De qué se trata? —preguntó, lentamente, como si de pronto hubiera tenido dificultades para respirar.

—Hace unos días usted publicó un artículo sobre el asesinato de cinco mujeres en el que se mencionan hechos supuestamente reservados al ámbito de la investigación policial. Quiero saber quién fue su fuente.

—Esa información forma parte del secreto que prometí respetar cuando juré como profesional.

—Deje esas palabritas para los ilusos y piense en el daño que puedo ocasionarle. ¿Para qué dar más vueltas a un asunto tan simple?

Lucero retrocedió unos pasos y ocupó uno de los sillones. Sacó una cajetilla de cigarrillos desde su chaqueta y encendió uno con mano temblorosa. Dejé que diera un par de caladas al cigarrillo y me acerqué a su lado.

—Dígame el nombre de su fuente y me voy —agregué.

—Es una persona que suele proporcionarme información para mis artículos. Un colega joven que acostumbra recorrer lugares de fiesta y alterne, cosa que a mis años no me puedo permitir. Lo que hacemos no tiene nada de malo.

—Eso depende de quién se trate o de lo que haga para ganarse la vida. Dígame su nombre y acortemos esta entrevista.

—¿Y si me niego a hablar?

—Nuestra conversación se puede transformar en un drama violento.

—El colega que me dio la información se llama Humberto Gonqueras —dijo el periodista al cabo de unos segundos.

—¿Gonqueras? ¿El gordo Gonqueras?

—¿Lo conoce?

—Más de lo que quisiera. ¿Sabe qué motivó a Gonqueras para entregar esa información?

—Supongo que lo hizo por el dinero que le di. Vino a verme y conversamos de las prostitutas asesinadas. Me pareció que era un buen tema para animar las páginas del diario. Eso fue todo. No es la primera que vez que me vende información sobre

asesinatos o líos de los bajos fondos.

—¿Gonqueras le habló de un detective llamado Heredia?

—Sí, y por eso lo menciono en uno de los artículos. Me pareció un dato llamativo.

—Pudo preocuparse de chequear la información con la policía.

—Gonqueras me dio a entender que ya había hecho ese trabajo. Es más, me dijo que la información tenía su origen en la policía.

—¿En la policía?

—Probablemente lo dijo para tranquilizarme.

—Y desde luego no le mencionó el nombre del policía.

—Ni yo se lo pedí. Cuanto menos se sabe, menos riesgos existen de verse obligado a responder preguntas no deseadas. Con la edad uno se vuelve más precavido.

—O más hijo de puta. Es posible que Gonqueras hubiera averiguado la información por sus propios medios y que se la atribuyera a un policía para ganar credibilidad ante usted.

—Gonqueras podría responderle esa pregunta. ¿Por qué no habla con él?

—Me gustaría hacerlo, pero el pájaro agitó sus alas. ¿Tiene alguna idea de dónde puede estar?

—Ninguna, pero la historia que está contando me parece muy interesante. Yo podría pagar muy bien por conocerla en detalle.

—Puede quedarse con su dinero. No soy un miserable que venda información como usted lo hizo en el pasado.

—Para qué desempolvar asuntos viejos. Yo hace tiempo que los olvidé.

—Usted y otros más —dije y me puse a caminar hacia la salida del departamento.

—¿Y usted, para quién trabaja? —preguntó Lucero.

—No puedo revelarle esa información. Forma parte del secreto profesional —respondí mientras abría la puerta y volvía a encontrarme con el silencio que latía en los pasillos.

La gruesa estampa de Humberto Gonqueras se convertía en una figura fantasmal escondida al amparo de oscuridades que intuía profundas y peligrosas. Una sombra con la que deseaba reencontrarme para exigirle explicaciones, pero que a dos días de

mi conversación con Lucero, y pese a mis esfuerzos y los de Campbell, seguía sin dar señales de vida. Había vuelto a visitar el departamento de Gonqueras, ubicado en uno de los seis edificios *Turri* de la Plaza Italia, y el resultado fue el mismo. Sus pertenencias estaban en el mismo orden en que las había dejado el día de su fuga y nadie había ido a preguntar por él, lo que me hizo deducir que Gonqueras tenía recursos para alertar a sus amigos y mantenerlos lejos del departamento.

Doris también continuaba sin dar señales de vida, y según un comentario de Anselmo, seguía empeñada en su enojo y en la búsqueda del propietario del auto verde. En ausencia de resultados que auguraran un buen fin a la investigación, me entretenía relejendo los expedientes de las víctimas con la remota esperanza de encontrar nuevas pistas.

El teléfono sonó cuando faltaban tres minutos para las seis de la tarde. Apachurré mi cigarrillo en el cenicero de bronce con forma de zapato de mujer que mantengo sobre el escritorio y levanté el fono.

—¿Heredia? —escuché preguntar desde el otro lado de la línea—. Soy Sandra Varas. La otra tarde tuvimos una conversación.

—La muchacha de los ojos grandes. Te recuerdo perfectamente.

—Puede que esta llamada no sea más que una tontera de mi parte, pero ayer, mientras estaba en la peluquería, me puse a hojear una revista de viajes y en uno de sus artículos encontré mencionado el apellido que no supe decirle con certeza durante nuestra conversación. ¿Recuerda que le hablé del hombre que le ofreció trabajo en la televisión a Teresa? ¿Recuerda que le dije que podía llamarse Donoso o Durante?

—Recuerdo que mencionaste esos apellidos.

—El apellido de esa persona es Daroca. Míster Daroca, así se lo escuché mencionar a Teresa. En la revista señalaban que ese nombre corresponde al de una pequeña ciudad española.

—Hasta ahora desconocía la existencia de una ciudad con ese nombre. ¿Recuerdas si Teresa dijo algo más sobre esa persona? ¿Algún dato sobre su aspecto? ¿Color de sus cabellos o sus ojos? ¿Estatura? ¿Posible edad?

—Si lo hizo, no me acuerdo.

—¿Y sobre su ocupación?

—Nunca hablamos de eso. Como le dije el otro día, prestaba escasa atención a los cuentos de ese tipo, ya que generalmente correspondían a fantasías de mis amigas o a los embustes de algún cliente imaginativo y con ganas de recibir un trato especial a cambio de una promesa sin destino. Teresa era lo bastante ingenua como para creer en esos cuentos. Durante un tiempo estuvo convencida de que un día volvería a buscarla un italiano al que conoció en un congreso internacional de odontólogos, una reunión que se realizó en Viña del Mar y para la cual varias chicas fueron contratadas como acompañantes de los extranjeros que deseaban una entretención fuera de programa.

—Podríamos decir que lo de Daroca no era nada especial.

—Historias como esas eran habituales en ella. Tal vez no debí llamarle, pero me pareció que era necesario que usted conociera ese apellido. No imagina cuánto deseo que atrape al asesino de mis amigas.

—Confío en que más temprano que tarde se cumpla tu deseo. Y mientras eso no suceda, no estaría de más que tomaras precauciones.

—¿Cree que pueden haber más asesinatos?

—Hay un patrón que se repite en los tres asesinatos posteriores a los de Margarita y Teresa. Las víctimas trabajaban en lo mismo y el asesino dejó una película junto a sus cadáveres. Lo que no existe es una secuencia temporal que permita anticipar otro crimen. Entre el primer y segundo caso hay un mes de diferencia; y entre el segundo y el tercero, nueve días. Pero, no sé para qué te cuento estos detalles que solo conseguirán ponerte nerviosa.

—Descuide, no soy de las que se asustan fácilmente.

—Sería conveniente que alertaras a tus compañeras. En una de esas, y aparte de cuidarse, pueden ayudar a desenmascarar al asesino.

—¿Puedo llamarlo en otra oportunidad? Quisiera estar al tanto de los avances de su trabajo. Me alegra saber que usted investiga la muerte de mis amigas. Los policías que vinieron la primera vez no parecían muy interesados en descubrir la verdad.

\* \* \*

«¿Daroca?», —me pregunté mientras llenaba las casillas de un crucigrama que tenía como tema central a varios personajes de la televisión cuyos nombres me eran tan desconocidos como la composición del escandio. Hacía por lo menos seis meses que usaba el televisor principalmente para ver carreras de caballos o partidos de fútbol, y siempre con la precaución de mantener las imágenes sin sonido para evitar los lugares comunes que proferían una sarta de comentaristas que jamás habían pisado una cancha de fútbol. Charlatanes de cuello y corbata que no vacilaban en decir que un futbolista había pateado la pelota como los dioses, sin que hubiera ninguna certeza de la existencia de estos y menos aún que alguna vez hubieran golpeado un balón de fútbol. Y lo peor no era la imagen, sino la majadería de repetirla como si se tratara de una sentencia de Sócrates.

¿Quién era ese Míster Daroca mencionado por Sandra Varas? ¿Un cuentero vivaracho o un sujeto que trabajaba en el medio televisivo y que en sus ratos de ocio contactaba mujeres por teléfono? El nombre me había quedado en la memoria, pese a que nada permitía deducir que tuviera participación en el asesinato de las mujeres, salvo por el hecho de que en algunas entrevistas los familiares o conocidos de las víctimas decían que estas habían recibido ofertas para trabajar en publicidad o en la televisión. Decidí apostar una moneda a favor de esa pista y luego de un rato recordé a Camilo Burgos, un guionista al que conocía desde una noche de copas que a él le

había servido para olvidar la imprevista ruptura de su noviazgo, y a mí, la ausencia de Griseta, quien por esos días me había comunicado su intención de prolongar su estadía en España, preludio de otra decisión posterior y más radical que me excluyó de la posibilidad de estar a su lado por más tiempo. Desde esa noche nos habíamos convertido en amigos y compartíamos otras copas cada vez que, alejándome del barrio, llegaba hasta las mesas del «Costa Brava», cerca de la estación Universidad Católica del Metro, donde Burgos acostumbraba a esperar la medianoche, meditando sobre la trama que al otro día debía convertir en nuevos episodios de la teleserie de turno. Esperé a que las primeras sombras de la noche se acodaran en mi ventana y marqué el número del celular de Burgos para confirmar su presencia en el bar.

Cuando llegué al «Costa Brava», Burgos ya había pedido su primera piscola y la acompañaba con las aceitunas que iba sacando de un pocillo que le habían puesto sobre la mesa. Era alto y delgado. Usaba los cabellos cortados casi al ras y habitualmente vestía una ropa deportiva que lo hacía ver más joven de lo que realmente era. Solía andar con novelas o libros de poesía bajo el brazo, los que leía con paciente rigurosidad, subrayando los párrafos o versos que le llamaban la atención. Hablaba pausadamente, como midiendo el efecto de cada una de sus palabras, y cuando el alcohol comenzaba a hacer mella en su cordura, acompañaba sus dichos con una nerviosa sonrisa de niño sorprendido metiendo los dedos en el pote de mermelada.

—¿Qué dicen los romances y las tragedias? —pregunté mientras me acomodaba junto a la mesa—. ¿Los genios de la tele están creando algo mejor que Romeo y Julieta?

—Mejor, no lo sé. Pero que da dinero, no tengo duda.

Pedí un vodka tónica con abundante hielo y encendí un cigarrillo.

—Las teleseries me tienen hasta más arriba de la coronilla —agregó Burgos, alzando el tono habitual de su voz—. Y hoy tuve un día de esos para olvidar. Por la mañana le entregué cuatro escenas al director y las rechazó todas. Que no pasaba nada significativo, que eran aburridas, que eran cortas o muy largas, que no se puede tocar a los políticos, que han llegado reclamos de los curas por las escenas de sexo, que a la actriz que pololea con el productor hay que escribirle escenas más destacadas. El hombre siempre tiene argumentos para hacerte trabajar el doble y de paso mandar al carajo el diseño original de la historia. Por eso al final de la temporada terminé estresado y con ganas de no escribir más guiones.

—El cheque que recibes cada mes debe ser un buen alivio para el estrés.

—¿Y por qué crees que escribo guiones? No pensarás que aspiro a la gloria escribiendo esos novelones. Mi talento tiene su precio y procuro que me lo paguen.

—Y seguro que no falta la actriz que desea congraciarse con el guionista.

—Las actrices que se preocupan de eso apuntan más alto, a los productores o directores, que son los que toman las decisiones y pueden decidir su destino. Y además, a los actores y actrices no les vemos ni las sombras. Los guionistas son



esclavos ilustrados a los que hay que mantener produciendo sin descanso las miles de páginas que requiere una teleserie.

—¿Y qué esperan para rebelarse?

—Olvídate de cualquier rebelión. Cada guionista tira para su lado y el resto que se joda. El medio es altamente competitivo, los errores se pagan y al menor descuido copian tus ideas. Y si no te copian tus compañeros, llega el jefe de guionistas y hace pasar tu trabajo como suyo. Esto último pasa muy a menudo, sobre todo cuando consigues desarrollar un personaje atractivo y con futuro dentro de la historia. Por eso he aprendido a no encariñarme con ninguno de mis personajes.

—Cualquiera diría que trabajas en un presidio.

—Para ser guionista hay que tener resistencia de maratonista y velocidad de galgo. Da lo mismo la importancia de un tema o personaje, todo tiene que presentarse de forma liviana, ágil y sin mayor profundidad. Nada puede alterar la tranquilidad del espectador mientras come sus papas fritas frente al televisor. Y te aseguro que no es fácil conseguir que las escenas se adapten a esos parámetros.

—Mi amigo el Escriba diría que para escribir una buena novela hay que ser como un gato: observar, meditar largamente y lanzar el zarpazo cuando lo que se quiere expresar proviene del corazón.

—Mejor que tu amigo nunca busque trabajo de guionista. Hacer dinero es el único arte que verdaderamente interesa en la televisión —dijo Burgos, y luego de beber parte de su piscola, agregó—: Ya he hablado demasiado de mí, y si mal no recuerdo, por teléfono me dijiste que deseabas hacerme unas preguntas.

—Durante los años que llevas trabajando en la televisión, ¿has oído mencionar el apellido Daroca?

—No que recuerde. Y eso que no es un apellido común.

—¿Conoces a un director o productor que lleve ese apellido? —insistí.

—No.

—¿A un actor?

—Tampoco.

—¿Un tramoyista o iluminador?

—No pretenderás que conozca a toda la gente que trabaja o ha trabajado en televisión. ¿Por qué no vas a las oficinas de Recursos Humanos de los canales? En ellas deben tener registros de sus empleados.

—Tienes razón. Pensé que conversando contigo sería más fácil obtener la información —dije al tiempo que sentía los pasos del desaliento acercándose a mis espaldas.

—El único Daroca que conozco pertenece al mundo de la ficción. Hace varios años, cuando egresé del liceo y comencé a interesarme por el mundo de la televisión, veía una teleserie que tuvo su momento de gloria, pero de la que ahora ni siquiera recuerdo el nombre. A pesar de que no se reconocía en los créditos, estaba evidentemente basada en la novela *El extraño caso del doctor Jekyll y Mister Hyde*,

de Robert Louis Stevenson. En la historia destacaba el villano, un tipo con doble personalidad llamado Míster Daroca.

—¿Míster Daroca? Ese es el tipo que busco.

—¿Un personaje de ficción?

—¿Te parece poco razonable?

—Desde luego, Heredia. A primera vista diría que estás sumamente loco, pero si me explicas detrás de qué andas, tal vez resulte fácil entenderlo —dijo Burgos.

—Para eso necesitaría otro trago —dije, y después de que Burgos llamara a la mujer que atendía las mesas, ocupé quince minutos en hacer un resumen de la historia de los asesinatos y de un cliente de las prostitutas que se hacía llamar Míster Daroca.

—Es evidente que se trata de una persona que recuerda las viejas serie de televisión y que ofreció trabajo a las mujeres con la intención de darse un toque de importancia —dijo Burgos una vez que concluyó mi relato—. Ya sabes cómo fabulan los chilenos para aparentar lo que no son. Los jaguares, los ingleses de América Latina y otras pamplinas por el estilo que se usan, desconociendo que una buena cantidad de chilenos duerme en mediaguas y caga a la sombra de los árboles.

—Dos o tres de las mujeres asesinadas hablaron en algún momento sobre ofertas que les habían hecho para trabajar en publicidad o en la televisión.

—¿Todas conocieron a Míster Daroca? Un nombre que se repite en una historia tiene que tener alguna importancia en su trama.

—Tengo una corazonada —dije—. ¿Recuerdas el nombre del actor que personificaba a Míster Daroca en la serie de televisión?

—No, pero debería ser fácil encontrar esa información.

—¿Podrías averiguar quién era ese actor?

—Puedo hacer averiguaciones, pero no esperes un resultado muy rápido. Estoy en la mitad de una serie y a diario tengo que entregar una buena cantidad de escenas. Te recomiendo ir a la Biblioteca Nacional y consultar en las revistas o diarios de veinte años atrás.

## 19

Cerca de la medianoche, y sin ninguna posibilidad de hacer el trabajo recomendado por Burgos, decidí olvidarme momentáneamente de Daroca y concentrarme en los latidos de mi corazonada hasta que la realidad me indicara si andaba por el camino correcto o debía rehacer mis pasos con la cola entre las piernas, como un perro

apaleado.

Dejé a Burgos meditando en compañía de una nueva piscola y conduje en dirección a mi departamento. Todo indicaba que la conversación con él había sido el último acto del día, pero antes de llegar a mi departamento me detuve frente al ventanal iluminado del «Olímpico», que a esa hora aún acogía a empleados y oficinistas que habían perdido la guía de las estrellas, y a uno que otro alumno de la escuela de teatro ubicada frente al restaurante. Observé por unos segundos el ventanal iluminado y luego bajé del vehículo en busca de la eterna penúltima copa.

Junto a una de las mesas divisé a mi amigo el Escriba, acompañado de una pequeña ruma de libros y de una libreta de tapas azules en la que parecía estar tomando apuntes o revisando un capítulo de su próxima novela. No lo veía desde hacía por lo menos un par de meses y al acercarme a su lado noté que su barba lucía encanecida y que algo parecido al color del cansancio oscurecía su rostro. Me senté frente a él y recién en ese momento regresó del mundo ficticio en el que había estado durante los últimos minutos.

—¿Descubriendo personajes? —le pregunté al tiempo que cogía la copa que el Escriba tenía a su alcance y a la que por su contenido daba la impresión de no haber prestado demasiada atención.

—Ambientes, personajes, palabras sueltas que luego pueden llegar a tener sentido. Como dice Roberto Arlt en una de sus crónicas: *Hay semblantes que son como el mapa del infierno humano*.

—El rostro humano y el rostro de la calle. No hay muchas diferencias entre nuestras pesquisas.

—El material es el mismo. Y además, desde que no quieres contarme tus pesquisas necesito respirar los aromas de la vida. No me bastan las horas que paso frente al computador.

—Escuchando tangos o partidos de fútbol. Ese verso ya me lo sé. Un día de estos te levanto el castigo y volvemos a conversar de mis pesquisas.

—Un día de estos, al tiro. En buen chileno, es como decir nunca. Esta noche es un buen momento para retomar las viejas pláticas.

—No me presiones, Escriba. Te hace bien observar a los parroquianos del bar y pensar que cada uno de ellos puede ser el protagonista de una historia.

—Toda persona tiene una historia que contar, el problema está en resolver cómo se hace para convertirla en un texto que trascienda los sentimientos o los recuerdos de quien la escribe.

—No te debe resultar fácil convivir con tus personajes, sobre todo si alguno te acompaña desde hace tiempo. ¿Nunca has pensado en comportarte como uno de ellos? ¿Ocupar sus nombres en alguna ocasión?

—Esa pregunta me huele a lío sin resolver. ¿En qué andas metido?

—Parece que deberé contarte situaciones que pretendía dejar lejos de tu imaginación. Me pregunto si un escritor o un actor puede vivir con sus personajes

más allá de las páginas de un libro o de un escenario.

—¿Como juego o para ocultarse de algo en particular?

—¿Cuál podría ser la diferencia?

—Lo que hagas en nombre de tu personaje. Por ejemplo, puedo decir que me llamo Heredia y hacer que me paguen por una investigación que nunca sabría cómo desarrollar. Eso no sería un juego.

—Pero tú jamás harías eso, ¿o me equivoco?

—No me nace engañar a nadie de esa manera. Además, estoy harto de que me confundan contigo. Yo no te inventé, tan solo escribí la historia que un día decidiste contarme. No sé por qué me escogiste o si solo fue una casualidad. Tú y yo éramos parte de una misma ciudad triste, estábamos golpeados y rabiosos, y encontrarnos fue la posibilidad que nos dio la vida de trascender más allá de nuestras soledades. El único personaje de mis novelas que podría ser mi alter ego es el gato Simenon. Al igual que él, me gustaría pasar la vida acostado sobre una pila de libros y lejos de los lectores que me piden que no acabe contigo, como si no entendieran que tu vida es independiente de mis deseos. Un día dejaré de escribir o moriré de cualquier achaque repentino y tú seguirás deambulando por este barrio.

—¿Qué pasaría si un día usas mi nombre para dañar a otra persona?

—Ya te dije que jamás lo haría.

—¿Ni siquiera para hacer creer que tienes una vida más interesante que la tuya o que puedes acceder a lugares que están vedados para ti?

—¿A qué se debe este diálogo tan absurdo?

—Intento que me ayudes a medir el peso de una corazonada.

—Te invito una copa, Heredia. Tus corazonadas suelen ocultar algo interesante.

—Tu curiosidad por las historias ajenas sigue siendo la misma. No has cambiado nada desde que nos conocimos.

\* \* \*

El Escriba coincidió conmigo en que los asesinatos en serie eran poco frecuentes y agregó que averiguar su nombre y dirección, suponiendo que se trataba de un empleado o actor retirado del medio televisivo, sería un avance. Discutimos un rato sobre nuestros puntos de vista respecto al caso y nos retiramos del bar cuando aún quedaba una decena de clientes en su interior. Esa noche logré conciliar el sueño y al día siguiente me levanté con el propósito de ir a la Biblioteca Nacional y hurgar en las colecciones de su hemeroteca hasta dar con el rostro de Mister Daroca. Sin embargo, y para alegría de mis perezosos huesos, no tuve que salir de la oficina, porque mientras compartía una tostada añeja con Simenon y atisbaba las nubes que dormitaban más allá de las ventanas del departamento, recibí la llamada de Camilo Burgos. Sentí su voz cargada de entusiasmo y por un instante temí que quisiera

compartir los avances de una de sus teleseries.

—Hoy es tu día de suerte, Heredia. A primera hora de la mañana fui a dejar unos textos al canal y mientras esperaba que comenzara la reunión con el coordinador de los guionistas apareció Augusto Bilbao, un viejo libretista al que esporádicamente le encargan revisar escaletas y guiones. Bilbao es una antigua gloria del guión en nuestro país y debería tener un puesto bien remunerado, pero bien sabemos que la experiencia y el talento no siempre sirven para obtener un trabajo que permita comer y pagar las cuentas. Bilbao conoce hasta el programa más miserable y sin éxito que se haya exhibido en la televisión chilena.

—A tu cuento le falta agilidad y médula. ¡Al grano, Burgos!

—Bilbao fue mi profesor en la universidad y me consiguió mi primer trabajo. Nos tenemos aprecio y suelo ir a visitarlo al pequeño negocio de películas y videos que instaló cuando dejó de tener una ocupación estable. Le pregunté si recordaba al actor que había interpretado a Mister Daroca y me dijo que el tipo se llamaba Javier Lugano.

—¿Qué significa que se refiriera a él en pasado? ¿Está muerto?

—No necesariamente. Creo que solo fue una forma de referirse a él.

—¿Qué más te dijo sobre el actor?

—No pude preguntarle nada más. Bilbao tenía que ir a una consulta médica y a mí me llamaron a la reunión.

—Nunca aceptes escribir el guión de una historia de detectives. Tendrías que haberle sacado más información.

—Pero no todo es negativo, Heredia. La tienda de Bilbao está en una galería ubicada en la tercera cuadra de la calle San Diego. Anda a verlo y dile que me conoces. El boliche se llama «Gilda», como la película protagonizada por Rita Hayworth y Glenn Ford.

—Filmada por Charles Vidor en el año 1946. La he visto doce veces.

—Nunca dejas de sorprenderme, Heredia.

—Durante buena parte de mi adolescencia estuve enamorado de Rita Hayworth. En ese tiempo yo vivía en el orfanato y a veces me escapaba a un cine del barrio donde exhibían películas antiguas. En esa época ella ya estaba muerta, pero debes saber que la belleza cinematográfica no pasa con los años.

—¿Necesitas que acompañe tus recuerdos con tres o cuatro lágrimas?

—No, cabrón. Quiero que sepas que cuando tú vas, yo vengo de vuelta.

\* \* \*

—Lugano o Mister Daroca era colorín, alto y atlético. Tenía buena apariencia, pero no valía gran cosa como actor —dijo Bilbao mientras pasaba un pañuelo por su reluciente calva.

El guionista debía andar por los setenta años y seguramente pesaba tanto como un pugilista de categoría mosca. De su cuello colgaban unas gafas para leer, y esa mañana vestía una camiseta negra con la imagen de Marilyn Monroe grabada a la altura del pecho. El nombre de Burgos había sido la llave precisa para obtener su confianza y lograr que de inmediato accediera a conversar sobre Lugano.

—Vivió un tiempo en Venezuela y tenía el tonito de voz caribeño que estaba de moda en la televisión —agregó—. Le fue bien en su primera teleserie, pero al año siguiente, cuando le pidieron que diera el tono para otro tipo de personaje, mostró que su registro era limitado. Obtuvo un rol secundario y eso le afectó profundamente. El mundo de la televisión es implacable con los que van quedando en el camino. No importa cuánto dinero hayas hecho ganar, si tropiezas o caes, te dejan de lado. Lugano comenzó a darle duro a la botella y a juntarse con admiradoras poco exigentes y aduladores de esos que nunca faltan cuando se trata de obtener algo de un famoso ávido de elogios.

—En resumen, Lugano se quedó apenas con el eco de la fama.

—Por un tiempo; luego desapareció del medio y supongo que a nadie le importó mayormente. Los rostros van y vienen en el mundillo televisivo, y muchas famas no duran más allá de una temporada.

—¿Y en qué momento Lugano pasó a ser Míster Daroca? —pregunté mientras miraba de reojo el estante donde se exhibía una copia de *Ascensor para el cadalso*, de Louis Malle, película en la que había escuchado los primeros temas de Miles Davis.

—No apure al burro más de la cuenta, amigo. La siguiente vez que volví a saber de Lugano fue a través de la crónica publicada en una de esas revistas que se leen en la peluquería, la consulta médica o en la cárcel. El autor de la crónica recordaba diversos hitos en el pasado glorioso de Lugano y luego revelaba que en esos momentos trabajaba de animador en un sórdido club nocturno de Calama, a cambio de una cama, dos comidas diarias y las propinas que podía recibir de los clientes o de las bailarinas, que de ese modo conseguían que el animador las presentara con mayor entusiasmo a la hora de subir al escenario.

—Nuestro hombre terminó chapoteando en el barro.

—Y tres años más tarde tuvo un segundo momento de gloria. En el canal donde yo trabajaba se produjeron ciertos cambios directivos y un día vimos reaparecer en gloria y majestad a Lugano, contratado para personificar a Míster Daroca, el protagonista de una serie con la que se esperaba liderar las audiencias de todo un semestre. Se habló de él durante unas semanas y luego, por alguna razón que ignoro, regresó al extenso territorio del olvido.

—Del que deduzco nunca logró salir.

—Se equivoca. Seis o siete meses más tarde volvió a figurar en los titulares de la prensa, acusado de seducir a una muchacha de dieciséis años. Fue sometido a juicio y su abogado alegó que se trataba de un engaño, ya que la víctima, al relacionarse con Lugano, le había dicho que era mayor de edad. El juez que entonces llevaba la causa

lo sentenció a varios años de cárcel.

—Condena que probablemente no llegó a cumplir en su totalidad.

—Desconozco esa parte de su historia, pero probablemente le redujeron la pena por buena conducta o algo parecido. La última vez que supe de Lugano fue un par de meses atrás, la tarde que lo encontré de casualidad en un bar ubicado a un costado de la plaza Brasil. Lo identifiqué por las fotos que recordaba de él y porque uno de los mozos del lugar me hizo ver que se trataba del actor de una serie que él veía en su tiempo de estudiante. Me dijo que Lugano enseñaba en una academia de secretariado ubicada en los alrededores de la plaza. Estaba acompañado de varias de sus alumnas. En algún instante presté atención a lo que se conversaba en su mesa y le oí decir algo así como: cuando yo hablo, esa gente me escucha.

—¿Recuerda que tuviera actitudes violentas cuando trabajaba en la televisión? ¿Que discutiera o peleara con sus compañeros?

—Nunca oí decir algo de él en tal sentido. Y sin haberlo tratado personalmente, tengo la impresión de que andaba por la vida de galán y hombre feliz.

—¿Se supo que lo acusaran de alguna otra violación o acoso?

—No que yo sepa, pero cuando el lobo prueba carne fresca, después quiere repetir el plato.

—¿Un lobo? Quizás es eso lo que ando buscando.

—¿Me equivoco o usted no busca a Lugano para entrevistarle sobre su pasada vida de actor?

—Busco al asesino de cinco mujeres.

—¿Lugano?

—Lugano o un tercero que se presenta como Míster Daroca y ofrece trabajos en la televisión —dije a Bilbao antes de hacerle un resumen sobre los crímenes de las prostitutas.

—Su historia supera a todos los guiones inverosímiles que he escrito —comentó Bilbao al término de mi relato.

—La vida siempre ofrece experiencias que van más allá del horror que estamos habituados a soportar.

—Además de su relación con el personaje Míster Daroca, ¿tiene pruebas que involucren a Lugano en los crímenes que usted investiga?

—Ninguna hasta ahora. Aunque suene totalmente contradictorio con lo que le dije antes, hago ficción para acercarme a la realidad.

—Hay quienes piensan que la ficción se adelanta a ciertos hechos.

—Y a veces sirve para descubrir a los culpables de un crimen —dije, y sin ganas de seguir desarrollando un tema que podría no tener fin, agregué—: Me han dicho que Míster Daroca era un personaje esquizofrénico, dividido, con una cara de ángel y otra de demonio.

—El bien y el mal encarnados en una misma persona.

—¿Y es posible que esa dualidad de Daroca afectara la personalidad de Lugano?

—¿Un actor que se comporta como uno de sus personajes? No sabría decirlo. Es cierto que hay actores que son identificados de por vida con los caracteres que interpretan, pero que el actor asuma la identificación hasta adquirir rasgos patológicos es algo sobre lo cual no me atrevo a opinar. Tiendo a pensar que los actores prefieren olvidar a los personajes negativos que interpretan.

—Usted dijo que escuchó a Lugano ufanándose de sus contactos en la televisión.

—Hay actores que son fanfarrones, pero eso no los convierte en asesinos. Lugano debe vivir de su pasado, como otras personas que tienen un presente que no les satisface. La gente construye un imaginario de sí misma en el que solo caben sus momentos felices. Probablemente sea una manera de hacer más soportable la vida.

—¿No ve a Lugano en el rol de asesino?

—A mi edad no pongo las manos al fuego por nadie. Lo hice alguna vez y al final recibí varias puñaladas en la espalda.

—¿Tiene una foto de Lugano? —pregunté, antes que el viejo guionista me llevara a pasear por los altos y bajos de su vida.

—Puedo revisar las revistas antiguas que guardo en mi casa. Seguro que en una de ellas aparece.

—Si encuentra algo, le agradecería que me llame —agregué, al tiempo que le pasaba una de mis ajadas tarjetas de visita.

—«Investigaciones legales» —dijo Bilbao en voz alta, después de leer la tarjeta—. ¿Qué significa eso?

—Voy a donde no me llaman y hago preguntas que nadie desea escuchar.

\* \* \*

Salí de la galería y caminé hasta llegar a los puestos de libros ubicados en la plazoleta Carlos Pezoa Véliz, a un costado de Los Sacramentinos, iglesia que se eleva hacia lo alto como una copia maltrecha de la basílica parisina del Sacré-Coeur, que tantas veces había visto reproducida en revistas y guías de viaje.

Me acerqué a uno de los puestos y pregunté al muchacho que lo atendía si tenía publicaciones antiguas dedicadas a la música popular y los espectáculos. Me indicó cuatro cajas de cartón frente al puesto y en las que habían revistas antiguas de todas las clases, desde el *Okey* con sus historietas dibujadas en rojo y negro, hasta descoloridos ejemplares de las revistas *Onda* y *Ramona*, que seguramente se habían salvado de las quemaduras realizadas por los militares en los días posteriores al Golpe Militar de 1973, emulando a los bomberos de *Fahrenheit 451*, la novela de Bradbury que conservaba en uno de los estantes de mi desordenada biblioteca. Durante una hora revisé las revistas y no encontré ninguna imagen de Lugano. Para no defraudar las expectativas del vendedor compré un par de revistas *Estadio* de los años sesenta y después me propuse dar con el actor, siguiendo la información proporcionada por



Augusto Bilbao. Ocupé el resto de la mañana y parte de la tarde en recorrer la plaza Brasil y sus alrededores, preguntando por la existencia de una academia de secretariado. Entré y salí de una serie de academias, institutos, centros culturales y escuelas de idiomas, y en el momento en que pensaba renunciar a la búsqueda, di con la vieja casona donde funcionaba una academia que tenía el pomposo nombre de Escuela Internacional de Secretariado.

Comencé a subir una larga escalera de madera y cuando estaba por llegar al final sentí un tirón en la espalda que me hizo detenerme y buscar apoyo en los pasamanos. Aguanté el dolor por unos segundos y cuando estuve en condiciones de seguir, avancé hasta una ventanilla de informaciones. Una joven baja y delgada sonrió apenas me vio llegar. Me preguntó si me podía ayudar en algo y al no escuchar mi respuesta me observó con mayor atención.

—¿Se siente bien? —preguntó.

—Respiro, lo que ya es bastante —respondí sin lograr reprimir una mueca de dolor—. Tengo una breve discrepancia con mi zona lumbar. Ella quiere obligarme a recordar mi fecha de nacimiento y yo quiero correr como un muchacho de veinte. Nada que no se solucione con un vaso de agua y la pastilla que porto en uno de los bolsillos de mi chaqueta.

La muchacha salió del rectángulo estrecho en el que se encontraba y regresó casi de inmediato con un vaso que me entregó con una expresión lastimera. Por unos segundos pensé en las ironías de la vida, que me obligaban a cambiar la petaca de las emergencias por una pastilla.

—¿Quiere sentarse? Tenemos un casino donde puede descansar un rato.

—No es necesario, en unos minutos la pastilla hará el milagro al que no quisiera recurrir tan a menudo ni con tanta fe —respondí—. Busco a Javier Lugano. Me dijeron que impartía clases en este lugar.

—Don Javier no hace clases hoy. Tendría que volver mañana, a la una, que es la hora en que termina su primer curso del día.

—¿Y no sabe dónde vive?

—No. Tendría que preguntar en la Oficina de Asuntos Académicos, pero dudo que le den esa información. Los antecedentes de nuestros docentes son confidenciales.

—Vengo desde Rancagua a verlo. Es mi primo —dije, pero mi cuento del pariente provinciano no surtió el efecto de otras ocasiones. La muchacha se limitó a regalarme una sonrisa.

—Volveré mañana —concluí, resignado.

—Que le vaya bien y cuídese —agregó la muchacha—. A su edad no debe hacer esfuerzos desmedidos.

Maldición. Tienes poco más de cincuenta años y la muchacha te manda al museo de la prehistoria, me dije mientras descendía la escalera, dispuesto a no dejarme vencer por la zancadilla del dolor. Ella no sabe que estás en la flor de la edad, sin la

incertidumbre de los sueños imposibles y con la sabiduría suficiente para aceptar que el gusto por la vida se construye a partir de los pequeños detalles que dan sentido a cada día. No sabe que puedes ser feliz observando las estrellas o el distraído juego de un zorzal en tu ventana; que te alegra el aroma del pan recién horneado, la hermosura de un gato ovillado en su pereza, la persistencia perfecta de las olas y las palabras de los libros. No sabe que la amistad está en la copa de vino compartida y que la magia de hacer el amor no está en la fortaleza del gladiador, sino que en las lentas caricias con las que recorres la piel deseada. No sabe que la muerte ya no te asusta y que la felicidad está en observar atentamente el camino que recorres.

\* \* \*

Doris me encontró en la cama, leyendo un libro de Isaak Babel, donde el autor de *Caballería roja* y los *Cuentos de Odessa* decía: *Yo fui un niño mentiroso. La culpa era de la lectura. Mi imaginación estaba siempre inflamada.* El dolor en la espalda había disminuido, pero el calor de las frazadas y los cuentos de Babel me habían seducido para continuar acostado, sintiendo que nada podía ser más importante en ese momento que la cama, el libro y la compañía adormilada de Simenon, que despertaba a ratos para escuchar las frases que le leía en voz alta.

—¿Estás enfermo o te repones de la resaca? —preguntó Doris con simulada indiferencia, deteniéndose junto a la puerta del dormitorio.

—Doy un largo paseo por el ocio. Hace bien descansar y olvidarse de las pellejerías —dije y sin demostrar la alegría que me daba verla en mi dormitorio, agregué—: ¿A qué se debe la visita? ¿La princesa viene a despertar al bello durmiente?

—Ni lo sueñes, Heredia. Sigo molesta contigo. Vine a contarte algo que es parte de la investigación y te concierne. Atrapamos al hombre del disparo. Tuvo el desatino de utilizar el vehículo de su cuñado y logramos dar con él a partir del número de la patente que averiguó Anselmo. El sujeto se llama José Malbrán y hace dos meses salió de la cárcel, donde cumplía condena por asalto. Por ahora, y después de un largo interrogatorio, reconoce ser el autor de un disparo accidental. Niega tener motivos para atacar en tu contra o haber sido contratado por otra persona. Le dije que lo acusaríamos de asesinato frustrado y eso parece haber quedado revoloteando en su cabeza. La experiencia me indica que terminará por decirnos la verdad.

—Ofrécele aceptar su historia del disparo a cambio de la verdad.

—Antes de llegar a eso, prefiero que siga conversando con mis colegas.

—Dile a ellos que le mencionen a Gonqueras o a un tal Javier Lugano.

—¿Quién es Lugano?

—Un actor que tuvo su momento de fama y terminó en la cárcel acusado de violación. Cumplió su condena y en la actualidad hace clases en un secretariado. He

sabido que se reúne con sus alumnas y les habla de sus influencias en el ambiente de la televisión. Esto último se parece a lo que les decían a las asesinadas. Por eso me interesa ubicarlo. Sé dónde trabaja y mañana espero tener una conversación con él. Podría ser el culpable que buscamos.

—¿Y no me habías dicho nada?

—Esperaba que te asomaras por aquí.

—Sabes bien por qué no he venido en los últimos dos días.

—Exceso de crímenes y reuniones.

—Me molesta que no te preocupes de ti mismo. Te disparan y sigues por la vida como si nada.

—Para eso tengo mi ángel de la guarda, con placa y pistola de reglamento.

—Tonterías, Heredia.

—Atrapaste al sicario, ya no hay de qué preocuparse.

—Quiero que te cuides. Y en cuanto a Lugano, no voy a permitir que lo encares por tu cuenta.

—Tienes hasta mañana para convencerme de la conveniencia de ir contigo.

—¿Y qué se supone que debería hacer? —preguntó Doris, sonriendo por primera vez desde que había entrado a la habitación.

—Si corremos a Simenon queda espacio para los dos en la cama.

—Debería volver a mi oficina —dijo Doris, acercándose.

—¿Hasta cuándo permites que el trabajo consuma todo tu tiempo?

—Me conoces bien, Heredia. No voy a cambiar.

—Estoy seguro de que no me dices toda la verdad.

—Debo confesar que te he extrañado y que no me gusta estar disgustada contigo.

—No está mal para empezar. Yo también te he extrañado.

—¿De verdad?

—¿Necesito decirlo dos veces?

—Y en todas las ocasiones que te lo pida —dijo Doris tendiéndose a mi lado—. A veces no sé si me estás hablando en serio.

—¿Alguna vez te he dado una razón para dudar de mis palabras?

## 20

Doris se marchó cuando la luz de la tarde comenzaba a abandonar las techumbres del vecindario y el horizonte se transformaba en un fondo grisáceo y uniforme. Habíamos

analizado la manera de enfrentar a Lugano y en contra de todas mis predicciones, Doris aceptó darme la oportunidad de conversar con quien parecía el blanco preciso para nuestras sospechas. El pasado de Lugano era algo que debíamos tener en cuenta. Esa era al menos mi convicción y Doris, que comenzaba a creer firmemente en la culpabilidad del actor, pensaba que podía ser conveniente que conversara en primer lugar con el sospechoso, amparado en la aparente informalidad de mi oficio de investigador privado. Después, cualquiera fuera el resultado de mi intervención, las manos de la policía caerían sobre el pellejo de Lugano.

Sin nada que hacer hasta el día siguiente, me dirigí a la taberna del Círculo de Periodistas a jugar unas partidas de cacho con periodistas que se reunían a compartir la música estridente de los dados. Tuve suerte y logré integrarme a la mesa presidida por Alarcón, un viejo reportero de espectáculos que con el paso de las copas dejó aflorar sus anécdotas del tiempo en que escribía sobre las compañías que actuaban en el *Bim Bam Bum* y el *Picaresque*, antiguos teatros de variedades que aseguraba haber conocido a fondo gracias a sus romances con algunas de las bailarinas que animaban el espectáculo, vestidas de plumas y reducidos bikinis. No era fácil creer en la veracidad de sus historias, pero el viejo disfrutaba de ellas y esa era una razón más que suficiente para dejarlo hablar sin más pausas que las necesarias para beber unos sorbos de vino.

Pasada la medianoche me despedí de mis compañeros de juego, y mientras caminaba hacia mi casa, volví a pensar en la culpa que, según Sandra Varas, había acompañado los últimos días de su amiga Teresa. «Nunca debimos dejar que la loquita entrara a la pieza» había dicho Margarita Jara sin dar muchas luces sobre el fin de semana que había pasado en la playa. ¿Importaba algo esa frase para el curso de la investigación? Dejé de hacerme la pregunta cuando entré a mi departamento y vi a Simenon recostado sobre una pequeña alfombra a la que le hacía falta una friega vigorosa o un espacio en el camión de la basura.

—¿Novedades? —preguté, y el gato se limitó a bostezar con desgano.

Me agaché a su lado y acaricié su desmesurada y peluda panza.

—A uno que le comieron la lengua los ratones —agregué cuando lo vi ponerse de pie y alejarse, algo molesto, hacia un rincón apartado de la habitación.

Me senté frente al escritorio y abrí la libreta donde acostumbro a registrar los avances de mi investigación. Durante un rato escribí en ella y cuando me di cuenta que eran divagaciones que no conducían a nada, dejé el lápiz de pasta a un costado de la libreta y decidí que era hora de acostarme a dormir.

\* \* \*

—Fue acertado sospechar de Lugano —le escuché decir a Doris a través del teléfono. El reloj sobre el velador indicaba las nueve de la mañana y su llamada me

despertó de un sueño en el que me veía caminando de noche, seguido por una luz que se concentraba en las huellas que iban dejando mis pasos sobre una senda enlodada—. Investigamos en nuestra base de datos y ahora no tengo duda de que enfrentamos a un sujeto con una historia que no le favorece. A la condena por violación que conocíamos hay que sumar una denuncia de acoso sexual presentada por dos alumnas de la academia en la que trabajó al salir de la cárcel —agregó Doris—. No se pudo probar nada en su contra, pero debió renunciar al trabajo que tanto le había costado encontrar. Además, existe una denuncia en su contra por desórdenes reiterados en el departamento donde vivió hasta el año 2005. Según el testimonio de una vecina, a Lugano le gustaba organizar fiestas un tanto bulliciosas.

—Al antiguo galán le cuesta contenerse —comenté—. No te puedes quejar del resultado que arrojó la revisión.

—Se esfumaron todas mis dudas. Lugano debe de ser el culpable y te aseguro que no lo soltaré hasta que confiese sus asesinatos.

—Me parece que estás cantando victoria antes de tiempo. No es prudente.

—¿Qué pasa, Heredia? Ayer estabas impaciente por atrapar a Lugano y hoy parece no entusiasmarte la idea. Tengo planificado el procedimiento para su detención.

—Anoche llegamos a un acuerdo —protesté—. Lugano tiene experiencia en el trato con la policía y apenas te vea se pondrá a la defensiva. Costará sacarle palabras y por muy mal actor que sea, sabrá representar el papel de un inocente. Quiero conversar con él antes que esté acorralado y se convierta en un muro impenetrable. Quince minutos es todo lo que pido.

\* \* \*

Subí la escalera de la academia y en su último descanso me detuve a recuperar el resuello mientras leía un afiche con instrucciones para llevar una vida sana, las que incluían la prescindencia del cigarrillo, el alcohol y todo lo que contuviera alguna pizca de colesterol y ácido úrico.

La secretaria seguía en su sitio, atenta al paso de los alumnos y a las consultas de las personas que llegaban a preguntar por los cursos impartidos. Me reconoció apenas estuve a su lado y antes que le preguntara por Lugano me dijo que acababa de verlo pasar en dirección al casino.

Seguí las indicaciones de la joven y llegué a un salón en el que había una docena de mesas ocupadas en su mayoría por estudiantes que parloteaban con el alboroto de una bandada de loros trichahue. Avancé hasta una de las mesas y pregunté por Lugano a una muchacha que lucía los cabellos teñidos de verde y un llamativo aro de plata en su oreja izquierda. Me señaló la mesa ocupada por un hombre pelirrojo, alto y bien parecido, que bebía un café y hojeaba una revista de espectáculos.

Una repentina puntada en la espalda me hizo pensar que no tendría muchas posibilidades de reaccionar en caso de que Lugano decidiera escapar o se pusiera violento. Me detuve a dos metros de la mesa y observé al actor. Tenía ojos claros, nariz aguileña y era evidente que se teñía para mantener el tono encendido de sus cabellos. Algo en él no me agradó cuando lo vi lanzar una mirada rabiosa hacia la mesa ocupada por tres bulliciosos estudiantes que celebraban alguna broma del momento. Deduje que no estaba a gusto en su papel de profesor y que en algún rincón de su memoria seguía recordando el tiempo en que era una estrella de la televisión. Di unos pasos hasta quedar frente a su mesa. Solo entonces reparó en mí y me observó con una mezcla de desconfianza y desdén.

—¿Lugano? —pregunté alzando el tono habitual de mi voz.

—¿Qué se le ofrece? —retrucó—. ¿Nos conocemos?

—Quería decirle que me gustaban sus actuaciones en la televisión —dije intentando suavizar su resistencia inicial.

—No me diga que anda a la caza de un autógrafo —dijo Lugano, y acompañó sus palabras con una sonrisa irónica—. Está viejo para andar de calcetinero.

—Vine a hacerle un favor.

—Si pretende venderme algo, pierde su tiempo. No necesito nada de lo que usted pueda ofrecerme.

—Deseo darle un consejo —dije al tiempo que me sentaba frente al actor.

—¿Consejo? ¿Quién es usted para venir a darme consejos?

—Me llamo Heredia, soy detective privado y estoy interesado en intercambiar unas palabritas con usted.

—¿Detective privado? No tengo tiempo para bromas.

—Lo primero que quisiera decirle es que estoy informado de los problemas que tuvo en el pasado con sus alumnas.

—¿Así que se trata de eso? Falsedades y arrebatos histéricos de un par de padres que no quisieron reconocer que sus hijas habían dejado de jugar con muñecas y deseaban espantar el hormigueo que recorría sus cuerpos. Fue una farsa que montaron esas muchachas para ocultar que habían tenido relaciones sexuales con compañeros de curso a los que trataron de proteger. Se hizo una investigación y fui absuelto.

—Me han dicho que usted es especialmente cariñoso con sus alumnas, sobre todo cuando son hermosas y lo suficientemente ingenuas como para creer en los cuentos de un actor pasado de moda. También estoy al tanto de su condena por violación.

—Si viene a chantajearme, pierde su tiempo. Estuve en la cárcel y le aseguro que no he hecho ni haré nada que me lleve de vuelta a ese lugar.

—Es probable que a los directores de esta academia no les agrade tener a un violador entre sus profesores.

—Tengo derecho a rehacer mi vida y nunca he dado un motivo de queja desde que trabajo en este lugar.

—Me pregunto si habrá otras víctimas que no han querido denunciarlo. Sé que a

usted le agrada vanagloriarse de su época de actor y ofrecer contactos con el medio televisivo. Un buen truco para seducir a muchachas que sueñan con verse en la caja de los idiotas.

—¿De dónde sacó esa tontería? —preguntó Lugano, alterado—. ¿Qué pretende?

—Saber si ese mismo cuento lo utilizó para embaucar a cinco prostitutas que fueron asesinadas.

—Mi paciencia se agotó. Váyase o hago venir a los guardias de la academia.

—Con gusto les hablaré a esos guardias de usted y sus hazañas —dije—. ¿Recuerda a Margarita Jara y Gaby Ribeyro?

—No, ¿por qué debería recordarlas?

—¿Y a Teresa Troncoso? Tuvo la misma suerte que las otras dos mujeres, pero antes de ser asesinada le contó a una de sus amigas que un tal Míster Daroca le ofreció trabajo en la televisión. Y no necesito explicarle la relación que existe entre usted y Míster Daroca.

—¿Daroca? Hace tiempo que no escuchaba ese nombre —dijo Lugano, y enseguida, como queriendo apartarse de los recuerdos que seguramente asociaba a su antiguo personaje, alzo la voz y agregó—: Jamás conocí a las mujeres que menciona.

—Quizás las conoció con los nombres que ellas usaban para relacionarse con los clientes que compraban sus servicios sexuales.

—¿Se trata de ese tipo de mujeres? No soy aficionado a las putas.

—Julio Segovia se llamaba un periodista que fue asesinado mientras investigaba los asesinatos de esas mujeres. ¿Le dice algo ese nombre?

—Nada. Puede acusarme de todas las muertes que pasen por su cabeza. Tengo la conciencia tranquila, no he cometido ningún crimen —dijo Lugano y luego, con toda calma, cerró su revista y bebió lo que le restaba de café.

—La policía apunta sus dardos hacia usted. Han desempolvado su ficha y prácticamente no tienen duda de que usted es el hombre que buscan. Mi consejo es que se sincere conmigo y a cambio de eso puedo ayudarlo a eludir a los policías. Me da lo mismo que usted haya matado a las prostitutas. Pretendo sacar provecho de la información que llegó a mis manos y estoy seguro que usted podría ser muy generoso al momento de retribuir mis servicios —dije con la intención de tenderle una trampa con la idea de un chantaje.

—No tengo ninguna necesidad de aceptar su propuesta. Ignoro quiénes son esas mujeres que menciona y no hay nada que me pueda relacionar con ellas. Que use el apellido Daroca no es más que una casualidad.

—La policía necesita un culpable y el señor Lugano, famoso actor en alguna época, reúne los requisitos para interpretar ese incómodo rol. ¿Qué me dice?

—Aun si fuera cierto, no veo por qué debería confiar en su oferta.

—Tiene escaso tiempo, Lugano. La policía espera las instrucciones de un fiscal para proceder a su captura.

—No podrán acusarme de esas muertes.

—Los policías pueden inventar las pruebas que sean necesarias para transformar a un ángel en demonio. Ya le di mi consejo y ahora espero que acepte mi propuesta.

—Soy inocente —agregó Lugano y luego de mirar a su alrededor como buscando a alguien que pudiera creer en sus palabras, agregó—: No necesito hacer tratos con usted.

—Es una pena. Usted tendrá un problema gordo y yo perderé un buen negocio.

—Déjeme tranquilo.

—Piénselo —dije mientras me ponía de pie—. Tiene cinco minutos para tomar su decisión. Lo estaré esperando en la entrada de la academia.

Salí del casino, me detuve un instante a saludar a la secretaria y descendí lentamente la escalera. Doris estaba junto a la entrada, acompañada de tres policías que me eran completamente desconocidos.

—En este lugar nadie entrega la información que uno necesita —protesté en voz alta, mientras, indiferente, pasaba al lado de Doris y me dirigía a mi auto estacionado frente a la entrada de la academia.

Doris sonrió disimuladamente y enseguida comenzó a impartir órdenes a sus subalternos.



—Intenté tenderle una trampa y fracasé —dije, mientras Campbell me escuchaba con atención, después de abandonar el artículo que escribía al momento de entrar en su oficina—. Lugano es inocente o bien es mejor actor de lo que los críticos suponían cuando trabajaba en la televisión. Ahora la policía desplegará sus recursos para cargarle los asesinatos y él tendrá que soportar extensos interrogatorios.

—Aunque no te convenza del todo, es un camino a seguir. El único que tenemos hasta el momento.

—Con los años he aprendido a evaluar a una persona por sus miradas o el tono de su voz. Durante toda nuestra conversación Lugano se mostró seguro y creo que la mayoría de sus respuestas fueron sinceras. Pero la policía tiene sus códigos y lo más probable es que encuentre testigos que declaren haberlo visto entrar en los edificios donde las víctimas recibían a sus clientes.

—¿Cómo dices eso? Recuerda que Doris es quien dirige la investigación.

—Ella está convencida de la culpabilidad de Lugano y seguramente sus jefes la están presionando para cerrar el caso a la brevedad. En los últimos días, los asesinatos han originado una buena cantidad de titulares sensacionalistas en la prensa y a la policía le interesa que pasen rápidamente al archivo o sean reemplazados por otros más elogiosos. No olvides que vivimos en el país de las apariencias.

—Definitivamente no estás muy convencido de la culpabilidad de Lugano.

—Soy peor que Santo Tomás, dudo hasta de lo que veo. Y la verdad es que esperaba la confesión del actor, pero se mantuvo firme en su alegato de inocencia. No se movió del casino donde lo dejé y los policías tuvieron que entrar a la academia para detenerlo.

—Lo único seguro es que Lugano volverá a estar en boca de todos. Su antigua fama de actor, la violación que lo llevó a la cárcel y las acusaciones de acoso son tres ingredientes ideales para un festín periodístico. Hasta me dan ganas de escribir un artículo para mi revista.

—El olor de la carroña siempre atrae a los buitres.

—Como sea, cabe la posibilidad de que estés equivocado en la evaluación del sospechoso. Deja que la policía saque sus conclusiones, Heredia.

—Puede que tengas razón. La resolución de los crímenes es más fácil de lo que piensa el común de los mortales. Basta poner una pizca de interés y buscar información en los lugares adecuados. Las tediosas meditaciones están reservadas para las historias de Sherlock Holmes. Esperaré a que Doris haga su trabajo. Si obtiene la confesión de Lugano, no tendré más que hacer, salvo aclarar las mentiras de Gonqueras.

—El problema es que Gonqueras sigue jugando a las escondidas.

—Tarde o temprano saldrá a buscar su trozo de queso. Gonqueras es un vivaracho que intentó ganar unos pesos engañando a Segovia y a costa de Adriano Reverte. Un

tipo como él es capaz de cualquier cosa con tal de ganar dinero sin hacer un gran esfuerzo.

—¿Y qué quieres? Sin dinero no haces nada —dijo Campbell, y luego de una pausa para espantar la imagen de los billetes que seguramente se había dibujado en sus pensamientos, agregó—: Me pregunto si Gonqueras sabe de la existencia de Lugano.

—Intuyo que de conocerlo habría intentado chantajearlo.

—¿Y cómo sabes que no lo hizo?

—A estas alturas da lo mismo. Lo que haya intentado ya no le resultó. Posiblemente esperaba que Segovia hiciera el trabajo por él.

—¿Y qué dice la policía sobre el asesinato de Segovia?

—La policía lo puso en el mismo saco donde tiene los otros crímenes. Presume que fue silenciado por el mismo asesino de las mujeres.

—¿Y eso qué te parece?

—Es razonable, pero no la única hipótesis que se puede barajar.

—¿No vas a hacer nada al respecto?

—Volver a mi departamento y esperar a que Doris llame para contarme el resultado del interrogatorio. Pero no me hago ilusiones de que eso ocurra pronto. Lugano tiene experiencia en el trato con la policía y dará pelea.

—Pareces un púgil a punto de arrojar la toalla.

—O un púgil que toma un respiro para atacar con más bríos en el siguiente asalto.

\* \* \*

Conduje hasta el barrio Mapocho, acompañado por el penoso ronroneo de mi auto y una grabación de Osvaldo Pugliese que encontré en la guantera, junto a una edición de la revista *Punto Final* en la que solía leer las viñetas cómicas de Engelbert Soto, y un folleto con poemas de Pablo Neruda en el que había subrayado unos versos que decían: *y en esta intensa profesión mi corazón no tiene tregua*. El probable fin de la investigación me provocaba un malestar que no conseguía definir, como el recuerdo de una herida que demora en cicatrizar.

Estacioné en un espacio que encontré desocupado en la calle San Pablo y sin ganas de regresar a mi departamento, caminé hacia un cine del paseo Huérfanos, donde vi una película en la que Mickey Rourke interpretaba a un luchador veterano que arriesgaba su vida por un último momento de dignidad. Porque al fin de cuentas, de eso se trataba, de la dignidad que impulsaba los pasos que daba en el camino que iba del nacimiento a la muerte.

El aliento de la noche comenzaba a hacerse sentir cuando salí del cine. La gente repetía la fuga cotidiana hacia sus hogares, después de ocho o más horas de trabajo, soñando con otra vida más radiante o al menos con llegar a sus casas y encontrar algo

diferente al cansancio que los tumbaba hasta la mañana siguiente.

Me detuve en una esquina a observar a la gente y sentí que una soledad insondable me arrastraba hacia la tristeza. La parte esencial de mi vida estaba realizada y en adelante debía conformarme con la paulatina merma de mis energías. Cerré los ojos, me dejé envolver por el murmullo de la ciudad y pensé que podía caerme de bruces contra el pavimento y nadie se detendría a mi lado, salvo el ratero que registraría mis bolsillos o un extraño que me daría de puntapiés para que dejara de estorbar sus pasos. Así es Santiago y la mayoría de su gente: individualista, malhumorada y prepotente; corriendo hacia alguna parte que siempre parece estar muy lejos o a la que se llegará atrasado.

Seguí deambulando de un lado a otro y luego regresé a mi departamento. A oscuras, me senté junto al escritorio y respiré el aire desolado de la habitación. Dije un par de nombres en voz alta y Simenon llegó a posarse sobre mis piernas. Parecía ser el final que muchas veces había imaginado y no lamentaba ninguno de mis errores. Quería olvidarme de las exigencias de los próximos días y dejar mi futuro en el terreno de la ficción que el Escriba recorría a diario. No había nacido para dormir arrullado por la felicidad. Toda mi vida se reducía a la representación de un personaje que llenaba sus horas escarbando en las desdichas ajenas; testigo de dolores que no le eran indiferentes, capricho del amor inconcluso de un hombre y una mujer. Un día desaparecería al igual que los viejos caserones del barrio y mi existencia quedaría reducida a las páginas amarillentas de unos libros que con algo de suerte sobrevivirían a la hoguera insaciable del tiempo. Así era el viejo juego de nacer y de morir. El resto era la oscuridad de la noche en que me encontraba y el resuello, como en otra época pero con distinto ropaje, de los lobos agazapados en las esquinas. Pensé en ahogar la tristeza con la botella que guardaba en mi escritorio, pero el sonido inoportuno del teléfono postergó mis intenciones. Tomé el fono de mala gana. Oí mencionar mi nombre al otro lado de la línea y me dispuse a escuchar.

—Usted tenía razón —dijo Adriano Reverte con voz temblorosa—. Gonqueras reapareció en la tienda y me pidió dinero.

—¿Cuándo apareció?

—Hoy por la mañana. Me estaba esperando cuando llegué a la tienda —respondió Reverte—. A usted lo llamé varias veces a su oficina, pero nadie me contestó. Gonqueras me contó que estaba cesante y que necesitaba dinero para sobrevivir durante unas semanas o hasta que encontrara trabajo. Habló de un préstamo, pero los dos sabíamos que eso era una vulgar mentira para esconder su chantaje.

—¿Le dio dinero?

—No tenía gran cantidad de efectivo en la caja y no quiso aceptar un cheque. Me pidió que le adelantara unos pesos y que el resto se lo fuera a dejar esta noche a su departamento.

—Supongo que no pretende ir a esa cita. De otro modo no me hubiera llamado.

—¿Me puede ayudar?

Subí lentamente por una de las escaleras de la Estación Baquedano hasta enfrentar la explanada en la que se encontraba una gran cantidad de jóvenes en plan de querer pasarlo bien durante el resto de la noche. Me detuve en un quiosco a comprar cigarrillos y luego caminé hasta la entrada del edificio donde vivía Gonqueras. El conserje sonrió al verme pasar frente a su mesón y con uno de sus pulgares hizo un gesto de victoria que relacioné con el regreso del periodista a su departamento. Esperé a que se abrieran las viejas puertas enrejadas del ascensor y mientras lo hacía palpé el bulto de la pistola oculta en uno de los bolsillos de mi chaqueta.

Raro tu oficio, Heredia, me dije a mí mismo, pensando que mientras algunos trabajaban leyendo informes o sacando cálculos en computadores, yo me ganaba la vida enfrentando a tipos desagradables como Gonqueras. Pero no era una queja. Jamás había deseado desperdiciar mi vida en un despacho, recibiendo instrucciones de jefes caprichosos o escuchando las monsergas de asesores contratados gracias a sus vínculos familiares o políticos. Me gustaban mi libertad de metiche sin horario y la posibilidad de ir de un lugar a otro sin preocuparme de pedir permisos o de correr para marcar a tiempo una tarjeta de asistencia. A veces, en la calle o en un café, veía a viejos compañeros de la Escuela de Derecho, canosos, fofos, enfundados en sus trajes negros, y tenía la absoluta certeza de haber escapado a tiempo de la red que lanzaba la vida para atrapar desdichados.

Toqué el timbre que estaba junto a la puerta del departamento y unos segundos más tarde vi aparecer la estampa regordeta de Gonqueras. Sus mofletes lucían enrojecidos y su cabellera revuelta, como si viniera levantándose de la cama. Trató de sonreír y solo consiguió esbozar una mueca desagradable. La pistola apuntándole a medio metro de su nariz lo hizo retroceder unos pasos. Lo empujé hacia el interior y lo obligué a sentarse en un sillón cubierto de cojines. Su cuerpo pareció hundirse en una enorme fuente de gelatina. Busqué una silla y me senté frente a él.

—Puede dejar de apuntarme, se le puede escapar un tiro.

—Es lo que ocurrirá si insiste en andar de vivaracho por la vida —dije—. Y si espera que Reverte llegue a sacarlo del apuro, olvídalo. A esta hora deberá estar contando los billetes que se ahorró al no venir hasta acá.

—El maricón se fue de lengua. No debí confiar en él.

—A nadie le gusta desprenderse de unos pesos. Menos aún cuando se los quieren quitar con malas artes. Tendrá que conformarse con las preguntas que deberá responder a la policía o a mí.

—Responderé sus preguntas, pero no llame a la policía.

—Depende de lo que me diga —dije al tiempo que bajaba la pistola—. Hay hechos que requieren una explicación convincente, y para empezar quisiera saber por qué engañó a Segovia. Le dijo que Reverte había recurrido a un abogado para acallar

a la bailarina y la verdad es que usted compró su silencio.

—Me dejé tentar por la posibilidad de obtener una ganancia fácilmente. Cuando sucedió la golpiza, le di la información a Segovia, pero mientras él se ponía a investigar hablé con la dominicana y me di cuenta de que estaba dispuesta a guardar silencio a cambio de regresar a su país con algo de dinero en su cartera. Con ese antecedente hablé con Reverte y lo convencí de la ventaja de abrir la billetera y evitar que el lío llegara a la prensa. Le pedí el dinero y lo compartí con la mujer. Después hablé con Segovia y le conté la historia del abogado.

—¿Acaso usted y él no eran amigos?

—Lo éramos, pero yo necesitaba dinero. Si le hablaba de mi trato con la dominicana, Segovia iba a decir que primero estaba el deber periodístico, la verdad y otras tonterías a las que era tan afecto y que nunca le dieron un mísero peso. Mi negocio se habría frustrado.

—Segovia aceptó la historia del abogado porque paralelamente estaba investigando las muertes de Persia y Selva. Tal vez intuía que en eso había un gran tema.

—Me lo contó el día que hablamos del abogado y traté de desalentarlo.

—Usted conocía desde el principio los nombres de las prostitutas.

—Ambas habían estado en el cabaré frecuentado por Reverte. No era amigo de ellas, pero las conocía.

—Pero no se lo dijo a Segovia.

—Cuando Julio me contó que investigaba las muertes de las dos prostitutas, pensé que Reverte podía estar involucrado. Decidí quedarme callado y esperar los resultados.

—¿Por qué pensó que Reverte podía ser el asesino?

—Son pocas las mujeres que van al cabaré y escapan al interés de Reverte. Eso por un lado. Y por otro, creo haberle contado que Reverte suele ponerse violento cuando trata a ciertas mujeres. No sé lo que le pasa, pero evidentemente su cabeza no funciona bien cuando mezcla el deseo con las drogas y el copete.

—Y desde luego pensó que podía sacarle más dinero a Reverte.

—Lo pensé, pero me equivoqué —dijo Gonqueras y me pareció que al instante se arrepentía de sus palabras.

—¿Eso quiere decir que averiguó quién mató a las mujeres?

—No, no he dicho eso.

—No intente mentirme de nuevo —dije, al tiempo que pensaba en el interrogatorio que debía estar soportando Lugano en esos mismos momentos.

—Hablé con bailarinas y mozos del cabaré y averigüé que las mujeres fueron un par de veces al lugar, pero jamás se relacionaron con Reverte —agregó Gonqueras.

—¿Y qué me dice de la muerte de Segovia?

—Eso es algo que debería responder Javier Lugano.

—¿Lugano? ¿De dónde conoce ese nombre? —pregunté sin ocultar mi sorpresa.

—Lo escuché en la radio. En el noticiero informaron sobre la detención del actor por estar vinculado a los asesinatos de las prostitutas. De acuerdo a eso, lo más lógico es pensar que Javier Lugano debió asesinar a Segovia.

—No hay nada que indique que Segovia relacionara al actor con las muertes y menos que Lugano estuviera al tanto de la investigación del periodista.

—Y nada que indique lo contrario —dijo Gonqueras.

—No, por cierto que no —dije mientras cambiaba de mano la pistola que apuntaba al periodista.

—Parece que la mención de Lugano lo puso nervioso —dijo Gonqueras.

—No pretenda pasarse de listo. Tengo años de circo y puedo intuir cuando una persona dice la verdad o miente. Y en su caso hay uno o dos puntos que debemos aclarar.

—He dicho todo lo que sé.

—Suponía que diría eso —dije, y luego de dar unos pasos por la habitación, agregué—: Deseo una explicación más convincente sobre la razón que tuvo para no decir a Segovia que conocía los nombres de las prostitutas.

—Ya se lo expliqué —dijo Gonqueras y luego consultó su reloj.

—Por la hora no se preocupe. Tengo tiempo para seguir escuchando.

Gonqueras se acomodó en el sillón y por unos instantes mantuvo la cabeza entre sus manos. Encendí un cigarrillo y sin descuidar al periodista avancé hasta llegar junto a la ventana de la habitación. A lo lejos, la Virgen del San Cristóbal seguía con sus brazos extendidos hacia un cielo cada día más contaminado. Deseaba llamar a Doris y preguntarle por el resultado del interrogatorio a Lugano. Unos golpes en la puerta me hicieron dejar de lado mis intenciones.

—¿Espera visitas? —pregunté a Gonqueras.

El periodista negó con la cabeza. Le ordené que siguiera en su sitio y mientras me dirigía hacia la puerta guardé la pistola en uno de los bolsillos de mi chaqueta.

—¿Humberto Gonqueras? —preguntó el hombre que vi apenas abrí la puerta del departamento. Era alto, moreno y en su mano izquierda sostenía una credencial de la Policía de Investigaciones. Tras él había dos hombres vestidos con casacas y bluyines. Ninguno de los tres me resultaba conocido.

—¿Cuál es el problema? —pregunté—. ¿Qué necesitan?

—¿Usted es Humberto Gonqueras? —retrucó el policía mientras guardaba su credencial y entraba al departamento sin esperar mi invitación para hacerlo—. Tenemos una orden de detención en su contra.

—Yo soy Humberto Gonqueras —dijo el periodista, al tiempo que se ponía de pie—. ¿Qué sucede?

—Ya lo sabrá en su momento —le respondió el policía que llevaba la voz cantante.

—¿Puedo llamar a un abogado? —preguntó Gonqueras sin mucha convicción.

—Más tarde —contestó el policía con tono autoritario.

Gonqueras quiso protestar, pero el policía se lo impidió alzando una de sus manos. Luego hizo una seña a sus compañeros y estos obligaron al periodista a caminar hacia la salida del departamento.

—¿Usted quién es? ¿A qué se dedica? —me preguntó el policía—. Muéstreme su cédula de identidad.

—Soy asesor en investigaciones legales —dije mientras sacaba el carné desde la billetera que portaba en mis pantalones.

—¿Asesor de quién? —insistió el policía.

—De los que pueden pagar mis servicios.

El policía leyó mi nombre en la credencial y comparó la foto impresa en el carné con el original que tenía frente a sí.

—¿Para qué vino a ver al señor Gonqueras? —preguntó al tiempo que me devolvía el carné.

—Necesitaba conversar con él acerca de un reportaje que publicó recientemente.

—¿Siempre trabaja a estas horas de la noche?

—No es fácil reunirse con el señor Gonqueras. Es una persona muy ocupada.

—La orden de detención que nos dieron no lo incluye a usted, pero tendremos en cuenta su nombre —dijo el policía dirigiéndose hacia la puerta por la que antes habían salido Gonqueras y los otros dos detectives.

—¿Puedo saber por qué detienen a Gonqueras? —pregunté.

—No es asunto suyo —contestó el detective y me pareció que tenía demasiada prisa por salir de la habitación.

Seguí al policía hasta la calle y alcancé a observar cómo sus compañeros subían a Gonqueras en un auto azul. Gonqueras me observó a la distancia y luego, cuando el vehículo se puso en movimiento, creí reconocer una expresión burlona en su rostro.

## 22

El recuerdo de la sonrisa de Gonqueras me acompañó durante unos segundos y al día siguiente, cuando la creía olvidada, reapareció mientras leía en la prensa el reportaje que daba cuenta de la detención del actor y de los antecedentes que según la policía permitirían procesarlo por el cargo de homicidio múltiple. El reportaje revivía la violación que había llevado al actor a la cárcel y recordaba párrafos de una antigua entrevista realizada a la víctima. En un recuadro se hacía la reseña de su trabajo en la televisión y se reproducía una foto en blanco y negro de Lugano, junto a la

protagonista de una de las teleseries en las que le había correspondido actuar. Nada se decía de su trabajo como profesor. De las víctimas solo se daban sus nombres y edades. La conclusión a la que llegaba el diario no admitía equívocos: Lugano era culpable de los crímenes y bastaba con aguardar unas horas para que la policía obtuviera la confesión que lo llevaría nuevamente a la cárcel.

Boté el diario en un basurero y luego entré al «Baquedano», un restaurante próximo a la plaza Italia, donde pedí un café que en nada me ayudó a superar el descontento que me seguía provocando el abrupto término de mi conversación con Gonqueras.

Quería saber quiénes eran los policías que lo habían detenido. Ocupé el teléfono del restaurante para llamar a Doris y no conseguí hablar con ella. Su celular estaba fuera de servicio y el teléfono de su oficina sonaba ocupado. Pagué el café que había consumido a medias y caminé en dirección al Parque Forestal.

La mañana estaba fresca y una leve brisa sacudía las hojas secas de los árboles. Pensé en las horas que había dejado pasar en el parque junto a compañeros de la universidad, conversando de aquello que pensábamos nos depararía el futuro y sin considerar los recovecos de la vida ni las estocadas que pronto recibirían nuestras ilusiones. Habían pasado varias décadas desde esos días y, sin embargo, cada vez que caminaba por el parque volvía a pensar en la inocencia que entonces nos hacía creer que el tiempo era infinito y que nadie nos podía privar de la felicidad de estar acostados sobre el pasto, hablando de libros y de mujeres que nos parecían tan hermosas como inalcanzables.

\* \* \*

La oficina tenía su puerta principal entreabierta y desde su interior se oía una música que no logré reconocer. Di unos pasos y junto a la ventana reconocí a Simenon, que parecía seguir atentamente los movimientos que se producían en la calle. De espaldas a la puerta, sentada en mi sillón, estaba Doris. Me acerqué al escritorio y apenas ella me vio, se puso de pie y buscó refugio entre mis brazos. Me besó en los labios y al hacerlo sentí sus mejillas humedecidas.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Necesitaba conversar contigo. Llevo más de dos horas esperándote.

—¿Y por qué tienes apagado el celular? Te llamé varias veces.

—No quiero recibir llamadas. Tengo mucha rabia. Ayer, apenas llegué a la oficina, me llamó mi jefe, Pedro Gatica, y me dijo que él se haría cargo de cerrar el caso de las mujeres asesinadas.

—¿Te dio alguna explicación?

—Me felicitó por la detención del actor y me dijo que mi informe sobre Lugano no dejaba ninguna duda acerca de su responsabilidad en los hechos investigados.



Quiere cerrar el caso rápidamente y no dar pie a más páginas en los diarios.

—Y pese a que habías hecho un buen trabajo, te sacó del caso.

—Y dispuso mi traslado al Archivo.

—¿No te había trasladado al Departamento de Asuntos Internos?

—Cambió de idea.

—La decisión de tu jefe no tiene pies ni cabeza, salvo que la tomara con alguna intención torcida.

—Es lo que me vengo repitiendo desde que salí de la oficina.

—¿Qué opinan tus compañeros sobre la conducta de Gatica?

—Los que se atreven a hablar dicen que es una injusticia. Los demás callan, y no faltan los que están felices por lo sucedido. Nada de qué asombrarse. Tú y yo sabemos que los pelambres y las envidias campean en las oficinas públicas. Y los despachos policíacos no son la excepción.

—Imagino que no tienes opción de protestar.

—Ninguna, Heredia. En mi trabajo las órdenes están hechas para acatarse.

—A propósito de órdenes, ¿sabes por qué detuvieron a Gonqueras?

—¿Quién lo hizo? —preguntó Doris, asombrada—. En mi informe no lo menciono en ninguna parte.

—Fui testigo de su detención —le respondí y de inmediato la puse al tanto de lo sucedido en el departamento de Gonqueras.

—No le encuentro sentido a esa detención, a no ser que Lugano haya involucrado a Gonqueras —agregó Doris—. Las descripciones de los policías que detuvieron a Gonqueras no calzan con el aspecto de ninguno de los detectives que podrían haber estado a cargo de ese procedimiento.

—Algo más para meter en nuestro saco de preguntas sin respuestas —dije, y luego de acoger a Doris entre mis brazos, pregunté—: ¿Qué piensas hacer ahora que estás fuera del caso?

—Quisiera mandar al carajo a Gatica. Decirle que se meta el traslado en el culo y luego renunciar. Sin embargo, no sé si mañana piense lo mismo. Tú sabes que me gusta mi trabajo y que son grandes los sacrificios que he realizado para ganarme un espacio en la institución. Necesito tiempo, Heredia. Tiempo para pensar en el futuro y en las razones que pudo tener Gatica para sacarme de la investigación.

—¿Has tenido problemas con él?

—Todos los que puedas imaginar. Para nadie es un misterio que nunca ha simpatizado con la idea de que una mujer esté a cargo de investigar homicidios. Si de él dependiera, contrataría mujeres para que se desempeñen solo como secretarias o enfermeras. Pero dado que la política de la institución es entregar una imagen de apertura y cambios, no le queda otra opción que agachar el moño.

—El miserable protege su trasero.

—Defenderme de esos cabrones es lo que más me agota. Y lo peor es que son una especie que nunca se extinguirá. Siempre habrá tipejos dispuestos a ocupar cargos

para los que no tienen dedos ni piano, y de paso perjudicar a la gente que trata de hacer su trabajo. Son los señores Gatica que nunca faltan.

Deslicé una caricia por el rostro de Doris y luego la besé en los labios.

—Te convendría salir de vacaciones, descansar y tomar distancia de lo sucedido —le dije.

—No es mala idea, siempre y cuando me acompañes.

—Estamos hablando de tus vacaciones, no de las mías.

—Yo estoy hablando de nuestras vacaciones. Tengo ahorros.

Observé a Doris y no le dije nada. Me acerqué al escritorio y simulé buscar algo en uno de sus cajones.

—Aún vivía en el orfanato cuando tuve mis primeras y últimas vacaciones. Nos llevaron a una colonia de veraneo en El Tabo —dije, refugiándome en los recuerdos, como solía hacer cuando deseaba posponer una decisión.

—¿Se acabó el proyecto de vacaciones? —preguntó Doris.

—Ya tendremos tiempo para hablar de eso. ¿Puedes averiguar quién dispuso la detención de Gonqueras?

—Puedo, pero no sé si tenga ganas de hacerlo. ¿En qué estás pensando?

—Sinceramente, no lo sé. Solo quisiera tener otras cartas en mis manos.

—Recuerda que el caso fue cerrado. Lugano está detenido y a la brevedad será formalizado por la fiscalía que lleva su caso.

—No lo olvido. Pero no me convence su supuesta culpabilidad.

Doris tomó su celular, marcó un número y se alejó unos pasos hasta quedar frente a la ventana de la oficina. La oí hacer unas preguntas y luego escuchar un largo rato a quien fuera que estuviera al otro lado de la línea. Encendí un cigarrillo y me acerqué a Simenon, que se encontraba tendido sobre el escritorio.

—Pareces no tener muchas preocupaciones —le dije.

—No está en la naturaleza de los gatos tener preocupaciones. Vivimos para el ocio y la contemplación.

—El ocio y la contemplación pueden acabar con una patada en la cola.

—Tú no harías eso, ¿verdad?

—Claro que no. Más efectivo sería arrojarte por la ventana —respondí antes de tomar a Simenon entre mis brazos y acariciar sus orejas.

—Gatica dio la orden —dijo Doris al tiempo que guardaba el celular en uno de los bolsillos de su casaca—. Reunió a tres detectives que acaban de ser trasladados desde el norte del país y les ordenó detener a Gonqueras. Los detectives ni siquiera tenían claras las acusaciones que pesaban en contra del periodista.

—Es extraño por decir lo menos —comenté—. ¿Pudiste saber si Lugano delató a Gonqueras?

—Pregunté por el avance del interrogatorio y me dijeron que Lugano todavía no abre la boca. No tengo la menor idea de cómo Gatica pudo enterarse de la existencia de Gonqueras ni por qué decidió detenerlo. Creo que su detención es parte de la

parafernalia que suele desplegar cuando desea llamar la atención de la prensa. Los últimos meses no han sido buenos para la imagen de la policía. Varios detectives aparecieron involucrados en el tráfico de drogas; un inspector fue acusado de falsear el resultado de la alcoholemia que le hicieron después de participar en un accidente de tránsito; y dos jefes de alto rango fueron sorprendidos en un cabaré utilizando fondos de la institución para pagar la cuenta.

—¿Qué te hace pensar que es pura parafernalia?

—Gonqueras quedó en libertad hace quince minutos, después de un interrogatorio rápido y superficial.

—Ahora sí que no entiendo nada. Deberíamos conversar con Gonqueras para que nos cuente su versión de la detención en el departamento.

—Algo me dice que será muy difícil ubicar al periodista —dijo Doris.

—¿Por qué? ¿Tienes alguna información que desconozco?

—No. Simple intuición femenina. Lo más probable es que Gonqueras intente alejarse nuevamente.

Sonreí en silencio y Doris se acercó a mi lado. Se abrazó a mi cuello y me atrajo hacia ella.

—¿Algún problema con la intuición femenina? —preguntó.

—Ninguno.

—Mejor que así sea, porque intuyo que hoy llegará una visita a tu cama.

—¿Y Gonqueras?

—Si el tipo se puso a correr, no es mucho lo que ahora podemos hacer para atraparlo. Mañana tendrás tiempo de preocuparte de él.

—Parece que has decidido tomar las cosas con calma.

—Solo algunas cosas. ¿No dices nada sobre la visita que llegará a tu cama?

—Nada, pero confío en que mi intuición masculina me dirá qué hacer.

—No intentes pasarme gato por liebre. Lo tuyo es puro instinto animal.

\* \* \*

Doris estaba desnuda sobre la cama y la luz que venía desde el pasillo dibujaba una línea dorada en su espalda y parte de sus cabellos. El humo de mi cigarrillo subía lentamente hasta el cielo raso de la habitación y mientras lo veía ascender me sentía arropado por una sensación de tranquilidad que podía explicar por el hecho de estar en el lugar preciso y con la persona deseada.

—Cierra los ojos y duerme —protestó Doris—. Con seguir en vela no adelantarás nada de lo que tenemos que hacer mañana.

Besé a Doris en el cuello y luego la atraje hacia mis brazos. Ella acomodó su cabeza en mi pecho y acarició mi mejilla izquierda.

—Hay mañanas en las que despierto sintiendo que estamos abrazados como

ahora, a medio camino entre el sueño y la realidad —dije.

—Y yo he pensado muchas veces en un momento como este, con el esquivo Heredia al alcance de mis manos y sin miedo de decir lo que siento —dijo Doris.

—Puede ser el indicio de algo.

—¿Crees que tenemos algún futuro?

—Te he dicho muchas veces que me complica hablar del futuro.

—En algún momento tendrás que pensar en lo que viene, Heredia. Y no me refiero tan solo a lo nuestro. A mí la soledad no me atrae como antes y la decisión de Gatica me hizo pensar que no vale la pena seguir postergando mis proyectos personales por el trabajo. No importa cuánto te sacrifiques, siempre son otros los que tienen agarrada la sartén por el mango.

—Ya era hora de que pensaras en ti misma.

—También quiero estar segura de ocupar un lugar en tu vida.

—No deberías tener dudas.

—Quiero estar segura de que te importo. ¿O es pedir demasiado?

—No. Todos aspiramos a tener un perro que nos ladre.

—Con eso no respondes a mi pregunta.

—Sabes de sobra que me importas —dije—. Y ahora duerme, mañana pensaremos en la mejor manera de alimentar nuestro fuego.

## 23

No fue fácil despertar a la mañana siguiente ni salir de la cama y resignarse a perder la tibieza de nuestros cuerpos, mientras al otro lado de la ventana una nube espesa presagiaba el comienzo del invierno, que ese año se había demorado en llegar, pero que, como siempre, prometía un espectáculo deprimente de calles cubiertas de pozas y poblaciones anegadas. Durante el amanecer había soplado un viento rencoroso y por las calles vagaba una infinidad de hojas secas.

Preparé café y huevos revueltos y les di respiración artificial a unas rebanadas de pan que encontré dentro del refrigerador, junto a un par de tomates de aspecto enfermizo y un trozo de chanco que sobrevivía desde mi última visita a la quesería «Arturito», en el Mercado Central. Doris celebró mi desayuno, pero se limitó a tomar una taza de café y media tostada. Luego estuvo un largo rato junto a la ventana, demorando lo más posible el regreso a su trabajo.

—Esperaré unos días antes de tomar una decisión —dijo en el momento de la

despedida—. No quiero darle la victoria en bandeja a Gatica.

Cuando Doris se marchó, llamé por teléfono a Gonqueras y no obtuve ninguna respuesta. Pensé que el periodista había emprendido una nueva fuga, y para salir de la duda me dirigí hasta el edificio ubicado a un costado del Teatro Baquedano. El conserje me reconoció apenas crucé la puerta y sin esperar mi pregunta, me dijo que Gonqueras había vuelto a salir con su maleta de viaje.

—Si hubiera venido media hora antes, lo encuentra —agregó, y unió a sus palabras un gesto de fastidio que no me provocó el más mínimo consuelo.

Le ofrecí un cigarrillo y nos instalamos a fumar a un costado de la entrada al edificio. Durante un rato oí hablar al conserje sobre fútbol y de mujeres. El hombre seguía la campaña de la Unión Española solo por la radio y no pensaba volver a pisar las graderías de un estadio hasta que acabaran las salvajadas de los hinchas, que convertían el espectáculo en una violenta batalla entre descerebrados. Respecto a las mujeres, su interés parecía concentrado en los cambios experimentados por su esposa después de cumplir los sesenta años.

—Vive hecha una fiera y ruge a cada rato. Cualquier cosa es motivo de enojo. Si le hablo, si me quedo callado o estoy junto a la ventana. Un día de estos voy a comprar una maleta como la del señor Gonqueras y me mandaré a cambiar lo más lejos posible. Debí estrangularla hace veinte años —dijo, y luego de pensar un instante en sus palabras, agregó—: No me haga caso, soy un tipo tranquilo.

—Los tipos tranquilos suelen ser los criminales más peligrosos.

—¿Usted cree?

—Volcanes dormidos que despiertan y no hay quien los contenga.

—Debería tener más paciencia con mi esposa.

—O conseguirle un amante que la tranquilice.

—Ni en broma, amigo.

—En tal caso, vuelva a la idea de la maleta.

—¿Le parece? ¿Cree que resultaría?

—No pierde nada con probar —contesté al tiempo que apachurraba el cigarrillo con uno de mis zapatos.

Enseguida me despedí y caminé hacia la boca abierta del Metro. Seguía perdiendo mi tiempo y por primera vez, desde que investigaba la muerte de Julio Segovia, no me importaba.

\* \* \*

El ocio se instaló definitivamente en mi ánimo y dejé pasar unas horas sin hacer nada que no fuera ir de un sitio a otro de mi departamento, hojeando los libros acumulados en la biblioteca y sin encontrar un texto que concentrara mi atención por más de cinco minutos. Tenía el ánimo maltratado de un muchacho al que lo acaba de

abandonar su polola, y para alentar un cambio de suerte decidí darme una ducha y mejorar mi aspecto descuidado. Me mantuve largo rato bajo el agua. Luego afeité cuidadosamente mis mejillas y vestí la camisa azul que encontré, limpia y planchada, dentro del ropero. Después me serví media copa de vino y traté inútilmente de comunicarme por teléfono con Doris. Vacíé la copa de un trago y me senté a leer *Con las mujeres nunca se sabe*, de James Hadley Chase. Cuando estaba por terminar el primer capítulo, sonó el teléfono con su impertinencia de costumbre.

—¿Heredia? —oí preguntar desde el otro extremo de la línea—. Soy Augusto Bilbao. Usted y yo conversamos días atrás. ¿Se acuerda que hablamos de actores y viejas series de televisión?

—Perfectamente. Gracias a su información logré encontrar al actor que interpretó a Míster Daroca.

—¿A cuál de los dos?

—¿A cuál de los dos? ¿Qué quiere decir con esa pregunta?

—Mi memoria ya no es la de antes. Hay días en que mis recuerdos se nublan. Después que usted se fue de mi tienda, quedé pensando en la serie de Míster Daroca y recordé que ella había tenido un capítulo piloto.

—¿Qué es eso del capítulo piloto?

—Una especie de prueba o primer episodio que se hace para evaluar las posibilidades de un programa y el desempeño de sus actores.

—¿Qué tiene de especial ese capítulo de prueba?

—Usted estaba interesado en saber quién había interpretado a Míster Daroca. Hablamos de Lugano, pero resulta que fue otro el actor que interpretó a ese personaje en el capítulo piloto. Alberto Ferrara.

—¿Ferrara? ¿Quién es él?

—¿Puede venir a mi tienda? Quiero mostrarle una foto que encontré en mis archivos.

\* \* \*

Bilbao se encontraba ordenando un alto de películas que tenía para la venta en su tienda. Lucía la misma polera con la imagen de Marilyn Monroe que vestía en nuestro primer encuentro y un sombrero que parecía sacado de una película de Edward G. Robinson. Me saludó con entusiasmo y enseguida me hizo pasar a una pieza que comunicaba con la sala de ventas. Los archivos ocupaban una veintena de cajas de cartón ordenadas sobre unas rústicas estanterías de madera. Bilbao se acercó a una caja abierta que se encontraba sobre el suelo y buscó en su interior hasta encontrar una carpeta que lucía el inconfundible color de los años.

—Míster Daroca fue interpretado por dos actores. Lugano, el protagonista de los capítulos que salieron al aire, y Alberto Ferrara, que solo trabajó en el capítulo de

prueba. Ferrara era mejor actor que Lugano y cuando hizo el piloto contaba con varias actuaciones en otros programas. Papeles secundarios que él había desarrollado a gran nivel y que fueron bien considerados por los directores y críticos. A los que estábamos al tanto de la nueva serie nos sorprendió el cambio de actores, porque Ferrara había tenido una interpretación muy convincente en el capítulo piloto. Se supo que la orden para la sustitución llegó desde el productor de la serie y aunque Ferrara protestó, se impuso el cambio. Los pelambres no se hicieron esperar. Primero se dijo que Lugano contaba con el respaldo de una empresa telefónica que invertiría una fuerte suma en publicidad; después se habló de ciertas influencias políticas y más tarde corrió el rumor respecto a que Ferrara se había acostado con la esposa del gerente del canal, una actriz de cierto prestigio que se había enamorado de él mientras filmaban una serie de tintes históricos. Lo más probable es que haya sido esto último, porque Ferrara no volvió a trabajar en ninguna otra serie del canal.

—¿Y qué fue de Ferrara?

—Trabajó en otros canales, pero siempre en programas de segundo orden que no le dieron la fama que merecía. Después dejó la actuación y no se supo nada de él, hasta que años más tarde reapareció haciendo crítica de televisión en un diario. Sus comentarios no eran malos, pero a menudo dejaba aflorar su resentimiento contra el medio, en especial cuando analizaba el trabajo de los actores más jóvenes. La televisión está llena de tipos que aparecen un rato en las pantallas y luego pasan al olvido. Es lo que suelo decir a los muchachos que vienen a verme porque quieren dedicarse a la actuación. Al estrellato llegan unos pocos y el resto termina bailando con la música que pueden. El camino es pedregoso. No basta con tener talento, hay que tener suerte y paciencia. Aunque siempre se pueden sustituir esos elementos con un buen respaldo, como ser hijo, sobrino o nieto de un personaje poderoso.

—Usted dijo que me iba a mostrar una foto.

—Dele un vistazo a esta foto que encontré —dijo Bilbao, pasándome la carpeta de tapas amarillas.

Abrí la carpeta y vi la imagen de un hombre joven que había enfrentado al lente de la cámara con una sonrisa irónica y segura.

—¿Alberto Ferrara? —pregunté.

—La foto debe tener más de veinte años. Una foto de estudio, de las que se usaban en la televisión para promocionar a los galancetes.

—Su rostro me es familiar —dije mientras pensaba dónde o en qué circunstancias había visto anteriormente al sujeto pelirrojo de la foto.

—Es probable que lo haya visto en la televisión. Hizo series y comerciales antes de caer en desgracia.

—No es eso en lo que estaba pensando. Creo haberlo visto recientemente.

—Usted estaba interesado en saber quién había interpretado a Daroca y ahora tiene a dos actores en el mismo rol —dijo Bilbao.

—Lugano está detenido, acusado de media docena de asesinatos, y el otro es solo

una foto antigua.

—No lo noto muy contento, pensé que le serviría la información —agregó Bilbao.

—Cuando estaba en el liceo me molestaba equivocarme en la resolución de un ejercicio de matemáticas. Pero no era el error lo que me molestaba, sino que me obligaran a hacer el ejercicio de nuevo.

—Es útil conocer todas las opciones de las que se disponen —dijo Bilbao.

—Tiene razón. Todo puede servir en algún momento —dije sin ganas de meter la foto en mi cajita de las esperanzas—. La policía espera que Lugano confiese de un momento a otro.

—Siempre resulta atractivo un inocente que se salva cuando está con la soga al cuello. Es un recurso que utilicé en varios de mis guiones más exitosos. Es casi tan efectivo como una heroína ciega que recupera la vista en el último episodio.

—Parece que usted aprendió a escribir con Arturo Moya Grau. Ha pasado bastante tiempo desde su muerte, pero sus culebrones siguen siendo memorables.

—Veo que algo sabe de radioteatros y teleseries.

—Y por eso creo que es más dramático dejar morir al inocente. Cuando nadie llega a salvarlo, queda más patente la ceguera y la perversidad de la justicia.

—Usted sabrá lo que hace —dijo Bilbao, algo molesto—. Cumplí con avisarle que había otro actor en la existencia ficticia de Míster Daroca.

—Y se lo agradezco —repliqué, y luego de una pausa para volver a mirar el retrato, agregué—: Me gustaría saber dónde vive Ferrara.

—Puede preguntar en los canales de televisión donde trabajó o en el sindicato de actores. Durante varios años fue dirigente sindical y solía aparecer en los diarios defendiendo las demandas de su gremio. ¿Va a buscar a Ferrara?

—¿Tengo otra opción después de escuchar lo que me ha dicho? —respondí en el momento en que comenzaba a llover con inusitada violencia.

—La lluvia estaba anunciada desde hace tres días —comentó Bilbao—. Los meteorólogos a veces le achuntan con sus pronósticos.

—Algo parecido les pasa a los detectives con sus tincadas.

\* \* \*

La lluvia cayó con entusiasmo hasta el anochecer. Desde la ventana de mi oficina contemplé la alfombra de hojas mojadas que cubría las veredas y a los peatones que caminaban esquivando los charcos que espejeaban en la calle, como ojos desorbitados de un animal que intentaba forzar las cadenas que lo mantenían atado a las profundidades. En algún momento llamé a Doris a su casa y me contó que estaba ordenando los objetos que había traído desde la oficina y que tendría que abandonar una vez que se hiciera efectivo su traslado. Papeles, fotos, lápices en desuso, copias



de informes y otros objetos acumulados en los muebles. Parecía resignada al cambio y esperaba la orden de traslado a su nueva oficina. Le pregunté por Lugano y me dijo que no sabía nada nuevo sobre los resultados de su interrogatorio. Me habló de Malbrán, quien continuaba empeinado en callar el nombre de la persona que lo había contratado para dispararme. Le hablé de Alberto Ferrara y le pedí que averiguara si existían antecedentes de él en los archivos policiales. Por último, le pregunté si vendría a verme y me dijo que deseaba estar a solas, meditando acerca de un futuro que hasta unos días atrás no parecía demandar muchas preocupaciones. Le dije adiós y sin otro panorama por delante, volví a tomar la novela de Chase que leía desde el día anterior y me refugié en sus páginas hasta que me distrajo el recuerdo de la foto de Ferrara. Estaba seguro de haberlo visto anteriormente, pero seguía sin poder precisar el momento ni el lugar. Maldije mi mala memoria y llamé a Campbell para que buscara en Internet alguna información relacionada con el actor. Después me acosté en mi cama y retomé la lectura hasta que el sueño me venció.

## 24

Mi primer pensamiento de la mañana fue para Ferrara. Seguía sin recordar dónde lo había visto, pero sabía que a fuerza de intentarlo lograría refrescar mi memoria y encontrar el detalle deseado. La clave estaba en sus cabellos pelirrojos y en la frente despejada que reproducía la foto conservada en las cajas de Bilbao.

—Tampoco recuerdas mi comida —dijo Simenon, dando un brinco para subirse al mueble de cocina en el que preparaba mi desayuno.

—Nunca olvido traer del supermercado tus bolsas de alimento para gatos —repliqué—. Y si ellas llegan a faltar, recurro a las latas de jurel o atún que suelo mantener en la alacena.

—Cuando hablo de comida, pienso en un grueso y jugoso bife. Carne blanda, bien frita y cortada en trozos pequeños.

—Ya me acordaré de pasar por la carnicería.

—Deberías amarrarte un hilo en uno de tus dedos. Eso nunca falla.

—O anudar tu cola.

—Con enojarte no resuelves nada.

—Por supuesto que no —dije, al tiempo que tomaba el teléfono con la intención de llamar a Campbell.

Mi amigo se encontraba en su oficina y por el tono de su voz intuí que estaba en

uno de sus días alegres, tal vez porque le habían pagado alguno de sus numerosos trabajos o tenía lista una nueva edición de la revista que publicaba con tanto esfuerzo.

—Deberías comprar un computador —comentó después que le pregunté acerca de sus pesquisas en la Internet—. Tendrías mucha información disponible y sin necesidad de recurrir a otras personas.

—La Internet, los celulares y el resto de esas baratijas computacionales que tanto te simpatizan no son santos de mi devoción. Ahora, y si no te distraigo demasiado, quisiera saber cómo te fue con mi encargo.

—Me fue bien. Puse el nombre de Ferrara en Google y aparece en varias páginas. En una de ellas se publica un ensayo en el que mencionan su nombre junto a una larga lista de otros actores; en otra incluyen su foto en un álbum de antiguos galanes de teleseries, y en una tercera lo nombran como propietario de una tienda de antigüedades. También encontré los comentarios de cine y televisión que Ferrara escribió en una revista llamada *Sinopsis*. Leí sus críticas y sin duda es un gran admirador de Alfred Hitchcock.

—¿Qué pasa con Hitchcock?

—Más de la mitad de los comentarios están relacionados con el director de *Los Pájaros*. En uno de ellos dice que Hitchcock convirtió el asesinato en una expresión artística en la que se combina el genio, la belleza y el suspenso.

—Mi deuda contigo sigue en aumento, Campbell —dije, entusiasmado.

—¿Servirá para tu investigación? ¿Quieres que imprima los artículos?

—Me basta con tu palabra. ¿Recuerdas si en alguno de los sitios se menciona dónde vive Ferrara?

—En el sitio sobre antigüedades aparece como propietario de una tienda ubicada en la avenida Italia. Hasta donde sé, se trata de un sector en el que durante los últimos años ha proliferado la venta de antigüedades y muebles de estilo. Lo que leí fue publicado hace tres años, pero es posible que la tienda aún exista.

—Deberías dedicarte a la investigación, Campbell.

—¿Y qué crees que hago para escribir mis reportajes? ¿Sentarme a ver pasar las mariposas?

—Discutiremos ese punto en otra ocasión —respondí, y sin aguardar las siguientes palabras de Campbell me despedí de él.

—Iré a ver si aún existe esa tienda de antigüedades —dije a Simenon.

—¿Vas a ponerte en exhibición? Recuerda que las antigüedades no son lo mismo que las ruinas.

—Un día de estos me cansaré de tus impertinencias.

—Siempre dices lo mismo, Heredia. No me asustas.

—Los abusos tienen un límite, gato metiche.

—Intento hacerte la vida más alegre.

—¡Ya arreglaremos cuentas! —exclamé.

Me puse la chaqueta, hice un guiño cómplice a Simenon y cuando me disponía a

salir del departamento, escuché el timbre del teléfono.

—Di que no estoy —ordené a Simenon.

—Soy malo para mentir, Heredia.

—¡Al diablo contigo! —exclamé, al tiempo que retrocedía unos pasos hasta alcanzar el teléfono.

—Buenas noticias —oí decir a Doris apenas levanté el auricular—. Malbrán confesó. Gonqueras lo contrató para que te disparara.

—¿Gonqueras?

—La idea era darte un susto para que dejaras de investigar los asesinatos. Aunque ya no está bajo mis órdenes, le pedí a Ruperto Chacón que busque al periodista.

—Es probable que deje sus suelas en la calle. Lo último que supe de Gonqueras es que había vuelto a tomar su maleta.

—Chacón es joven, pero sabe hacer su trabajo.

—Sé que el muchacho es más listo de lo que aparenta.

—No pareces muy interesado en Gonqueras.

—Te equivocas. Debemos pensar en Gonqueras y Ferrara. Mientras Chacón hace su trabajo me dedicaré a seguir las huellas de Alberto Ferrara. Y si está a tu alcance, dile a tus colegas que le pregunten por él a Malbrán.

—¿Por qué tanto interés en Ferrara? En nuestros archivos no hay nada sobre él.

—Durante una época ejerció como comentarista de cine y escribió sobre las películas de Hitchcock.

—Tarde o temprano cualquier crítico de cine escribe sobre Hitchcock.

—No olvides que interpretó el rol de Míster Daroca.

—Sigues pensando que Lugano es inocente.

—Dame una pizca de crédito. Mi corazonada me dice que es importante encontrar a Ferrara. Y en cuanto a Gonqueras, está claro que si contrató a un sicario para que me disparara es porque más de algo tiene que ver en el asunto. Puede que sea el asesino o que trabaje a las órdenes del culpable.

—Le hablaré de eso a Ruperto Chacón.

—Y dile que le pregunte a Lugano si conoce a Gonqueras.

\* \* \*

Conduje por la avenida Santa Isabel hasta llegar a la calle Italia. Hacía bastante tiempo que no andaba por ese sector de la ciudad y sus cambios eran evidentes. Una buena cantidad de las tradicionales casonas del barrio habían sido sustituidas por edificios o convertidas en restaurantes que ofrecían comida italiana, croata y japonesa. Las tiendas de antigüedades eran numerosas y la mayoría de ellas exhibía sus mercaderías en la vereda: mesas, sillas, rejas de hierro forjado, espejos de grandes tamaños, figuras de bronce y porcelana. Los muebles tenían el encanto de tiempos

supuestamente mejores y las huellas de notables artesanos que creaban piezas únicas, muy diferentes, en calidad y estilo, a los muebles hechos en serie que ofrecían los centros comerciales.

Entré a una de las tiendas después de estacionar frente a un pequeño negocio de mascotas, que exhibía a un enorme y triste perro negro en su vitrina. Una mujer algo mayor se encontraba sentada en una cómoda butaca, leyendo una revista de muebles y decoración. Dejó de leer y me saludó amablemente cuando me acerqué a su lado. Di una rápida mirada a tres sillones que se encontraban en exhibición y concluí que cualquiera de ellos estaría perfecto para acoger las largas siestas de Simenon.

—Los muebles en venta son antigüedades auténticas y no imitaciones como las que puede encontrar en otros lugares. Y están en perfectas condiciones —dijo la mujer, que vestía un elegante traje de dos piezas.

—No dudo que así sea, pero lamentablemente no ando en plan de compras. Busco al señor Alberto Ferrara. Me dijeron que tenía una tienda ubicada en este sector.

—Lamentablemente le han hecho perder su tiempo, señor —dijo la mujer que parecía bien dispuesta a prolongar nuestra conversación—. Ferrara la vendió hace más de un año. Es la tienda de puertas azules que está en la esquina. Ahora pertenece a la señora Astorga.

—Quizás la señora Astorga sepa dónde ubicar a Ferrara.

—Es probable, porque ella trató la compra directamente con él. Sin embargo, a esta hora cierra su negocio y no lo abre hasta después de las seis. Hace dos semanas que tiene a su padre internado en una clínica y lo visita a diario. Y la verdad es que eso no la afecta en sus ventas, porque la mayoría de sus clientes aparecen los fines de semana.

—¿Y usted sabe dónde ubicar a Ferrara?

—No, señor. Ferrara no era muy sociable con sus vecinos. Durante el tiempo que tuvo la tienda, apenas intercambiamos unos saludos. Y no me extrañó que la vendiera. Pasaba poco tiempo en ella y dudo que haya ganado lo suficiente como para mantener el negocio.

—Definitivamente no es mi día de suerte —dije con tono apesadumbrado.

—Puedo darle el teléfono de la señora Astorga —dijo la mujer—. ¿Se lo anoto en un papel o tiene buena memoria?

—Gracias. Prefiero llevármelo anotado —dije.

La mujer se puso de pie con alguna dificultad y se acercó al escritorio que estaba ubicado en un rincón de la tienda. Tomó una tarjeta que estaba sobre la cubierta del mueble y anotó un número telefónico.

—Siempre me llamó la atención que la tienda de Ferrara pasara llena de gente que lo venía a ver, pero no compraba ninguna antigüedad —agregó unos segundos más tarde, al tiempo que me pasaba la tarjeta.

—¿Cómo sabe eso?

—Ferrara tuvo una empleada que a veces pasaba a conversar conmigo por las

tardes, después de su horario de trabajo. La pobre chica se aburría como ostra.

Agradecí su información y me acerqué a la puerta de la tienda.

—¿Sabe que Ferrara fue actor de televisión? —pregunté.

—Leí un reportaje que se publicó en la prensa cuando Ferrara inauguró su tienda. Se decía que sus visitas eran personajes del ambiente artístico. Cantantes, actores y otros individuos de los que una nunca sabe cómo se ganan la vida.

—Como los detectives privados —murmuré.

—¿Está seguro que no quiere un mueble? —preguntó—. Puedo dejárselo a un precio conveniente y en cómodas cuotas de pago.

—Vendré a verla un día de estos, cuando me decida a renovar mi cama —dije.

—Tengo camas estilo Luis XIV y Luis XVI. Elegantes y cómodas.

—Prefiero los muebles estilo Heredia I.

—No recuerdo ningún rey con ese nombre.

—Es un príncipe azul de los que nacen pobres y no tienen súbditos que le financien sus caprichos y escándalos —agregué mientras abría la puerta de la tienda.

\* \* \*

Volví al auto y por un momento me quedé junto al volante, inmóvil como una estatua aterida de frío. Había dejado de llover. El cielo estaba parcialmente despejado y la luz del sol parecía renovar los viejos colores de las casas y árboles del vecindario. A lo lejos, la Cordillera de los Andes daba la impresión de haber aumentado de volumen. Sus cumbres estaban cargadas de nieve y bastaba fijarse en cualquiera de ellas para pensar que el blanco era el color del infinito y de la soledad, como había leído en la biografía de un explorador de la Antártica. Saqué la petaca que llevaba en la guantera y me regalé un sorbo de whisky. Dejé que el licor acariciara mis huesos desgastados y luego repetí la dosis hasta sentir que en mi interior se encendía una pequeña llama. Guardé la petaca y durante unos minutos no hice más que observar el juego entusiasta de dos niños que corrían tras una pelota. Uno de los niños vestía una camiseta azul con el nombre de Marcelo Salas grabado en la espalda y seguramente, en su imaginación, la vereda pedregosa era la cancha del estadio Wembley, donde el *Matador* convirtió los dos goles que le permitieron a la selección chilena vencer al equipo de Inglaterra, antes del Mundial de Fútbol disputado en Francia.

Puse en marcha el vehículo y al igual que un quijote cansado que no se atreve a exigir a su flaco rocín, conduje el auto lentamente por unas calles arboladas. No tenía ganas de regresar a mi oficina ni ir al departamento de Gonqueras, que, por lo demás, supuse estaría vigilado por Ruperto Chacón o uno de sus compañeros. Me abandoné al paso del tiempo y en algún momento, mientras esperaba el cambio de luces de un semáforo, recordé un extenso párrafo de una novela de Juan Carlos Onetti en la que

uno de sus personajes recurrentes, Díaz Grey, dice: *Cuarenta años, vida perdida; una forma de decir porque no puedo imaginarla ganada. Algunos recuerdos que no es forzoso que sean míos. Ninguna ambición colocada fuera del día siguiente.* Salvo por la edad podía compartir cada una de esas palabras, pensé mientras volvía a acelerar el vehículo y de reojo miraba mi rostro reflejado en el espejo retrovisor. Un rostro moreno, definitivo, surcado por la vida. Ojos negros, con el brillo añejo de las lágrimas de la infancia, cansados de ver vidas ajenas y el inevitable morir de la ciudad. Ojos hechos para paisajes otoñales y la estrecha luz de bares turbios. Labios dispuestos para el gesto tímido de una sonrisa, besos apasionados o un cigarrillo. Dientes firmes, pero habitualmente ocultos por la falta de entusiasmo. Un mentón que conserva entre sus recuerdos más golpes que caricias. Ese soy yo, me dije mientras un débil rayo de sol cubría el sucio parabrisas: carne anónima que envejece y poco más.

Encendí un cigarrillo y mientras su humo espantaba mis pensamientos, observé la luz rojiza que caía sobre la cordillera, anunciando la próxima llegada de la noche. Rojo, rojizo, rojete, rojura, petirrojo, pelirrojo, peligroso, murmuré, y al momento de interrumpir el juego de palabras, repentinamente recordé dónde había visto a Alberto Ferrara. Estaba más viejo, levemente gordo y usaba anteojos, pero el hombre en el retrato guardado por Bilbao era el mismo que estaba en una de las dos fotos que me había dado la vecina de Teresa Troncoso. Le hice un guiño burlón al desgano y le metí prisa al viejo Chevy Nova, que patinó brevemente sobre el asfalto y luego siguió su camino con la prestancia de una moderna máquina japonesa o coreana. Minutos más tarde, al llegar frente a la calle Aillavilú, estacioné el auto sobre la vereda y lo dejé con el motor en marcha.

—Quién se va a molestar en robar esa antigualla —alcanzó a decirme Anselmo cuando al pasar frente a su quiosco le hice un gesto para que vigilara el auto.

Permanecí en mi departamento lo justo y necesario para encontrar el sobre con las fotos. De regreso a la calle examiné su contenido y no tuve ninguna duda respecto a que Ferrara era el hombre que aparecía en una de las instantáneas.

—Tuve que defenderlo del camión de la basura —escuché decir a Anselmo, y luego, al no recibir ninguna respuesta de mi parte, agregó—: Al menos podría contar en qué está metido, don. ¿Tiene cita con alguna mina o anda de mal genio?

—La curiosidad mató al ratón —le grité cuando estuve sentado frente al volante del Chevy Nova.

\* \* \*

Me detuve en la esquina de las calles Huérfanos con San Antonio y desde ahí observé la galería iluminada a la que debía entrar. El muchacho con el que había conversado en mi anterior visita seguía repartiendo volantes que promovían los

servicios de la casa de masajes donde trabajaba Sandra Varas. Estaba frente a la entrada de la galería y cuando veía venir a un hombre solitario caminando por el paseo Huérfanos se acercaba a él con estudiada complicidad. La mayoría rechazaba el volante; otros recibían el papel y lo leían mientras seguían de largo. Los menos se detenían a conversar con el muchacho y luego de un breve diálogo enfilaban hacia el interior de la galería.

Al cabo de unos minutos estuve de nuevo frente a la puerta del prostíbulo. Lo demás fue la repetición de una escena conocida que me dejó frente a la mujer que recibía a los clientes. Le recordé los motivos de mi visita anterior y de mala gana fue en busca de Sandra Varas. La muchacha me reconoció de inmediato y por un instante tuve la impresión de que pensaba que había vuelto por algo más que unas cuantas preguntas.

—Quiero que veas una foto —le dije una vez que me hizo pasar a la pieza donde las mujeres esperaban la llegada de los clientes.

Saqué la foto que portaba en mi chaqueta y ella la observó brevemente.

—Recuerdo cuando Teresa me mostró esta foto —dijo—. Fue el mismo día que me habló de la comida con el tipo que le ofreció trabajo en la televisión. Estaba contenta y convencida de que al fin tendría una oportunidad para cambiar de suerte. O al menos eso quería creer.

—¿Conoces a la mujer que está a su lado?

—Margarita Jara. Otra de las chicas asesinadas.

—¿Te dijo el nombre del pelirrojo que aparece con el rostro cubierto?

—Daroca. El tipo que supuestamente la transportaría al estrellato.

—Gracias, Sandra. Es el nombre que quería escuchar.

—¿Ese hombre mató a Teresa?

—Podré responder a tu pregunta cuando lo encuentre.

—Me bastó ver la foto para saber que lo del trabajo en la televisión era una mentira, como tantas otras que solían ilusionar a mi amiga y luego la hacían caer en depresiones que se prolongaban durante varias semanas. No le quise decir nada a Teresa, pero ¿quién iba a ofrecer un trabajo de esa clase a una de nosotras?

—¿Viste algo especial en la foto que te llevó a pensar que la oferta era mentira?

—«Cachito» Barrales, el segundo hombre que aparece en la foto. Vende drogas en cabarés, casas de masajes, bares y hoteles parejeros —dijo Sandra Varas—. Nadie que se siente a su lado puede andar en buenos pasos.

—La amistad de Daroca puede ser su vínculo con el mundillo de la televisión, donde siempre hay tipos interesados en unos gramos de felicidad instantánea.

—En las noches hace un recorrido por el centro de Santiago. Atiende a sus clientes en el lugar que ellos quieran. Basta una llamada y «Cachito» aparece con su mercadería.

—¿Conoces su teléfono?

—Jamás he recurrido a sus servicios, pero alguna de mis compañeras debe

saberlo. «Cachito» aparece en este lugar cuando la administradora está ausente. Las chiquillas le deben pasar el dato o bien tiene amistad con el ayudante de la señora. Cuando no sube, las interesadas bajan a la calle para encontrarse con él. Espera unos minutos y te averiguo el teléfono.

—Esa información me será de mucha utilidad. Gracias por tu colaboración —dije.

—Para la policía no sería difícil atrapar a tipos como Barrales. Cualquiera que conozca la noche sabe dónde y a quién comprarle drogas.

—Puede ser que los dejen nadar en paz para ir detrás de los peces gordos.

—O quizás los protegen —dijo Sandra antes de abandonar la habitación.



Leí el número que me había dado Sandra Varas y luego de pensar en una mentira convincente, llamé a «Cachito» Barrales. Conocía a otros tipos de su especie, ratones de cola pelada que se mueven por las alcantarillas trasladando de un punto a otro la mercadería que les entrega una alimaña más poderosa. La voz de Barrales era ronca y rasposa. Hablaba pausadamente, como si le costara hilvanar sus ideas o acostumbrara a probar la misma mercadería que ofrecía a sus clientes. Le dije mi nombre y mencioné la casa de masajes donde trabajaba Sandra Varas, lo que pareció darle la confianza necesaria para seguir escuchándome hasta que hablé de ciertos papelillos que deseaba comprar para atender a los invitados a mi fiesta de cumpleaños.

—La muchacha dijo que usted entrega el producto a domicilio —agregué para dejar en claro que conocía las bondades de su servicio.

—¿Qué muchacha? —preguntó Barrales.

—Valkiria o Jessenia, no recuerdo bien su nombre. ¿Qué me dice de la entrega?

—Depende de la distancia que deba recorrer, de mi amistad con los clientes y del monto de la compra. Y nunca lo hago cuando se trata de la primera venta, porque en ese caso uno no sabe si lo recibirán con los brazos abiertos o acompañado de la policía.

—Iré a donde usted me indique.

—Si va a casas de masajes le deben gustar las mujeres bonitas y cariñosas.

—¿Y a quién no?

—¿Sabe dónde queda el Cabaré «Naufragios»?

—He estado un par de veces en ese lugar —dije, omitiendo que mis visitas al cabaré habían sido mientras seguía los pasos de un ejecutivo que vendía en su beneficio los numerosos equipos computacionales que daban de baja en su empresa.

—Perfecto. Nos vemos en el cabaré antes de la medianoche.

—¿Cómo nos reconoceremos? —le pregunté, sin querer decirle que había visto su rostro en la foto del restaurante.

—Pida un trago y dele su nombre al mozo que se lo sirva. El resto corre por mi cuenta.

\* \* \*

El Cabaré «Naufragios» estaba ubicado frente al Parque Bustamante, donde el guerrillero Manuel Rodríguez seguía galopando en su caballo de bronce, tras una libertad que, pese a las apariencias, seguía estando distante. Al cabaré llegaban comerciantes del sector, estudiantes universitarios a los que sus padres proveían de generosas tarjetas de crédito, y uno que otro noctámbulo de enormes ojeras que bebía una copa y miraba a las bailarinas que se contoneaban alrededor de un caño plateado.

No era un lugar muy amplio ni se diferenciaba mayormente de otros sitios del rubro, salvo porque a un costado del salón principal había una especie de pecera gigante, a la que en algún minuto, y de una a la vez, las bailarinas se zambullían desnudas para seducir a los trasnochados navegantes de la noche.

Entré al cabaré y me senté junto a una mesa desde la que podía vigilar el ir y venir de los clientes. Un mozo peinado a la gomina se acercó a recoger mi pedido, y antes de ir en busca de un vodka tónica con hielo y tres gotas de limón, me preguntó si deseaba la compañía de una de las muchachas.

—Más tarde —le dije sin demostrar entusiasmo—. Estoy esperando a un cliente que preguntará por mí. Heredia es mi nombre. No lo olvides y serás recompensado.

Estaba por llegar al fondo del vaso cuando vi entrar al hombre calvo que había sido reconocido por Sandra Varas en una de las fotos guardadas por la vecina de Teresa Troncoso. El hombre dio unos pasos en dirección al escenario y observó por un instante a la morena que se desprendía de la parte superior de su bikini. Vestía una casaca de cuero café y alrededor de su cuello lucía un llamativo pañuelo de seda amarilla. Cuando la bailarina quedó desnuda, el hombre aplaudió con entusiasmo y luego se acercó al mozo que minutos antes me había atendido. Al cabo de un rato lo vi acercarse a mi mesa con un largo cigarrillo entre sus labios.

—¿Heredia? —preguntó Barrales con recelo, calculando sus movimientos como un jugador de póquer acostumbrado a ganar con trampas.

—Siéntese —le respondí—. ¿Quiere un trago?

—Más tarde. No me gusta mezclar los negocios con el copete.

—Un hombre precavido —dije haciendo un esfuerzo para acompañar mis palabras con una sonrisa.

—Bonitas chicas y bonito lugar —agregó el traficante y acompañó sus palabras con una rápida mirada hacia el escenario donde otra muchacha iniciaba su actuación.

—Las chicas son bonitas, pero el lugar apesta.

—¿Anda disgustado o siempre es así? —preguntó Barrales, y sin aguardar por mi respuesta, agregó—. ¿Qué quiere comprar?

—Una buena dosis de información —respondí mientras sacaba mi falsa credencial de policía y la colocaba sobre la mesa, junto al vaso de vodka.

—Debí suponerlo, pero cuando me llamó me pilló volando bajo —preguntó Barrales sin inmutarse—. Podemos facilitarnos la existencia y llegar a un buen trato, como los que mantengo con varios de sus colegas. Dígame qué quiere.

—Ya le dije que necesito información.

—Perderá su tiempo si me detiene o pretende que me convierta en delator. Mis abogados conseguirán mi libertad antes que usted alcance a pestañear.

—No soy de los que pierden el tiempo con detenciones y abogados. Tengo una amiga que siempre me acompaña y con la que suelo ser efectivo a corta distancia.

—Relaje la vena —dijo Barrales con cierta cautela—. Los fierros están de más. Si quiere papelillos para sus fiestas personales no tiene más que pedir.

—Sus malditas drogas no me interesan.

—¿De qué se trata, entonces? —preguntó.

Saqué la foto que portaba en uno de los bolsillos interiores de mi chaqueta y se la mostré.

—¿Reconoce a los personajes?

—Dos putitas, un desconocido que andaba con ellas y un servidor. ¿Desde cuándo es delito divertirse?

—Las dos putitas como usted las llama, fueron asesinadas.

—Así oí comentar y no se imagina la pena que sentí.

—El desconocido de la foto debe tener un nombre. Daroca, por ejemplo.

—Ahora que lo menciona, creo que así se llamaba.

—Daroca o mejor dicho, Alberto Ferrara.

—Viene preparado —comentó Barrales y tuve la impresión de que finalmente comenzaba a preocuparse por el curso que tomaba la conversación.

—¿Sabe dónde lo puedo encontrar?

—Ni idea. Lo vi cuando nos tomaron esa foto y nunca más.

—Miente. Vio a Ferrara en la fiesta que él organizó en Santo Domingo.

—Había olvidado esa reunión —dijo Barrales, y luego de esbozar una sonrisa, agregó—: Es el problema de andar con tantos compromisos en la cabeza.

—Cuídela, entonces. Si sigue haciéndose el desmemoriado, puede llegar a perderla.

—Usted no entiende de bromas, amigo.

—Hábleme de esa fiesta.

—Una de las tantas diversiones que organiza Ferrara y para las cuales requiere de mi concurso. No sé cuándo empezó ni cómo terminó esa fiesta. Me llamó por teléfono y como el pedido era importante consideré que valía la pena viajar hasta el balneario. Se puede decir que entré y salí de la casa de Ferrara. Entregué la mercancía, bebí una copa, cobré mi dinero y me despedí.

—¿Tuvo oportunidad de ver a los invitados de la fiesta?

—Estaban las dos putitas de la foto, Ferrara, un tipo gordo y otro hombre de aspecto serio y rudo. Además se encontraba la hermana menor de una de las putas.

—¿Beatriz?

—Ignoro su nombre. Era más joven que las otras mujeres y parecía como ida o borracha. Más que eso no sabría decirle. No estuve en esa casa más de veinte minutos.

—¿Solo veinte minutos?

—No suelo quedarme en fiestas a las que no me invitan.

—Quiero que me diga dónde encontrar a Ferrara.

—Ya le dije que no sé.

—Pero no le creo.

—Problema suyo.

—No me diga que nunca le ha llevado drogas a su casa.

—Ya le dije que tengo una pésima memoria.

—Nadie es perfecto. En mi caso, tengo poca paciencia.

—Créame que no miento.

Hice una pausa en el interrogatorio para pensar en la respuesta de Barrales y por unos segundos me llevé la copa a los labios. El traficante se dio cuenta del descuido, y antes que yo pudiera evitarlo, se puso rápidamente de pie y me lanzó a la cara el cenicero que un segundo antes estaba sobre la mesa.

Logré esquivar el cenicero e intenté seguirlo. Me contuvo una puntada en la espalda, y cuando me recuperé, Barrales iba llegando a la puerta del cabaré. Salí tras él y lo vi cruzar la calle en dirección al Parque Bustamante. Corrí y luego de unos minutos conseguí darle alcance. Lo tomé del cuello y lo hice caer al suelo. Pensé que tenía la batalla ganada y ese fue mi segundo error. Barrales simuló levantarse con dificultad y una vez que estuvo de nuevo en pie descargó una patada entre mis piernas. Caí al suelo y el traficante retomó su fuga.

Otra carta mal jugada, me dije en el mismo momento que veía pasar por mi lado a un hombre que corría en la misma dirección que Barrales. Me pareció que lo conocía, pero no logré identificarlo. Me puse de pie con dificultad y sacudí la tierra que se había posado en mis pantalones. Más no podía hacer, salvo sentarme en un escaño y encender un cigarrillo.

Minutos más tarde, cuando estaba por terminar de fumar el cigarrillo y me disponía a regresar a mi departamento, oí que me llamaban en voz alta y vi aparecer a Barrales, esposado y en compañía de Ruperto Chacón.

—¿Hay algo de qué acusar a este tipo? —preguntó Chacón, mientras obligaba al traficante a sentarse a mi lado en el escaño.

—Tengo varias causas en la mente —dije sin salir del todo de la sorpresa—. Pero antes de acusarlo, pretendo que nos diga dónde vive Alberto Ferrara.

—Juro que lo ignoro —alegó Barrales—. No tengo nada que ver con las muertes que investigan.

—Habrás oído decir que justos pagan por pecadores.

—Llamé a la unidad y viene un vehículo con refuerzos —dijo Chacón.

—Hubiera preferido tener la oportunidad de seguir conversando con nuestro amigo —dije a Chacón.

—Lo siento, pero debo seguir los protocolos establecidos.

—Tus protocolos no nos conducirán a ninguna parte —dije, y luego, algo más calmado, agregué—: Al menos dile a tus colegas que nuestro amigo Barrales está afónico y requiere un tratamiento especial para recuperar el habla.

—Les aseguro que no sé —insistió Barrales—. Ignoro en qué parte de Santiago vive Ferrara.

—Durante el interrogatorio tendrás tiempo de sobra para convencer de tu inocencia a los policías.

—Hay que detenerlo por alguna causa —dijo Chacón.

—Que se lo lleven detenido por tráfico de drogas, complicidad en varios asesinatos y maltrato a un veterano de guerra.

—Un veterano de guerra.

—¿De qué guerra, señor?

—Una guerra que podrás conocer en los libros de historia o conversando con un sobreviviente como yo.

\* \* \*

—¿Qué andabas haciendo en el parque? —le pregunté a Chacón mientras bebíamos unos cafés en el Restaurante Baquedano, quince minutos después de que sus compañeros se llevaran detenido a Barrales—. No me digas que Doris te ordenó seguir mis pasos.

—Fue una afortunada casualidad. Tengo el día libre y andaba visitando a una amiga que vive frente al parque, al llegar a la calle Rancagua. Venía caminando cuando lo vi a usted salir corriendo del cabaré. Supuse que estaba metido en algún lío y lo seguí hasta que el traficante le golpeó en santa parte.

—En las bolas para ser más preciso.

—Eso, donde usted señala —tartamudeó Chacón—. Perseguí al sujeto que huía y lo demás es historia conocida, señor.

—Basta con el señor para arriba y para abajo. Mis amigos me llaman Heredia.

—Sí, lo sé, señor.

—Cómo se nota que eres nuevo. En seis meses más andarás insultando hasta a tu sombra.

—Ni en broma lo diga, señor —dijo Chacón y luego de revolver nerviosamente su café, agregó—: ¿Es verdad lo que se cuenta de usted?

—Depende de lo que hayas escuchado.

—Dicen que ha investigado y resuelto muchos crímenes. Dicen que tiene varios muertos en su cuenta.

—La gente exagera con lo de las investigaciones. Y en cuanto a los muertos, no es algo que me impida dormir. Siempre disparé en defensa propia y a quien se lo merecía.

—No debe ser fácil apretar el gatillo.

—A veces no hay alternativa. Disparas o te disparan.

—No obstante su fama, me llamó la atención su descuido en el parque. Barrales lo engañó fácilmente.

—Y antes lo hizo en el cabaré. Mis reflejos no son los de antes ni mis huesos están para acrobacias ni exigentes pruebas atléticas.

—¿Quién es ese Ferrara por el que preguntó a Barrales?

—Mi último hallazgo en la investigación. ¿Doris no te habló de él?

—Mencionó su nombre, pero no me dio más antecedentes. Me pidió seguir los pasos de Gonqueras y me dijo que usted se haría cargo de buscar al mentado Ferrara. ¿De qué se trata el asunto?

—Lugano no es el sujeto que andamos buscando —dije a Chacón, y enseguida le hablé del capítulo piloto en el que había participado Ferrara.

—La comisaria Fabra debió contarme todo lo que sabía sobre ese sujeto.

—Seguramente lo olvidó. Anda bastante complicada desde que le dieron a conocer su nueva destinación.

—Tiene razón, Heredia. Lo que están haciendo con ella es una canallada.

—A tal punto que está meditando su permanencia en la policía.

—¿No me diga que piensa renunciar?

—Se lo oí decir en un momento de rabia.

—Espero que haya sido un pensamiento pasajero —dijo Chacón, y al ver que guardaba silencio frente a su comentario, agregó—: Parece que le es indiferente lo que ella decida.

—Nadie puede renunciar a lo que lleva en la sangre, Chacón.

—¿Eso quiere decir que no renunciará?

—Quiere decir que solo ella puede dar una respuesta definitiva a esa pregunta.

—No debe ser fácil estar en su lugar —dijo Chacón, y luego de una pausa para espantar su preocupación, añadió—. Me dio la impresión de que usted no quedó contento con la detención de Barrales.

—Temo que lo dejen libre con la misma rapidez con la que soltaron a Gonqueras.

—¿En qué está pensando? ¿De quién desconfía?

—En la manzana podrida que nunca falta en el cajón.

—No entiendo lo que quiere decir, señor.

—Paciencia, Chacón. No pensarás que voy a revelar mis secretos mientras bebemos dos miserables tazas de café.

—Le acompañaría con algo más fuerte, pero no bebo.

—Nadie es perfecto —dije y al tiempo que observaba con desaliento la taza de café que tenía a mi alcance, agregué—: ¿Cómo te ha ido con la búsqueda de Gonqueras?

—Mal, muy mal. Al tipo parece que se lo tragó la tierra —respondió Chacón, y enseguida bajó la mirada con evidente incomodidad.

—Cada cosa tiene su tiempo. Como dice un libro que me solían leer cuando vivía en el orfanato, hay un tiempo de siembra y otro para cosechar.

—Lo sé, pero igual me molesta no obtener resultados inmediatos.

—Ese es uno de los problemas de los jóvenes en la actualidad. Desean que todo pase en un cerrar y abrir de ojos. Tienen demasiada tecnología y teclas en sus vidas, y poca paciencia para pensar en lo que es verdaderamente trascendente.

—Su juicio es muy amplio. Todos los jóvenes no somos como usted dice.

—Te concedo el punto, Ruperto. No es bueno hacer generalizaciones —dije, y luego de ver su rostro envuelto en una sonrisa, le pregunté por las razones que había tenido para entrar a la policía.

—Desde niño me llamaron la atención las películas de detectives y la manera como ellos aclaraban los crímenes que investigaban. Esa, supongo, es la primera razón. Después, cuando salí del liceo, pensé en un oficio que me permitiera ser útil a la gente.

—Una idea bastante descabellada.

—No se burle, señor.

—No lo hago, Chacón. Con varios golpes en el cuerpo y uno que otro desengaño en el alma, serás un buen policía.

—De repente usted hace unos comentarios bien raros —dijo Chacón, y con la intención de cambiar de tema, agregó—: Cuando Barrales señaló que desconocía el paradero de Ferrara, me pareció que decía la verdad.

—Concuerdo contigo, pero no olvides que mencionó a un tipo gordo y a un hombre serio y rudo. Intuyo que el gordo puede ser Gonqueras, pero no tengo la menor idea de quién pueda ser el hombre rudo.

—Un hombre gordo y otro rudo. Gonqueras tendrá que hablarme de ellos cuando lo encuentre.

—Me parece una buena idea para empezar su interrogatorio.

—Gracias, señor.

—Heredia.

—Señor Heredia.

—¡Eres porfiado, carajo!

—Nunca tanto como usted.

—Y además aprendes rápido.

\* \* \*

Necesitaba algo más que una foto en la que el probable culpable apenas dejaba ver su rostro completo. Lo pensé cuando me despedí de Chacón en la Plaza Italia y luego, a la mañana siguiente, mientras preparaba un café para espantar la modorra e iniciar el día con un cacho de entusiasmo. Recordé la frase que había dicho Margarita Jara después del fin de semana en el balneario: «Nunca debimos dejar que la loquita entrara a la pieza». Intuía que algo vinculaba esa frase con la foto que guardaba Teresa. Pero no era más que eso, una intuición o presentimiento que no servía para acumular pruebas en contra de Ferrara. Llamé a Doris y durante un rato le hablé de las sospechas que tenía desde la última visita a la tienda de Augusto Bilbao.

—Me hace sentido lo del capítulo piloto, las drogas y la afición por Hitchcock —dijo Doris—. Eso explicaría que Lugano siga negando su participación en los

asesinatos. Nadie le cree, pero tal vez está diciendo la verdad. El problema es que Gatica nunca reconocerá que tomó el camino equivocado. Menos ahora que la Fiscalía pretende juzgar a Lugano sobre la base de presunciones y pruebas que los defensores penales harán pedazos sin gran esfuerzo. Reconocer que se equivocó sería un duro traspie para Gatica y su deseo de escalar hacia el alto mando de la institución.

—Mayor razón para ubicar a Ferrara lo antes posible.

—Chacón me puso al tanto de la detención de Barrales.

—El mérito hay que dárselo al muchacho. ¿Te contó que me ayudó a capturar al traficante?

—¿De qué ayuda estás hablando?

—Chacón apareció cuando ya había perdido la esperanza de atrapar a Barrales.

—No me dijo nada de eso cuando conversamos.

—El muchacho tiene olfato. Ojalá tenga suerte y encuentre pronto a Gonqueras.

—¿Y tú que piensas hacer?

—Me propongo realizar una visita que tengo pendiente desde hace unos días.

—Me huele a que es una de esas cartas que sueles ocultar bajo la manga.

—Te equivocas. Simplemente es algo que requiere muchas explicaciones y que probablemente no conduzca a nada. Si descubro una buena pista, serás la primera en saberlo.

\* \* \*

El hospital era una pequeña fortaleza dentro de la ciudad. Altos muros rodeaban sus frías y bajas construcciones; sus ventanas se veían fuertemente enrejadas y los árboles de los patios interiores tenían un aspecto decaído, tristón. La oficina del doctor Terranova era sencilla y en su interior apenas cabía un escritorio y dos sillas. Sus paredes blancas carecían de los diplomas y certificados que los médicos suelen colgar a la vista de sus pacientes. Daba la impresión de ser una estancia de paso y nada más. Lo único que rompía la sobriedad de la oficina era una ventana a través de la cual se podía observar un extenso jardín donde crecían hortensias, geranios blancos y rojos, y dos naranjos de frutos mustios y deslavados. El psiquiatra era un hombre alto, levemente calvo, cuyo rostro estaba oscurecido por una barba de tres o cuatro días.

Terranova me escuchó atentamente hasta que terminé de contarle los aspectos generales de la investigación destinada a descubrir al asesino de Teresa. Enseguida le pregunté por la situación clínica de Beatriz Troncoso.

—Beatriz padece una esquizofrenia severa y su cuadro clínico se agravó después de perder a sus familiares. Sufre una constante alteración anímica, sus pensamientos suelen ser confusos y ha creado una realidad paralela de la que rara vez sale.

—¿Siempre ha estado en esa situación?



—Ha tenido altos y bajos. Cuando comencé a tratarla su estado era similar al que tiene ahora. Debido a la mala situación económica de su familia, cuando experimentó los primeros síntomas de la enfermedad no tuvo un tratamiento adecuado. Luego de una temporada en este hospital hizo progresos significativos. Volvió a su casa y llevó una vida relativamente normal hasta dos semanas antes de la muerte de su hermana. Algo pasó en ese momento que la hizo entrar en crisis y buscar refugio en su mundo interior.

—¿Tiene alguna hipótesis?

—Es difícil aventurar un diagnóstico sin tener mucha información sobre la vida que llevó en el último tiempo. Estimo que sucedió algo que rompió el equilibrio que había alcanzado entre su realidad interior y el medio donde vivía.

—¿Algo que vio? ¿Algo que sufrió en carne propia?

—Probablemente. ¿Sabe usted algo?

—Teresa fue invitada a una fiesta en el balneario de Santo Domingo. La fiesta iba a durar dos o tres días y al parecer se dieron las condiciones para que ella fuera acompañada de Beatriz. La posibilidad de pasar un fin de semana en la playa entusiasmó a las hermanas, pero algo anómalo y que no he logrado esclarecer sucedió en esa fiesta, y ahora me atrevo a aventurar que produjo la crisis de la hermana menor.

—Ignoraba lo de esa fiesta —dijo Terranova.

—Teresa no alcanzó a ser más explícita sobre lo sucedido en la playa, pero se sentía culpable por la recaída de su hermana.

—¿Por qué habría de sentirse culpable?

—No le he contado todo acerca de Teresa. ¿Usted sabe cómo se ganaba la vida?

—Trabajaba de camarera en un hotel. Eso me dijo la primera vez que nos vimos.

—Lo cual quiere decir que ella no fue sincera con usted.

—¿Me mintió?

—Tenía un motivo poderoso para hacerlo —dije antes de hablar sobre la ocupación de Teresa y las personas con las que había estado en el balneario.

—La fiesta en la playa y lo que acaba de decirme sobre Teresa podría dar sentido a las dos únicas palabras que ha dicho Beatriz desde su reingreso al hospital —reflexionó el psiquiatra un rato más tarde.

—¿Qué palabras?

—Hombre malo.

—¿Hombre malo?

—Y explicaría el resultado de uno de los exámenes que se le hicieron al internarse.

—¿Qué exámenes? —pregunté, impaciente.

—Es parte del protocolo que se sigue con las pacientes. Beatriz llegó con desgarros vaginales que, a falta de otros antecedentes, presumimos que se trataban de lesiones provocadas por ella misma cuando entró en crisis. Es algo frecuente entre

nuestras pacientes.

—Los desgarros pudieron ser resultado de una violación.

—Perfectamente, aunque no se encontraron indicios de semen.

—¿Pasaron unos días entre el paseo y la crisis de Beatriz?

—Así es. Un par de días entre uno y otro hecho más el probable aseo de la muchacha debieron borrar los posibles vestigios de una violación.

—¿Puedo ver a Beatriz, doctor?

—No, y aunque pudiera no le serviría para sus propósitos. Como le dije anteriormente, ella vive en otra realidad.

—Solo quiero mostrarle una foto.

—¿Qué pretende?

—Descubrir al asesino de Teresa.

—No puedo permitir que la vea. No le hace bien ver a gente desconocida.

—Saber lo que pasó en la playa podría aportar a su recuperación. ¿No le parece una buena razón? —pregunté, y al ver que el médico vacilaba, agregué—: Entrar al hospital es fácil y perfectamente pude visitar a Beatriz sin pasar por esta conversación entre nosotros.

—Tendría que evaluar el estado de mi paciente.

—Disculpe, doctor, pero no tenemos tiempo. Actuamos de inmediato o mejor nos olvidamos del asunto.

\* \* \*

Terranova me llevó hasta la habitación donde se encontraba Beatriz en compañía de otras tres internas que parecían no tener ninguna comunicación entre ellas. La muchacha estaba sentada en su cama, con la vista perdida en el suelo, ajena a lo que sucedía en su entorno. Era extremadamente delgada y su rostro tenía el aspecto rígido de una máscara de cartón piedra. Sus cabellos morenos lucían cortados casi al ras y vestía un grueso camisón de algodón que acentuaba la fragilidad de su cuerpo.

Terranova se acercó a su lado, la tomó de las manos y le hizo una pregunta que la muchacha ignoró.

—Este señor vino a visitarte —agregó Terranova, indicándome—. Fue amigo de tu hermana y quiere saber cómo te encuentras.

Beatriz miró de reojo al psiquiatra y enseguida movió varias veces la cabeza, de un lado a otro, como si fuera el badajo de una campana desbocada.

—Le advertí que sería difícil obtener una respuesta. El mundo de Beatriz está muy lejos del nuestro —dijo Terranova—. La mayoría de los esquizofrénicos viven aislados y presentan problemas de lenguaje que les impide comunicarse de manera fluida. Beatriz no es la excepción, aunque de pronto parece abrir ciertas ventanitas por las que podemos mirar hacia su interior.

Me acerqué a la muchacha y por un segundo pensé en rehacer mis pasos y salir a toda prisa de la habitación. Los ojos de Beatriz miraban intensamente hacia un lugar que estaba lejos de la sala y de lo que era su vida hasta ingresar al hospital.

Soporté la tentación de escapar y me acerqué a ella con la foto en la que aparecía retratada Teresa.

—¿Recuerdas a tu hermana? —le pregunté.

Beatriz me observó y volvió a mover su cabeza de un lado a otro.

—Teresa era muy bonita —insistí.

Beatriz balbuceó algo ininteligible. Sus labios quedaron llenos de saliva y ella los limpió con un rápido movimiento de su mano derecha.

—Teresa. Teresa bonita —repetí, y la muchacha volvió a balbucear algo que me pareció el nombre de su hermana.

—Es más de lo que ha podido decir en las dos últimas semanas —comentó Terranova a mis espaldas.

Acaricé una de las mejillas de la muchacha y enseguida le volví a indicar el rostro sonriente de su hermana. Esta vez no dijo nada, pero soltó unas lágrimas que rodaron por la reseca piel de su rostro.

—Es suficiente, no la presione —agregó Terranova.

Moví mi dedo sobre la superficie de la foto hasta detenerlo en la imagen de Ferrara.

—¿Conoces a este hombre? —le pregunté a la muchacha y ella volvió a balbucear unas palabras incomprensibles.

—¿Conoces a este hombre?

—Malo, malo —dijo Beatriz, tartamudeando, y enseguida se puso de pie, caminó nerviosamente por la habitación y lanzó una especie de aullido. Luego se dejó caer al suelo y su cuerpo comenzó a tiritar.

—Presione el timbre que está junto a la puerta —me ordenó Terranova, al tiempo que se inclinaba junto a la muchacha.

Seguí la orden del médico y minutos más tarde vi entrar en la habitación a una enfermera joven y robusta.

—Póngale un tranquilizante —ordenó Terranova a la enfermera.

—No se preocupe, estamos acostumbrados —dijo el médico después que Beatriz estuvo acostada, con las manos amarradas a los largueros de la cama y en el inicio de un sueño del que tal vez regresaría con nuevos recuerdos de la que había sido su vida lejos del sanatorio.

—Si es posible, quisiera que me dejara esa foto —agregó más tarde Terranova, cuando estábamos de vuelta en su oficina—. La imagen de su hermana nos servirá para trabajar con Beatriz.

—Puedo darle una copia, doctor. Si el caso llega a un juicio, el original puede servir como prueba —dije, y mientras me disponía a salir de la oficina de Terranova, agregué—: Conozco dónde hay más fotos de Teresa y Beatriz. Cualquier día de estos

las iré a buscar y se las traeré junto con la copia que acabo de ofrecerle. Al fin de cuentas, ella es la heredera de las pocas pertenencias que dejaron su madre y su hermana.

## 26

¿Qué había originado la culpa de Teresa? ¿Qué significaba el grito de Beatriz al ver la imagen de Ferrara? Las respuestas a esas preguntas eran la reiterada constatación de que la vida es más cruel de lo que uno imagina y que a nuestro lado se producen dramas de los que habitualmente preferimos no hacernos cargo. El infierno son los demás; el infierno es el hombre que se mira a sí mismo. La única explicación para el grito de Beatriz era su deseo de regresar a la realidad vedada. Y su aullido era también el grito desesperado de Teresa, la hermana humillada, vendida, convertida en despojo. Apenas un trozo de carne destinado a satisfacer el deseo del hombre que había decidido transformarla en su víctima.

Salí del hospital impulsado por el raído anhelo de imponer una justicia que frecuentemente llegaba a destiempo, cuando la víctima de turno era apenas un retazo de hilo en el desván del tiempo. Sin embargo, no sabía hacer otra cosa más que buscar y rebuscar, con la ilusión del mocoso que pretende encontrar la marmita de oro al final del arco iris. Buscar verdades era la finalidad principal de mi vida, la que al caer la noche le daba sentido. Y en ese afán gastaba mis días convertido en un espejo en el que a menudo se reflejaban los dolores ajenos.

Conduje hasta un estacionamiento próximo a la calle Aillavilú, busqué un teléfono público para llamar a Doris y luego, en vez de dirigirme a mi departamento, entré al «Rey del Pescado», donde pedí un caldillo de congrio y una copa de vino blanco. Doris apareció en el restaurante cuando me disponía a pedir la segunda copa de vino. Se veía cansada, con una sombra de hastío en su rostro. Me miró e intentó una sonrisa, que no pasó más allá de eso, un intento, pálido esbozo de la alegría que esa tarde parecía ausente de sus sentimientos. Tomé una de sus manos y la abrigué entre las mías. Ella me miró como si nos viniéramos conociendo y al detenerme en sus ojos cansados, recordé unos versos de Jaime Gil de Biedma que decían: *Tú y yo en este lugar, en esta zona de luz apenas, entre la oficina y la noche que viene, no sabemos. O quizá, simplemente, estamos fatigados.*

—¿Qué pasa, no cuadran las sumas? —le pregunté después de un rato en el que dejamos que nuestras manos se comunicaran.

—Estoy confundida, Heredia. Cada día entiendo menos lo que pasa a mi alrededor. Gatica me hizo esperar varias horas por una reunión que finalmente postergó para mañana. No ha querido cursar mi traslado y formalmente me prohibió ejercer el mando sobre los detectives de mi unidad.

—Te están empujando a bajar el moño o renunciar.

—He visto a otros colegas tratados de la misma manera. Dejan de asignarles trabajos o los envían a ocupaciones menores o desagradables, hasta que no aguantan más y abandonan la institución.

—Probablemente sea un chaparrón transitorio. Debes tener paciencia.

—Mi paciencia pende de un hilo frágil —dijo Doris y luego llamó a un mozo para pedirle una cerveza.

—Lo importante es mantenerse en la línea correcta.

—¿Hasta cuándo? Estoy cansada de pensar que los abusos son acciones de unos pocos, esporádicas, y que las intenciones de los honestos prevalecerán a la larga. Los abusos y los crímenes están en el horizonte de cada mañana. A diario se destapa una olla podrida y empiezo a dudar de qué lado están los buenos. Y como si todo eso no fuera suficiente, me cortan las alas y mis dudas quedan en el aire, suspendidas quizás hasta cuando.

—Tengo cierta información que te levantará el ánimo.

—¿Me vas a hablar de tus tincadas?

—Fui al sanatorio donde está internada Beatriz Troncoso —le respondí, y antes que se borrara el gesto de interrogación dibujado en su rostro, le hablé del doctor Terranova y de mi encuentro con la muchacha esquizofrénica.

—Debemos ubicar a Ferrara —dijo Doris con repentino entusiasmo y enseguida guardó silencio, recordando tal vez que tenía prohibido realizar toda clase de pesquisa.

—Y necesitamos saber lo que pasó ese fin de semana en la playa. Intuyo que Ferrara es la pieza visible de un rompecabezas más complejo y sórdido. Barrales mencionó a un tipo gordo y a otro sujeto serio y rudo.

—Eso no quiere decir gran cosa. Conozco a una decena de tipos a los que podría calificar de serios y rudos.

—Al menos tengo casi la certeza de que el tipo gordo es Gonqueras. Me ha estado metiendo el dedo en la boca desde el inicio del caso. Intuyo que sabe más de lo que dice y su inquietud por la suerte de Segovia no ha sido más que una pantalla para ocultar información.

—¿Piensas que pudo participar en los asesinatos?

—El gordo no tiene agallas ni para pisar una mosca. Pero es copuchento y posee buen oído.

—Gonqueras nos debería conducir hasta Ferrara —dijo Doris, y luego de una pausa para beber un sorbo de cerveza, agregó—: El problema es que Chacón aún no ha podido dar con su paradero.

Guardé silencio y por un instante concentré mi atención en la copa de vino que estaba sobre la mesa.

—Adriano Reverte nos ayudará a dar con el gordo —dije luego de un rato—. Sospecho que el comerciante quiso pasarse de listo.

—¿Puedes ser más preciso? No pienso moverme de este lugar hasta que me des una buena explicación de tus sospechas.

—Se trata de algo en lo que acabo de pensar mientras hablabas de las ollas podridas. ¿Me llevas en tu auto o buscamos el mío?

—¿Olvidas que no puedo realizar ninguna investigación?

—Solo te estoy invitando a un paseo de pololos.

—¿Paseo de pololos? ¿Debo tomarlo como una declaración?

—Una coartada, por si hace falta. No mezcles los asuntos del corazón con el trabajo.

\* \* \*

—Fue una suerte que el guionista se acordara del capítulo de prueba —dijo Doris mientras detenía su auto frente a la luz roja de un semáforo.

—La suerte, eso que llamamos suerte y que no es más que una inesperada respuesta a nuestros deseos, es lo único que a veces nos salva del fracaso.

—Y fue oportuno que llamara para darte la información que nos permitió conocer el pasado de Ferrara.

—Suerte, las buenas intenciones de Bilbao y la foto que conservaba la vecina. De uno u otro modo, y aunque se intente ocultar, el pasado de una persona siempre emerge y nos deja frente a sus culpas.

—No podemos cantar victoria. Ferrara debe tener sus coartadas.

—O una puerta de escape a la mano —dije mientras Doris aceleraba su vehículo.

—Tenemos que actuar antes que su nombre llegue a otros oídos.

—¿En quién estás pensando? —pregunté.

—En nadie en particular. Solo me reservo una cuota de desconfianza.

—Veo que la vida no pasa de largo por tu lado.

Cuando llegamos a la tienda de artículos deportivos, uno de sus empleados comenzaba a bajar las cortinas metálicas que cubrían las vitrinas. Dentro de la tienda, un par de clientes permanecían junto a la caja registradora atendida por Reverte. El empleado se interpuso en nuestro camino y nos informó que había terminado el horario de atención.

Doris lo escuchó pacientemente, sacó su credencial de policía y continuó su marcha hacia el interior del negocio. Avancé tras ella y al hacerlo pasé a llevar un cubo de madera sobre el que se exhibían varias zapatillas que fueron a dar al suelo con bastante alboroto. Reverte me reconoció a la distancia y me observó hasta que

Doris, sin mediar presentación ni saludo, le mostró su credencial. Al percatarse de la presencia policial, uno de los clientes tomó la bolsa que contenía la compra que acababa de realizar y caminó rápidamente hacia la salida. El otro de los clientes, un hombre bajo, rubio y algo barrigón, se apoyó en el mesón y miró desconcertado a Reverte.

—Tendrá que dejar su compra para mañana —le dije al cliente.

—¿Qué sucede? —preguntó el rubio barrigón, con alguna molestia.

—Somos de la brigada de protección de la industria china.

—Ignoraba la existencia de una brigada de ese tipo.

—Yo también, pero no me extrañaría que existiera en un futuro próximo, cuando hasta las empanadas que comemos en Fiestas Patrias sean elaboradas en China. Ahora, camine rapidito hacia su casa —dije indicando la puerta de la tienda, junto a la cual el empleado seguía dudando entre escapar o socorrer a su patrón.

—¿Qué significa esta invasión? —preguntó Reverte cuando me vio acercarme al mesón.

—Hasta donde sé, es una situación que usted pudo evitarse —respondí.

—¿De qué se trata?

—De mentir para proteger a su amigo Gonqueras.

—Recuerde que lo llamé cuando Gonqueras vino a la tienda.

—No lo olvido, pero tengo una buena razón para pensar que mintió en esa ocasión.

—Exijo que me explique el motivo de esa acusación —protestó Reverte.

—Se trata de algo que pensé cuando me hablaron de una fiesta en la que participó un tipo gordo. Usted me hizo creer que tomaría por sorpresa a Gonqueras. Pero él me estaba esperando en su departamento con una historia meditada de antemano. Sabía que Lugano estaba detenido y no vaciló en cargarle las culpas a él para hacerme creer que el asesino ya tenía nombre y apellido.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—No se complique, Reverte —le dijo Doris con tono conciliador—. Aún tiene la oportunidad de quedar libre de polvo y paja. Queremos una explicación razonable para su mentira y que nos diga dónde se esconde Gonqueras.

—Ignoro dónde puede estar —dijo Reverte.

—El tiempo no nos sobra, señor Reverte, pero le aseguro que nos quedaremos en su tienda hasta que nos diga lo que deseamos escuchar —añadió Doris—. Y si eso no resulta, siempre podemos seguir conversando en otro lugar y en otras condiciones.

—El final del cuento puede ser simple o complicado —agregué mientras daba unos pasos alrededor del comerciante—. Usted decide.

Reverte rehuyó mi mirada y por unos segundos pareció interesarse en los papeles que tenía sobre el mesón de la tienda. Después movió sus hombros con desgano y se dispuso a hablar.

—Al parecer no tengo más alternativa que obedecer —dijo.

—Usted lo ha dicho —retruqué—. Lo escucharemos con mucha atención.

—Desconozco las razones que tuvo Gonqueras para pedirme que lo hiciera ir a usted hasta su departamento. Mi complicidad fue motivada por el chantaje. No necesito recordarle lo que pasó con la bailarina.

—Hacerse la víctima no le ayudará a salir del entuerto en que está metido —dije.

—Necesitamos ubicar al periodista —dijo Doris, endureciendo el tono de su voz.

—Juro que no sé dónde pueda estar en estos momentos —respondió Reverte.

—Recuerde que intentamos aclarar varios asesinatos —agregó Doris—. Un asesino anda suelto y a usted no le conviene encubrirlo.

—No soy amigo de Gonqueras, soy su víctima —alegó Reverte—. No tengo por qué saber lo que hace.

—Pero tiene su teléfono —dije, con pocas ganas de seguir soportando las evasivas de Reverte—. Llámelo y dígame que venga a la tienda.

—¿Qué le hace suponer que vendrá? —preguntó Reverte—. Si no le doy una buena razón jamás se moverá de donde sea que se encuentre.

—Dígame que le tiene un encargo de Alberto Ferrara.

—¿Quién es Ferrara?

—Da lo mismo quién sea. Dígame que Ferrara pasó a dejarle un sobre —agregué—. Eso bastará para sacar a la rata de su escondrijo. Si el olfato no me engaña, a Gonqueras le interesará cualquier noticia que provenga de Ferrara.

Reverte sacó el celular que llevaba en sus pantalones y sin mayor entusiasmo marcó un número. Di unos pasos frente a una vitrina y me dediqué a observar las zapatillas en exhibición.

—Estará aquí dentro de media hora —dijo el comerciante al cabo de un rato—. Usted tenía razón, la mención del tal Ferrara llamó la atención de Gonqueras.

—Podemos prepararle una buena bienvenida —dije.

Doris me regaló una breve sonrisa y enseguida ocupó la silla ubicada tras el mesón de la tienda.

—¿Qué quieren que haga cuando llegue? —preguntó Reverte.

—Guarde silencio y no haga nada que inquiete a Gonqueras —le respondió Doris—. Y antes de eso, dígame a su empleado que se vaya para la casa.

Miré mi reloj y me pregunté si la puntualidad estaría entre las virtudes del periodista.

\* \* \*

Escuchamos golpear a la puerta y nos aprontamos a representar nuestros roles previamente establecidos. Doris se ubicó en un punto que le permitía observar toda la sala de ventas, Reverte se dirigió hacia la entrada y yo fui tras él, palpando suavemente la pistola que portaba en el bolsillo derecho de mi chaqueta.



Reverte abrió la puerta recortada en la cortina metálica que protegía la fachada de la tienda y Gonqueras entró de inmediato, resoplando, impulsado por la curiosidad o tal vez, como lo pensé recién en ese momento, por temor a algo que desconocíamos.

—¿Cómo es que conoces al señor Ferrara? —alcanzó a preguntar el periodista a Reverte antes de ver mi pistola a dos cuartas de sus ojos.

—¿Quiere matarme de susto? —me preguntó Gonqueras, esbozando una sonrisa que rápidamente se congeló entre sus abultados mofletes.

—Lo puedo matar de susto o de una bala, pero primero queremos hacerle una buena cantidad de preguntas —respondí indicando hacia el rincón donde se encontraba Doris.

—¿Quién es ella? —preguntó el gordo, preocupado.

—Representa al siempre inoportuno peso de la ley.

—¿Desde cuándo tiene buenas migas con la policía?

—Desde que el asesinato de Segovia se sumó a otras muertes. Pero no preciso darle explicaciones. Seguro que conoce cada detalle de esos crímenes. Detalles que ha ocultado hasta ahora, al igual que la causa de su rápida liberación del otro día. No olvido su sonrisa burlona cuando se alejaba en el vehículo policial.

—Si se trata de conversar, pudo llamarme por teléfono —dijo el periodista con la intención de ganar unos segundos antes de enfrentar el interrogatorio.

—Ha sido bastante complicado dar con su paradero. No responde las llamadas telefónicas ni aparece por su departamento. Si yo fuera mal pensado diría que anda ocultándose.

—¿De quién podría estar ocultándome?

—De Ferrara o de mí.

—Se sobrestima, Heredia. ¿Por qué tendría que ocultarme de usted?

—Porque sigo interesado en descubrir al asesino de las mujeres.

—Ya le dije lo que sé sobre esas putas.

Di un paso adelante con la intención de pegarle una trompada, pero antes que llegara a levantar mi puño, Doris me tomó de la chaqueta y me contuvo.

—Terminó la temporada de engaños —dijo Doris a Gonqueras—. Tenemos antecedentes de sobra para pensar que Ferrara mató a las prostitutas y que usted es su cómplice o algo más.

—¿Qué quiere decir con eso de algo más? —preguntó Gonqueras.

—No nos sorprendería que usted fuera el ejecutor de uno de los asesinatos —dije y quedé a la espera de su reacción.

—Ustedes no me pueden culpar de esas muertes.

—Depende de lo generosa que sea su cooperación para encontrar a Ferrara —agregué—. Y por favor, no empiece con sus evasivas. Estamos al tanto de su relación con él.

—Ferrara vende antigüedades y necesita promocionar sus mercaderías. Lo asesoro en la redacción de documentos y en la actualización de su sitio web. A veces

también le consigo clientes.

—Es probable que le prestaras esa asesoría en otra época. Fui a conocer la tienda de Ferrara y me enteré que la vendió.

—Tiene otras actividades comerciales —dijo Gonqueras luego de mordisquear nerviosamente una de sus uñas.

—¿Actividades para las cuales requiere contratar sicarios?

—No entiendo su pregunta, Heredia.

—Malbrán, el fulano que me disparó frente a mi edificio, dice que usted lo contrató para realizar esa faena.

—¿Ignoro de quién me está hablando?

—Un sicario de cuatro chauchas que volverá a la cárcel de la que salió hace unos meses. La policía lo tiene entre rejas y luego de unas horas de silencio se convenció de que responder preguntas es el mejor negocio que puede hacer para mejorar su situación.

—¿Por qué habría querido atentar contra usted, Heredia?

—Para evitar que siguiera investigando —le respondió Doris a Gonqueras.

—Y para impedir que descubriera a Ferrara —agregué—. Y cuando el tiroteo no dio resultado, recurrió a Reverte para hacerme creer que el asesino era Lugano. No sé cómo dieron con el actor ni cómo consiguieron la información que maneja la policía, pero lo cierto es que dados sus antecedentes era el villano ideal.

—Me limité a decir lo que Gonqueras me indicó —intervino Reverte, alterado por el curso que comenzaba a tomar la conversación.

—Usted quédese callado —ordenó Doris a Reverte, y de inmediato, dirigiéndose al periodista, le preguntó—: ¿Ferrara le ordenó contratar al sicario?

—No estoy obligado a responder esa pregunta —dijo Gonqueras—. Si tienen algo en mi contra procedan a detenerme. Llamaré a un abogado y me sentaré a esperar que ustedes presenten pruebas.

—Abogados, pruebas y una silla para su gordo trasero —dije—. ¿Se le ocurre otra cosa para mayor comodidad?

Gonqueras sonrió y se cruzó de brazos.

—Mi problema es que pasé los cincuenta y aún no aprendo buenos modales —agregué al tiempo que me acercaba al periodista.

Doris no alcanzó a detenerme. Estampé mi puño en el mentón de Gonqueras y lo observé caer de rodillas sobre el suelo de la tienda.

—Me aburrí sus embustes, Gonqueras. Desde ahora cocinaremos el pastel a mi manera —dije, y luego de obligarlo a ponerse de pie y sentarse sobre el cubo de madera que servía de exhibidor, agregué—: Lo primero que quiero saber es de dónde sacaron el nombre y la historia de Lugano.

—Si coopera, su testimonio será considerado al momento de la formulación de los cargos —dijo Doris al ver que Gonqueras mantenía su silencio.

—¿Qué cargos? —preguntó el gordo.

—Los que le correspondan por participar en los asesinatos —respondió Doris.

—Yo no asesiné a nadie —replicó el periodista.

—Eso está por verse —replicó Doris—. Y si no lo hizo, no se preocupe, buscaremos la manera de acusarlo.

Gonqueras observó a su alrededor y cuando se convenció de que no tenía posibilidades de escapar de la ratonera, bajó la mirada y concentró su atención en sus dedos regordetes.

—Ferrara jamás ha olvidado que Lugano le quitó la posibilidad de tener una exitosa carrera en la televisión —dijo Gonqueras—. Su odio hacia él es tan grande que incluso mantiene un archivo con las noticias de prensa en las que Lugano aparece mencionado. Todo lo que se dijo de sus éxitos y luego sobre las acusaciones que lo llevaron a la cárcel. En el archivo guarda fotos de Lugano y una copia del expediente que se conformó cuando lo juzgaron.

—Ya por eso merece que sospechemos de él —dije—. ¿Cómo se enteró de esa rara obsesión por Lugano?

—Una tarde me llamó para contarme que la policía investigaba a un tal Míster Daroca y su posible relación con el asesinato de unas putas. Fui a su casa y además del tema de las mujeres, me planteó que estaba al tanto de mis conversaciones con el detective privado que andaba tras los pasos de un periodista desaparecido. Por cierto, en ese momento no le conté de mi amistad con Segovia.

—¿Y eso no llamó su atención?

—Desde luego que sí. Le pregunté al respecto pero no me dio ninguna respuesta. Habló de su truncada carrera de actor y luego me mostró una carpeta que contenía información sobre Lugano. Me pidió que leyera el material relacionado con la violación que le había costado la cárcel a su rival y que luego lo hiciera llegar a mis periodistas conocidos para que ellos pusieran a Lugano en sus titulares.

—Y varios se entusiasmaron cuando supieron que Lugano había purgado una sentencia por violación —dije, evitando mirar a Doris—. Al fin existía un sospechoso a quien responsabilizar de los crímenes.

—También pasó información a la policía —agregó Gonqueras.

—¿A quién de la policía? Porque yo fui el que alertó a Doris sobre la existencia de Lugano.

—No lo sé. Ferrara hizo un comentario al pasar y cuando le pregunté de qué se trataba, prefirió cambiar de tema.

—¿Qué te parece lo de la policía? —pregunté a Doris.

—Prefiero reservarme mi opinión por ahora —respondió ella y reconocí una sombra de preocupación en su semblante.

—Sin embargo, usted no se tragó la historia —dijo Gonqueras.

—Mordí el anzuelo en un comienzo, pero luego tuve la suerte de conocer a un viejo guionista que todavía conserva su buena memoria de antaño.

—¿Cómo se llama? —preguntó Gonqueras.

—Puedo contar el milagro, pero no el nombre del santo.

—Suponía que diría algo así.

—Veo que empieza a entender la situación en la que se encuentra —dije y luego de una pausa para encender un cigarrillo, agregué—: Ahora, hábleme de Malbrán.

—Otra idea de Ferrara. Por algún motivo que no me explicó, cuando supo que usted andaba husmeando, pensó que podía descubrir la verdad y quiso sacarlo del camino. Traté de persuadirlo de lo contrario. Incluso le hablé mal de usted y de su efectividad como detective. Mi intención era convencerlo de que no corría ningún peligro. Pero no me hizo caso e insistió en contratar a Malbrán.

—Y usted obedeció sus órdenes como un disciplinado milico.

—Necesitaba el dinero que me ofreció.

—¿Y algo más aparte del dinero y sus jugarretas?

—Ferrara está al tanto de ciertas conductas mías que no vienen al caso.

—Tan solo por lo del disparo en mi contra podría reventarle las bolas a patadas. Nadie se atrevería a acusarme ni de pecado venial.

—En mi favor puedo alegar que le dije a Malbrán que la orden era asustar, no matar.

—Chantaje y dinero —dije—. Ferrara deseaba que la investigación se cerrara lo antes posible y de ese modo evitar que se conociera su participación en los hechos.

—Cosa que al parecer no resultó —dijo Doris.

—En lo único que acertó fue en el riesgo que significaba que usted siguiera con la investigación —dijo Gonqueras con evidente intención de congraciarse.

—Ni sueñe con salir del lío en que está metido. Le quedan varias preguntas por responder.

—He dicho todo lo que sé.

—¿Ferrara mandó a matar a Segovia?

—No lo sé, pero no me extrañaría que lo hiciera. Cuando me habló de Malbrán me dio la impresión de que lo conocía desde antes. Aseguró que era un fulano que sabía hacer su trabajo.

—¿Y a usted no le importó saber que Ferrara podía estar detrás de la muerte de Segovia?

—No es mi culpa que Segovia estuviera tocando la música equivocada.

—¿Usted sabía que él investigaba las muertes de las prostitutas? —le preguntó Doris a Gonqueras.

—Sí, y no le di mayor importancia hasta que Heredia apareció preguntando por Persia y Selva. Se lo comenté a Ferrara y este me dijo que me convenía salir de Santiago por unos días.

—¿Y no le pareció un consejo exagerado?

—Pensé que Ferrara podía tener algún lío con esas putas.

—Y seguramente se acordó de la fiesta en Santo Domingo —dije.

—¿Dónde obtuvo esa información? —preguntó Gonqueras, sorprendido.

—Yo soy el que hace las preguntas. Hábleme de esa fiesta.

—Ferrara suele organizar fiestas con prostitutas en su departamento en Santiago o en su casa de Santo Domingo. Me invitó a una de esas fiestas y pasé un fin de semana con él.

—Más dos mujeres, un tipo de aspecto serio y rudo, y un vendedor de drogas — dije y noté que mis palabras aumentaban la inquietud del periodista.

—Una fiesta como tantas otras —alegó Gonqueras.

—¿Es verdad que el vendedor bebió un par de copas y luego se fue?

—¿Barrales es su informante? —preguntó Gonqueras y sin esperar mi respuesta, agregó—: Ferrara no quería que permaneciera en la fiesta y pudiera averiguar quién era su invitado principal.

—¿El tipo de aspecto serio y rudo?

—El mismo.

—¿Conoce la identidad de ese sujeto?

—Ferrara dijo que se llamaba Adriazola, pero sospecho que no era su verdadero apellido.

—Tendrá que ayudarnos a confeccionar un retrato hablado —dijo Doris.

—¿Tengo otra alternativa? —le preguntó Gonqueras.

—Ninguna —contesté anticipándome a la respuesta de Doris.

—No soy un buen fisonomista —alegó el periodista.

—Pero tiene buena memoria y no habrá olvidado que en la fiesta había otra mujer, Beatriz, la hermana de Teresa Contreras.

—La muchacha enfermita —dijo Gonqueras con voz entrecortada.

—«Nunca debimos dejar que la loquita entrara a la pieza». ¿Le sugiere algo esa frase?

Gonqueras escuchó la pregunta, cerró los ojos y por un instante tuve la impresión de que se pondría a sollozar. Luego se recuperó, volvió a mirarme y movió sus hombros como diciendo que una o dos confesiones más no iban a empeorar la situación en la que se encontraba.

—Le dije a Ferrara que la dejara en paz, pero su invitado estaba enloquecido por el deseo y las drogas. Y las putas no hicieron nada por evitarlo, ni siquiera la hermana de la enfermita.

—¿Qué es lo que debían evitar?

—La muchacha no se daba cuenta de lo que estaba pasando en la fiesta ni de lo que su hermana y la otra mujer hacían en los dormitorios. Reía y bailaba sola en un rincón de la habitación. Y pudo seguir igual toda la noche, pero al invitado se le ocurrió meter a la enfermita en una de las piezas. Ferrara le siguió el juego.

—¿Qué juego? —preguntó Doris.

—Si me protegen de Ferrara les digo lo que sucedió con la loquita.

—No está en condiciones de exigir nada —respondió Doris.

—Queremos que nos cuente lo que sucedió con Beatriz y que enseguida nos diga

dónde podemos ubicar a Ferrara —dije—. Y otra cosa más, quiero saber por qué lo liberaron tan rápido la otra tarde.

—Y por nada en el mundo queremos escuchar mentiras —agregó Doris.

## 27

Reverte terminó de bajar la cortina metálica de su tienda y luego de mirar el vehículo policial que rompía la monotonía de la noche con el rojo encendido de su baliza, se despidió y comenzó a caminar hacia la esquina más próxima. Lo observé un instante y después me acerqué a Doris, que seguía atentamente los movimientos de los tres policías que custodiaban a Gonqueras. El periodista estaba en el asiento trasero del vehículo, quieto, encogido y sin ganas de observar la vida que pasaba a su alrededor.

—¿Crees que nos dijo la verdad? —preguntó Doris mientras retorció una punta de sus cabellos como hacía cada vez que algo la inquietaba—. Habló muy deprisa.

—Está asustado y sabe que no tiene ninguna posibilidad de eludir su responsabilidad.

—Nos dio un par de antecedentes que no esperaba conocer.

—Quizás nos dijo verdades a medias y ahora nos toca a nosotros separar el trigo de la paja —dije en el momento en que el auto policial se ponía en marcha.

—Supongo que ahora irás por Ferrara —dijo Doris.

—¿No piensas acompañarme?

—Recuerda que estoy limitada al trabajo de mi oficina. Sin mando, sin tareas específicas, destinada a esperar hasta que a Gatica se le antoje sacarme de la nevera. Por primera vez desde que nos conocemos no puedo evitar que investigues a tu manera.

—Esas órdenes no deberían ser obstáculo para mover tus piezas. Por algo me acompañaste hasta acá.

—Gatica está esperando que yo tropiece y no pienso darle en el gusto. Pero tú no tienes ese problema, Heredia. En lo que a mí respecta, tienes carta blanca. Puedes hacer y deshacer a tu antojo.

—El mundo sería muy distinto si girara a mi antojo.

—Con encontrar a Ferrara es suficiente por ahora. Atrápalo y yo me preocuparé de que Gonqueras haga una buena declaración y nos ayude a confeccionar el retrato hablado de Adriazola. Dos actividades que puedo supervisar sin que mi jefe se entere.

Quedé en silencio y por unos segundos me dediqué a encender un nuevo

cigarrillo.

—No esperé que golpearas a Gonqueras —dijo Doris.

—Gonqueras necesitaba un estímulo. Quería dárselas de tipo canchero y no pasa de ser un quesillo para enfermos. No es que me agrada, pero es sabido que el membrillo machucado da más jugo —dije, y me quedé viéndola a los ojos.

—No te estoy haciendo ningún reproche —agregó Doris, y se acercó a mi lado hasta posar sus labios en los míos.

La cobijé entre mis brazos y nos besamos hasta que comenzó a sonar el celular que Doris portaba en su casaca.

—La cabrona tecnología no da tregua —protesté—. Es una de las razones por las que no uso celular. Siempre te interrumpe en el momento menos apropiado.

\* \* \*

Buscar restos de verdad era un vicio o una manía que no me daba tregua. O solo era una manera de justificarme y dar un sentido al tranco pausado de mis días, al deseo de restablecer un orden que al fin de cuentas no pasaba de ser una ilusión, porque encontrar a un culpable no devolvería la vida a Segovia ni a las mujeres asesinadas. A lo más me daría la fugaz ilusión de que nadie podía quedar impune por sus crímenes, cosa que sabía de sobra no era cierto, porque siempre hay alguien que usa sus influencias para conseguir el silencio de la justicia, como aconteciera en el pasado y como ocurriría en el futuro cada vez que un poderoso temiera ser perjudicado por el leve aliento de la verdad.

Sin embargo, más allá de la esquiva justicia, lo cierto era que el nudo comenzaba a ceder y al igual que en otras ocasiones, lo que en un principio parecía confuso estaba a punto de esclarecerse. Para resolver un crimen se requiere de una equilibrada mezcla de paciencia, interés y sentido común. Y suerte, desde luego; no podía olvidarme de la suerte.

Me despedí de Doris y le prometí llamarla al celular que había interrumpido el breve crepitar de nuestros fuegos. Un rato después, mientras me acomodaba frente al volante de mi auto sentí que reaparecía el dolor en la espalda. Busqué la petaca de whisky que dormitaba en la guantera del auto y descubrí que en su interior quedaba la dosis exacta para tragar una nueva pastilla. Pensé en algo que había leído acerca de los problemas articulares que padecían los dinosaurios antes de su extinción. A modo de consuelo, y a diferencia de las pobres bestias, yo siempre tenía una farmacia o una botillería de urgencia a la cual recurrir.

El edificio donde vivía Ferrara estaba ubicado en los alrededores del centro comercial Parque Arauco. Conduje respetando las luces de los semáforos y los molestos lomos de toro, y conseguí estacionar frente a un parque que lucía ordenado y desierto, como si estuviera al interior de una vitrina. La recepción del edificio era

amplia e iluminada, con piso de cerámica y una gruesa alfombra azul que comunicaba la entrada con los cuatro ascensores que conducían a los pisos superiores. A un costado de la puerta había un mesón con cubierta de madera, y tras él, dos guardias uniformados, gordos y canosos, con aspecto de carabineros en retiro. Mientras me acercaba al mesón pensé en una excusa que me permitiera sortear la vigilancia y llegar hasta el departamento de Ferrara, y no encontré otra que la socorrida historia del vendedor de seguros que tenía una cita concertada. La había usado otras veces y casi siempre con buenos resultados, pero esta vez ni siquiera tuve la oportunidad de comenzar la historia, porque apenas mencioné el nombre de Ferrara, el más joven de los guardias me dijo que no estaba en su departamento. Había salido por la mañana con la intención de pasar el fin de semana en su casa de veraneo.

—¿En Santo Domingo? —pregunté al guardia para darle a entender que conocía la casa de Ferrara y así ganarme su confianza, pero el tipo se mantuvo impertérrito, como un mastín de bronce—. ¿Sabe dónde está ubicada su casa en la playa? —pregunté.

—Aunque supiera la dirección, no se la daría —respondió el guardia.

—Un tipo amable como usted no se encuentra a diario —dije sin contener mi rabia—. Hay que tener una suerte descomunal.

—Hago mi trabajo —retrucó el guardia sin perder la calma.

—El señor Ferrara tiene urgencia por cerrar la adquisición de una póliza —insistí.

—Problema suyo, señor. El mío es velar por la seguridad de los residentes y sus departamentos.

Conté hasta diez y cuando sentí que la rabia se esfumaba, me despedí de los guardias y caminé hacia la salida. Di una vuelta por los alrededores del edificio y finalmente llamé a Doris desde un teléfono público. Se encontraba en su oficina escribiendo un informe sobre los casos que dejaría pendiente. Le hablé de mi fallido intento por encontrar a Ferrara y ella me contó que Gonqueras había hecho su declaración y que estaba colaborando en la confección del retrato hablado que ayudaría a identificar al invitado especial de Ferrara.

Después le dije que probablemente no volvería temprano a mi departamento, colgué el teléfono y me dediqué a buscar un bar donde sirvieran mi brebaje favorito. Deseaba tomar una decisión que requería de los consejos del señor Jack Daniels.

\* \* \*

Observé el tablero que indicaba los niveles del aceite y la bencina, y enseguida aceleré dispuesto a meterme bajo las patas de los caballos. A medida que salía de la ciudad los edificios eran sustituidos por casas bajas, y estas, por esporádicos ranchos de cuyas ventanas brotaban unas amarillentas y desganadas luces. Después la



oscuridad se hizo más profunda y la autopista de alta velocidad me pareció una especie de cinta negra, brillantada por las luces de neón del alumbrado y la lluvia que comenzó a caer, suave, pero persistente. Me aferré al volante y durante un buen rato me concentré en las curvas del camino y en los autos que pasaban por mi lado. Recién entonces volví a pensar en la confesión de Gonqueras y en la perversidad que se escondía en algunos rincones de la ciudad, alentada por deseos turbios que jugaban con el dolor de sus semejantes.

Llegué al balneario de Santo Domingo pasadas las tres de la mañana. Recorrí algunas de sus calles desiertas y anduve lentamente por la extensa avenida que enfrenta al mar. Había dejado de llover y a la luz de la luna se veían unas olas amplias y blancas que destacaban sobre un horizonte oscuro y enigmático. Di un par de vueltas por las calles interiores y regresé a la bencinera que había visto al entrar en el balneario. Parecía cerrada, pero al estacionar vi salir a un hombre desde una caseta ubicada a un costado de la construcción que durante el día albergaba a la oficina de administración. Vestía una gruesa parka roja, gorro de lana y una bufanda azul y oro con el escudo del club Everton en una de sus puntas. Se acercó al auto y esperó a que bajara la ventanilla para observarme con atención.

—¿Necesita combustible o tiene problemas con el auto? —preguntó.

—Por ahora solo requiero una dosis de bencina y otra de información —respondí.

El hombre me indicó que acercara el auto a una de las bombas. Trabajé rápidamente en el llenado del estanque, hizo una boleta y me cobró el servicio.

—Usted es el primer cliente que atiendo desde la medianoche. ¿Viene de Santiago?

—Demoré más de dos horas en llegar. De noche hay que manejar con precaución.

—De noche y de día, amigo —dijo el hombre y luego de observar mi vehículo un instante, agregó—: No se ofenda, pero tuvo suerte de haber llegado hasta aquí con la carcacha que conduce.

—No se fije en las apariencias, amigo. Tiene un motor animoso y optimista.

—¿Y qué anda haciendo a estas horas por el balneario?

—Busco la casa del señor Alberto Ferrara. ¿La conoce? Me retrasé en el viaje y por eso sigo en pie a estas horas de la noche.

—Vivo en San Antonio y la estación de servicios es casi lo único que conozco del balneario. Tendrá que esperar la luz del día, salvo que quiera ponerse a golpear puertas y correr el riesgo de que lo muerda un perro o le peguen un tiro en la cabeza.

—¿No existen guardias municipales o algo por el estilo?

—Solo en verano. Recorren el balneario, atentos a la presencia de extraños o de los jovencitos pitucos que usan la playa como cantina.

—Parece que no tengo otra alternativa que esperar. ¿Sabe dónde podría alojarse?

—Tendría que ir a San Antonio o a Cartagena.

—No tengo ganas de seguir conduciendo.

—Puedo prestarle una frazada para que se recueste dentro del auto. En una de

esas tiene suerte y consigue pegar una pestañada.

—No es mala idea.

—Estacione cerca de la caseta. Es el sitio más seguro.

Seguí la instrucción y al rato el hombre volvió a mi lado portando una frazada de lana verde.

—Es como mi esposa. Gruesa, vieja, pero aún abriga —dijo al tiempo que me pasaba la frazada.

—¿Seguro que no la echará de menos esta noche?

—¿A quién? ¿A mi esposa o a la frazada?

\* \* \*

En algún momento me dormí, después de maldecir al frío que se filtraba por unas de las ventanillas y sobre todo al dolor de espalda, que me impedía encontrar una posición cómoda sobre el asiento trasero del auto. Me dormí, pero no descansé, porque en medio del sueño entré a una habitación en cuyo interior había una cama cubierta con una sábana azul. Un azul intenso que me hizo recordar un cuadro de Klein que había visto tiempo atrás en una revista. Doris estaba sobre la cama, boca abajo, desnuda y aparentemente dormida. Me senté en la cama y durante unos segundos deslicé una caricia a lo largo de sus piernas. Luego posé mis labios en el nacimiento de su espalda y dejé que ellos siguieran la suave ruta que conducía a su cuello, el que besé hasta que ella se dio vuelta y me ofreció el hermoso espectáculo de sus pechos y su vientre. Mis dedos tocaron ese piano desnudo hasta que Doris me atenazó entre sus brazos. Y luego, cuando me disponía a refugiarme entre sus piernas, oí un ruido que me devolvió brutalmente al desolado interior del auto. Traté de mantener viva la magia del sueño, pero el hombre que atendía la estación de servicios continuó golpeando la ventanilla.

—Se le pasó la mano con la pestañada —dijo el hombre—. Son más de la nueve y en una hora más entrego el turno.

—¿Más de las nueve? —pregunté, sorprendido.

—Pero no se preocupe, en esta época del año nada empieza a funcionar en el balneario antes de las diez.

—Estaba en medio de un sueño al que quisiera regresar.

—Y a quién no le gustaría vivir un sueño eterno.

—Era un sueño muy especial.

—Me alcanza el tiempo para convidarle un café —agregó el hombre sin prestar atención a mis últimas palabras.

Un rato más tarde, después de beber un café aguachento y fumar el primer cigarrillo de la mañana, me despedí del hombre y puse en marcha mi auto sin saber a qué lugar dirigirme. El balneario parecía un jardín gigantesco y a uno y otro lado de

sus calles se veían casas grandes y lujosas, la mayoría de las cuales lucían sus ventanales cerrados. Recorrí varias calles sin divisar a nadie, hasta que di con un puesto de frutas y verduras. Me bajé del auto y conversé con una mujer de aspecto abandonado que dijo ignorar quién podía ser Alberto Ferrara. Volví al auto y en la hora siguiente me detuve en tres negocios que ofrecían cosas tan disímiles como pan amasado, cestos de mimbre y paseos en caballos. En ninguno de los tres supieron decirme nada de Ferrara. Seguí mi recorrido por el balneario hasta que media hora más tarde di con un supermercado. El administrador, un tipo alto y con aspecto de malas pulgas, me escuchó con atención y después de indagar acerca de mis intenciones con Ferrara, me dijo que lo conocía porque con alguna frecuencia llamaba para hacer sus pedidos de mercaderías. Repetí mi cuento sobre el vendedor de seguros y el administrador se tragó el anzuelo sin chistar. Me dio el nombre de una calle y tres o cuatro indicaciones para llegar sin tropiezos a mi destino.

La casa era una amplia construcción de cemento, con grandes ventanas que miraban hacia el mar y una puerta de dos hojas a la que se llegaba luego de subir por una escalinata de seis peldaños. A primera vista parecía abandonada. Frente a la casa había un arbusto reseco, rodeado de maleza y pasto amarillento. Los muros de la casa lucían descascarados y la mayoría de sus ventanas estaban cubiertas por gruesos postigos de madera.

Avancé hasta quedar junto a la puerta y antes de golpear agucé el oído. Una melodía llegaba, disminuida, desde el interior. Di unos golpes en la puerta y quedé a la espera de una respuesta. No pasó nada. Insistí con los golpes y el resultado no fue diferente. Pensé en embestir contra la puerta y rápidamente llegué a la conclusión de que solo conseguiría fracturarme un hombro. Volví a escuchar la música y creí reconocer los tonos agudos de una trompeta. Recorrí el exterior de la casa y llegué hasta un patio trasero en el que se amontonaba una gran cantidad de botellas vacías, neumáticos de vehículos y cajas de cartón. La casa se comunicaba con el patio a través de una puerta que de la mitad hacia arriba tenía una docena de pequeños vidrios de colores. No lo pensé dos veces. Cubrí mi mano derecha con la manga de mi chaqueta y rompí uno de los vidrios. Lo demás fue fácil. Introduje mi mano por la rotura, accioné la chapa de la puerta y entré a un largo pasillo que hedía a humedad. Avancé y observé el interior de tres habitaciones que encontré en mi camino. Todas estaban con un evidente aspecto de abandono. Volví a escuchar la música y caminé hasta donde supuse estaba su origen.

Era una habitación más grande que las anteriores, en la que había un par de repisas, una cama de dos plazas y la radio de la que brotaba el sonido. Sobre la cama, de espaldas, dormido y con la boca abierta, había un hombre pelirrojo. Vestía pantalones beige y una camisa anaranjada de seda. A su lado, sobre una almohada, divisé una botella de White Horse a medio consumir. El hombre debía estar sobre los sesenta años, pero daba la impresión de tener buen estado físico y que superada su resaca podría trotar fácilmente un par de kilómetros. Me acerqué hasta la cama y el

colorín siguió en su posición, imperturbable. Tomé la botella de whisky, bebí un par de tragos y la regresé a su lugar sobre la almohada. Luego saqué mi pistola y puse su caño sobre la frente del dormido.

Ferrara no demoró en despertar y cuando lo hizo observó con enojo la pistola que lo apuntaba.

—¿Quién es usted? ¿Un ladrón, compinche de la puta que estaba conmigo hasta hace unas horas? —preguntó.

—Aquí no hay putas ni ladrones, Ferrara —dije, lentamente como si hubiera querido escuchar el imperceptible eco de mis palabras.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó.

—No imagina las miles de cosas que aprendí en la escuela.

—Su humor no tiene gracia. ¿Qué mierda quiere?

—Mantenga los modales. Para empezar quisiera conversar sobre Míster Daroca.

—¿Daroca? —preguntó y noté una expresión de inquietud en su mirada.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar.

—Un admirador de las viejas series de televisión.

Ferrara sonrió nerviosamente. Intentó incorporarse y se lo impedí con una leve presión de mi pistola sobre su mentón.

—Daroca es un personaje que interpreté cuando trabajaba de actor. Otra época y otra vida.

—Eso lo sé. Y conozco cómo terminó su relación con el personaje.

—No logro entender lo que quiere. ¿Qué interés puede tener usted en Daroca?

—¿Recuerda a Lugano, su rival de antaño?

—Jamás podría olvidar a ese hijo de perra —dijo y de inmediato pareció arrepentirse de sus palabras.

—¿Conoce la acusación que pende sobre él?

—Leí la noticia en la prensa y me alegró saber que pasará sus últimos años entre rejas. Él y sus contactos mataron la mayor ilusión que he tenido en mi vida.

—Hay quienes creen que Lugano es inocente.

—¿Por eso vino a mi casa? ¿Pretende sacar a Lugano del embrollo en que se encuentra metido?

—Por eso y otros temas más interesantes.

—¿Policía?

—La policía no tardará en aparecer. Soy un hombre que hace preguntas.

—Su pistola no me deja más opción que seguir escuchando —dijo Ferrara y acompañó sus palabras con una sonrisa despectiva.

—Y le aseguro que sé usarla con habilidad.

—De acuerdo, intentaré responder sus preguntas. Pero de partida le advierto que hace años que no sé nada de Lugano.

—Más que de Lugano, quiero que me hable de ese Míster Daroca que contacta prostitutas, les ofrece trabajo y luego las asesina.

—No sé de qué demonios está hablando —dijo Ferrara, con cierta violencia.

—De un rol que usted representa desde hace demasiado tiempo. Gaby Ribeyro, Alma Morán, Rita Mardones, Margarita Jara y Teresa Troncoso. ¿Recuerda esos nombres?

—¿Debería?

—Tal vez las conoció por sus nombres de trabajo. Persia o Selva, por ejemplo.

—No siempre recuerdo los nombres de las mujeres que conozco.

—Las mujeres que mencioné eran prostitutas. Y no me diga que no se junta con putas. Hace un rato lo oí maldecir a una de ellas.

—Compro lo que ellas me ofrecen y a nadie perjudico con eso. Las atiendo bien, nos divertimos y cada cual obtiene lo que necesita, dinero o placer.

—Sospecho que en ocasiones las amarra y degüella.

—¿Me está acusando de asesinato? Usted está chiflado.

—¿Le gustan las películas de Hitchcock?

—¿A qué viene esa pregunta? He visto dos o tres, como cualquier aficionado al cine.

—Y escribí comentarios sobre sus películas, en una vieja revista llamada *Sinopsis*.

—Había olvidado esos comentarios. Ha pasado tanto tiempo desde que los escribí y mi interés por Hitchcock ya no es el mismo de entonces.

—Si registro su casa puede que descubra una evidencia que desmienta sus palabras.

—No entiendo a dónde quiere llegar —dijo Ferrara.

—Mujeres que aparecen asesinadas con una película de Hitchcock sobre sus cuerpos.

—Recuerdo que mencionaban ese detalle en la noticia sobre Lugano y su detención —dijo Ferrara—. ¿Qué mejor para tener la certeza de que él es el culpable?

—¿Lee diarios en papel o en la Internet?

—Me gusta hojear los diarios y apreciar el olor de la tinta.

—¿Qué diario lee?

—Estoy suscrito a *El Mercurio*. ¿Qué importancia tiene eso? —preguntó Ferrara.

—Las dos últimas semanas me he dado el trabajo de leer toda la prensa escrita y en las pocas notas que se han publicado sobre los crímenes que investigo no aparece la más mínima mención a las películas de Hitchcock —dije, y luego de una pausa para pasar la pistola de una mano a otra, agregué—: Ya es hora de que deje de mentir. Entre otras cosas que he averiguado sobre usted, sé que mantiene un archivo con las noticias sobre Lugano que han aparecido en prensa desde que él interpretó el rol de Mister Daroca.

—¿Cómo sabe lo del archivo? —preguntó Ferrara, descompuesto—. ¿Con qué derecho se inmiscuye en mis asuntos?

—El derecho que me da una pistola y la voluntad de resolver unos asesinatos.

—Lugano es el único que puede decir algo sobre eso.

—Ya hablé con él y no sabe nada.

—¿Lugano lo contrató para que usted me acuse de sus fechorías?

—Lugano ni siquiera se acuerda de usted.

—¡Miente! ¡El miserable aún disfruta con el daño que me causó! —exclamó Ferrara, y luego, más tranquilo, agregó—: No tengo nada que decir sobre esas mujeres.

—Margarita Jara y Teresa Troncoso. Tuve en mis manos una foto en la que usted aparece cenando con ellas.

Ferrara movió sus hombros en un vano gesto de indiferencia.

—Barrales. ¿Le dice algo ese nombre? Un tipejo que vende drogas y que ha estado en esta casa.

—No voy a negar que en ocasiones compro drogas.

—Compra drogas para su consumo y el de sus invitados a las fiestas que organiza con frecuencia. Barrales, seguramente, le hablará de eso a la policía.

—¿Barrales está detenido? —preguntó Ferrara sin contener su sorpresa.

—Detenido, al igual que su amigo Gonqueras. Disculpe el lugar común pero usted está solo como perro. Sería bueno que vaya reconociendo la situación en que se encuentra.

—¿Qué ha dicho Gonqueras? —preguntó Ferrara, y de inmediato se dio cuenta de que había hecho la pregunta equivocada.

—Dice que usted le entregó la información que permitiría involucrar a Lugano con los asesinatos. Y dada su obsesión con Lugano, no me extraña que haya sido así.

—Tenía derecho a gozar de una pequeña venganza.

—Venganza. Pensé en ella cuando supe que usted ordenó a Gonqueras que contratara a un sicario. ¿Se acuerda de Malbrán?

—¿Usted es Heredia? Debí darme cuenta desde el comienzo —dijo Ferrara, y luego de acomodar su cabeza sobre la almohada en la que descansaba, añadió—: Gonqueras me habló de usted y del riesgo que se corría con sus pesquisas. Pero yo no planifiqué el ataque en su contra. Fue idea del periodista. Dijo conocer a un sicario que podía hacer el trabajo, y me pidió dinero para contratarlo.

—¿Por qué habría querido Gonqueras que me mataran?

—Veo que no está informado de los detalles.

—Gonqueras insinuó que usted lo chantajeaba por algo que no quiso precisar.

—El hombre tiene dos grandes aficiones. Seducir niñas y hablar de más, como los bocones o los imbéciles. Hace dos años me pidió esta casa para ocuparla durante un fin de semana. Se la presté y tuve el buen tino de seguirlo para conocer lo que haría en ella. Llegó a la casa con una niña a la que recogió en San Antonio. La mocosa no debía tener más de diez o doce años. Los detalles están de más, usted debe saber de qué se trata eso. Gonqueras no se dio cuenta de mi presencia y yo filmé su actuación a través de un espejo simulado que tengo en la habitación principal. Gracias a esa

filmación conseguí que Gonqueras hiciera algunos trabajos de mi interés.

—Prostitutas y drogas.

—Pequeños servicios.

—¿Y por qué aceptó contratar al sicario?

—Gonqueras me convenció.

—Eso puede ser parte de la verdad. ¿Qué más?

—Mi relación con Gonqueras cambió a partir de dos hechos. Un fin de semana que yo estaba en Santiago, Gonqueras regresó a esta casa y encontró la filmación que hasta entonces me permitía chantajearlo —dijo Ferrara y enseguida se quedó en silencio.

—Usted habló de dos hechos —dije—. El segundo tiene que ver con una de sus fiestas. Gonqueras estuvo aquí el fin de semana en que vinieron Teresa Troncoso y su amiga Margarita.

—¿Gonqueras le contó eso?

—A mí y a la policía. Y le aseguro que no omitió detalles.

—¿Usted y yo podemos llegar a algún acuerdo?

—Esperaba que tarde o temprano me hiciera esa pregunta. Tipos como usted siempre creen que la verdad y la decencia se pueden transar por una cantidad de dinero.

—Quisiera poder huir a cambio de ciertos detalles que usted ignora.

—Teresa insistió en traer a su hermana a la playa —dijo Ferrara, remarcando sus palabras, como para asegurar que estaba diciendo la verdad.

Le había permitido sentarse en la cama y hablaba lentamente, mientras su mirada, aparentemente resignada, permanecía fija sobre sus zapatos. Pensé que no había nada de malo en recibir a la loquita y que con eso Teresa se mostraría más cariñosa conmigo. Reconozco que sentía una especial atracción por Teresa y no quise que una negativa de mi parte estropearla la fiesta. Además, me interesaba que el principal invitado no se fuera defraudado. Y durante el día y parte de la noche no hubo ningún problema. Teresa, su hermana y la otra mujer estuvieron en la playa y regresaron contentas a la casa. La hermana miró televisión durante la tarde y cuando comenzó la fiesta se limitó a mirar cómo nos divertíamos y luego se puso a bailar sola, sin que le importara nada de lo que ocurría a su alrededor.

—Y en algún momento llegó Barrales con la mercadería que usted le había encargado —dije con la intención de apurar el relato de Ferrara—. Estuvo unos minutos y se marchó. O mejor dicho, usted lo despidió sin mayor ceremonia. No quería más testigos para lo que seguramente ya estaba ideando en su mente retorcida.

—Se equivoca —dijo Ferrara y miró a su alrededor, como si quisiera retener en su memoria cada uno de los objetos que había en la habitación.

—¿En qué me equivoco? —pregunté.

—Adriazola, mi invitado, fue el que se fijó en la loquita. Se había acostado con las dos putas, pero quería más. Teresa y la otra mujer intentaron oponerse, pero Adriazola las amenazó con la policía. Les dijo que tenía influencias y que podía hacerlas pasar un mal rato. Finalmente consiguió llevar a la hermana a una de las habitaciones. Comenzó a besar a la muchacha y luego la obligó a desnudarse. La chica no quería hacerlo, pero él le pegó un par de cachetadas y para evitar que se siguiera resistiendo me ordenó atar a la muchacha. Después la violó.

—Y usted fue actor y cómplice de esa violación. Gonqueras entró a la pieza y vio lo que estaban haciendo con la muchacha.

—Lo invitamos a participar y él se negó. Debí pensar que detrás de su negativa ocultaba el deseo de aprovecharse de lo que había visto. Pero eso solo lo supe tres días después, cuando me llamó para pedirme dinero. Me negué a dárselo y entonces me habló de la denuncia que efectuaría Teresa si es que él se lo sugería.

—Cosa que usted no podía permitir.

—Gonqueras también me habló del periodista Segovia y del reportaje que podría escribir a partir de los antecedentes que él se encargaría de entregarle. Le pedí unos días para tomar una decisión respecto a sus amenazas y luego conversé con Adriazola, quien me indicó una buena fórmula para acabar con el problema.

—Matar a Segovia y a las prostitutas.

—Segovia quedó en las manos de Adriazola.



—Y luego usted mató a las mujeres.

—Les hice el favor de sacarlas de la vida que llevaban —dijo Ferrara, y noté un brillo especial en sus ojos.

—¿Y por qué mató a las otras mujeres, a las primeras víctimas?

—Por gusto. Usted jamás podrá imaginar el placer que sentí al verlas atadas, descubriendo que no se trataba de la fantasía sexual de un cliente de gustos extraños. El placer de ver sus rostros atemorizados cuando les mostré el cuchillo con el que puse término a sus miserables existencias.

Me acerqué a Ferrara y le propiné un golpe en el rostro. Ferrara lo resistió sin chistar y se burló de mi trato. Repetí el golpe un par de veces hasta que lo vi quedar inerte sobre la cama.

\* \* \*

La idea de usar la pistola pasó por mi mente un par de veces, pero al final pensé que el mejor castigo para Ferrara sería vivir encerrado por el resto de sus días, lejos de sus placeres, penando por sus crímenes. Velé su sueño durante unos minutos y luego hice un recorrido por las otras piezas de la casa. Descorrí un par de cortinas y dejé que la luz iluminara el abandono que cubría los innumerables objetos antiguos que se amontonaban en las habitaciones, como si Ferrara se hubiera dado el trabajo de trasladar hasta su casa en la playa las mercaderías sobrantes de su tienda. En el salón principal descubrí los vestigios de su última fiesta: botellas, colillas de cigarrillos y preservativos desperdigados sobre la alfombra que cubría parte del lujoso piso de cerámica.

Pensé en llamar a la policía y olvidarme para siempre de las muertas; volver a la compañía de Simenon y esperar que otros casos menos sórdidos llegaran a tocar mi puerta. Necesitaba alejarme del dolor y preocuparme de la tranquilidad que me debía. Sin embargo, no necesitaba hurgar largo rato en mi conciencia para descubrir que jamás podría abandonar el caso. Mi destino era buscar la verdad, porque más allá del pesimismo que atenuaba mi entusiasmo durante mis investigaciones, soy de los que siguen creyendo que la vida no puede ser una secuencia interminable de renunciadas y sufrimientos. Durante mi residencia en el orfanato pensaba que la verdadera vida estaba más allá de sus puertas: en las calles por las que pasaba la gente y los buses que me hacían imaginar lugares remotos que un día llegaría a conocer. Después vino el tiempo de la dictadura y pensé que había que resistir para que un día, ojalá no muy lejano, la vida bailara sonos más alegres. Y volví a equivocarme. Como en viejas películas de hampones y pugilistas, el resultado de la pelea estaba arreglado para que ganaran los que hacían las apuestas más abultadas. Se acabaron las ideas, llegó el dinero y la vida a mi alrededor se transformó en nostalgia y comercio. Estaba cansado y en ocasiones no sabía muy bien qué hacer para sobrellevar el cansancio. Tal vez

debía quedarme en la cama, leyendo novelas policiales, como dicen que hacía Onetti, o desaparecer de Santiago sin avisar a nadie, hasta que el tiempo hiciera su trabajo y mi nombre fuera materia de vagos recuerdos.

Recogí una de las botellas de pisco que estaban en el salón y regresé al dormitorio. El asesino seguía adormecido. Bebí algo del pisco que contenía la botella y el resto lo arrojé sobre el rostro de Ferrara.

—Aún está aquí —dijo cuando consiguió reaccionar y abrir los ojos—. Pensé que usted era parte de una pesadilla que desaparecería al despertar.

—Vaya acostumbrándose a la idea de que sus peores pesadillas están por llegar.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Ferrara.

—Llevarlo a Santiago y hacerle compañía hasta que lo encierren en un calabozo.

—Tengo influencias y dinero para evadir las rejas.

—No descarto esa posibilidad. La vida me ha enseñado a recelar de la justicia y de quienes están facultados para ejercerla.

—Sus esfuerzos quedarán reducidos a una causa archivada.

—Intento quedar en paz con mi conciencia. Es la única ley a la que me atengo.

—Pensé que usted sería más astuto para entender cómo funciona el mundo en que vivimos.

—Lamento defraudarlo, jamás aprendí a comportarme como indican los manuales del oportunismo —dije, y luego de acompañar mis palabras con una sonrisa irónica, agregué—: Me queda una pregunta en el tintero. Gonqueras dijo que el nombre de su invitado era falso. ¿Quién es el hombre serio y rudo que estuvo en su fiesta? ¿Cómo se llama el infeliz que violó a Beatriz Troncoso?

—Jamás se lo diré. Es la carta que reservo para salir bien parado de este juego. Deje su investigación en este punto y sabré recompensarlo.

—Prepárese para viajar. Ya encontraré una fórmula para que revele el verdadero nombre de su invitado. El camino es largo y tiene rincones solitarios en los que uno puede detenerse sin que nadie lo vea.

Ferrara obedeció de mala gana y se puso de pie. Dio un par de pasos y estiró los brazos como acomodando las partes de su cuerpo a la nueva posición. Un repentino ruido proveniente desde el salón principal me hizo mirar un instante hacia la puerta del dormitorio. Fue el segundo que esperaba Ferrara para dar dos pasos inesperadamente ágiles y golpearme en el rostro. Caí de rodillas y cuando intenté reaccionar, el dolor en mi espalda volvió a aparecer. Ferrara tomó la botella que estaba sobre la cama y con algo de suerte logré mover la cabeza lo necesario para recibir el botellazo sobre mi hombro derecho. Pero esa fue toda mi defensa. Ferrara recogió la pistola que yo había dejado caer y apuntando hacia mi cabeza me obligó a mantenerme en mi lugar.

—Nuestra conversación tendrá un final inesperado —dijo y acompañó sus palabras con una risa breve y cavernosa.

—Si dispara añadiré otro nombre a su lista de muertos. Y, tarde o temprano, se le

acabará la suerte.

—Mi suerte es asunto mío. Yo decido mi destino, como antes lo hice con el de esas mujerzuelas.

—Dispárese, ¿qué espera?

—Estoy pensando si debo dispararle de inmediato o inventar un juego especial para usted. Puede que le guste saber lo que sintieron esas putas por las que arriesgó inútilmente su pellejo.

—Está perdiendo un tiempo valioso, la policía no tardará en llegar —dije mientras pensaba en la que podría ser mi última defensa.

Ferrara se acercó a mi lado y dejó sentir el peso de la pistola sobre mi cabeza. Sentí el repiqueteo de unas campanas, pero no me adormecí. Una hebra de sangre comenzó a brotar desde el costado derecho de mi frente. Me incorporé a medias y miré a Ferrara.

Lo vi apuntar hacia mi cabeza y enseguida escuché el ruido de un disparo. Ferrara retrocedió unos pasos y dejó caer la pistola. La sonrisa en su rostro dio paso a una mueca de dolor. Miré hacia la entrada del dormitorio y reconocí a Chacón, que aún mantenía su pistola apuntando hacia Ferrara.

—Segunda vez que aparece de la nada —le dije mientras lograba ponerme de pie y recogía mi pistola.

Chacón se acercó a Ferrara y le examinó la herida que tenía en su hombro izquierdo. Luego procedió a esposarlo y lo arrojó de bruces sobre la cama.

—Gracias —le dije—. Te debo otra gauchada.

—La comisaria Fabra jamás lo habría dejado venir a la playa sin compañía. Apenas usted le dijo que llegaría tarde a su departamento, me llamó para ordenarme que lo siguiera como si fuera su sombra. No fue difícil dar alcance al cacharro que conduce, pero sí fue incómodo dormir en el auto. Después lo seguí y esperé unos minutos antes de entrar a la casa por el mismo camino que usted utilizó. El resto fue escuchar su conversación con Ferrara y esperar el momento más adecuado para intervenir.

—¿Por qué no lo hiciste antes?

—Me ordenaron dejarlo trabajar tranquilo —respondió Chacón y luego de hacer un guiño cómplice, agregó—. La comisaria Fabra lo conoce bien. Cuando me mandó a seguirle los pasos, dijo: déjalo hacer a su antojo y solo interviene si están a punto de patearle el trasero.

—Dos segundos más y me quedo sin trasero.

—Quise ver cómo se las arreglaba para salir del lío. Me gustó como llevó el interrogatorio, pero debería ir a un gimnasio. Está fuera de forma. Segunda vez, desde que lo conozco, que lo toman por sorpresa.

—Puede que más tarde tenga tiempo para seguir escuchando tus comentarios —dije, algo mosqueado por las últimas palabras de Chacón—. Ahora debemos trasladar a Ferrara hasta Santiago.

—No tardan en llegar mis colegas de San Antonio. Antes de entrar a la casa los llamé y les pedí cooperación.

—Eso me deja tiempo para insistir con una pregunta que tengo pendiente —dije mientras me acercaba hasta la cama donde yacía Ferrara.

—¿Qué se propone? —preguntó Chacón.

—El tipo que violó a Beatriz sigue suelto y Ferrara sabe quién es.

—¿Qué pretende hacer?

—Demostrarle lo desagradable que puedo ser en determinadas ocasiones.

## 29

—Estará uno o dos días en el hospital de San Antonio y una vez que se recupere de su herida lo trasladarán a Santiago —dijo Chacón mientras veía alejarse el furgón policial ocupado por Ferrara y los dos detectives que se habían hecho cargo de su detención.

—Preferiría no depender de terceros para su custodia —dije.

—Conozco a mis colegas y les pedí reserva sobre la detención de Ferrara.

—Reserva que puede durar menos que un suspiro. No me extrañaría recibir una sorpresa desagradable.

—¿No le parece que exagera? —preguntó Chacón y sin esperar mi respuesta, agregó—: Conduzca su auto y yo lo sigo.

Esperé a que me subiera a mi auto y luego entré al suyo. Parecía no tener prisa y yo no pude exigir demasiado al motor del Chevy Nova que, antes de salir del balneario, comenzó a sonar de una manera sospechosa hasta que decidió quedarse a la vera del camino, derrotado.

Chacón sacó una soga desde la cajuela de su auto y la utilizó para remolcar mi vehículo hasta la estación de servicios donde había pasado la noche anterior. El hombre de la bencinera me reconoció de inmediato y se ofreció para examinar el motor.

—No puedo hacer nada por su auto. Necesita una revisión a fondo y eso lleva tiempo —dijo al cabo de un rato—. Si quiere, me lo deja y vuelve a buscarlo en quince días más. Tengo un primo mecánico que lo dejará como nuevo.

—¿Como nuevo? ¿Está seguro?

—Es una manera de decir, amigo. Si mi primo hiciera milagros ya estaría canonizado.

—Trato hecho —respondí luego de pensar que las opciones que tenía respecto al futuro del auto no eran muchas. Lo ponía en manos de un mecánico o lo dejaba en cualquier parte, como pasto para el óxido o los chatarreros.

Me despedí del hombre, de mi viejo auto y subí al vehículo de Chacón. El policía condujo en silencio. La última confesión de Ferrara seguía revoloteando en su cabeza.

—Debería llamar a la comisaria —dijo luego de un rato.

—Lo haré cuando llegue a mi oficina.

—¿Por qué no usa su celular?

—Formo parte del reducido diez por ciento de chilenos que no usan celulares, y del aún más reducido porcentaje de tipos que pueden estar en un bar sin recibir las llamadas de sus esposas cada veinte minutos. Después del cepo y el grillete, el celular es lo más efectivo que han inventado para controlar a un sujeto.

—No entiendo por qué le preocupan las llamadas de las esposas. Hasta donde sé, usted es soltero.

—Era solo un ejemplo, Chacón.

—¿Quizás está pensando en pisar el palito?

—No soy buen partido para ninguna mujer. Sin pega fija, sin horarios, magullado como estoy ahora —dije mientras tocaba el parche que Chacón me había colocado en la frente.

—Por usted podría interesarse una mujer que comparta su afición por las investigaciones.

—No me digas que ahora trabajas de celestino.

Chacón se ruborizó y no volvió a hablar durante varios minutos. Encendí un cigarrillo y observé los viñedos que crecían a los costados de la carretera. El verde de las parras contrastaba con el rojo de la tierra y el celeste intenso que mostraba el cielo despojado de nubes. Por unos segundos pensé en cómo sería mi vida alejado de Santiago, en una ciudad del sur, sin otra preocupación que dejar pasar las horas al amparo de un árbol y en compañía de un libro, una jarra de vino, algo de queso y un pan amasado con mis manos.

—Si quiere le presto mi celular —dijo Chacón al cabo de un rato.

—Eres un tipo de ideas fijas.

—Yo podría llamarla, pero usted fue el que hizo cantar a Ferrara. No quiero arrebatársela la primicia.

—Tú ganas. Préstame el celular y hazme un curso veloz para su uso.

\* \* \*

Me bastó escuchar un momento a Doris para intuir que estaba nerviosa. Preguntó si me encontraba bien y realizó un comentario festivo cuando le conté que regresaba

a Santiago en compañía de su subalterno y que mi auto gozaba de unos días de asueto en la playa. Enseguida escuchó con atención mi relato de lo sucedido en el balneario y me preguntó por el estado de la herida en mi frente.

—¿Quieres saber el verdadero nombre de Adriazola? —le pregunté cuando el relato llegó al punto de mi última conversación con Ferrara.

—Pierdes tu tiempo jugando al suspenso. Desde ayer conozco la verdadera identidad de Adriazola. Lo reconocí apenas me mostraron el retrato hablado que nos ayudó a confeccionar Gonqueras.

—¿A eso se debe la preocupación que noto en tu voz?

—Pasé gran parte de la noche sin dormir. No todos los días investigo un caso en el que uno de los culpables trabaja a metros de mi oficina.

—Wilmer Gómez Aranda. Chacón me explicó que es el superior directo de Pedro Gatica, tu jefe —dije—. Tendrás problemas cuando circule el retrato hablado.

—El retrato está guardado en uno de los cajones de mi escritorio. Evité que lo pusieran en circulación entre las unidades y cuento con la complicidad del perito que lo elaboró. Y desde luego, no he hablado del tema con Gatica.

—¿Conocerá tu jefe los puntos que calza Gómez Aranda?

—No lo sé, Heredia. Los ignora completamente o bien los conoce y decidió que esa información es una buena inversión para su carrera dentro de la institución.

—¿Cuál de las opciones te convence más?

—Gatica es un hijo de puta, pero no es tonto. Debe sospechar que algo raro sucede desde el mismo momento en que Gómez le ordenó concentrarse en Lugano y cerrar el caso lo antes posible.

—Ferrara dijo que conoció a Gómez cuando este le compró unos sillones para amoblar su departamento. Después hubo otras compras y como suelen hacer ciertos policías, Gómez se preocupó de averiguar los antecedentes de Ferrara y descubrió dos asuntos que fueron determinantes para la posterior relación entre ellos. Lo primero fue que Ferrara vendía drogas en su tienda, utilizando sus contactos con Barrales y con sus conocidos en el mundillo de la televisión. Gómez vislumbró la oportunidad de obtener beneficios y no la desperdició. El policía ofreció protección a cambio de una tajada de las ventas.

—No es el primer policía que se tiente con las drogas —dijo Doris.

—El segundo descubrimiento fue la afición de Ferrara por las putas. Ferrara lo invitó a sus fiestas y en una de ellas cometió el error de tener otros invitados que reconocieron a Gómez. Y esa fue la información que llegó a los oídos de Segovia y le hizo relacionar a Ferrara con las muertes de Persia y Selva, las prostitutas que originaron mi investigación. Segovia, que al parecer no tenía nada de ingenuo, pensó que escribir acerca de eso le acarrearía beneficios, sobre todo porque conocía las pugnas existentes al interior de la policía a raíz del nombramiento de unas jefaturas de alto rango. Sabía que una acusación sería fatal para Gómez. El periodista se puso a investigar y tuvo la mala ocurrencia de compartir sus inquietudes con Gonqueras,

quien no tardó en transmitírselas a Ferrara. De ahí a que la información llegara a Gómez no pasaron muchas horas y el policía no vaciló en decidir la muerte de Segovia. Lo único que Ferrara no me supo decir es si el policía actuó por su cuenta o recurrió a los servicios de un sicario.

—Te escucho y no sé qué pensar. Me enseñaron a confiar en mi gente.

—Ese es un dilema que solo tú puedes resolver. El problema es qué hacer con esa información; a quien entregársela sin que caiga en las manos equivocadas. Si Gómez se entera de lo que sabemos, no tardará en darnos el mismo trato que a Segovia. Tenemos poco tiempo y no podemos equivocarnos.

—No sería la primera vez que un policía muere en confusos incidentes, como les gusta decir a los periodistas cuando desconocen el trasfondo de un crimen o la policía los presiona para que entreguen alguna información falsa que confunda a los sospechosos.

—Debemos golpear desde distintos ángulos. Necesitamos que la noticia se difunda a través de una radio o de la prensa escrita; ubicar a un fiscal que se atreva a investigar, y por último, encontrar a una jefatura de la policía que te escuche y pueda desenmascarar a Gómez. Piénsalo. En una hora más estaré en Santiago y para entonces debemos tener definidos los pasos a seguir. Espérame en mi oficina y dile a Anselmo que te acompañe. No quiero que estés sola, y aunque te cueste aceptarlo, es mejor que estés al margen de las acciones que tengo en mente —dije mientras me preguntaba si esa última frase la había dicho por el problema puntual que la afectaba o era una reflexión sobre la soledad de Doris.

\* \* \*

Llegar hasta Santiago fue fácil, pero cuando entramos a las calles que conducían hasta el centro de la ciudad, el avance se hizo lento y sacó de quicio a Chacón, quien dejó de lado su compostura y lanzó un par de puteadas que se confundieron con la brisa que entraba por las ventanas entreabiertas del auto.

—¿Le has tomado el peso al lío en que estamos metido? —le pregunté de pronto.

—Sí, y no me gusta tener a otro policía en la mira.

—Supongo que te provoca algo de desilusión.

—Mi padre fue dirigente sindical durante gran parte de su vida y hasta el día de hoy no deja de entregarme sus enseñanzas. Suele hablar del poder, la corrupción y de ser fiel a lo que uno piensa que es correcto. Se molestó cuando le dije que deseaba ser policía. No le gustaba la idea de tener un hijo del lado de los que lo habían perseguido cuando la policía se puso al servicio de la dictadura. Después aceptó la decisión y el día que entré a la academia me habló de la línea que divide el bien del mal.

—Es fácil cruzar esa línea hacia el lado equivocado. Y por eso espero que las

tentaciones no te cambien.

—¿Usted ha cambiado?

—No he cambiado ni disfruto de ningún poder.

—Se equivoca, Heredia. Tiene el poder de elegir en qué lado de la línea permanece.

—Pagando el precio que imponen a los que no son rastreros o están al margen de toda influencia y compadrazgo.

—Nadie ha dicho que sea gratis.

—Si no se cruza una bala en tu camino, vas a llegar lejos —dije, y luego de mirar los autos que pasaban a nuestro lado, pregunté—: ¿Qué crees que deberíamos hacer con Gómez?

—Lo que disponga mi comisaria.

—¿Y si ella escoge el camino equivocado? —pregunté por el simple afán de provocar al policía.

—Se supone que usted la conoce muy bien —dijo Chacón, con clara doble intención en sus palabras.

—¿Te dedicas a olisquear las bombachitas de tu jefa?

—Tengo oídos y mis colegas hacen comentarios —respondió Chacón sin lograr evitar que sus mejillas adquirieran un tono púrpura.

—Un detective debe tener buenos oídos, pero no debe creer todo lo que escucha.

—¿A qué le teme? Si usted y ella se entienden, ¿cuál es el problema?

—En vez de hacer tantas preguntas, concéntrate en conducir.

—Disculpe, no era mi intención inmiscuirme en sus asuntos personales.

—Hay ciertos temas que evito tratar hasta conmigo —dije, mientras recordaba los versos de un tango que había oído cantar a Guillermo Carvel en un restaurante del barrio Bellavista: *Me da bronca cuando pienso que ya está y esto fue todo. Que siga andando solo por mi forma de pensar.*

\* \* \*

Simenon dormitaba sobre la cubierta del escritorio, ajeno a las preocupaciones de Doris y al cansancio reflejado en el rostro de Anselmo. Chacón saludó a su jefa y de inmediato le dio un completo informe sobre la detención de Ferrara y su posterior traslado al puerto de San Antonio. La mención de Gómez pareció sacarla de la calma que aparentaba y en lo que supuse era la repetición de un acto realizado varias veces en las últimas horas, se acercó a la ventana de la oficina y contempló por unos instantes a la gente que pasaba por la calle.

—Tranquila —le dije acercándome a su lado—. Con Ruperto chequeamos que no hubiera tipos indeseables en los alrededores.

—Gómez intentará una jugada sucia apenas se entere de lo sucedido.



—El hombre tiene su fama —comentó Chacón—. Dicen que durante el gobierno militar hizo una serie de trabajos deshonestos y recogió información acerca de sus superiores y de políticos opositores que tenían tejado de vidrio. Cuando al retorno de la democracia quisieron darlo de baja, sacó a relucir las cartas que tenía bajo la manga. Mantuvo su poder y se convirtió en un intocable que hasta podía darse el lujo de aparecer fotografiado en reuniones sociales con hampones de reconocido prontuario. Hay que definir muy bien la mejor estrategia para enfrentar a Gómez.

—Si Gómez nos encuentra reunidos en este departamento inventará un cuento para hacernos responsables de los asesinatos y de otros males que justifiquen un allanamiento y algunas muertes.

—Tienes razón, Heredia. Chacón debe volver a la oficina y estar atento a lo que se diga sobre el caso —concluyó Doris.

—Tú y yo nos quedaremos aquí —agregué—. No quiero que pases la noche en tu departamento, sola y a merced de las visitas molestas.

—¿Y yo qué hago, don? —preguntó Anselmo, preocupado.

—Tendrás a tu cargo la ejecución de una vieja artimaña que suele dar resultado.

—¿Qué clase de artimaña? —preguntó el quiosquero.

—Hay que dejar abierta la opción de ventilar el asunto. Escribiremos lo que sabemos sobre el caso y Anselmo entregará la información a Campbell, y le pedirá que la haga llegar a una radio que no tenga pelos en los micrófonos para denunciar lo que huele mal.

—No me parece suficiente —dijo Chacón—. Gómez hará efectivo su poder para evitar que se ventile la información.

—Mañana, a primera hora, Doris hablará con alguna jefatura de confianza —dije.

—¿Y tú? —preguntó Doris—. ¿Te vas a quedar mirando por la ventana?

—Estoy pensando en una buena sorpresa. Algo de lo que ya hablamos con Chacón cuando regresábamos a Santiago.

—¿Nos puede adelantar algo de esa sorpresa, don? —dijo Anselmo—. Temo que sea tan inútil como sus tincadas a la hora de apostar a los caballos.

—No seas mal hablado, Anselmo. En ocasiones atrapo un dividendo de esos con los que sueñan hasta los apostadores más avezados.

—Sorpresas, apuestas. ¿De qué están hablando? —preguntó Doris.

—Es tiempo de escribir un texto medianamente decente —retruqué.

—Sigo sin entender —dijo Anselmo.

—Heredia tiene una idea que me parece arriesgada, pero viable —dijo Chacón.

—Lo más sensato que has dicho es lo de conversar con alguien que pueda enfrentar a Gómez Aranda —dijo Doris—. Conozco a dos personas que pueden ser las indicadas. Felipe Almagro, un fiscal joven con el que he hecho buenas migas en el último tiempo, y don Juanuario Valenzuela, mi primer jefe en la Brigada de Homicidios.

—Valenzuela está jubilado y ya no pincha ni corta —dijo Chacón.

—Sabrá aconsejarme y me indicará a qué jefatura recurrir para desenmascarar a Gómez.

—Sigo sin entender nada —dijo Anselmo y mientras se acercaba al escritorio sobre el que estaba tendido Simenon, agregó—: ¿Pueden explicarme todo de nuevo?

—Menos dudas y más confianza, Anselmo —dije acercándome a la mesilla sobre la que dormitaba mi añosa máquina de escribir.

En algo más de una hora logramos resumir la investigación que nos había llevado a descubrir que Ferrara era el culpable de los asesinatos y que Gómez lo encubría hasta el punto de disponer la muerte de Segovia. Después Chacón se ofreció para llevar a Anselmo hasta su casa y este prometió ir a la oficina de Campbell a primera hora de la mañana. Lo demás, lo que ninguno quiso mencionar al momento de la despedida, era la incertidumbre que vagaba por las habitaciones del departamento.

\* \* \*

Llevábamos largo rato en silencio, a la luz de la luna que entraba por la ventana del dormitorio. Parecíamos los únicos habitantes de la ciudad, sobrevivientes de una catástrofe de la que nadie podría darnos ninguna explicación. Deslicé una caricia por el rostro de Doris y ella recorrió con uno de sus dedos las arrugas que surcaban los alrededores de mis ojos. Después me besó en los labios.

—Quisiera que mis preocupaciones se limitaran a llegar puntual a una oficina, sonreír y contestar un teléfono —dijo.

—Eso no daría ningún sentido a tus días. Te agrada vivir con la adrenalina al tope.

—Mi problema es que no sé dejar inconclusos los trabajos. Nunca he sabido detenerme ni aceptar los resultados adversos. Cuando investigaba mis primeros casos y las pesquisas no salían como quería, dejaba la oficina y me dedicaba a caminar cuadras y cuadras hasta que algo en mi interior se aquietaba.

—Sé lo que es eso. La incertidumbre que acecha y te consume.

—Podríamos quedarnos abrazados para siempre en esta cama.

—Instantes, pequeñas gotas sobre el vidrio o en las hojas de los árboles. Dicen que de eso trata la felicidad. El resto es el creciente hastío de la vida que se repite y desfallece, como el cansado resplandor de un fuego que se deja de alimentar.

—Me resulta muy difícil enfrentar a Gómez Aranda. Y no solo por las historias que se cuentan de él o la triste fama de sus interrogatorios. Es algo que tiene que ver con las jerarquías y la obediencia que te enseñan a tener con tus superiores. Y eso se traduce en miedo —dijo Doris mientras se liberaba de mi abrazo y se sentaba en uno de los bordes de la cama.

Observé su espalda desnuda y luego su rostro endurecido por la preocupación.

—No hay que avergonzarse del miedo —le dije—. No he dejado de sentirlo desde

que mi existencia se convirtió en una sucesión de interrogantes. No había nadie que esperara algo de mí; nadie que me indicara un camino a seguir. Tal vez por eso nunca he podido construir una vida en torno a las certezas que satisfacen al común de las personas. Trabajo, matrimonio, hijos. Sigo creyendo que en cualquier momento mi vida tendrá un quiebre inesperado.

—Has sabido vivir a tu manera y eso es más de lo que puede decir la mayoría de la gente.

—Cierto. ¿Pero no habrá llegado el momento de cambiar?

—No me vengas con el cuento añejo de tu retiro.

—Cada día pienso menos en eso. Prefiero que la vida me retire cuando lo estime conveniente. Te miro y me pregunto si es posible prolongar este instante.

—Expícate mejor, Heredia. ¿Me estás haciendo una propuesta? —preguntó Doris mientras volvía a tenderse a mi lado.

—¿Y qué si es una propuesta?

—No quiero saber nada de ella hasta que salgamos del embrollo en que estamos metidos.

—¿Y si no salimos bien parados?

—Te seguiré hasta el infierno para que concluyamos esta conversación.

Doris me miró un instante a los ojos y enseguida me besó.

—Y te recordaré cada palabra de las que acabas de decir —agregó.

—Parece que hablé más de la cuenta.

—Pero aún no dices lo esencial.

—Duerme. Mañana tendremos un día jodido —dije para cambiar el curso de la conversación—. Solo espero que Gómez no esté al tanto de la captura de Ferrara.

—Olvídate de eso. De saberlo ya habría venido a buscarnos.

—Tal vez en estos momentos se encuentre en tu departamento.

—Lo sabríamos. Dejé a uno de mis hombres vigilando el lugar. Siempre se encuentra a un compañero que sabe de lealtades.

—A ti no se te escapa nada.

—Duerme. Es lo mejor que puedes hacer por ahora.

—Antes dame unos besos —le dije, al tiempo que recordaba la frase de un ensayo de Montaigne que había leído en la universidad: *Los sabrosos, glotones y apretados besos de la juventud*.

\* \* \*

Doris se quedó dormida, pero yo no conseguí cerrar los ojos. Me mantuve alerta a los murmullos del viejo departamento hasta que la luz del sol comenzó a filtrarse por la ventana. Recién en ese instante sentí el cansancio, y para no dejarme ganar por el sueño, dejé la cama y fui a la cocina a preparar el primer café del día. Mientras hervía

el agua me mojé la cara en el chorro que brotaba desde la llave del lavaplatos.

Luego del primer sorbo de café, me senté frente al escritorio y abrí un libro de Blas de Otero que había comprado durante una mañana de vagabundeo por los puestos de libros ubicados frente a la Plaza Almagro. Recorrí sus poemas y me detuve en unos versos que decían: *Las palabras son tristes. Tienen miedo a quedarse en palabras o promesas que lleva el aire como un beso muerto: pobres palabras que el olvido entierra.* Pensé si sería capaz de decir las palabras que Doris deseaba escuchar y luego de releer el poema me dije que al menos debía darme la oportunidad de intentarlo. No hay nada malo en ceder a los sentimientos, me escuché decir en voz alta en el mismo momento en que Simenon saltaba encima del escritorio y se ponía a olfatear el libro de Blas de Otero.

—Poemas y café. ¿Tan mal estás? No has dormido en toda la noche.

—He estado pensando en el camino más expedito para llegar a la verdad que me interesa.

—Siempre la línea recta es el camino más corto.

—¿A qué viene eso? No me digas que ahora te interesa la geometría.

—En otra época ya estarías cara a cara con Gómez.

—Ya no tengo la agilidad de antaño y Gómez no es un ratero de cuatro chauchas al que pueda embaucar con mis artimañas.

—Basta con hacer los movimientos adecuados. La mejor artimaña es enfrentar a los culpables con la verdad.

—¿No debería esperar a que el policía muestre su juego?

—Mueve el trasero. El que pega primero, pega dos veces —dijo Simenon y luego, para confirmar que habían sido sus últimas palabras, brincó hacia el suelo y abandonó la habitación con su gorda elegancia de costumbre.

Lo vi alejarse y enseguida bebí otro sorbo de café. Desde la calle comenzaba a llegar el bullicio del barrio y por la ventana podía observar la torre de departamentos que crecía de manera desmesurada, al final de la calle Bandera, frente al viejo edificio que había cobijado al Hotel Bristol. Me acerqué a la ventana y observé el paisaje que rodeaba el Cerro San Cristóbal, la Vega Central y sus alrededores, hasta que el ruido del teléfono me obligó a regresar junto al escritorio.

—Espero no haberlo despertado —oí decir a Chacón—. Estoy frente a la casa de Gómez y según el reporte del compañero que la está vigilando, el hombre no se ha movido. ¿Cómo están usted y la comisaria? ¿Pasaron una buena noche?

—Lo de la buena noche no es algo que te incumba —dije, malhumorado—. Ella duerme y yo pienso en la sorpresa que acordamos dar a Gómez.

—¿Cambió de idea?

—Suponiendo que aún ignore lo que nosotros sabemos, sería conveniente darle una sorpresa. No lo comenté con Doris, pero le dije que seguiría actuando a mi manera.

—Estuve pensando en la sorpresa y conversé con varios de mis compañeros. Al

menos hay una cosa en la rutina diaria de Gómez que puede servirnos. Como sabemos, el hombre tiene sus aficiones ocultas y otras no tanto. Se dice que está encaprichado con una colombiana que trabaja en un café con piernas en el edificio Santiago Centro. La saca del lugar cuando se le antoja y todos los días la pasa a ver a eso de las doce. Va solo, aunque en ocasiones se hace llevar en su vehículo oficial. El detective que lo conduce comenta que Gómez le ordena esperarlo en el auto y que nunca demora más de media hora en cada visita. Al parecer toma un café, conversa unos minutos con la mujer y aprovecha esos encuentros para concertar citas de más largo aliento. Mis colegas dicen que obtiene los favores de la colombiana bajo amenaza. La mujer no tiene visa de residencia y basta que Gómez dé una orden para que la detengan y devuelvan a su país. ¿Qué le parece, Heredia?

—¿Cómo se llama el café? —pregunté al tiempo que escribía una nota para Doris, explicándole lo que me proponía hacer con Chacón.

—«Rigos», «Rugos» o algo así. No debe ser difícil ubicarlo. Dentro de la galería no hay más de diez cafés con piernas.

—Parece que tienes experiencia en la materia.

—Meses atrás tuve que seguir a un vendedor de coca que usaba esos cafés para sus negocios. Es cosa que se decida y procedemos.

—Ganas no me faltan, pero no quisiera dejar sola a Doris.

—Por eso no se preocupe. Desde anoche hay un detective de punto fijo frente al edificio donde usted vive. Déjele una nota y ella entenderá.

—¿Y qué podríamos hacer aparte de verlo tomar café?

—Usted dijo que deseaba conversar con él. Lo sacamos del café y lo llevamos a dar un paseo.

—Si nos va mal, tus días de policía estarán contados.

—Me preocuparé de eso cuando me pongan la soga al cuello.

\* \* \*

Había estado otras veces en la galería subterránea del edificio Santiago Centro. Conocía sus pasillos, relojerías y boutiques. Sus tiendas de artículos computacionales en las que se transaba una variedad de accesorios que para mí resultaban extraños. También conocía dos o tres cafés con piernas de la decena que había en el subterráneo, como ejemplo de una de las pocas actividades supuestamente originales que los santiaguinos ofrecen a los turistas. Originalidad con un fuerte olor a prostitución, disimulada tras el aroma del café que convocaba a los funcionarios y empleados que a cualquier hora del día encontraban unos minutos para observar el desplazamiento de las muchachas que, generosamente descubiertas, servían las bebidas y conversaban con los clientes.

El café al que me condujo Chacón no era muy diferente a los que conocía, pero

sin dudas sus muchachas tenían un atractivo especial. Casi todas eran altas, de hermosas piernas y pechos ampulosos. Y todas portaban unos bikinis diminutos que no dejaban nada a la imaginación de sus sedientos clientes.

—¿Qué desea beber? —me preguntó Chacón, deteniéndose frente al pequeño mesón sobre el que estaba apoyada la caja registradora.

—Debería pedir algo que me ayude a controlar la temperatura y adormecer el deseo, pero seguramente deberé conformarme con un cortado —respondí mientras daba un rápido vistazo a las muchachas y a la decena de clientes que seguían sus movimientos con una expresión de buitres en sus rostros.

Chacón entregó a una muchacha los vales del pedido y enseguida nos ubicamos en un rincón desde donde podíamos observar la entrada del café. Minutos más tarde, Chacón me hizo prestar atención a una muchacha que poseía un trasero que inspiraba respeto y pechos que podían servir para amamantar a un trío de guaguas hambrientas. Se desplazaba de un lugar a otro, se acercaba a los clientes, coqueteaba con ellos y al moverse dejaba al descubierto sus negros y amplios pezones.

—Si son ciertos los pelambres, esa debe ser la muchacha colombiana que quita el sueño a Gómez —dijo Chacón, sin dejar de observar a la negra, que se había ubicado tras el mesón y daba unos pasos de baile tan breves como seductores.

—Al menos no podemos acusarlo de tener mal gusto.

—Ya le conté que he trabajado en este ambiente y las historias que conozco de las chicas no dan para bromas —dijo Chacón con un tono de molestia en su voz.

—Tranquilo, muchacho. Te aseguro que a lo largo de mi vida he visto más miserias de las que puedas imaginar. ¿Por qué crees que deseo enfrentar a Gómez? No olvido la mirada perdida de Beatriz cuando la visité en el sanatorio, y te aseguro que entre ella y la colombiana no hay mucha diferencia. Ambas son víctimas de Gómez y de otros como él.

Chacón pensó en responder, pero el repentino ingreso al café de un hombre alto y corpulento le hizo cambiar de idea.

—Ahí está —susurró—. El jefe en persona.

Gómez vestía una chaqueta azul, corbata celeste y una camisa blanca que destacaba bajo la luz giratoria que iluminaba el lugar. Debía tener algo más de sesenta años y al caminar intentaba disimular la leve cojera de su pierna derecha. Pagó el consumo en la caja y enseguida se acercó hasta donde estaba la colombiana, la que al verlo se despreocupó de una pareja de clientes que conversaban con ella y lo acogió entre sus brazos con aparente entusiasmo. Luego de un rato, la muchacha fue a buscar el café de Gómez y mientras esperaba que lo prepararan no dejó de brindar al policía sus sonrisas más provocadoras.

Estudí la posibilidad de estropear su café, pero finalmente opté por encender un cigarrillo y observar a una morena que conversaba con dos muchachos que tenían aspecto de estudiantes universitarios y que no podían apartar sus miradas de los pechos de la mujer. Sin un motivo que no fuera el inesperado guiño de la memoria,

recordé unos versos de Manuel Silva Acevedo que dicen: *Yo me acuesto de espaldas para mirar en el cielo a esas hembras que pasan como gordas nubes*. Después palpé la pistola que llevaba oculta bajo la chaqueta y me dispuse a ejecutar el plan acordado con Ruperto Chacón.

—No haga nada dentro del local —dijo el policía—. Tendríamos demasiados testigos y no faltaría el cliente que intentaría auxiliar a Gómez.

—Descuida, solo verificaba que la nena no se hubiera extraviado —dije.

Veinte minutos más tarde, Gómez dejó de toquetear el trasero descomunal de la negra y se despidió de ella con un par de besos en las mejillas. Chacón me indicó la puerta del café y salimos tras los pasos del policía con la agilidad de dos perdigueros bien adiestrados. La luz de la galería hirió mis ojos y demoré unos segundos en ubicar a Gómez, que se había detenido frente a una vitrina y se disponía a ocupar su teléfono celular.

—No será fácil, pero es ahora o nunca —dijo Chacón.

Me saqué la chaqueta y mientras cubría mi pistola con ella, me acerqué a Gómez y le hice sentir el peso del arma en su espalda.

—Camine, en silencio y sin aspavientos —le ordené—. Tengo a cuatro hombres que me acompañan.

—¿De qué se trata? Si intenta robarme, no sabe con quién se está metiendo —dijo Gómez a media voz y sin alterarse.

—Sé quién es usted. Pertenezco al Departamento de Asuntos Internos.

—Seguramente se trata de un error y no hay necesidad de que siga apuntándome. No es parte de los procedimientos andar apuntándose entre compañeros.

—No hay ningún error —respondí y lo obligué a caminar en dirección a la galería que comunicaba el centro comercial con la estación Universidad de Chile del Metro.

Chacón caminaba a mis espaldas, atento a los movimientos de Gómez y a la gente que pasaba a nuestro lado.

Al cabo de un rato cruzamos la estación y subimos por la escalera mecánica que daba a la Alameda y a la calle Serrano, donde Chacón había estacionado su vehículo. Gómez caminó en silencio, aparentemente tranquilo, y cuando estuvimos en la superficie volvió a decirme que cometíamos un error. Lo hice callar con una leve presión de mi pistola en sus costillas y pareció resignarse a seguir acatando mis instrucciones. A la luz del día me pareció más viejo y pesado de lo que se veía dentro del café. Intuí que no intentaría escapar mientras siguiera creyendo que tenía una posibilidad de negociar un cambio de suerte. Al llegar a la esquina de Serrano con Alonso Ovalle, Chacón se adelantó unos metros y se detuvo frente a un auto verde. Abrió una de las puertas traseras del vehículo y esperó a que me subiera junto con mi prisionero.

—¿No les parece que merezco una explicación? —preguntó Gómez una vez que se acomodó en el asiento del auto—. Si no lo hacen de inmediato, les aseguro que no saldrán bien parados. Parece que ustedes no saben con quién están tratando.

—Usted es el único que dará explicaciones —le dije sin dejar de apuntarlo con mi arma.

—¿De qué podría dar explicaciones?

—Para empezar, de lo sucedido a Beatriz Troncoso.

—¿Quién es Beatriz Troncoso? —preguntó Gómez sin inmutarse.

—La muchacha de la que abusó en la fiesta organizada por Alberto Ferrara en su casa de Santo Domingo. Y no diga que ignora quién es Ferrara. Sabemos que usted y él son amigos desde hace tiempo.

—Esta detención va en contra de todas las reglas —dijo Gómez—. Les ordeno que se identifiquen y me lleven a una de nuestras unidades.

—Usted no es el más indicado para hablar de reglas —dije al momento que Chacón ponía en marcha el vehículo—. Estamos al tanto de lo ocurrido en esa fiesta. Las drogas, las prostitutas, la violación de Beatriz.

—¿Quién les ordenó detenerme? Tendrá que hacerse responsable de la estupidez que ustedes están cometiendo.

—No hay nadie a quien reclamar. Somos usted y nosotros, nadie más.

—Quiero ver sus credenciales y saber a dónde me llevan —dijo Gómez intentando ganar unos segundos.

—A un lugar donde podamos conversar sin interrupciones —le respondió Chacón mientras conducía el auto por la calle Tarapacá rumbo al poniente.

—¿Hace cuanto que no ve a Ferrara? —pregunté a Gómez.

—¿Por qué tendría que verlo?

—Usted y él son parte de una misma bolsa de basura —le dije, y sin esperar su reacción, agregué—: Seguramente ignora que Ferrara está detenido.

—¿Qué hizo para que lo detuvieran? —preguntó Gómez con preocupación.

—Está acusado del asesinato de varias prostitutas —respondí, y enseguida pensé en que los policías de San Antonio habían sabido mantener reserva sobre la detención de Ferrara.

—No pensarán que tengo algo que ver con eso.

—Ferrara dice que usted violó a Beatriz y es el responsable de la muerte del periodista Julio Segovia.

—Es lo más absurdo que he escuchado desde que estoy en la policía —alegó Gómez en el momento en que Chacón detenía el auto frente a una plazoleta próxima a la estación Toesca del Metro, en la que había un par de juegos infantiles desocupados.

Miré por la ventanilla del auto, encendí un cigarrillo y por unos segundos seguí los pasos de una mujer que atravesaba la calle acompañada de dos niños. Luego vi pasar a unos ciclistas y a un grupo de estudiantes que caminaban hacia la estación del Metro. La vida seguía su curso y yo estaba obligado a preocuparme de sus miserias.

—¿No creerá lo que dice Ferrara? —me preguntó Gómez interrumpiendo mis pensamientos—. Seguramente inventó ese cuento para desviar la atención.



—Creo en lo que dicen Ferrara y otras personas. No sacaré nada con negar las pruebas que tenemos en su contra.

—¿Otras personas? —preguntó Gómez.

—Las confesiones del periodista Gonqueras y de un traficante de apellido Barrales. Eso y el testimonio de Beatriz Troncoso —respondí, recordando la reacción de la muchacha cuando había visto la foto en la que salía su hermana.

—¿Desde cuándo estaban investigando a Ferrara? —preguntó Gómez.

—Desde hace siete meses —mentí—. Al igual que en su caso, queríamos estar seguros de nuestras pruebas antes de proceder a detenerlo.

—¿También a mí me investigan desde ese tiempo?

—No. Recién cuando habló Ferrara decidimos caer sobre usted —dijo Chacón.

—¡Maldito Ferrara! —exclamó el policía—. Es cierto que lo conozco, pero no permitiré que me haga parte de sus crímenes.

—Ya es tarde para evitarlo, Gómez. Su carrera policial y sus bellaquerías llegaron a su fin —agregó Chacón—. Nosotros y otros compañeros estamos ampliamente informados de sus delitos.

—Miente —gritó Gómez—. Usted no es de la policía.

Chacón extrajo lentamente su placa de identificación desde uno de los bolsillos interiores de su chaqueta, la abrió y se la mostró a su superior. El metal brillante de la credencial resplandeció por un instante dentro del vehículo.

—Ahora sabrá lo que es estar del otro lado de las rejas —dije y acompañé mis palabras con una sonrisa.

Gómez nos observó en silencio mientras parecía estudiar sus siguientes palabras.

—Sé cómo salir de esta trampa. No dejaré que me traten como a un delincuente ni permitiré que mi nombre sea manoseado por la prensa y por quienes siempre han querido destruirme dentro de la institución. Y ustedes no harán nada por detenerme. No se atreverán a disparar o perseguirme —replicó mientras salía del vehículo y se ponía a caminar en dirección a los juegos infantiles.

Chacón se apresuró en bajar del vehículo y en sacar la pistola que portaba ajustada a su cinturón.

—Hay que evitar que huya —dijo mientras apuntaba hacia Gómez con la intención de disparar.

—No vale la pena que ensucies tus manos —le dije—. Algo me dice que no irá muy lejos.

Salí del auto y observé a Gómez. Se había parado junto a los juegos. Miró a su alrededor por unos segundos, luego sacó la pistola que hasta ese momento llevaba en uno de los bolsillos de su chaqueta y la apoyó suavemente en su sien derecha. El ruido del disparo se confundió con el que producían los motores y las bocinas de los autos que en ese momento pasaban por la calle, ajenos al pequeño drama de la muerte.

Gómez se dobló en dos y su rostro fue a dar contra la gravilla que rodeaba los

juegos. Su cuerpo experimentó unas convulsiones y luego quedó quieto.

—Intuí que haría eso cuando habló de salir de la trampa —dije.

—Se salió con la suya, nadie lo juzgará —comentó Chacón antes de correr hasta donde se encontraba Gómez—. Cometimos el error de no registrarlo a tiempo.

—Nadie es perfecto. Llama a tu gente y a mí déjame fuera de la historia —le grité a Chacón sin moverme del lugar donde me encontraba. Después miré por última vez el cuerpo de Gómez y comencé a alejarme de los juegos infantiles.

Me costó encontrar un bar abierto, pero al final di con uno al llegar a la Alameda. Pedí una dosis de pisco y dos hielo que me recordaron la mirada fría de las merluzas en las vitrinas de los supermercados. No hay más misterios respecto a los asesinatos de las prostitutas y seguramente, mañana o pasado, nadie recordará sus nombres, pensé en voz alta.

Bebí el pisco de un trago y pedí otro. Recordé la última vez que había estado junto al mar y en vano intenté acordarme de algún verso que me hiciera compañía. Después del segundo pisco me sentí mejor. Pagué la cuenta y salí del bar. Como de costumbre, estaba solo en medio de la ciudad. Encendí un cigarrillo y apuré mis pasos para encontrar lo antes posible el teléfono que me permitió llamar a Doris y ponerla al tanto de lo sucedido. Ella me escuchó con atención, hizo varias preguntas y luego me dijo que iría a su despacho.

## 30

Desde la entrada a la Estación Calicanto contemplé el viejo edificio que ocupaba buena parte de la calle Aillavilú. Había sido construido a comienzos del siglo veinte por encargo de una familia adinerada que necesitaba un lugar donde alojar a sus parientes y amigos que viajaban a Santiago, cuando aún la Estación Mapocho recibía los trenes que venían desde Valparaíso y de otras ciudades del norte del país. Apenas quedaba el recuerdo de los trenes, y el edificio, degradado por el paso de los años, cobijaba en su primer nivel a una serie de cabarés, yerberías y otros negocios de poca monta que costaba imaginar cómo sobrevivían. En sus pisos superiores acogía a numerosos arrendatarios peruanos y a unos talleres de fotógrafos, pintores y artesanos que intentaban darle una mejor vida al edificio y resguardar el patrimonio cultural del barrio. En uno de los locales del edificio se había instalado una librería, cuyos mesones con libros, revistas y películas ocupaban parte de la vereda. Me acerqué a uno de ellos, y luego de escharbar entre libros de esoterismo y mitología, di con un

grueso volumen de Gustavo Ossorio, poeta que había muerto en 1949, a los treinta y ocho años de edad, y después de escribir un puñado de poemarios de los que algún editor parecía haberse acordado recientemente. El libro lucía nuevo y entre sus hojas dormitaba el cálido aroma de la tinta. Recorrí el libro, saltando de verso en verso, hasta que encontré uno que dio sentido a mi ánimo de ese momento: *Secretamente andamos, de hondura en hondura con nuestra agonía, desnudos frente a las ruinas, secretamente, atados a lo maligno.*

Cerré el libro, pregunté por su precio y me lo llevé conmigo como si fuera la linterna que necesitaba para ir alumbrando el camino.

Me detuve junto al quiosco de Anselmo y descubrí que frente a este se acababa de inaugurar un restaurante de comida peruana que ofrecía una atractiva carta de ají de gallina, seco de res y ceviches. El quiosquero leía una revista de divulgación científica que anunciaba en sus titulares un artículo sobre la extinción del agua en el planeta.

—Dicen que en cincuenta años estaremos más secos que zapato de cartero —comentó, alzando la revista como si fuera la bandera de una causa condenada al fracaso—. El agua se venderá a precio de oro y habrá que ser millonario para darse una ducha de tres minutos.

—Para qué te preocupas. En cincuenta años seremos un puñado de cenizas esparcidas por el viento —reliqué sin ganas de iniciar con mi amigo una discusión de esas que a veces nos tenían varias horas reunidos junto a una mesa y varias copas de vino.

—¿Y qué me dice de sus hijos y los hijos de sus nietos?

—¿De qué hijos estás hablando?

—Es una metáfora, don. Aunque en una de esas a usted se le ocurre hacer la tarea: plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo.

—Ya me resigné a repetir de curso por no cumplir esas tareas —dije, y luego le pregunté a mi amigo si tenía alguna novedad que comunicarme.

—Le dejé su documento a Campbell y quedó en hacer lo que usted le pidió. Su amiga Doris voló como las mariposas, pero me encargó decirle que no se preocupara; que estaba bien y que apenas pueda lo llamará.

—¿Eso es todo? ¿Alguna novedad?

—Le llegó un aviso de corte de luz. Si no paga la cuenta de aquí a una semana tendrá que recurrir a las velas.

—Eso no es ninguna novedad.

—Antes que se fuera, conversé un rato con la señorita Doris y me dijo que tenía planes para dar un giro a su vida y que dentro de esos planes figuraba un tipo llamado Heredia. Parece que la mina está bien entusiasmada —dijo y finalizó sus palabras con una carcajada.

—¿Te parece?

—Cuando lo nombra a usted le brillan los ojos. ¿No me diga que no lo sabe?

Seguro que ya le ha dado más de una mascada a ese filete.

—Muere de viejo y no de sapo.

—No gruña, don. Si se lo digo por su bien. Usted debería pensar en sentar cabeza y conseguirse una pierna que le proporcione calorcito en el invierno.

—Paciencia, Anselmo. Un día de estos te sorprendo.

—No me diga que le entusiasman los planes de la señorita Doris.

—Cuando hablo de sorpresas estoy pensando en varios asuntos al mismo tiempo.

—Eso es como no decir nada, don. Usted no cambia.

—¿Debería hacerlo?

—Conviene renovar el aire, jefe. Yo, por ejemplo, me inscribí en un curso de baile que ofrece el municipio para los adultos mayores y conocí a una viudita a la que le sobra entusiasmo para el bailoteo y otros movimientos. Es dueña de una tienda de ropa interior femenina y ofreció hacerme una demostración de sus productos. ¿Qué le parece, don? Me apero de una buena cantidad de esas pastillitas azules que me recomendó el médico y me largo a galopar como en mis tiempos mozos.

—Al menos eso te hará olvidar la idea de asociarte conmigo.

—No insista en eso, don. Ya le dije que durante el viaje a Puerto Natales me di cuenta de que no sirvo para andar arriesgando el pellejo por cuenta ajena.

—Sí, ahora recuerdo que ya hablamos de eso.

—Mejor que cada uno siga con su negocio —dijo Anselmo y luego de dar una mirada al interior de su quiosco, preguntó—: ¿Cómo terminó el lío que estaba investigando? La señorita Doris comentó que estaba resuelto, pero no me dio más luces sobre el asunto.

—Dos de los culpables están tras las rejas y el tercero salió del escenario.

—¿Qué significa eso del escenario? No se ponga a hablar en difícil.

—Significa que el tipo se pegó un disparo en la cabeza.

—¡Carajo! ¿Y eso es bueno o malo?

—No es lo que esperaba, pero al menos el balazo ahorrará trámites y papeleos a la policía.

—O sea que el caso está cerrado.

—Sí, pero aún quedan dos o tres puntadas para terminar la costura. Los detalles siempre importan, ¿o no?

Anselmo acompañó su silencio con una sonrisa y enseguida movió sus hombros para demostrar su indiferencia.

\* \* \*

Entré a la oficina y vi a Simenon dormitando sobre el escritorio, con su cabeza apoyada sobre el ejemplar de *Don Quijote de La Mancha* que me había regalado Griseta cuando se cumplieron los cuatrocientos años de su primera edición. Acaricié

su barriga y de inmediato abrió los ojos, malhumorado y con ganas de ejercitar sus garras en mi piel. Lo tomé entre mis brazos y me senté junto al escritorio dispuesto a pasar la próxima media hora acariciando al gato y recordando los pormenores de la investigación.

—Deseaba que Gómez recibiera un buen castigo —creí oír que decía Simenon—. Se libró del escándalo y de la cárcel.

—No se puede tener todo lo que uno desea. Y como suele decirse, peor es mascar lauchas.

—No menciones las lauchas. Me recuerdan la época en que vivía en la calle, antes de conocerte. Con otros gatos nos peleábamos los restos que arrojaban las cocinerías del Mercado Central. No era fácil quedarse con la cola de un pescado.

—¿Quieres que acompañe tu relato con música de violines?

—De un tiempo a esta parte no se puede conversar contigo, Heredia.

—Nos estamos poniendo viejos.

—Por mí no lo digas. Tengo siete vidas y todas vigorosas.

Pensé en responder al gato, pero en ese instante sonó el teléfono.

—Acabo de recibir una llamada de los colegas de San Antonio —oí decir a Doris—. Ferrara decidió colaborar y estamos en condiciones de conocer lo que sucedió en cada uno de los asesinatos.

—O sea que abogados, fiscales y jueces tendrán con qué jugar a la justicia.

—Tómalo como quieras, Heredia —dijo Doris y luego de un silencio que me pareció demasiado prolongado, agregó—: ¿Tienes tiempo para reunirte conmigo?

—¿Quieres que vaya a tu oficina?

—No. Voy en camino al «Berrie».

—¿Qué haces en uno de mis territorios?

\* \* \*

—Da gusto resolver casos complicados —dijo Doris mientras esperábamos que un mozo nos sirviera las copas de vino que habíamos pedido.

Pese al aparente entusiasmo de sus palabras y a su deseo de reunirse conmigo para recapitular las distintas etapas de la investigación, había algo en la mirada de Doris que hacía intuir que su contento tenía límites. Estaba ojerosa, levemente pálida y jugaba nerviosamente con el anillo de plata que llevaba en el índice de su mano derecha.

—Gonqueras y Ferrara serán formalizados por la Fiscalía. Las declaraciones de ambos permitieron reconstruir los crímenes de las mujeres.

—¿Qué pasó con Lugano?

—Quedó en libertad y seguramente volverá a sus clases en el secretariado. Sabe que su pasado es una carga de la que jamás podrá aliviarse. Seguramente, ninguno de

los diarios que lo acusaron de los asesinatos tendrá la decencia de rectificar lo que escribió en su contra.

—Y Gómez se libró de tener que enfrentar sus culpas.

—Su muerte no será asociada a los crímenes. La institución no quiere que una de sus jefaturas importantes aparezca vinculada a violaciones y asesinatos. No lo sepultarán con honores pero tampoco nadie lo apuntará con el dedo. Lo único que se dirá en su contra será el rayado anónimo que escribieron en uno de los muros de nuestras oficinas. No es gran cosa, pero me alegrará leerlo todas las veces que pueda antes de que lo borren.

—¿Quién lo escribió? ¿Tú?

—Sospecho que fue Ruperto.

—¿Y si mi amigo Campbell escribe sobre el tema?

—Correrá el riesgo de recibir una andanada de negativas oficiales y presiones para que se desdiga de sus palabras. Sabes bien que hay conductas que no comparto, pero sé que existen las llamadas razones institucionales. La buena imagen y la credibilidad que debe tener un organismo policial para que la mayoría de la gente siga confiando en sus procedimientos.

—No parece que estuvieras hablando de tu propia gente —dije.

Doris movió sus hombros en un gesto de resignación y enseguida observó hacia la calle por una de las ventanas del restaurante.

—Me reservo el derecho a tener mis propias ideas —dijo Doris, y luego de encender un cigarrillo, agregó—: Sé que no todo lo que brilla es oro, pero me gusta resolver los casos que investigo y sigo creyendo que es importante mi trabajo.

El mozo nos sirvió las copas de vino y luego nos volvió a dejar a solas. Doris fue la primera en probar el vino, rojo y grueso.

—¿Ahora me dirás qué te preocupa? —le pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—Dijiste que necesitabas hablar conmigo y hasta ahora no has dicho nada que no hubieras podido decirme por teléfono. ¿Me equivoco o tiene que ver con la conducta de tu jefe?

—Con la compañía de don Januario Valenzuela hice ver mi opinión en instancias de mayor jerarquía y estas concluyeron que Gatica entorpeció la investigación para proteger a Gómez. Gatica se defendió argumentando que debía obediencia a su superior. No lo darán de baja pero tendrá que trasladarse a una unidad en el norte del país. Es el fin de su vuelo hacia las alturas, pero al menos podrá llegar a la jubilación sin grandes sobresaltos.

—Sigues sin contarme tu verdadero problema.

—Me ofrecieron el cargo de Gatica. Dicen que he demostrado que tengo capacidad para asumir mayores responsabilidades y que además sería una manera de ejemplificar las oportunidades que tienen las mujeres dentro de la institución.

—Nada es gratis, Doris. Cada puntada arrastra un poco de hilo.

—No necesitas recordármelo.

—¿Y cuál fue tu respuesta?

—Lo mismo que pensaba decir antes de entrar a la reunión.

—¿Qué? —pregunté con impaciencia.

—Que pensaba renunciar a la institución.

—Eso no les habrá parecido nada de bien a tus superiores.

—Desde luego que no. Estuvimos más de dos horas reunidos y al final me convencieron.

—¿Asumirás el nuevo cargo?

—No por el momento. Pero accedí a tomar el mes de descanso que me ofrecieron para reflexionar.

—Vacaciones extras. No te puedes quejar.

—De las que debo regresar con una respuesta.

—Te vuelvo a decir que nada es gratis.

—Quiero que me acompañes, Heredia.

—¿Adónde?

—Al lugar donde pueda encontrar la respuesta que me piden.

—Me parece que es algo que debes meditar a solas.

—Mi respuesta depende de la tuya. No quiero seguir equilibrándome en la cuerda que va de tu soledad a la mía.

—No me parece oportuno mezclar lo nuestro con una decisión de trabajo.

—Solo te pido que me acompañes. Lo que decida, quiero que sea con la seguridad de que continuaremos juntos. Tú y yo llegamos a un punto en el que no podemos seguir siendo simples amigos.

—¿Y si no voy contigo?

—Tendrás que conformarte con el mismo tipo de chuscas que has tenido a tu lado en el pasado.

—¿Así de simple?

—No deberías tener problemas en tomar la decisión. A tu edad y con tu historia es muy difícil que otra mujer como yo te haga la misma oferta.

—¿Estás hablando en serio?

—Como siempre que hablo contigo, Heredia —dijo Doris y acompañó sus palabras con una carcajada.

\* \* \*

—¿Qué piensas hacer? —creí oír que preguntaba Simenon—. La mujer policía te hizo una oferta que, como habría dicho Don Corleone, será difícil de rechazar.

—La mujer policía se llama Doris.

—Y yo Simenon, pero ella a menudo me llama con nombres estúpidos, como

- cuchito, cuchi cuchi o minino. Pensaré que soy un amanerado gato de chalet.
- No seas rencoroso. Seguro que no lo hace con la intención de joderte.
  - Lo peor es que pareces entusiasmado con la propuesta.
  - Supongo que eso no constituye delito.
  - Cuando ella tenga tu edad, estarás en el asilo de ancianos o en un cenicero.
  - Puede ser bueno mientras dure.
  - ¿Y después? Otra vez la soledad.
  - Uno se acostumbra a conversar con las paredes o con su gato.
  - La diferencia es que ahora el tiempo se agota.
  - Nadie sabe de cuánto tiempo dispone por delante.
  - Estás apartándote del tema.
  - Intento decidir si doy un cambio radical en mi rutina.
  - Antes de seis meses estarás arrepentido.
  - No se pierde nada con probar.
  - Toma el teléfono y dale la respuesta que ella espera.
  - Bueno, no es tan simple.
  - Entonces piensa en otra cosa. Tienes experiencia en arrancar de un peligro.

\* \* \*

Ruperto Chacón aceptó acompañarme a recuperar las fotos que guardaba la vecina de Teresa Troncoso. Me pasó a buscar al departamento antes del mediodía y en camino al conjunto de departamentos donde había vivido Teresa, repasamos las pistas seguidas hasta llegar a determinar las responsabilidades de Ferrara y Gonqueras. Después me preguntó la razón por la que no había sospechado de Gonqueras desde un comienzo. No supe qué responder. Moví los hombros y guardé silencio durante el tiempo que demoré en encender un cigarrillo. Chacón no insistió con su pregunta y después de un rato me contó que había conversado con Doris y que esperaba que ella descartara la idea de renunciar a la policía.

—Si lo hace se arrepentirá por el resto de sus días —dijo, y su comentario me hizo pensar en la respuesta que le debía a Doris. Mi vida seguía siendo un misterio que me costaba develar y no esperaba que eso pudiera cambiar en el futuro. Me resultaba más fácil escudriñar en las vidas ajenas que responder las interrogantes que afectaban mi ir y venir por los días.

Me dediqué a observar el paisaje de casas viejas que íbamos dejando a nuestro paso y me refugié en mis recuerdos hasta que llegamos a nuestro destino.

La vecina me reconoció apenas abrió la puerta de su departamento y sin ningún inconveniente me entregó las fotos de Teresa. Cuando lo hizo reconocí cierta expresión de alivio en su rostro y deduje que al desprenderse de las fotos se desligaba de una historia en la que jamás había querido inmiscuirse, y que a partir de ese



momento podía dejar los nombres de sus antiguas vecinas en el desván de los olvidos. Nos despedimos de ella y cuando volvimos al auto de Chacón le di al policía las coordenadas que nos permitirían llegar al sanatorio.

—Todavía no me acostumbro a enfrentar a los familiares de las víctimas o de los delincuentes —dijo Chacón—. En una de mis primeras pesquisas me tocó detener a un tipo que había cometido varios robos en tiendas y supermercados. Cuando fuimos a su casa se encontraba acompañado de su esposa y un hijo de seis o siete años. El mocoso no quería separarse de su padre y solo después de un forcejeo pudimos subir al ladrón al auto en el que lo llevamos detenido. Durante varias semanas me persiguió la imagen del niño llorando junto a la puerta de su casa.

—Llevo más años que tú en el oficio y todavía me conmueve la miseria que salta a la vista cuando se investiga un crimen.

—Seguro que dice eso para que no me sienta mal. Usted debe tener el pellejo curtido.

—El día que te gane la indiferencia o el cinismo, se acaba tu carrera de detective. Me lo enseñó Dagoberto Solís, un viejo policía al que vi morir en los pestilentes pasillos del Mercado Central.

—Solís es un mito entre los detectives más antiguos. Mis instructores me hablaban de él y de su gran instinto para resolver casos complicados.

—Era un buen hombre y le gustaba lo que hacía.

—Usted lo debió conocer muy bien.

—Todo lo que se puede conocer a un hombre. A menudo pienso en él —dije y enseguida le conté a Chacón la primera pesquisa que me había unido al nombre de Solís, en medio de una ciudad sitiada y triste.

\* \* \*

Tuvimos que esperar media hora hasta que el doctor Terranova terminó de atender a uno de sus pacientes. El médico nos hizo pasar a su oficina y durante un rato nos informó sobre el estado clínico de Beatriz Troncoso. La muchacha no había experimentado cambios desde mi visita anterior, pero al menos parecía estar más tranquila y entregada pacientemente al tratamiento dispuesto por Terranova. Le hablé al doctor de los resultados de la investigación y le di los originales de las fotos nuevas, y una copia de la foto que me había pedido durante mi primera visita al sanatorio. Terranova las miró con atención durante un momento y luego las guardó en uno de los cajones de su escritorio. Le pregunté si podía visitar a Beatriz y accedió a dejarme verla a la distancia. La muchacha estaba en una sala amplia, acompañada de otras pacientes y de dos enfermeros que vigilaban los movimientos de las mujeres. Parecía ensimismada en sus pensamientos, sin mostrar ningún interés por lo que acontecía a su alrededor.

—El día que salga de su mundo interior dará un gran paso para su recuperación —dijo Terranova—. Por ahora debe sentirse más segura entre sus recuerdos.

—¿Y si no lo hace? —pregunté.

—Seguirá encerrada en sí misma hasta el fin de sus días —respondió Terranova, y luego de un gesto de desaliento, agregó—: Convengamos que el mundo exterior no le ha proporcionado muchas alegrías.

\* \* \*

Me despedí de Chacón después de un almuerzo que se prolongó más de la cuenta, y cuando las primeras sombras comenzaban a caer sobre una ciudad de cielos enrojecidos y calles caóticas, bulliciosas, que bien podían ser la antesala de un infierno en el que los pecados se pagaban arriba de un automóvil condenado a no llegar a ninguna parte, como en el cuento de Julio Cortázar que había leído durante mi único año de estudios en la universidad. El policía ofreció llevarme hasta mi departamento, pero le pedí que me dejara cerca de una estación del Metro. Quería estar solo. Lo vi alejarse en su auto y cuando lo perdí de vista me confundí entre la gente que descendía a la estación. El andén estaba atestado de pasajeros impacientes y sudorosos, al igual que como sucedía desde el día en que habían decidido cambiar el antiguo sistema de transporte público, por uno nuevo que, supuestamente, daría más comodidades a sus usuarios. Tuve que esperar el paso de cuatro trenes hasta que logré subir a un vagón repleto de rostros agresivos. Recordé una vieja película de romanos en la que un grupo de gladiadores aguardaba salir al ruedo para matarse entre ellos. Me armé de paciencia, soporté codazos y empujones, y cerré los ojos para olvidar por unos segundos las miradas recargadas de rabia que me rodeaban. Descendí del vagón media hora más tarde y abordé una escalera mecánica que me dejó a un costado de la Plaza de Armas. Reconocí el paisaje que me rodeaba, y sin ganas de seguir luchando me senté en un escaño a observar a la gente que pasaba por mi lado. La vida continuaba con su ritmo acostumbrado y a nadie le importaba la soledad ni el cansancio de un detective privado que no sabía qué hacer con su futuro, y que desde hacía un tiempo habitaba una ciudad que estaba más en sus recuerdos que en la realidad por la que a diario arrastraba sus pies.

Contemplé el espectáculo de la plaza hasta que recordé que tenía otro asunto pendiente que hasta entonces no me había atrevido a enfrentar. Dejé el escaño y caminé hacia la calle Compañía hasta quedar frente a la fachada abandonada del bar «City».

Todo lo que uno ama se esfuma con el tiempo y la ciudad no es la excepción, pensé mientras encendía un cigarrillo frente a las puertas ciegas del «City». La noche hacía más espesas sus sombras y el letrero rojo del bar ya no alumbraba el paso de quienes recorrían los alrededores de la Plaza de Armas a la hora en que el centro de la

ciudad adquiriría el duro rostro de la desolación. Al principio, el cierre del bar había sido solo un rumor. Rumor que no había querido creer, como un marido engañado que no acepta la infidelidad de su esposa hasta que no la encuentra en la cama con el amante de turno. Sin embargo, y más allá de mis deseos, la puerta del bar había dejado de girar; sus mesas de madera brillante y sus sillas habían sido rematadas, al igual que los farolitos con figuras de corazones que alumbraban la charla de las parejas, las risotadas de los amigos, el opaco murmullo de los políticos, abogados y comerciantes que cada tarde llegaban al bar. El edificio que acogía los restos del bar parecía más viejo y empequeñecido, como si estuviera de rodillas, esperando convertirse de un momento a otro en oficina bancaria o boliche de comida rápida. Otro trozo de la historia de la ciudad que desaparece, me dije en voz baja, mientras sentía crecer en mi interior el deseo de beber el vodka que solía servirme Marcelo, uno de los mozos del bar. Nunca más volvería a sentarme junto a sus añosas mesas ni observaría la luz que entraba a retazos a través de la puerta giratoria. Nunca más volvería a encontrar al Escriba en ese lugar, leyendo novelas de Balzac o tomando apuntes en sus agendas de tapas azules. Con el fin del «City» desaparecía una de las últimas barras del centro de Santiago en las que valía la pena acodarse y pedir una copa. Un espacio donde el bullicio de la ciudad se detenía súbitamente y era posible creer en la existencia de otra vida más apacible, sin la urgencia ni el rigor de la calle. Pensé que un ser maligno se empeñaba en arrancarme el corazón a pedazos; observé por última vez la fachada del bar y seguí mi camino hacia las sombras profundas de la noche.

\* \* \*

Después el tiempo hizo su trabajo metódico de costumbre. Era un día lunes y trataba de darle un sentido al inicio de una nueva semana, mientras releía un par de capítulos de la novela *Juntacadáveres*, de Onetti, y esperaba la llegada de un caso que me permitiera salir de la modorra en la que estaba desde la muerte de Gómez.

Ferrara y Gonqueras continuaban en la cárcel, Anselmo seguía atendiendo su quiosco, Simenon reincidía en sus largas siestas junto a la ventana y Campbell, pese a las aprehensiones de Doris, había logrado vender una edición completa de su revista gracias al reportaje que escribió sobre las muertes de las prostitutas. Por mi parte, desayunaba por las mañanas en el «Touring» o en los bolichitos peruanos del barrio y luego regresaba al departamento para compartir el almuerzo con Simenon y enfrascarme en jornadas de lecturas que me libraban del tedio y me permitían volar con la imaginación más allá de las paredes desgastadas de mi oficina.

Había pasado una semana desde el viaje de Doris y la única noticia que tenía de ella era una carta que me dejó con Anselmo, con la recomendación de entregármela varias horas después de que ella abordara el bus que la trasladaría al sur del país. Era

una carta breve, casi telegráfica, en la que anotaba el número telefónico de la residencial donde alojaría y me pedía que la llamara apenas tuviera una respuesta a su proposición. La extrañaba. Leía su carta un par de veces al día y enseguida tomaba el teléfono. Pero no pasaba más allá. Seguía luchando contra mis dudas y marcar el número de Doris era una intención que se desvanecía cuando recorría el departamento y pensaba que entre sus paredes estaban los ecos de la vida que había escogido en una tarde invernal de demasiados años atrás. Cuando me cansaba de deambular por entre mis recuerdos, tomaba a Simenon entre mis brazos y le contaba de mis temores respecto a la decisión que debía tomar. El gato no decía nada; se limitaba a mirarme en silencio y a cerrar sus ojos cuando mis preguntas se volvían majaderas.

Retomé la lectura de la novela de Onetti y leí en voz alta una frase que me llamó la atención: *Bebieron y quedaron en silencio, codo con codo, unidos por el pasado y el misterio de la simpatía*. Me puse a releer la frase, pero no llegué a su fin, porque una puntada en la espalda me obligó a reacomodarme en el asiento. El dolor me trajo a la realidad. Observé el teléfono que estaba a mi alcance y decidí que era el momento de hacer la llamada postergada por tanto tiempo.

Pero solo conseguí marcar dos cifras del número de Doris, porque en ese mismo instante oí que golpeaban a la puerta y grité un «entre» que sonó afónico y desganado. La puerta se abrió y vi avanzar a una mujer de cabellos negros que traía puesto un extraño vestido que cubría totalmente su cuello y se extendía, como una túnica, hasta la punta de sus zapatos. Sus ojos eran grandes y llamativos; la piel de su rostro era luminosamente pálida y sus labios tenían una contenida expresión de tristeza. Dejé el teléfono en su lugar de costumbre y observé a la extraña hasta que se sentó frente a mi escritorio.

—¿El detective Heredia? —preguntó en voz baja y enseguida miró de reojo la habitación.

Observé la fina línea roja de sus labios y demoré más de lo esperado en contestar.

—¿Usted es Heredia? —insistió la mujer y luego sonrió con la seguridad del pescador que intuye el tamaño de la presa que ha mordido su carnada.

Asentí con un leve movimiento de cabeza y busqué refugio en mi cajetilla de cigarrillos. Le ofrecí uno y ella lo rechazó con una nueva sonrisa. Imaginé la suavidad de sus labios y con algún esfuerzo me concentré en encender el cigarrillo. El humo del tabaco puso una breve cortina entre sus ojos y los míos.

—Un amigo me sugirió venir a verlo. Dijo que usted podría ayudarme.

—Cuénteme de qué se trata.

—Necesito ubicar a una persona. Se llama Alfredo Bernard y es un reputado psiquiatra que ha desarrollado importantes investigaciones en Chile y otros países latinoamericanos.

—¿Psiquiatra? —pregunté con cierta inquietud.

—No estoy loca, por si acaso está pensando en eso. Busco a Bernard por encargo

de una amiga, Petra Camus. Ella teme por la vida de su colega, con quien ha tenido una suerte de romance en los últimos años.

—¿A qué se refiere con eso de una suerte de romance?

La mujer miró de un lado a otro, como para descartar la presencia de oídos extraños y luego sonrió.

—Muchas palabras, demasiadas insinuaciones de lado y lado, y nada más.

—Disculpe, pero puede ser más explícita.

—Hay temas de los que me cuesta hablar —dijo y luego de respirar profundamente, agregó—: Hace tres años que se escriben cartas, comen juntos y van al cine o al teatro los fines de semana. Se desean como gatos en celo y nunca se han atrevido a compartir una cama.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Doy por descontado que ambos no tienen impedimentos físicos.

—Al menos nada que se note a simple vista.

—Raro, muy raro. No parece tema para un detective privado.

—No olvide que se trata de ubicar a una persona desaparecida.

—Cierto.

—¿Puede ayudarme?

Miré el teléfono y luego a Simenon, que examinaba a la mujer con evidente curiosidad. Le hice un guiño cómplice al gato y apachurré mi cigarrillo en el cenicero de bronce que estaba junto al diccionario de la Real Academia. Intuí que volvía a tener un caso y sonreí levemente al detener mi mirada en los ojos de la extraña.

—Hábleme de Bernard y su amiga Petra —dije a la mujer, al tiempo que pensaba en posponer por unas horas mi llamada a Doris Fabra.

*San Miguel, 21 de junio de 2011.*



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.